

HISTORIAS DE LASA

Kalman Silvert

América Latina y la construcción de la democracia

EDICIÓN DE ABRAHAM F. LOWENTHAL
Y MARTIN WEINSTEIN

Traducción de Estela Consigli
Revisión de María Marcela Alonso



LASA

LATIN AMERICA
RESEARCH COMMONS

Kalman Silvert

América Latina y la construcción de la democracia

Edición de Abraham F. Lowenthal
y Martin Weinstein

Traducción de Estela Consigli
Revisión de María Marcela Alonso



LASA

LATIN AMERICA

RESEARCH COMMONS

Publicado por
Latin America Research Commons
<http://www.larcommons.net>
larc@lasaweb.org

© Lowenthal Abraham F. y Weinstein Martin, 2021
© de la traducción, Estela Consigli y María Marcela Alonso, 2021
Primera edición: 2021

Diseño de tapa: Milagros Bouroncle
Foto de portada: Harvey Rosenhouse
Diagramación de versión impresa: Lara Melamet
Diagramación de versión digital: Siliconchips Services Ltd.
Traducción: Estela Consigli
Revisión de la traducción: María Marcela Alonso
Corrección: Martín Vittón

ISBN (Físico): 978-1-951634-16-2
ISBN (PDF): 978-1-951634-17-9
ISBN (EPUB): 978-1-951634-18-6
ISBN (Mobi): 978-1-951634-19-3
DOI: <https://10.25154/book7>

Esta obra tiene permiso para ser publicada bajo la licencia internacional Creative Commons Attribution CC BY-NC 4.0. Para ver una copia de este permiso, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 444 Castro Street, Suite 900, Mountain View, California, 94041, Estados Unidos. Esta licencia permite el uso de cualquier parte del trabajo mientras se lo cite de forma correspondiente y restringe su uso con fines comerciales.

Cita sugerida:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert. América Latina y la construcción de la democracia*. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

Para leer la versión libre en acceso abierto de este libro digital, visite <https://10.25154/book7> o escanee el código QR con su dispositivo móvil.



Contenidos

Agradecimientos	v
Prólogo	1
Kalman Silvert: un recuerdo personal <i>Ricardo Lagos</i>	
1 Las contribuciones de Silvert. Un legado de amplio alcance	7
<i>Abraham F. Lowenthal y Martin Weinstein</i>	
2 La erudición inquisitiva y comprometida de Silvert	15
<i>Christopher Mitchell</i>	
3 Los enfoques y métodos de Silvert	39
<i>Daniel H. Levine</i>	
4 Silvert y la teoría democrática	53
<i>Joel Jutkowitz</i>	
5 Formar una generación	71
<i>Martin Weinstein</i>	
6 Promover una comunidad académica transnacional	79
<i>Jorge Balán</i>	
7 El esfuerzo por mejorar las relaciones entre Estados Unidos y América Latina	87
<i>Abraham F. Lowenthal</i>	
8 Aportar una visión, una misión y valores a la filantropía	103
<i>Peter S. Cleaves y Richard W. Dye</i>	
9 Combinar ideas y acción	133
<i>Julio Cotler</i>	

10 Silvert y el “sueño americano”	139
<i>Louis W. Goodman</i>	
11 Silvert como un intelectual público	151
<i>Morris Blachman y Kenneth Sharpe</i>	
Epílogo	169
Kalman Silvert y los estudios latinoamericanos actuales	
<i>Gilbert M. Joseph</i>	
Sobre los autores	175
Sobre Latin America Research Commons	177
Bibliografía	179
Índice de contenidos	187

Agradecimientos

Los editores y los demás autores de esta obra agradecemos a todos aquellos que ayudaron a hacer posible su publicación: los que escribieron reminiscencias sobre Kalman Silvert en *LASA Forum*, los que aportaron entrevistas sobre Silvert, a Peter S. Cleaves y Louis W. Goodman por sus sugerencias editoriales estratégicas, a Ronald G. Hellman por organizar una sesión de trabajo en la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Extendemos nuestro agradecimiento a Henry Silvert y Benjamin Silvert por su apoyo imprescindible.

Expresamos nuestro especial reconocimiento a la Fundación Ford y a la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) por el generoso aporte que hizo posible esta publicación y la puso a disposición de actores clave en el marco de la celebración del quincuagésimo aniversario de la asociación, así como de todos los miembros de LASA a un precio asequible.

Gracias a Lynne Rienner por su compromiso personal con este proyecto y por su guía experta, a los anónimos revisores cuyas sugerencias nos ayudaron a mejorar el manuscrito y a Linda Miele por su invaluable asistencia en la producción del libro en inglés. También queremos agradecer al comité editorial de Latin America Research Commons, que nos dio la oportunidad de publicar este libro bajo su sello editorial en acceso abierto. Nuestro especial agradecimiento a Julieta Mortati, por su manejo eficiente de la preparación de esta versión en castellano, y a las traductoras, Estela Consigli y María Marcela Alonso.

Los editores reconocemos también el apoyo de todos los autores, y de Milagros Pereyra-Rojas, directora ejecutiva de LASA, por los aportes financieros que hicieron posible esta traducción y publicación.

Nos sentimos felices y agradecidos por esta experiencia de colaboración generosa, una verdadera labor de amor. También agradecemos a nuestras esposas, a Jane Jaquette y Ruth Weinstein, por sus contribuciones.

Por supuesto, nuestra principal deuda es con Kalman H. Silvert, nuestro maestro, mentor, colega y amigo. Fue un verdadero pionero en nuestra profesión. Confiamos en que este libro permitirá apreciar más ampliamente los aportes de Kal y que estos servirán de inspiración permanente a futuras generaciones.

ABRAHAM F. LOWENTHAL Y MARTIN WEINSTEIN

PRÓLOGO

Kalman Silvert: un recuerdo personal

Ricardo Lagos

No recuerdo cuándo conocí personalmente a Kalman Silvert, porque a un cientista social de su talla se lo empieza a conocer primero por sus escritos y por las referencias de sus colegas. Sí sé que fue entre los años 1971 y 1973, porque en ese tiempo yo tenía el cargo de secretario general de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y, en carácter de tal, recibí una invitación de Kal Silvert para participar en un seminario que organizaba en Bellagio, Italia, titulado “Social Science as an International System”.

Allí me tocó exponer sobre el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina. Recuerdo que Silvert abrió la discusión invitándonos a hacer referencia a dos puntos de desacuerdo que habían emergido en la sesión de apertura de dicha conferencia. El primero era que las Ciencias Sociales no eran autónomas, no debían volcarse en sí mismas ni tampoco estar completamente integradas con otras instituciones. Más bien se trataba de matices y no de conceptos rotundos a favor de uno u otro aspecto. El segundo desacuerdo era que la Ciencia Social nunca es completamente nacional o internacional, sino que hay, en cierto modo, un continuo entre ambas porque lo que se hace a nivel local se desliza indefectiblemente a lo internacional, y viceversa.

Esta forma de pensar un seminario sobre las Ciencias Sociales como un sistema integrado por aspectos autónomos y complementarios, nacionales e internacionales, habla de la manera en que Kal Silvert entendía el desarrollo de la disciplina y en qué medida estas podían llegar a constituir un sistema

Cómo citar el prólogo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 1-6. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

dentro del conjunto de los asuntos internacionales de nuestro tiempo. ¿Había una especificidad de la Ciencia Social o esta era de carácter universal a lo Max Weber? ¿Podíamos inferir normas válidas para todos o había también que pasarlas por el tamiz de las realidades regionales o nacionales? A partir de estas inquietudes me permití iniciar el debate de las Ciencias Sociales desde una perspectiva Latinoamericana aludiendo a los tres períodos que era posible observar en su desarrollo regional: el período más tradicional, que era una aproximación muy poco profesional; el científico, que lo atribuí al contacto que tenían los científicos sociales latinoamericanos con lo que se aprendía en Europa o Estados Unidos; y finalmente el período de comienzos de los 70, de insatisfacción ante la corriente científica porque se entendía que buena parte de dicho conocimiento estaba más aplicado a los contextos del mundo desarrollado y que, a lo menos, había que pasarlas por el cedazo de la realidad latinoamericana para ver cuánto de ello era aplicable a nuestro contexto. Dicho de otro modo, observé una suerte de insatisfacción intelectual con la capacidad de transformación real de los conocimientos importados desde el primer mundo para enfrentar nuestra realidad. Es precisamente en este punto donde la mirada de Kal Silvert resulta tan iluminadora, y pienso que cuando aceptó el puesto de Senior Social Science Program Advisor de la Fundación Ford fue, en gran medida, porque desde allí podía incidir en la construcción de una mirada global y a la vez regional de cada una de las sociedades. Desde ese enunciado metodológico, era posible explorar si existía una Ciencia Social que tuviera la aptitud de servir a distintas realidades.

En este seminario de Bellagio conocí y aprendí a percibir las cualidades humanas de Kalman Silvert, lo que me impactó mucho, sobre todo viniendo desde un Chile que en 1973 estaba profundamente dividido y que se debatía entre el proyecto de construcción de una sociedad socialista por la vía democrática —un camino inédito en la historia de la humanidad— con aquellos que se oponían fuertemente a ello. Obviamente que la división chilena llegó también a las Ciencias Sociales y, por tanto, el tema de la autonomía o de una disciplina al servicio del cambio de una sociedad estaba en el meollo de las discusiones en buena parte de los países de la década de 1970. Y de estos temas sí que sabía Silvert por sus largas estadías en mi país en la década de 1960.

En 1975, Kal Silvert decidió continuar las conversaciones de Bellagio, pero ahora con un proyecto que estaba ejecutando dentro de la Fundación Ford con apoyo de otras entidades académicas. Para ello optó por reunir a un buen núcleo de científicos sociales, quienes tuvimos la ocasión de estudiar y comentar su obra en extensas diez reuniones de todo un día durante un año en Nueva York. En aquel entonces y después del golpe, me desempeñaba como profesor visitante en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill y desde allí una vez al mes viajaba muy temprano a las reuniones, que comenzaban puntualmente a las once de la mañana en la sede del Council of Foreign Relations, en Park Avenue. Ahí, entre otros, me encontraba con el colega Osvaldo Sunkel, que estaba en la Universidad de Austin, Texas. Fue,

de nuevo, una experiencia iluminadora que nos llevó a pensar la disciplina desde muchos ámbitos.

Por esos años ya había conocido la otra faceta de Kalman Silvert. El Kalman Silvert que desde la Fundación Ford apresuradamente organizó un seminario en Lima en octubre o noviembre de 1973 para analizar cómo se podía colaborar y ayudar a mantener vivo el pensamiento científico ante lo que él visualizaba como la caída de las democracias en el Cono Sur, de lo cual Chile era, por desgracia, el primer ejemplo.

De esta otra faceta escribo con fuerza y emoción recordando que los roles de Kal Silvert y Peter Bell, representante de la Fundación Ford al momento del golpe, fueron fundamentales para apoyar y ayudar a tantos académicos a abandonar su país ante el peligro que significaba permanecer en él. En el Cono Sur hubo un éxodo de muchos científicos sociales. Este fue el comienzo de los años duros e incomprensidos por muchos de la Fundación Ford, que, con el auxilio de Kalman Silvert, entendió la necesidad de mantener encendida la llama de un pensamiento autónomo y crítico, particularmente en el contexto autoritario de la región y de Chile. Cuando en marzo de 1976 se incorporaron Argentina y después Uruguay al “club de las dictaduras” de Sudamérica los programas de Silvert cobraron más fuerza porque lideraban dos tareas específicas: por un lado, abordaban un plan de ayuda a científicos sociales para que salieran de sus respectivos países, y por otro, apoyaban a aquellos que podían quedarse sus países a continuar el trabajo intelectual y de alto nivel académico, abruptamente interrumpido por la aparición de la milicia y su desprecio atávico a la academia y a la intelectualidad en general. Por esto, aun en este contexto durísimo, algunos programas críticos como CIEPLAN y Flacso en Chile, y el Instituto Di Tella en Argentina comenzaron a insinuarse, mientras que en Brasil algunos centros de investigación lograron mantenerse. El rol de Kal Silvert como eminencia intelectual y *advocacy* excepcional detrás de estos esfuerzos fue enorme y que una entidad como la Fundación Ford, liderada por Robert McNamara, tomara la delantera en este camino, abrió muchas puertas.

No me cabe duda de que en muchos sectores de América Latina, especialmente en aquellos con una ideología que hoy catalogaríamos de demasiado liberal, hubo una oposición a los planteamientos que se hacían por parte de la fundación y de la forma de aproximarse al tema de Kalman Silvert. Por esto, cuando observo lo que fueron sus nueve años en la fundación, no puedo menos que sentir un tremendo respeto por la capacidad que tuvo de mantener un pensamiento intelectual autónomo en el Cono Sur en los peores momentos de las dictaduras.

Me correspondió desde el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales en Buenos Aires dirigir, conjuntamente con Unesco, un programa para fortalecer los postgrados en Ciencias Sociales en América Latina. Trabajé en esta tarea desde junio de 1975 hasta mediados de 1978. Recorrí intensamente los distintos centros de investigación de América Latina, analizando las posibilidades de impulsar, aunque fueran modestos, proyectos para el inicio de programas

de posgrado y también algunas notas de investigación. Recuerdo seminarios realizados en Costa Rica que se preguntaban sobre cuál debía ser el currículum de la enseñanza en materia económica en este nivel educativo. En todas estas tareas el apoyo de la Fundación Ford fue fundamental. Gracias a ella hubo un entendimiento con programas como el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y otras entidades financieras internacionales. En todo este impulso Kal Silvert jugó un rol tremendamente efectivo, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el compromiso de apoyar a aquellos que estaban en dificultades, justo en momentos en que la Ciencia Social era entendida por muchas de las dictaduras como una ciencia peligrosa, en favor de la subversión.

Con el tiempo, el apoyo hacia los centros de investigación latinoamericanos, precisamente por el ejemplo dado por la Ford, fue imitado por otras entidades de cooperación. El aporte del International Development Research Center de Canadá, de la Swedish International Development Agency de Suecia, de fundaciones alemanas y de ONG desde Países Bajos, Bélgica y Francia fueron en esta línea.

Una manera de ayudar a los científicos sociales del país perseguidos por la dictadura fue organizar “seminarios” en Argentina en los que invitaba a científicos chilenos a asistir, y se transformó en una manera eficaz para sacarlos del país. Más adelante se impulsaron programas organizados por el World University Service (WUS) de Canadá e Inglaterra (WUS) para que pudieran regresar a sus países cuando ello fuera posible. Un ejemplo de esto es lo que hizo el Reino Unido. En 1973 la ministra de Cooperación de la época, Judith Hart, aprobó un importante programa de cooperación con el gobierno de Salvador Allende. Luego del golpe, el gobierno británico decidió que dichos recursos se destinaran a generar becas de posgrado para que chilenos pudiesen continuar sus estudios en Inglaterra. Fue un programa de enorme significación. Con posterioridad, otro científico social tan distinguido como Kalman Silvert, el inglés Dudley Sears, impulsó un programa de retorno de aquellos chilenos que querían integrarse a la investigación local. En 1978, cuando pude regresar a Chile para trabajar con Naciones Unidas, Dudley me pidió que organizara una filial del WUS en Chile para apoyar el regreso de los científicos sociales para ejercer en su patria. Muchos de los que volvieron con el apoyo inicial del WUS pudieron continuar hacia finales de 1970 gracias a las ayudas que se daban desde la Fundación Ford. Fue un esfuerzo conjunto que se hizo desde distintos ángulos, en los que la presencia, el pensamiento y la acción de Kalman Silvert fueron determinantes.

Muchas veces he pensado que cuando se habla de casos relativamente exitosos de algunos países en la etapa postdictadura, en gran medida se debió al interés que tuvo Kal Silvert en recuperar la democracia, lo que impactó de manera positiva en las transiciones de los 80 y 90 en América Latina. Kal Silvert entendió la necesidad de mantener un pensamiento social en condiciones tan difíciles para ayudar a reflexionar en cómo prepararse para la etapa postdictadura, lo que se materializó en la influencia de los científicos sociales en los

distintos procesos de transición latinoamericanos. Basta observar los gabinetes de la transición democrática en los que se encuentran a tantos que participaron de los encuentros que organizaba Kalman Silvert u otros científicos sociales que, como él, entendieron que su compromiso con la ciencia era también un compromiso con los derechos humanos para que esta pudiese seguir floreciendo. ¿Habría algo de esto en las raíces mismas de Kal Silvert? ¿Habría algo de esto en la forma en cómo él se aproximaba a lo que habían sido los horrores de la Segunda Guerra Mundial?

Le debemos mucho a Kalman Silvert y también a su recepción siempre afectuosa en su departamento en el Village. Allí, pienso, fue uno de los primeros en transformar esos viejos departamentos en un loft amplio y grande, derribando muros. Es que eso sabía hacer Kal Silvert: derribar los muros de la intransigencia para que pudieran fluir, a través de sus escombros, las ideas que germinan en pensamiento. Tenía la convicción de que era posible, gracias al pensamiento, mejorar a las sociedades, y que la persona de acción tiene que tener primero un conjunto de ideas para llevar a cabo dicha acción. Sin ideas, la acción es estéril. Su empuje para crear la Latin American Studies Association es una consecuencia de dicha convicción al tener como misión acercar ideas, conceptos, políticas entre el Norte y el Sur de este hemisferio americano. Y tenía razón.

Creo que todos tenemos una deuda con él: tanto los intelectuales como los *practitioners* porque fue un intelectual en el gran sentido de la expresión, aquellos que dejan huella por su pensamiento y por su capacidad de enfrentar el momento histórico con una lucidez fascinante justo cuando sobre esta América Latina asolaban las dictaduras. Gracias a él la Ciencia Social reivindicó su rol relevante para recuperar la democracia y, luego de ello, para que con la democracia recuperada se desarrollaran políticas sociales sensatas y que tuviesen como centro la dignidad del ser humano. Después de todo, ese fue el gran mensaje de Kal Silvert, que el conocimiento sirviera para lograr que todos los seres humanos seamos iguales en dignidad.

Las contribuciones de Silvert. Un legado de amplio alcance

Abraham F. Lowenthal y Martin Weinstein

Kalman Hirsch Silvert (1921-1976) fue un eminente académico, profesor universitario y líder de la generación pionera de sociólogos y politólogos estadounidenses que se especializó en Latinoamérica durante los años de la Guerra Fría. Publicó once libros sobre temas que abarcan desde el sistema político de Guatemala hasta la naturaleza y el futuro de la democracia, la educación y el cambio social, el nacionalismo, el rol cambiante de la religión y de las instituciones religiosas. Escribió muchos ensayos agudos sobre historia, política, cultura, instituciones de América Latina y la dinámica de las relaciones interamericanas. Muchos de esos trabajos están reunidos en su clásica obra *The Conflict Society* [*La sociedad problema. Reacción y revolución en América Latina*] y otros se publicaron en *Essays in Understanding Latin America* [*Ensayos para comprender América Latina*].

Los escritos de Silvert, la estrecha relación que mantuvo con sus pares, especialmente con científicos sociales de América Latina, así como la poderosa influencia que ejerció en la Fundación Ford, desde ella y a través de ella, lo llevaron a convertirse en un pilar esencial de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos y en toda América. Fue uno de los principales arquitectos de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA, por su sigla en inglés), donde trabajó codo a codo con Howard Cline, de la Biblioteca del Congreso de

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 7-13. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

Estados Unidos, Bryce Wood, del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales, Richard Morse, de la Universidad de Yale, y Richard N. Adams, de la Universidad de Texas. Juntos elaboraron los objetivos, los estatutos y los procedimientos de LASA, y consiguieron el apoyo necesario para lanzar la asociación en 1966, con Silvert como su primer presidente. Kalman Silvert fue un puente clave, constructor de comunidades entre los científicos sociales de América Latina y el Caribe y sus pares de Estados Unidos.

Durante sus años en la Fundación Ford, Silvert contribuyó a garantizar el indispensable apoyo a cierto número de instituciones independientes dedicadas a las Ciencias Sociales que llevaban adelante investigaciones críticas en América Latina en épocas de represión autoritaria. Esos centros ayudaron, por una parte, a preservar y fortalecer los valores de los derechos humanos individuales y de los gobiernos democráticos; por otra, a formar una generación de académicos y profesionales. También proveyeron refugios para intelectuales latinoamericanos exiliados de sus países de origen, muchos de los cuales se convirtieron posteriormente en líderes de la reconstrucción democrática en la región.

Silvert mantuvo un intercambio intelectual ininterrumpido con académicos activistas, en su mayoría latinoamericanos. Numerosos de esos científicos sociales reconocieron que los diálogos que habían mantenido con él los ayudaron a transitar del marxismo rígido a una profunda apreciación de los valores e instituciones de la democracia. A cambio, Silvert también aprendió de ellos, en especial acerca de los obstáculos estructurales para el desarrollo de América Latina y del rol a menudo dominante de Estados Unidos en la región. Sobre todo, fue un extraordinario maestro y mentor, cuyas enseñanzas, consejos y ejemplo inspiraron y determinaron las carreras profesionales de muchos, incluidos los autores que colaboraron con esta obra.

En cada congreso internacional de LASA, cuando se otorga el Premio Kalman H. Silvert a quienes han contribuido durante toda su vida a los estudios latinoamericanos, se reconoce la figura de Silvert. Hasta el presente, unos veinticuatro académicos destacados de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa han ganado el premio, la más alta distinción de LASA, que vincula para siempre el nombre de Silvert con los mayores logros en el esclarecimiento de las realidades de América Latina y del Caribe. Sin embargo, pocos de los más de doce mil miembros de LASA saben hoy quién fue Kalman Silvert, cómo ganó su reconocimiento o cuán relevantes son sus múltiples contribuciones a los temas, desafíos y oportunidades contemporáneas. En efecto, las referencias recientes a las contribuciones académicas de Silvert son escasas.

Los estudios latinoamericanos se fueron desarrollando gracias al trabajo de las nuevas generaciones de académicos, cada una de ellas más profundamente arraigada en una disciplina específica que la generación de expertos en estudios de área a la que pertenecía Silvert. Las contribuciones de Kalman Silvert al desarrollo de la disciplina y al fomento de las instituciones, tanto en la Fundación Ford como en otros ámbitos, solo son conocidas por un número cada vez menor de personas que las experimentaron de primera mano. Sus reflexiones

sobre las fortalezas y debilidades de la democracia y el rol de la educación y del cambio social son, en cierto sentido, más relevantes hoy que cuando las escribió, pero en muy contadas ocasiones se alude a ellas. Solo sus viejos colegas recuerdan todavía las características inigualables de la gran personalidad de Kal Silvert y el carisma que irradiaba en tantos contextos diferentes.

Esa brecha entre la importancia de Silvert para la construcción de los estudios latinoamericanos y el escaso reconocimiento de su influencia perdurable motivó este libro. Lo elaboramos, en parte, por el profundo respeto y aprecio hacia nuestro mentor, pero también porque creemos que su vida y su trabajo aportan ideas relevantes y una gran inspiración que pueden ayudar a LASA y a sus miembros en sus propias contribuciones durante los próximos cincuenta años.

Como lo sugieren los capítulos de esta obra, la trayectoria de Silvert continúa siendo fundamental para los latinoamericanistas de hoy en día, pero también para todos los estudiantes que aspiran a una carrera en asuntos internacionales. Silvert consideraba el mundo ampliamente, en sus dimensiones políticas, económicas, culturales e históricas, y su trabajo fue multidisciplinar mucho antes de que ese enfoque se pusiera de moda. Entendió que los individuos están formados por valores. Por lo tanto, buscó discernir y tomar en cuenta los valores de estudiantes, colegas, líderes políticos y grupos sociales. Elogió los que eran empáticos, democráticos y humanistas, así como confrontó los valores egoístas, explotadores, autocráticos o que racionalizaban el mal.

Kalman Silvert estableció relaciones profesionales con muchos de sus pares, incluso con quienes no estaba de acuerdo en cuestiones teóricas o políticas. Fue capaz de ejercer la autoridad aun cuando carecía de los soportes formales del poder, con argumentos persuasivos y desarrollando una red de aliados. Más que en proporcionar consejos explícitos, su enseñanza se basó en plantear preguntas inquisitivas que finalmente otros respondían por sí mismos. Sostenía que Estados Unidos podía defender mejor sus legítimos intereses nacionales mediante la aplicación de una política exterior que tuviera en cuenta y respetara los intereses subyacentes de otros países y pueblos. Aunque era un investigador y académico de gran trayectoria, sabía que su contribución a largo plazo dependía en gran medida de aquellos a quienes enseñaba, inspiraba y asistía en el desarrollo de sus propias carreras.

Las lecciones que emergen de esta obra se relacionan con cada parte del legado de Kalman Silvert. Enseñan cómo ejercer liderazgo en tanto pensador, maestro, mentor, profesional, analista, consejero, forjador de cambios, colega, amigo y ciudadano, movilizandolos todos los talentos propios en prosecución de objetivos nobles.

Una breve reseña biográfica

Kalman Silvert nació el 10 de marzo de 1921 en Bryn Mawr, Pensilvania. Obtuvo todos sus títulos en la Universidad de Pensilvania. Durante la Segunda

Guerra Mundial, específicamente entre 1942 y 1945, prestó servicio en una unidad de Inteligencia de la Fuerza Aérea de Estados Unidos en el norte de África, donde puso en práctica sus conocimientos de suajili y árabe. Había comenzado sus estudios de Antropología en la misma casa de estudios, pero terminó la maestría y el doctorado en Ciencias Políticas después de la guerra. Distinguido con una beca Penfield para hacer el trabajo de campo del doctorado en Chile, Kalman escribió su tesis en la Corporación de Fomento a la Producción (Corfo) de ese país.

Tiempo después, Silvert repetía que se había convertido en latinoamericanista en parte porque su departamento en la Universidad de Pensilvania quería librarse de él. Era el mejor estudiante graduado y la tradición indicaba que, como tal, la universidad debía contratarlo como profesor, pero su condición de judío dificultaba el nombramiento debido al prejuicio antisemita que reinaba en ese momento. Si bien la decisión de centrarse en América Latina no fue completamente suya, Silvert sintió una conexión inmediata y profunda con la región.

Entre 1948 y 1960 enseñó en la Universidad de Tulane, con frecuentes períodos de investigación en América Latina, tanto en el Cono Sur (especialmente en Chile y Argentina) como en América Central (sobre todo en Guatemala). En los primeros años de ese período comenzó su vinculación con American Universities Field Staff (AUFS), primero como miembro y luego como director de estudios. El puesto en AUFS le otorgó tiempo y recursos para permanecer por largos períodos en América Latina, lo que enriqueció su investigación y amplió sus conexiones. Ese lapso también permitió a Kalman y a su esposa, Frieda, llevar a cabo una extensa terapia física para su hijo mayor, Henry, que había sufrido heridas muy graves por un accidente automovilístico en México.

En 1962, Silvert asumió como profesor de Ciencias Políticas en el Dartmouth College. Muchos de sus discípulos, incluso algunos que participan en este libro, comenzaron allí sus estudios latinoamericanos bajo su influencia. Durante ese tiempo en Dartmouth, Silvert siguió manteniendo su rol de liderazgo en AUFS y, a partir de 1959, cuando ayudó como consultor a articular y diseñar el nuevo programa de la Fundación Ford para la región, se convirtió en un asesor influyente de esta.

Se mudó a Nueva York en 1967 para asumir como asesor en Ciencias Sociales para la Oficina de Washington para Asuntos Latinoamericanos y del Caribe de la Fundación Ford. Durante esos años, tuvo una decisiva influencia en los programas y becas en América Latina y, finalmente, ayudó a reconstruir los enfoques de la fundación sobre Asia y África. Fue nombrado profesor de política en la Universidad de Nueva York, donde dirigió el Centro Iberoamericano y organizó legendarias reuniones en su amplio apartamento cercano al campus.

Durante su estadía en Nueva York, Silvert participó activamente en el Consejo de Relaciones Exteriores (CFR, por su sigla en inglés), en la Asamblea Americana, en la Institución Brookings, en el Center for Inter-American Relations, en la Comisión sobre las Relaciones entre Estados Unidos y América Latina (la Comisión Linowitz), en el Consejo de Investigación de

Ciencias Sociales (SSRC, por su sigla en inglés) y en LASA. Quizás lo más importante es que Silvert asumió un papel de liderazgo en la Fundación Ford, en el SSRC y en otras instituciones durante el período de represión autoritaria en muchos países de América Latina, y fue así cómo salvó a intelectuales de esa región, ayudó a algunos a desarrollar centros de investigación independientes en sus propios países y colocó a otros en puestos en el exterior. Se involucró intensamente en el rescate de colegas argentinos de la brutal represión posterior al golpe de Estado de marzo de 1976, así como en la ayuda a académicos de todo el Cono Sur. En 1976, Silvert sufrió un ataque cardíaco fatal cuando volvía de su querido hogar de Vermont a Nueva York para continuar con ese trabajo de rescate.

Una nota personal

Tanto Weinstein como Lowenthal tuvieron el privilegio de conocer a Kal y a Frieda Silvert, de gozar de su amistad y sus enseñanzas. En 1967, Weinstein estaba trabajando en la Ciudad de México sobre su tesis de maestría para la Universidad de Nueva York cuando se encontró con Kal Silvert por primera vez. Se había enterado de que este se mudaría a Nueva York en otoño para asumir su cargo en la universidad y en la Fundación Ford. Durante el encuentro en las oficinas de la fundación, Silvert se mostró muy parco acerca de lo que Weinstein comentaba sobre su tesis y sus planes de convertirse en un latinoamericanista. Tiempo después, Weinstein sentía que se había esforzado demasiado en impresionar al maestro.

Pero cuando asistió a las primeras clases de Silvert en la NYU, se dio cuenta rápidamente de lo poco que sabía. Silvert accedió a ser su director de tesis y lo alentó a que fuera a escribir a Uruguay. Cuando Weinstein comenzó su carrera como profesor en la Universidad William Paterson, se acercó más a Kal como amigo y joven colega. Recuerda con cariño sus conversaciones —a veces, en las reuniones del apartamento de Silvert— sobre temas que abarcaban desde la política de Estados Unidos hasta la situación cada vez más terrible en el Cono Sur y el estado general de las Ciencias Sociales. Después de la muerte de Kal, Weinstein estrechó su amistad con Frieda y sus hijos.

Como el fallecimiento de Silvert había dejado un vacío en el programa de posgrado en la NYU, Weinstein recibió la propuesta de hacerse cargo de algunos de sus cursos. Asumió esa tarea durante más de dos décadas, siempre pensando en el estilo de enseñanza de Kal, en su erudición, su ética y su humor. Aún hoy, esas cualidades continúan inspirándolo.

Por su parte, mientras Lowenthal hacía un curso intensivo de español en Harvard, en el verano de 1963, para poder profundizar sus estudios sobre América Latina, asistió a una clase de Silvert sobre el gobierno y la política de esa región. Conversaron luego en numerosas oportunidades y comenzaron una larga relación de mentor-estudiante que continuó cuando se convirtieron en colegas en la

Fundación Ford, en el Consejo de Relaciones Exteriores (al que Silvert nominó a Lowenthal como miembro) y en la Comisión Linowitz en 1975-1976.

Lowenthal recuerda vívidamente muchos encuentros con Kal, como un largo paseo durante su primer día en Buenos Aires, en el que Silvert le enseñó las vistas y los barrios que más le gustaban, una cena apasionante en su casa de Vermont, un seminario y comida en Princeton, y las sesiones de la Comisión Linowitz, incluyendo una en la que Kal había intervenido para atender de urgencia a Samuel Huntington, quien acababa de sufrir un ataque diabético. También rememora numerosas conversaciones sobre los programas de la Fundación Ford, la política en América Latina y las relaciones interamericanas. En 1976, Lowenthal consultó a Silvert para proponer la creación del Programa Latinoamericano en el Woodrow Wilson Center. Se habían citado en Nueva York a mediados de junio para desarrollar el proyecto en detalle, pero lamentablemente Kal falleció unos días antes de la reunión. Menos de dos semanas después, el Comité Económico Mixto del Congreso de los Estados Unidos llamó a Lowenthal para sustituirlo en las audiencias.

Reproducimos aquí parte del testimonio de Lowenthal:

Kal proveyó datos con significado, relacionó las estadísticas con las personas y vinculó la política con la economía. Informó acerca del lamentable estado de la democracia en toda América y teorizó sobre las razones de la crisis de la democracia en todas partes. Consideró las consecuencias e implicancias profundas para los Estados Unidos de los recientes acontecimientos en América Latina... Kal era una autoridad en muchos países de la región y podía hablar español con la mayoría de sus diferentes acentos.

Conocía y sentía la política de la región profundamente y con una agudeza que pocos pudieron lograr. Como teórico social, Kalman Silvert aprendió de sus análisis sobre la construcción de naciones en América Latina mucho de lo que también demostró ser relevante para los problemas de la democracia en los Estados Unidos, y en tanto maestro inspirador, entrenó a toda una generación de académicos para que plantearan preguntas significativas, sondearan, practicaran la empatía y se centraran siempre en la conexión entre la teoría y los datos.

Como autoridad innovadora y creativa de la Fundación Ford, Kalman Silvert hizo más que cualquier otro individuo por fortalecer la capacidad de los científicos sociales y de las instituciones de ciencias sociales latinoamericanas para que lleven a cabo su trabajo en circunstancias muy difíciles. En su rol de primer presidente de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, trabajó con académicos de múltiples disciplinas y de muy diversos países para forjar una profesión imbuida de normas y estándares, tanto académicos como éticos.

Sobre todo, Kal fue un ser humano único, cálido y empático que fusionó sus intereses profesionales y personales en un todo coherente, una

persona que trabajó con empeño hasta los últimos días de su vida para salvar a víctimas de la represión en Argentina, así como antes había ayudado a muchos otros en situaciones problemáticas. Extrañamos a Kalman Silvert más de lo que imaginamos.

Este libro expresa nuestra convicción acerca de la enorme vigencia que tienen aún hoy los compromisos y las contribuciones de Kalman Silvert. En efecto, debemos destacar cómo, casi medio siglo después de su muerte, resuenan tan ampliamente en la región y en el mundo sus preocupaciones por la naturaleza de la democracia, los peligros del populismo, la vitalidad de las instituciones, el carácter imprescindible de la empatía, el valor de las perspectivas multidisciplinarias y multiculturales, así como la crucial importancia de los derechos humanos fundamentales. Esperamos que los capítulos de esta obra ayuden a las generaciones presentes y futuras, tanto de académicos como de estudiantes universitarios, a abordar nuevas perspectivas inspiradas en el legado de Kalman Silvert.

La erudición inquisitiva y comprometida de Silvert

Christopher Mitchell

Durante un período de casi veinticinco años, Kalman H. Silvert produjo un corpus de estudios sobre política, especialmente del continente americano, que se reveló diverso en temas y enfoques geográficos, así como empírica, teórica y éticamente inquisitivo. Examinó cuidadosamente los indicios que permitían explicar las sociedades desde el Cono Sur hasta América Central y el Caribe. La producción académica de Silvert se destacó por la coherencia de sus términos y por su desarrollo acumulativo.

El presente capítulo es una reseña de nueve de los principales libros —o colecciones de ensayos— de Silvert, que sigue aproximadamente el orden de publicación. Esos textos abordan desde análisis detallados de las leyes y políticas guatemaltecas de los años 50 hasta críticas mordaces a los líderes políticos de Estados Unidos en la era del Watergate. A través de ellos, Silvert presentó un modelo coherente de las operaciones de poder en las sociedades de América Latina, junto con una explicación clara de cómo y por qué las políticas latinoamericanas difieren de sus análogos en otras áreas culturales del mundo. Aportó además conocimientos de valor perdurable sobre las relaciones interamericanas, así como también un conjunto de normas éticas para orientar la formación superior y la educación cívica. El análisis concluye con la descripción de

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 15-38. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

algunas de las formas en que la erudición, los valores y las numerosas actividades organizativas de Silvert ayudaron a fortalecer la investigación en Ciencias Sociales y el intercambio intelectual en América.

La erudición inquisitiva de Silvert

A study in government: Guatemala [*Un estudio de gobierno: Guatemala*], obra que se originó en un año de investigación de campo (1952-1953), trata sobre “la organización y el funcionamiento del gobierno guatemalteco y [...] lo que implican las razones de ese funcionamiento” (Silvert, 1954, p. ix).¹ Es un texto conciso, que comienza con un análisis de la revolución de 1944 en Guatemala; luego retrata tanto los poderes ejecutivo, legislativo y judicial como los partidos políticos a nivel nacional.

Una de las tesis centrales de ese libro, presentada como un marco claro pero no incuestionable, es que la nación centroamericana experimentaba una “occidentalización creciente”. Silvert escribe: “Guatemala ha adoptado el nacionalismo, como en todas partes, como un valor que ayudará a ganar cohesión social interna y permitirá al gobierno operar externamente como una unidad más poderosa” (pp. 92-93). En páginas anteriores, había definido el nacionalismo como “un valor social que eleva a una posición suprema la lealtad al Estado” (p. x).

Una segunda afirmación en el libro, relacionada con lo anterior, se refiere al régimen que se estableció allí durante una década, tras el derrocamiento del dictador Jorge Ubico en 1944. Silvert escribe que “detrás de la revolución [había] tres aspiraciones fundamentales [...] mayor libertad de elección social, nacionalismo [y] mecanismos democráticos” (p. 28). Aunque el gobierno que reemplazó a Ubico no fue democrático —continúa—, sus vínculos con políticos e ideas de izquierda no constituían su esencia, y “la legislación que se adoptó fue en gran medida políticamente neutral” (p. 93).

A study in government: Guatemala puede considerarse una obra de transición en cuanto a la forma y al método de las Ciencias Políticas, pues va más allá del enfoque convencional de esa época sobre las disposiciones constitucionales para analizar el comportamiento político, y utiliza diversos datos y herramientas. El análisis constitucional de Silvert tuvo una mirada más crítica de lo que se acostumbraba durante los años 50 en los estudios políticos de América Latina. A través de un examen detallado de las disposiciones de la constitución de Guatemala de 1945, buscó entender las intenciones de los líderes revolucionarios (o reformistas), no solo reseñar el texto. Durante la investigación, leyó los extensos debates que mantuvieron los redactores del documento fundacional

¹ Traducción propia. En adelante en la presente obra, todas las citas son traducciones propias (N. de la T.).

y entrevistó a quince miembros de la Asamblea Constituyente. El libro está salpicado de datos duros sobre población, divisiones étnicas, representación partidaria en el congreso, datos del producto bruto nacional y presupuestos gubernamentales. Silvert utilizó incluso la abundante literatura antropológica existente sobre la sociedad guatemalteca, y la criticó por no distinguir adecuadamente entre grupos culturales urbanos y rurales, ni entre mestizos e indígenas (pp. 61-63).

Casi una tercera parte del texto está consagrada a la estructura y a problemas de los gobiernos departamentales y locales, algo muy inusual en los estudios políticos de América Latina incluso hoy. Aunque gran parte de ese material provee datos escuetos sobre números y salarios de los funcionarios elegidos, las relaciones mestizo-indígenas y veredictos judiciales menores, Silvert encontró además evidencia local de actividades sindicales e intentos de reformas agrarias “destinados a fomentar [...] el nacionalismo” (p. 61). Comprometido con una búsqueda empírica determinada, realizó investigaciones en los seis municipios —algunos de los cuales estaban muy aislados— que se incluyeron como casos de estudio.

Silvert estableció objetivos ambiciosos para sus análisis de la política guatemalteca. El prefacio del libro anuncia un “propósito [...] de considerar la información de la materia en su conjunto y tratar de abordarla como problemas de gobierno, relacionados con cuestiones generales a las que se enfrentan los estudiantes de política en todas partes” (p. ix). No estableció generalizaciones basadas en un solo caso, sino que propuso categorías comparativas y relaciones para que pudieran ser comprobadas por medio de investigaciones, políticamente orientadas, en “áreas subdesarrolladas”. En menos de una década, organizó una especie de proyecto a escala global que fue publicado como libro, *Expectant Peoples. Nationalism and Development* [*Nacionalismo y política de desarrollo*].

El libro de Silvert de 1954 subestimó notablemente el poder político latente de las fuerzas sociales conservadoras en Guatemala que incluían a terratenientes, inversores extranjeros y elementos de las Fuerzas Armadas. Describía el principal partido político que se oponía al presidente Jacobo Árbenz como aislado e inepto, “que soñaba con un rescate dramático y hollywoodense a cargo de los Marines” (p. 55). Aunque Silvert señaló “la ausencia total de datos relevantes al respecto”, pensó que el ejército de Guatemala era reacio a volverse contra Árbenz debido al adoctrinamiento posterior a 1945, la mejora de salarios y beneficios y la movilización de nuevas organizaciones a favor del régimen (p. 30). Sin embargo, una carga de responsabilidad mucho mayor recae en los políticos estadounidenses. Un mes después de la finalización del manuscrito de Silvert (y probablemente antes de su publicación), estos ayudaron a provocar el derrocamiento de Árbenz patrocinando una invasión fronteriza desde Honduras y El Salvador, después de lo cual, el ejército guatemalteco abandonó a Árbenz. Los funcionarios de Washington podrían y deberían haberse informado mucho mejor antes de embarcarse en una de las intrusiones políticas más funestas del siglo xx, cuyos efectos negativos todavía resuenan en la actualidad.

A fines de la década de 1950, Silvert vivió en Chile durante aproximadamente un año y luego en Argentina por un período similar, como corresponsal de AUFS. El personal de campo era subvencionado por una coalición de universidades y facultades de América del Norte. Los académicos y periodistas enviados por AUFS a naciones de diferentes continentes presentaban, aproximadamente cada tres semanas, cartas sobre “acontecimientos actuales” en sus respectivos países de residencia. Esos textos, a veces extensos, se duplicaban y se distribuían ampliamente a través de una filial del AUFS en Estados Unidos, y más tarde se volvieron a imprimir en volúmenes encuadernados. En el marco de ese programa, entre agosto de 1956 y noviembre de 1957, Silvert publicó dieciocho cartas que sumaban 203 páginas desde Chile o a propósito de Chile y otras quince, con un total de 175 páginas sobre Argentina y la política regional, escritas en su mayoría en 1958 —algunas incluso en 1963— (AUFS, 1957 y 1966). Esas cartas ofrecen una lectura informativa y agradable. Para prepararlas, Silvert se sumergía con su habitual intensidad en una amplia gama de temas como la estructura social de Chile y las actitudes de los chilenos ante el estatus de clase, los protocolos para hacer ingresar productos de uso doméstico por la aduana chilena, la organización, política y pedagogía de la Universidad de Buenos Aires o las tensiones entre un empresario industrial y la firma estadounidense que había comprado su compañía. El tono de las cartas varía desde el analítico y serio hasta el informal, incluso jocoso, y algunas están ilustradas por bocetos y cuadros estadísticos dibujados a mano por el propio Silvert. Numerosas disciplinas forman parte de esa miscelánea, especialmente la sociología, la historia, así como también las ciencias económicas y políticas.

La cautela de Silvert al evaluar los datos, su escepticismo ante conceptos asimilados sin cuestionamientos o escenarios apocalípticos y la minuciosidad de su razonamiento para llegar a una conclusión (que por momentos parece pura complejidad) están presentes de manera abundante en las cartas de AUFS. A veces, se deleitaba sumergiendo a sus lectores directamente en los intrincados detalles de los datos “crudos”. Reprodujo los pormenores del complejo sistema D’Hondt de representación proporcional que se utilizaba en Chile, explicando los resultados contrarios al sentido común e incluso algo perversos que podía producir. En una carta de treinta y cuatro páginas, tradujo un extenso discurso de un general argentino prodemócrata, al que agregó cuarenta y siete notas al pie con referencias históricas y asuntos políticos sutilmente codificados que le habían permitido al oficial expresar su mensaje principal. En un largo y llamativamente amable intercambio de cartas con el director del grupo de asesoramiento económico de la Universidad de Chicago en la Universidad Católica de Chile, Silvert se mantuvo firme como defensor de las políticas de sustitución de importaciones de Chile (aunque culpó también a los políticos nacionales por combinar la protección arancelaria con el monopolio local, lo que tendía a elevar los precios para el consumidor).

Un crítico actual enamorado del rigor académico bien podría ridiculizar las cartas de Silvert para AUFS como un excelente ejemplo de la metodología de la

“inmersión e investigación”, es decir, una colección supuestamente asistemática de datos aleatorios en una búsqueda vana de generalizaciones significativas. Sin embargo, Silvert era muy sistemático; reunió información de al menos media docena de temas inherentes al campo de la política: poder y estatus de clase, partidos, elecciones, educación superior, políticas de fomento de la industrialización e intervención militar. Durante su estadía sumamente activa en el Cono Sur, desarrolló además teorías de generalización y síntesis que le sirvieron de base durante las dos décadas siguientes.

El modelo de competencia entre partidos políticos y grupos de interés en América Latina desarrollado por Silvert es un excelente ejemplo de su sistematicidad. En una carta titulada “Elections, Parties and the Law” [Elecciones, partidos y la ley], describió detalladamente la variedad de los diecisiete partidos que compitieron en las elecciones legislativas chilenas de ese año (AUFS, 1957). La carta organizaba los partidos políticos rivales en una única escala, que básicamente iba de derecha a izquierda. En 1961, un ensayo breve y más teórico afirmó que los partidos y grupos de interés de América Latina tienden a competir en *dos* escalas de derecha-izquierda, que se distinguen entre sí por la “cuestión básica de quién es modernista o tradicionalista, los dos grandes universos del pensamiento político en América Latina” (“Political Universe of Latin America” [Universo político de América Latina], AUFS, 1956, p. 3). Evidentemente, Silvert había elaborado y profundizado su teoría a medida que reflexionaba sobre los datos de su trabajo de campo. Continuó utilizando este revelador modelo de dos escalas, que abarcaba dimensiones tanto tradicionalistas como modernas, hasta sus últimas —póstumas— publicaciones.

Otro ejemplo del uso de datos variados por parte de Silvert como camino hacia perspectivas perdurables lo proporciona el ensayo de AUFS con el que concluyó su año de estadía en Chile, titulado “Coda”. Para resumir sus percepciones basadas en la investigación de la política y la sociedad chilenas, se inspiró en un texto (originalmente relacionado con el Caribe y América Central) de Aldous Huxley. El escritor británico había enfatizado la irrevocabilidad y el padecimiento, así como los beneficios, del salto de cualquier sociedad de la tradición a la modernidad. En su libro de viajes *Beyond the Mexique Bay* (1934) [*Más allá del Golfo de México*], Huxley escribió:

El avance del primitivismo a la civilización, de la simple sangre a la mente y al espíritu es un progreso cuyo precio es fijo, no hay descuento ni aún para los compradores más hábiles [...] Cuando el hombre se convirtió en un ser intelectual y espiritual pagó sus nuevos privilegios con un tesoro de intuiciones, de espontaneidad emocional, de sensualidad aún privada de autoconciencia. [...] en la práctica es psicológicamente imposible devolver los nuevos privilegios o contentarse con el primitivismo que se pagó por ellos. [...] La servidumbre humana es, en las palabras de Spinoza, el precio de la libertad humana. Las ventajas del primer estado (y la servidumbre humana) son incompatibles con las del

segundo. Debemos contentarnos con pagar y seguir pagando indefinidamente el precio sin descuento de las mercancías que elegimos (cita extraída de “Coda”, AUFS, 1957, p. 4).

Para Silvert, “el precio sin descuento” para el “el intelecto y el espíritu” significa que los individuos deben *ser* “intelectuales y espirituales” (“Coda”, AUFS, 1957, p. 5, subrayado de Silvert). Al relacionar esas ideas con Chile, destacó:

Si tengo una impresión clara y elevada, es la de que los chilenos viven en una sociedad desgarradora, perversa. (p. 3) [...] A mi modo de ver, Chile está en una crisis de valores y no de instituciones. La sociedad como tal no está organizada para pagar el precio del progreso por el que entregó un anticipo irrevocable. (p. 5) [...] [Las actitudes sociales chilenas reinantes] parecen demostrarme que ese anticipo, ese descarte de primitivismo, se hizo bien y en su totalidad, pero los pagos continuos quedaron en el olvido, muchos de los privilegios de la vieja situación de servidumbre humana todavía se aprecian (p. 7).

El lector puede percibir que, en esa carta, Silvert se esfuerza por extraer conceptos reveladores de una masa de información e impresiones. Además, al menos en dos publicaciones posteriores, volvió a la formulación de Huxley para describir el mecanismo y el costo de la transformación social. Esos fueron algunos de los frutos espinosos de su investigación del Cono Sur.

En las cartas de AUFS se agregaron tres hilos adicionales al tejido académico de Silvert, cada uno de los cuales combina interés empírico y habilidad analítica. Se convirtió en un observador bien informado de las Ciencias Sociales latinoamericanas gracias a su experiencia como académico y docente (esto último, al menos en Chile, Argentina y Uruguay). A fines de la década de 1950, seguía estando muy consciente de la siempre escasa existencia de datos confiables sobre la sociedad y sus cambios en los países de América Latina, lo que debilitaba la fortaleza institucional. Cuando evalúa la situación de Chile, escribe: “Con demasiada frecuencia, el trabajo en Ciencias Sociales en América Latina ha sido perentorio y forense. La formación de especialistas capacitados, la construcción de instalaciones adecuadas y la provisión de bibliotecas respetables, todo lo cual está bastante avanzado en Chile, son los signos más esperanzadores en un país que sabe poco de sí mismo de manera sistematizada” (“Truancy and Illiteracy: Chilean Sociology Moves towards Quantification” [Ausentismo y analfabetismo: la sociología moderna avanza hacia la cuantificación], AUFS 1957, p. 5). Luego de un extenso estudio político, pedagógico e intelectual sobre la Universidad de Buenos Aires, solo Historia emergió de su descripción como una disciplina con una presencia sólida y bien organizada en Argentina. Las Ciencias Políticas apenas existían, escribió, y aunque algunos estudiosos de las Ciencias Sociales publicaron extensamente bajo circunstancias difíciles, se recopilaron pocos datos originales y

gran parte de la literatura específica (quizás demasiado abundante) era simplemente especulativa (“Other People’s Classrooms” [Aulas de otros], AUFS 1957, pp. 7-8).

Silvert también mostró un dominio creciente de los temas internacionales y ofreció un enfoque sobre las relaciones interamericanas que tomaba en cuenta la política local, la sociedad y el “tablero de ajedrez” de las rivalidades entre Estados (“The Meeting of North and South: Comments on Problems of Hemispheric Relations” [La reunión del Norte y del Sur: comentarios sobre los problemas de las relaciones regionales], AUFS 1966, p. 1). Ese ensayo, escrito en 1961, incluye una visión profética de la posibilidad de regímenes severos que no aparecieron sino hasta cinco años después:

El peligro de no vincular el desarrollo social, político y económico es la probabilidad de que el fortalecimiento unilateral de los factores económicos lleve a imponer una fuerza política mayor de lo que América Latina nunca ha sido capaz. La represión, si es “exitosa”, nos dará autoritarismos de derecha; si “fracasa”, tendremos autoritarismos de izquierda. En cualquiera de esos casos, las decisiones locales afectarán profundamente las relaciones regionales (p. 8).

Finalmente, Silvert propuso un relato conciso de las relaciones a menudo tensas entre las disciplinas de las Ciencias Sociales y los estudios regionales. En un panel de la convención de 1963 de la Asociación Estadounidense de Ciencias Políticas (APSA por su sigla en inglés), sostuvo que los especialistas en estudios regionales no pueden recopilar datos sin teorías que los guíen, y que las teorías académicas que nunca han sido expuestas a los datos de las áreas subdesarrolladas no pueden considerarse científicas. “La moraleja no es solo que no podemos estar tan separados como se advierte, sino también que seguimos necesitándonos mutuamente”, observó. (“Area Studies and Subject Areas: A Comment on Specialists, Generalists, and Disciplinarians in Foreign Area Studies” [Estudios regionales y áreas temáticas: Un comentario sobre especialistas, generalistas y autoridades en estudios regionales extranjeros], AUFS 1966, p. 4).

El mismo año en que habló en APSA, Silvert publicó el libro *Expectant Peoples: Nationalism and Development* [Nacionalismo y política de desarrollo] (1963), un gran esfuerzo por utilizar datos de la región con el fin de aclarar, probar y elaborar un concepto fundamental de la disciplina, el nacionalismo, vinculado con la política comparativa y las relaciones internacionales. Los doce colaboradores de ese libro de casi quinientas páginas fueron corresponsales de AUFS, quienes se basaron en una profunda experiencia en África, Asia, Medio Oriente y América Latina. El objetivo principal de *Expectant Peoples...* era “ver los procesos de desarrollo completo a través de la lente de la formación del Estado nación” (p. 7). Al definir el nacionalismo como “la aceptación del Estado en tanto árbitro impersonal y último de los asuntos humanos” (p. 19), los autores describieron los diversos roles que estaba jugando esa actitud

social y política emergente (que tanto había impresionado a Silvert como una variable clave en Guatemala) en el escenario del desarrollo a escala global. En Arabia Saudita, por ejemplo, el nacionalismo se había afianzado solo diez años antes y, quizás debido a la ausencia de un pasado colonial, se lo percibió como moderado y “práctico” (p. 93). El nacionalismo indonesio, por su parte, en los cincuenta años previos, había pasado por las “fases de reproducción, autosuperación y autodestrucción”. El carisma y los símbolos nacionalistas del presidente Sukarno habían dejado a la nación “hechizada” (pp. 175-176). En Japón, un nacionalismo chauvinista impuesto por la elite en el siglo XIX había dado paso al desastroso ultranacionalismo del siglo XX. Los líderes políticos contemporáneos más conservadores buscaban combinar el nacionalismo con la democracia (pp. 398-426).

La introducción y la conclusión de Silvert para ese libro constituyen la elaboración más detallada de los significados del nacionalismo que haya publicado. Señaló que la literatura existente sobre el tema identificaba con claridad cuatro aspectos del nacionalismo: como concepto jurídico formal, como concepto simbólico (“lengua, vestimenta, hábitos de alimentación [...] símbolos de una herencia común”), como ideología y como valor social. Esta última faceta del concepto, que solía ser la más importante para Silvert, aparece descrita como “esa norma que define la lealtad a los conciudadanos y a los mandatos del Estado [...] consentimiento tácito [...] y el ‘sentimiento’ internalizado de comunidad nacional” (p. 18). “Lo que estamos sugiriendo —escribió— es que el nacionalismo como valor social ha sido hasta hoy la principal fuerza de cohesión dentro de cada sociedad moderna, y que su existencia en regiones subdesarrolladas es una parte necesaria del proceso de desarrollo” (p. 26).

Silvert reconoció que existen tensiones entre los diversos aspectos del nacionalismo, como el hecho de que la ideología nacionalista se usa para justificar el autoritarismo y, por lo tanto, para limitar el aumento de la empatía implícita en el nacionalismo como valor social (p. 32). En su contribución para *Expectant Peoples...*, un ensayo titulado “The Costs of Anti-Nationalism: Argentina” [Los costos del antinacionalismo: Argentina], Silvert argumentó que los valores del Estado nación argentino no tuvieron una aceptación completa en la población como para poder absorber las tensiones sociales provocadas por la industrialización y la movilización social (pp. 352-353). Parte de la responsabilidad fue del gobierno peronista (1945-1955), bajo el cual “la ideología nacionalista argentina se limitó en general a atacar a otros países [...] y a glorificar con un halo místico la nación, mientras que se dedicó poco a la tarea de asegurar la posición relativa del Estado como institución social suprema” (p. 364).

El “antinacionalismo” argentino, decía Silvert, fue un ejemplo del más generalizado modelo de “la práctica y el pensamiento político mediterráneos”, característico de Iberia y de algunas sociedades de América Latina. En esa configuración política, que incluye lo que Silvert llamó sindicalismo y falangismo, “una desconfianza innata en el Estado, sumada a la representación directa de

intereses económicos y laborales en el gobierno, destruyen la fuerza del partido, erosionan el pluralismo y niegan la grandeza arrolladora posible de la acción de la política ilustrada” (p. 359). Se trata de un régimen sindicalista, “una complicación de la idea del orden jerárquico de la sociedad medieval”, marcado por una simple e imperturbable relación entre el Estado y la sociedad, con solo seis u ocho “pilares institucionales creados para convertirse en fascas, por así decirlo, del tradicionalismo cuasi moderno” (pp. 359-360). Silvert revisó esta formulación muchas veces en sus escritos posteriores como un componente principal de su modelo de trabajo sobre la política interna de las naciones latinoamericanas. El falangismo, el sindicalismo y las formas gubernamentales relacionadas representaron proyectos para hacer que el sistema “tradicional” de competencia entre partidos se impusiera sobre el espectro “moderno” de los contendientes por el poder.

El ensayo final de Silvert en *Expectant Peoples...* cumple con eficacia las funciones centrales de sintetizar e invitar a la reflexión, propias de un texto para ese tipo de simposios. Si bien rechaza cualquier teoría rígida de “etapas” del desarrollo social, señala que los estudios reunidos ofrecían “al menos una confirmación parcial de que el proceso de desarrollo es un hecho social completo íntimamente relacionado con el surgimiento del Estado nación” (p. 428). Una “búsqueda [...] de la riqueza humana”, más allá del simple deseo de mayor riqueza, parecía impulsar la adopción del “desarrollo occidental” junto con el nacionalismo (p. 434). Curiosamente, Silvert también especuló acerca de la posible relación entre desarrollo (casi equivalente al nacionalismo) y libertad (que a veces implicaba prácticas democráticas). A partir de la evidencia que le proporcionaron los estudios de caso de esa obra, planteó la hipótesis de que, si bien el nacionalismo era probablemente “una condición necesaria, aunque insuficiente para la democracia”, la libertad suficiente para “tomar las decisiones necesarias más racionales” constituía “un requisito funcional para el desarrollo autónomo” (p. 435). Si la libertad/democracia se materializaba dentro de una nación, podía constituirse en un factor vital para prevenir el estancamiento o el fracaso del desarrollo.

The Conflict Society: Reaction and Revolution in Latin America [*La sociedad problema. Reacción y revolución en América Latina*] (tres ediciones: 1961, 1966 y 1968) es un trabajo muy significativo que puede subestimarse fácilmente. Todos los ensayos de ese libro son de Silvert. Muchos fueron publicados o circularon previamente y algunos son textos innovadores que no aparecen en ninguna otra parte. Ocho de los diecisiete capítulos se originaron como cartas de AUFS y se revisaron muy superficialmente; otro ensayo informa sobre una pequeña encuesta realizada para el estudio de Guatemala, y el último incluye la mayor parte del capítulo sobre Argentina que ya había aparecido en *Expectant Peoples...*, junto con algunos datos adicionales sobre los orígenes sociales de los líderes políticos argentinos. Los siete capítulos nuevos, más la elección y el orden de los textos más antiguos, trazan un arco analítico que constituye un momento importante en la evolución académica de Silvert.

Los dos primeros capítulos resumen la interpretación de Silvert de la dinámica política de América Latina, al tiempo que elaboran notablemente algunos puntos de vista anteriores sobre el arraigo del subdesarrollo latinoamericano en patrones históricos e intelectuales. Destaca el papel central que juega el nacionalismo, reitera su modelo de dos escalas de competencia intergrupual y contrasta las actitudes sociales modernas con las tradicionalistas. Volviendo a “lo que hace que América Latina sea única entre las áreas subdesarrolladas”, Silvert describe la región como “a efectos prácticos, una rama de la cultura occidental de la Baja Edad Media en proceso de adaptación al modernismo” (*Conflict Society...*, edición de 1966, pp. 6-7). Afirma que los líderes intelectuales y políticos latinoamericanos desempeñan papeles influyentes y, en comparación con otras regiones del mundo, inusuales en ese ajuste. Los relatos aceptados del desarrollo social y político mundial, según Silvert, asumían que los cambios económicos alteran los modelos laborales, modifican luego la jerarquía social y finalmente, los fenómenos políticos. Sin embargo, en América Latina, “una de las formas en que se ha producido el cambio social [...] es en la siguiente línea: cambio de ideología en Europa, su transmisión a América Latina y readaptación por parte de los intelectuales locales, traducción de las ideas en términos políticos, cambio en la institución política y, finalmente, un intento político de implementar políticas económicas y sociales” (p. 8).

Unas cien páginas más adelante, Silvert vuelve al tema de las funciones reales y potenciales de los intelectuales en las sociedades de América Latina. El principal vehículo para hacerlo fue el ensayo “*Ariel and the Dilemma of the Intellectuals*” [*Ariel* y el dilema de los intelectuales], originalmente presentado a AUFS en 1958. Ese capítulo estudia y explica el breve libro *Ariel* (1900), del escritor uruguayo José Enrique Rodó, un ataque a las ideas y valores norteamericanos que gozó de amplia difusión en América Latina. Silvert afirma que muchos intelectuales latinoamericanos no cuentan con el apoyo necesario de una sociedad nacional plenamente integrada y una cosmovisión que les permita contribuir a un discurso global en lugar de consumir simplemente algunas de las ideas generadas por las naciones ya desarrolladas. “Objetar [la sociedad estadounidense] no es suficiente”, agrega.

“Al intelectual latinoamericano politizado se le presenta claramente su tarea. Si quiere justificar la buena dosis de liderazgo y respeto que tiene ahora, debe empezar a hablar en términos de deseos *específicos*, programas *específicos* y capacidades *específicas*. Para hacerlo, necesita aprender técnicas de investigación que le permitan descubrir cuáles son las posibilidades de satisfacer lo que cree deseable. Debe abandonar su torre de marfil y ensuciarse las manos intelectuales, encontrar soluciones en sí mismo y en su sociedad” (p. 142, subrayado del original).

En un capítulo cuidadosamente razonado, “American Academic Ethics and Social Research Abroad” [Ética académica estadounidense e investigación social en el extranjero], Silvert pone en perspectiva el escándalo que se desencadenó cuando el “Proyecto Camelot” se dio a conocer en 1965. Camelot

era el trabajo de investigación con sede en la American University, en Washington DC, que buscaba potenciales causas de revueltas internas en al menos seis naciones latinoamericanas y especulaba sobre las opciones políticas para reorientar o controlar esas presiones. En un esfuerzo por lanzar ese ambicioso emprendimiento de 6 millones de dólares en Chile, un profesor estadounidense ocultó el financiamiento de Camelot por parte del Departamento del Ejército de Estados Unidos, una artimaña que falló de inmediato. América Latina vio en Camelot un intento de intervención antirrevolucionaria disfrazado de investigación social. El gobierno chileno protestó y el estudio comparativo se canceló.

Kalman Silvert analizó las causas más amplias y las lecciones del Proyecto Camelot. Afirmó que el telón de fondo era que América Latina había sido ignorada por mucho tiempo como área de estudio por parte de las universidades y de los académicos estadounidenses, justo cuando la región “se convirtió en un campo lucrativo y, por lo tanto, intelectualmente atrayente después de que la Guerra Fría llegó al Caribe” (p. 144). Sostuvo que la subinversión de las universidades en los estudios del continente americano, especialmente en Ciencias Políticas, había reducido drásticamente la cantidad de investigadores bien capacitados y con elevados principios. Dado que eran escasos los departamentos “prestigiosos” de Ciencias Políticas que incluían especialistas en América Latina de alto nivel, pocos estudiantes de posgrado destacados en la disciplina veían la oportunidad de abordar un estudio científico del poder en los países de América o de progresar profesionalmente en esa área. Mientras no surgieran en Estados Unidos grandes cantidades de académicos de primer nivel y logros importantes en la investigación sobre América Latina, sería difícil formar investigadores capaces de encontrar el equilibrio justo en el análisis de las cuestiones políticas legítimas y en el manejo justificable del financiamiento gubernamental. Financiar oficialmente las investigaciones sería razonable, sostenía, pero “el atributo peculiar y la virtud científica única del científico social universitario es su libertad. Una vez que esta se restringe, por el motivo que sea, las personas que confían en la objetividad del académico corren el grave peligro de aceptar conclusiones tergiversadas (p. 151).

Finalmente, el penúltimo capítulo de *The Conflict Society...* es un texto nuevo llamado “Peace, Freedom and Stability in the Western Hemisphere” [Paz, libertad y estabilidad en el continente norteamericano]. Allí Silvert revisa y profundiza su concepción de las relaciones entre libertad (muy similar pero no idéntica a democracia) y desarrollo. Al final de *Expectant peoples...*, describió la libertad/democracia como un resultado constructivo que puede surgir del desarrollo, y que podría ayudar a que el proceso posterior se vuelva autosustentable. Pero ahora va más allá y adopta la tesis de que “el fomento directo de la libertad es [...] una preocupación política significativa” (hizo responsable de ese cambio a Bernard Rosenberg, profesor de Sociología en la Universidad de la Ciudad de Nueva York: “quien, en una playa de Piriápolis, Uruguay, destruyó mi propia creencia cómoda en la falacia [de que los países subdesarrollados no

podían ser democráticos] y me incitó a pensar en la relación funcional entre libertad y desarrollo” [p. 257]).

Una vez más, presenta a los líderes intelectuales con oportunidades y responsabilidades:

El desarrollo no es lineal ni automático. Las elecciones de los hombres y su capacidad para traducir esas tareas en acciones constituyen uno de los factores que determinan si el proceso será rápido e inmediatamente fructífero o desagradable, brutal, salvaje y corrupto, o incluso un completo fracaso [...] Vista de esa manera, la libertad es tan intrínseca al proceso de desarrollo como la especialización laboral, la inversión de capital o la urbanización industrial [...]

El desarrollo pleno no es meramente un estado de existencia; también es un proceso, un medio de organizar el cambio de modo que el desarrollo posterior pueda continuar sin fallas. En ese sentido dinámico, la estabilidad es esencial para el desarrollo, pero no la estabilidad del ser, por así decirlo, sino la del devenir (p. 259).

Ese énfasis en la libertad y la democracia como metas políticas vitales es un avance clave, que les dio a los análisis de Silvert sobre la política de América la fuerza moral, la precisión empírica y la flexibilidad temporal que no estaban presentes —o eran mucho menos preponderantes— en otros modelos contemporáneos de las Ciencias Políticas. Otros aspectos de su paradigma se asemejaban considerablemente a elementos de, por ejemplo, el modelo de Charles W. Anderson en *Politics and Economic Change in Latin America* [*Cambio político y económico en América Latina*] (1967). Anderson llenó la vida política latinoamericana de “contendientes por el poder”, es decir, grupos de presión rivales que iban desde los extremadamente conservadores (terratenientes, muchas jerarquías eclesíásticas) hasta entidades más modernas como el ejército, diversos partidos políticos, grupos de estudiantes de orientación popular y sindicatos. Postuló que, una vez que esos grupos de presión que militaban por la influencia política demostraran “capacidad de poder” (un esfuerzo que podía involucrar recursos variados), serían admitidos en el círculo de competidores aceptados. Los más antiguos, afirmó, no se descartaban, lo que dio a la política latinoamericana el carácter de un “museo viviente” de rivalidades políticas. La teoría de Anderson no considera la democracia como una meta muy valorada.²

² Véanse en especial las pp. 87-114. Más adelante en su argumentación, Anderson observa que “el proceso democrático es particularmente apropiado para los requisitos de desarrollo en América Latina”, pero evita basar esa afirmación en “la superioridad inherente a los valores de la tradición democrática occidental”. En cambio, ve a la democracia como una ayuda para el desarrollo, porque proporciona mejor la información y la retroalimentación pública, necesarias para tomar decisiones inteligentes entre las alternativas que se ofrecen (pp. 372-373). El volumen contemporáneo de Martin C. Needler, *Latin*

Respaldo por un compromiso con la libertad y la democracia como metas políticas explícitas, el análisis de Silvert demostró estar mucho mejor preparado que otros modelos para afrontar la ola de gobiernos autoritarios duramente represivos que asumieron el poder en el Cono Sur entre 1964 (Brasil) y 1976 (Argentina). No solo había previsto que algunas tomas del poder político no escatimarían la violencia, sino que también había preparado un marco ético desde el cual criticar lo que se conoció como “régimenes burocrático-autoritarios”. Además, su paradigma de dos escalas enfatizó el carácter profundamente arraigado de los valores tradicionales latinoamericanos, incluso en las sociedades del Cono Sur. Modelos como el de Anderson no pudieron explicar por qué algunos gobiernos liderados por militares buscaban eliminar e incluso exterminar a los “contendientes por el poder” de izquierda, ni ofrecer la guía para el análisis actual o para la acción futura, que sí plasmaba la adopción filosófica de la libertad por parte de Silvert. Si fuera necesario demostrar el papel fundamental de los valores políticos (conscientes o inconscientes) en las Ciencias Políticas, esa coyuntura seguramente sería el ejemplo más apropiado.

Dada la creciente profundización de Silvert en la acción humana que conduce las sociedades hacia el “desarrollo pleno”, era lógico que su siguiente libro fuera *Man's Power: A Biased Guide to Political Thought and Action* [El poder del hombre: una guía sesgada para la acción y el pensamiento políticos] (1970). Ese trabajo conciso, que comprende poco más de 160 páginas, es su mayor esfuerzo de concentración en una teoría política de amplio espectro, como escribe al comienzo de su libro, “para explorar la relación entre las limitaciones y libertades de la condición política del hombre” (p. xxiii). Las formulaciones que aquí se presentan sobre lo que la acción política es, puede y debe ser influyen en la mayoría de los escritos de Silvert en los últimos años de su carrera.

Silvert presenta y describe cuatro “elementos de la política” básicos: los sistemas de valores, “el poder o la eficacia potencial de los individuos agrupados” (incluido el poder de la clase social), las localizaciones institucionales de los individuos y sus características personales. El texto proporciona una visión matizada de las clases sociales, descriptas como una categoría muy importante que debe analizarse con cuidado. El autor afirma que el poder de clase es potencial y no se ejerce automáticamente, sino que debe transmitirse por medio de las instituciones en la mayoría de los casos. A veces, Silvert aduce ejemplos latinoamericanos para ilustrar sus razonamientos, así como otras veces se basa

American Politics in Perspective [La política latinoamericana en perspectiva] (1963) sí sostiene que toda la reestructuración sobre la base de la “soberanía popular y la igualdad jurídica y social” puede traer estabilidad y paz a la política latinoamericana (p. 39), pero la construcción de la democracia no está bien integrada en su modelo, que se centra en los grupos de presión. Needler da un crédito sustancial, por varios ejemplos de avances democráticos en América Latina, a los esfuerzos de “estadistas creativos”, como el del uruguayo José Batlle y Ordóñez y el del colombiano Alberto Lleras Camargo (p. 179).

en la historia de Europa Occidental y en aspectos de la política de lugares tan diversos como Vietnam y Nigeria para esclarecer otros conceptos.

Silvert aleja enfáticamente su posición filosófica de lo que llama modelos de comportamiento social “homeostáticos” relacionados con la tensión, cuyas raíces recientes atribuye a Jeremy Bentham y a otros pensadores utilitaristas. De manera menos categórica, critica los enfoques marxistas que describen el conflicto de clases y la conciencia de clase como algo absolutamente centrales, pero encuentra una validez notablemente mayor en los conceptos propuestos por Max Weber y Ernst Cassirer, cuyas ideas describió (en un libro posterior) como basadas en el idealismo de Immanuel Kant. A modo de resumen de las interacciones entre esos “elementos de la política”, Silvert asevera:

Las condiciones necesarias y suficientes para lograr una explicación satisfactoria son la suma de los siguientes factores: lo que hace posible elegir, sumado al ejercicio efectivo de la elección o el seguimiento rutinario de la costumbre y de los hábitos, o una mezcla de elección consciente y costumbre (p. 54).

A riesgo de caer en el vicio del anhelo sentimental de la libertad social, estoy avanzando, por supuesto, hacia la posibilidad —incluso la necesidad— de un voluntarismo racional en muchas áreas del orden social (p. 55).

El objetivo más alto de la sociedad, y del gobierno dentro de ella, no es producir estabilidad o equilibrio, como afirmarían las filosofías “homeostáticas”, sino procurar “una política de enriquecimiento humano” (p. 161). Estimulado por las ideas de Weber y Cassirer de que hombres y mujeres experimentan y crean la realidad social a través de la percepción y la comunican mediante la creación de símbolos, Silvert afirma:

Ser humano es bueno, ser más humano es mejor. Cuanto más sensible es una persona ante los símbolos de otros en su propio tiempo y lugar, a los símbolos de otros en sus respectivos tiempos y sus diferentes culturas, y a los símbolos de otros en todo tiempo y espacio social, más podrá ayudar a otros a obtener esa riqueza de la comprensión simbólica, a ser más humano y, por lo tanto, mejor. El propósito humano de la organización social es promover la humanidad en este, su sentido más significativo (p. 150).

Education, Class and Nation: The Experiences of Chile and Venezuela [Educación, clase y Nación: las experiencias de Chile y Venezuela], un libro escrito junto con Leonard Reissman, sociólogo de la Universidad de Cornell, se publicó en 1976, poco antes de la muerte de Silvert. Esa compleja obra, la primera monografía de Silvert basada en la investigación de campo desde el libro sobre Guatemala, se fue gestando en diversas formas durante casi veinte años.

Como lo indica el título, examina el papel de la educación para influir —quizá transformar— las actitudes y valores sociales hacia el sistema de clases y la comunidad nacional en Chile y Venezuela. El trabajo fue diseñado para probar algunas de las afirmaciones más centrales de Silvert, especialmente sobre el papel clave del desarrollo del nacionalismo. *Education, Class and Nation...* se originó en un proyecto de investigación (inconcluso, con Frank Bonilla) a principios de la década de 1960 que no se publicó formalmente. La colaboración en esta etapa final del estudio con Reissman comenzó en 1965, mientras que la investigación y la redacción duraron hasta fines de 1974. Reissman murió antes de que se publicara.

Ese libro se basó en bases rigurosamente empíricas, incluida una encuesta a más de 9.300 personas, divididas casi por igual entre las dos naciones. Se entrevistaron cuatro grupos o cohortes en cada país: alumnos de primaria, alumnos de secundaria, padres de alumnos de ambos niveles y profesores de todas las escuelas encuestados (la resistencia política en ambas naciones, estimulada en parte por el Proyecto Camelot, impidió que los autores entrevistaran a más estudiantes universitarios). Los encuestados respondieron aproximadamente ochenta preguntas sobre sus antecedentes sociales y educativos, así como sobre sus actitudes relacionadas con las “cinco grandes instituciones: la familia, la religión, la educación, la economía y la política” (p. 23). Las distintas respuestas se clasificaron como “tradicionalistas” o “modernas”, y se contabilizaron y mostraron las percepciones de cada cohorte sobre las instituciones. Los resultados de la encuesta fueron claros: con excepciones poco significativas, todos los grupos de esas naciones mostraron actitudes tradicionalistas más débiles y cada vez más modernas referidas a la familia, la religión, la política, la economía y la educación, en ese orden (pp. 25-30).

Además, cuando Silvert y Reissman examinaron los puntos de vista detallados de las cuatro cohortes que componían la muestra que acabamos de describir, las diferencias de percepciones entre los grupos tendían a confirmar las expectativas de los autores sobre los roles que desempeñaban la educación y el Estado. Tanto en Chile como en Venezuela, las percepciones más sistemáticamente tradicionalistas las expresaron los alumnos de la escuela primaria, seguidos por el grupo de padres; las actitudes un poco más modernas partieron de los profesores, que fueron superados en modernidad por los estudiantes de secundaria. La educación, argumentaron los autores, surgió como un catalizador importante para actitudes y valores más modernos. Los puntos de vista menos tradicionalistas sobre las instituciones sociales los expresaron los miembros del grupo más recientemente expuesto a una mayor educación: los estudiantes de secundaria. Probablemente, habían adoptado ideas más modernas con mayor rapidez a medida que se alejaban de los años de la escuela primaria, más ligados a la tradición. Los autores interpretaron que el mayor tradicionalismo de los padres se debía a una exposición generalmente más limitada a la educación, mientras que la modernidad que mostraban los maestros (la segunda más alta entre los grupos encuestados)

podría haber sido atenuada por su mayor edad en comparación con los estudiantes (p. 30).

Silvert y Reissman le otorgaron una importancia considerable al nivel medio de percepciones modernas que se obtuvieron acerca de los sistemas políticos de Chile y Venezuela. “Deberíamos esperar —escribieron— que [...] la ambivalencia inherente acerca de fines y medios coloque a cualquier institución que pretenda tener un poder decisivo en algún lugar del rango medio de todas las demás percepciones sobre otras actividades institucionales. Ese resultado es precisamente el que encontramos” (p. 30). A su vez, el reclamo del Estado a ejercer “una autoridad legítima para usar su poder coercitivo en la resolución de conflictos intra e interinstitucionales” (p. 29) convirtió sus políticas de educación en una vital inversión para determinar la velocidad y la estabilidad del desarrollo nacional. En parte para discutir esa dimensión, Silvert y Reissman incluyen capítulos sustanciales sobre las ideas y presiones políticas que dieron forma a las políticas educativas en las dos naciones estudiadas: Chile en el siglo XIX y Venezuela en el siglo XX.

Sus otros hallazgos proporcionaron un refuerzo empírico y/o conceptual a las ideas que Silvert había presentado anteriormente. El diseño de la investigación había evitado deliberadamente asignar una puntuación combinada de “tradicionalismo” y “modernidad” a los individuos (pp. 24-25); en cambio, Silvert y Reissman recopilaron e informaron las diferentes percepciones de los encuestados (a menudo, poco coherentes entre sí) acerca de las diversas instituciones de la sociedad. Esta imagen de dispersión ideológica y cambio coincidía con la idea de desarrollo-como-proceso que Silvert proponía desde al menos 1966. Además, los resultados detallados de la encuesta proporcionaron datos para respaldar la existencia de dos escalas de distribución (izquierda y derecha) de los puntos de vista entre los encuestados, un elemento importante del mapa de trabajo sobre la competencia intergrupala en América Latina. Los datos de la encuesta también indicaron que una mayor exposición a la educación —muy probablemente resultantes de “políticas pronacionales” del Estado— tendía a borrar esa “distribución bimodal de respuestas” (pp. 57-62).

Kalman Silvert no solo estaba orgulloso de haber completado *Education, Class and Nation...* después de tanto tiempo de arduo trabajo, sino que también mostró una gran satisfacción al publicarla. El libro estaba bien elaborado y en muchos aspectos confirmaba los argumentos que había sostenido durante la mayor parte de su carrera académica. En definitiva, llevó a ambos autores a enfatizar: “la libertad es el tema principal de este estudio”, “[ese tema se había] introducido caprichosamente, nos había obligado a considerarlo dada la naturaleza de nuestros hallazgos y la evolución de nuestra comprensión” (p. 173). Comprobaron inequívocamente que la educación, tanto para los individuos como para las sociedades nacionales, “promueve humanidad”, objetivo que Silvert había llegado a exaltar como el más importante de la organización social.

El siguiente libro de Silvert, *The Reason for Democracy* [*La razón para la democracia*], es básicamente, como lo afirma varias veces a lo largo del texto, una polémica centrada en la política estadounidense con implicaciones más amplias. Molesto por el “vacío político actual” (1977, p. 26) de Estados Unidos, del que afirmó que los conservadores y los liberales compartían la responsabilidad, se propuso llamar a los estadounidenses a volver a un camino verdaderamente democrático. Su argumentación estaba incentivada específicamente por la mala conducta y el engaño del gobierno con respecto al escándalo del Watergate, la deshonestidad generalizada en el marco y en la defensa de la política de Washington en Vietnam y la insurrección encubierta de Estados Unidos al gobierno liderado por los socialistas en Chile (1970-1973), documentada en 1975 por un comité selecto del Senado estadounidense.

Silvert omite deliberadamente una definición precisa y nítida de la democracia (“analizarla, separarla en partes, tocar sus piezas [...] rompería su esencia”, p. xiii), pero enaltece “el Estado clásicamente liberal [...] diseñado para proteger a *todos* los ciudadanos en la misma medida”. Ese modelo de Estado, cuyos orígenes Silvert atribuye a Rousseau y a Locke, había sido reemplazado exageradamente por “el Estado liberal corrupto [que] solo busca garantizar a todos los ciudadanos la aplicación equitativa de las leyes, resultado de la interacción de intereses especiales” (p. 24). Identifica como responsables directos de ese declive institucional y moral a los “sucesores utilitaristas” de los liberales clásicos (principalmente Jeremy Bentham y James Mill), que sustituyeron el equilibrio mecánico de intereses por una comunidad política más rica y equitativamente compartida. Los economistas convencionales y los políticos contemporáneos “pragmáticos” habían adoptado demasiado profundamente, en opinión de Silvert, conceptos y valores utilitarios simplistas (p. 26). Marx, aunque tenía “poco que decir sobre el Estado en sí mismo”, reconoció al menos “el ideal no realizado del liberalismo: la pertenencia a una comunidad universal” (pp. 25 y 35).

El poder que Silvert le atribuye a un Estado liberal corrupto visibiliza un punto vulnerable en su perspectiva sobre la política: el nacionalismo como valor social podía ser desplazado por el nacionalismo como ideología y como concepto político. Los activistas nacionalistas promovieron demasiado frecuentemente el racismo, el desprecio por los pobres y la exclusividad del grupo. Silvert reconoció y lamentó tales abusos del nacionalismo, y sus llamados a suprimirlos en nombre de la verdadera democracia pusieron más énfasis en “una comunidad responsable de pertenencia universal” (p. 42) que en el liderazgo perspicaz de las elites, como las intelectuales. Fue especialmente incisivo al desafiar a los autores del informe de 1975 de la Comisión Trilateral —incluido Samuel P. Huntington— llamado *The Crisis of Democracy* [*La crisis de la democracia*]. Los trilateristas afirman, observó Silvert, que “los problemas de la década de 1960 evidenciaron un ‘malestar democrático’, ¡de demasiada democracia!” (p. 61).

Huntington cree que el gobierno está dando más que nunca; pienso que la sociedad y el gobierno nos están dando menos de muchas maneras: menos franqueza, honestidad, participación significativa, y para muchos ciudadanos, menos trabajo, dignidad, esperanza. Pienso en los límites como orillas de un canal; Huntington los ve como las cuatro paredes, el techo y el piso de una celda. Huntington rechaza explícitamente la máxima de Al Smith de que cuando la democracia está en problemas, necesitamos más democracia. Yo acepto explícitamente esa proposición (pp. 82-83).

Silvert concluye su extenso argumento reafirmando su creencia de que, fundamentalmente, la sociedad estadounidense se encontraba en una coyuntura que necesitaba imperativamente la mejor y más vigorosa forma de la democracia. El ritmo rápido del cambio social, económico y tecnológico había desencadenado una innovación desequilibrada, con ajustes desiguales en los diferentes sectores. Aunque “la vida social está enloqueciendo [...] nada debería ser recibido con mayor alegría [...] simplemente, hay mucho más espacio para razonar y elegir, mucha más agua para el molino de la democracia” (pp. 69-70). Tanto la democracia como la ciencia eran necesarias para abordar problemas sociales y políticos urgentes, y Silvert argumentó que ambas compartían un estilo intelectual esencial y un compromiso moral con la tolerancia, y de hecho, compartían la aceptación de la incertidumbre, unida a la acción necesaria. “Si nos entregamos a una sociedad dedicada a afirmar la verdad de una certeza modelo”, escribió, “debemos despedirnos del respeto por la singularidad de nuestras personalidades, así como de la democracia” (p. 100).

Antes de su muerte, Silvert eligió y ordenó los quince textos que se incluyen en *Essays in Understanding Latin America* (1977), libro que se publicó póstumamente con un elegante prólogo de Joel Jutkowitz. La mayoría de esos ensayos fueron en su origen artículos periodísticos, capítulos para otros simposios o informes para organizaciones como AUFS y para la Comisión sobre las Relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica (conocida como la Comisión Linowitz). Constituyen elaboraciones y aplicaciones hábiles y valiosas de conceptos que Silvert había perfeccionado en investigaciones anteriores. Sus enfoques sobre la democracia como un valor político y científico, sobre las prioridades de Estados Unidos en la diplomacia de América y el revolucionario régimen político y social de Cuba son especialmente interesantes.

El capítulo “In Search of Theoretical Room for Freedom” [En busca de un espacio teórico para la libertad] verdaderamente le hace honor al título. Coherente con una prioridad que había asumido más de una década atrás, Silvert afirma que las Ciencias Sociales han dado pocos pasos para integrar la democracia como objetivo en sus análisis de las sociedades latinoamericanas; que los economistas, demógrafos, politólogos, antropólogos (con algunas honrosas excepciones) y sociólogos habían prestado una atención mínima a “los

conceptos clásicos de tiranía, derechos humanos, libertades civiles, democracia en *su sentido ético y justicia*” (pp. 63-65); que la entonces innovadora escuela de análisis de la dependencia, surgida en gran parte del trabajo de sociólogos y economistas latinoamericanos, también se había quedado corta en su manejo de la democracia, puesto que se centró en la ausencia de poder más que en la mejor manera de utilizarlo.

Silvert es inflexible al juzgar a todos con la misma vara. Observa que las deficiencias de los científicos sociales en la teorización de la democracia han ensombrecido los loables esfuerzos de los latinoamericanistas (y de otros ciudadanos y grupos) para mitigar los daños que sufrieron colegas acosados por gobiernos autoritarios en el continente desde mediados de los años 60. “Por más expresiones manifiestas de asistencia en los casos de violaciones a la libertad académica que tengamos en nuestro haber, hemos descuidado pensar la relación entre el mundo académico (y sus necesidades) y el resto de la sociedad atrapada en procesos de profunda transformación. No hemos asistido en la tarea de preguntarnos si la libertad es solo para lo académico y, por lo tanto, si lo académico es para todos los demás” (p. 57).

El capítulo de Silvert en el informe de la Comisión Linowitz, reimpresso en ese texto, se centra en la utilidad para la política exterior de Estados Unidos de lograr comprender la política interior latinoamericana. En un ensayo específico y bien fundamentado, resume de manera nítida conceptos basados en décadas de investigación propia: según sus palabras, en América Latina surgieron dos “áreas fundamentales de choque político [...] entre nación y clase en el marco de una completa organización social y [...] entre legitimación sagrada y secular dentro del Estado formal” (p. 162). A partir de esas dos ópticas iluminadoras, Silvert clasifica las sociedades latinoamericanas en cuatro grupos, que abarcan desde “las naciones *sociales* (no *políticas*)” (Cuba y el Cono Sur sin Brasil) hasta “países con rígidas divisiones de clases [...] y poco crecimiento del acceso a las instituciones nacionales” (la mayor parte de América Central, los países andinos pobres, Haití y República Dominicana) (pp. 164-165).

Silvert continúa sugiriendo que una comprensión más aguda de las marcadas diferencias entre las sociedades latinoamericanas podría haber disuadido a los políticos estadounidenses de lanzar la invasión de la bahía de Cochinos en 1961 contra el gobierno revolucionario de Cuba. La operación se inspiró en la maniobra estadounidense de 1954 contra el presidente Árbenz en Guatemala, “uno de los países latinoamericanos más fragmentados”. Sin embargo, la intervención fracasó porque no era la adecuada para derrocar un gobierno como el de Cuba, “un país socialmente preparado para convertirse en Nación” (p. 165).

Amplía su consejo sobre política en términos sencillos, accesibles para quienes toman las decisiones: “Quisiera sugerir un criterio general: en la medida en que podamos aplicar políticas que influyan en los países latinoamericanos para cambiar en alguna dirección, siempre deberíamos buscar aumentar la capacidad de sus Estados de manera efectiva para que elaboren un conjunto cada vez más amplio de opciones” (p. 169).

Essays in Understanding Latin America también ofrece una imagen sorprendente y conmovedora de Silvert en un papel poco conocido: como especialista en el Caribe. El ensayo “Frames for the Caribbean Experience” [Marcos para la experiencia caribeña], originalmente escrito para un volumen de la Asamblea Americana y editado por Tad Szulc, es una visión sofisticada y equilibrada de una región especialmente difícil de describir. Pocos escritores que hubieran pasado mucho más tiempo enfocándose en el Caribe podrían haber captado tan bien como él los rasgos comunes y los matices locales de las sociedades de esa zona.

Kalman y Frieda Silvert pasaron dos semanas en Cuba en el verano de 1974, en un momento en que pocos académicos estadounidenses visitaban la isla. El informe escrito en conjunto sobre sus experiencias e impresiones apareció primero como una carta de AUFS, y tiene la misma apertura intelectual relajada de las comunicaciones de Silvert desde el Cono Sur, veinte años antes. Se observa allí la misma entusiasta y analítica obstinación (“la determinación del marco en que se inscribe Cuba es un problema teórico severamente problemático”, p. 80) y la misma claridad y cortesía al ofrecer sus opiniones. Los Silvert percibieron Cuba como si estuviera pasando por un experimento nacional masivo con “inscripción libre”, con los consiguientes avances de nivelación y servicio social, pero también vieron cierto crecimiento de una mentalidad pueblerina, puesto que se empoderaba a muchas personas de modesta formación y escasa experiencia previa. También lamentaron la pérdida de valores urbanos en La Habana, una ciudad despojada del desorden que acompaña los roles y la competencia capitalistas. La nostalgia y la admiración se mezclan cuando uno se imagina a los Silvert jugando con estas ideas, sentados en el malecón que rodea la bahía de La Habana.

El impacto de Kalman Silvert en las Ciencias Sociales interamericanas

Con más de 1.500 páginas impresas publicadas durante más de dos décadas, la producción académica de Kalman Silvert fue notablemente amplia en cuanto a temas y lugares. Llamó la atención sobre la importancia del nacionalismo en América Latina y en otras regiones, y propuso métodos para comprender los modos y estructuras a través de los cuales los individuos y las sociedades actúan políticamente. A través de un análisis sutil, aplicó los conceptos de tradición y modernidad, así como también exploró las influencias ejercidas por los intereses de clase y la educación. Desarrolló un repertorio conceptual coherente (aunque no rígido), que perfeccionó de manera acumulativa, desarrollando e interrelacionando sus ideas. Expuso un compromiso ético con la libertad y la democracia que ligaba los aspectos empíricos y analíticos de su erudición. Además, se concentró profundamente en diversas sociedades dentro del continente americano, abarcando el Cono Sur, América Central y partes del Caribe.

Incluso con esas notables fortalezas, la actuación académica de Silvert no es del tipo que asociamos habitualmente con un erudito importante y reconocido

internacionalmente como él. Su trayectoria de publicaciones no contó con un hallazgo empírico innovador que reorientara los estudios de muchos otros investigadores, ni una reinterpretación transformadora de los datos existentes. En cambio, como académico, Silvert fue un profundo generalista, una variedad relativamente excepcional de investigador, pero que puede tener un impacto poco común en el momento histórico y disciplinario oportuno.

Desde el comienzo de su carrera académica, Silvert demostró y perfeccionó un conjunto de preceptos profundamente arraigados en él como intelectual y científico social. Abrazó el empirismo, una búsqueda amplia de datos confiables por medio de técnicas de investigación modernas. Estaba inmerso en la teoría social, especialmente en el campo del pensamiento político y social occidental, desde el Renacimiento hasta Lévi-Strauss y Chomsky. Ávidamente, recabó información e ideas de todas las disciplinas relevantes, al tiempo que afirmaba como algo natural que los principios centrales de cada una de ellas deberían evolucionar a la luz de la evidencia de todas las áreas del mundo. La dedicación de Silvert a la libertad humana —un valor que veía, aunque de manera imperfecta, en los esfuerzos hacia la democracia— lo hizo resistente a la influencia del Estado sobre lo académico. También expresó una intensa compasión por los aspectos difíciles de la experiencia humana, especialmente los costos a menudo aniquiladores, las tribulaciones y penurias que provoca el desarrollo.

La influencia inicial de Silvert —guiada por estos profundos principios— se ejerció desde mediados de los años 50 hasta la mitad de la década de 1970, un período de rápidos cambios tanto en las condiciones sociales como en las Ciencias Sociales del continente americano. Muchas naciones latinoamericanas experimentaron un crecimiento económico digno de mención, especialmente al comienzo de esa era, combinado con una urbanización sin precedentes y una creciente participación política. Regímenes políticos controlados por fuerzas militares se alternaban a menudo con gobiernos civiles basados en el sufragio restringido. Estados Unidos —representado por agencias diplomáticas, de inversión, comerciales, de subsidios y gubernamentales tanto conocidas públicamente como secretas— había ejercido una amplia influencia en la región. Ahora tendía a vincular sus prioridades en América Latina y el Caribe con sus preocupaciones más recientes y globales de la Guerra Fría.

En esa misma coyuntura, la investigación social se expandió y evolucionó en América Latina y en Estados Unidos. Aumentaba la cantidad de intelectuales y académicos agrupados en ciudades latinoamericanas, empleados o apoyados por universidades, organizaciones internacionales sin fines de lucro y agencias estatales de desarrollo. El campo académico relativamente nuevo de los estudios regionales latinoamericanos se arraigó en las universidades norteamericanas y europeas de modo simultáneo y, posteriormente, alcanzó las instituciones más prestigiosas. Esos cambios relacionados con la investigación no pocas veces tuvieron que lidiar con los intereses de los Estados, con las posibilidades de politización y restricción. En América Latina, las presiones políticas sobre la investigación social tendían a ser más abiertas (y a veces, violentas), mientras

que eran más sutiles y menos reconocidas en Estados Unidos. Allí, las normas ampliamente aceptadas en una era anticomunista contribuyeron a fomentar la búsqueda de la estabilidad y a evitar tácitamente tesis o temas disidentes. Por ejemplo, el apoyo financiero e institucional para los estudios latinoamericanos en Estados Unidos, tanto de fuentes públicas como privadas, aumentó de manera notable después de la Revolución Cubana de 1959. Implícitamente, la alteración de la distribución bien establecida del poder político en el continente se definía a menudo como problemática.

A través de sus escritos en ese momento histórico, Kalman Silvert influyó en las Ciencias Sociales en América Latina de dos formas principales: socavando modelos rígidos e ideológicos y respaldando la democracia como un valor y una meta política. Los estudios políticos comparados se estaban despidiendo del árido institucionalismo y adoptaban modelos más conductistas. Cuando se produjo este cambio, la erudición de Silvert actuó para desviar o desalentar la adopción de paradigmas monistas, que bien podrían haber traído consigo inflexiones políticas excesivas o intereses ideológicos ocultos. Sus preceptos enfatizaban y fomentaban los análisis pluralistas, marcados por los compromisos provisorios que separaban la ciencia de la ideología.

El siguiente pasaje de *Essays in Understanding Latin America* (1977) exhibe el sabor de las críticas teóricas perspicaces de Silvert:

Ni siquiera los politólogos han ideado una forma de establecer teóricamente la idea de la democracia, la posible centralidad o marginalidad de las libertades civiles y del respeto por los derechos humanos en los procesos de cambio social contemporáneo en América Latina. Las teorías pluralistas de los grupos de presión en competencia no son más que una variante de la teorización homeostática. Suele acusarse justificadamente de etnocentrismo estadounidense a los enfoques de la “cultura cívica”, que tampoco tratan la democracia como algo más que una conveniencia para la mayor lubricación del sistema; los estudios de los partidos políticos simplemente plantean la cuestión democrática; y algunos científicos políticos asumen sin rodeos la inevitabilidad, o incluso la utilidad, del autoritarismo en los Estados en desarrollo, sin ir más allá (p. 64).

Silvert no solo se opuso al Proyecto Camelot, sino que también criticó la represión de intelectuales e instituciones en países como Argentina y Chile. Lo más significativo, quizás, es que evitó las fórmulas bidimensionales que pretendían simplificar las dinámicas políticas en “América Latina” (como si fuera un todo homogéneo) que estaban muy a mano desde finales de la década de 1950 hasta mediados de la de 1960. Detrás de las autojustificaciones típicas ofrecidas por los gobiernos autoritarios y los intereses corporativos, esos clichés analíticos incluían el mito panamericano y la posterior dualidad de “reforma o revolución” que solía ser el punto de vista oficial de la era Kennedy. Kalman Silvert también se mostró escéptico ante las hipótesis y los modelos marxistas

demasiado simplificados, como ya hemos visto. Es importante destacar que abogó por mantener la conexión de las Ciencias Sociales empíricas con las disciplinas centrales, y esa dedicación funcionó como un baluarte contra el sesgo y la inercia de los investigadores.

Más allá de ofrecer críticas lúcidas de análisis más condicionados o tendenciosos de las sociedades latinoamericanas, Silvert abrazó de manera influyente los valores de la democracia y la libertad humana. A diferencia de muchos contemporáneos que elogiaron objetivos contrastantes como el equilibrio, el desarrollo y la revolución, señaló el camino hacia un proceso que ampliaría la libertad humana, de acuerdo con los ideales de Rousseau, Kant y Locke. Silvert consideraba que incluso el nacionalismo —que alentó, con poco éxito, como una categoría fundamental de la política comparada— es una condición necesaria pero no suficiente para la democracia. En las décadas que siguieron a su muerte, el curso de los acontecimientos políticos y del análisis político en América Latina armonizó cada vez más con los valores democráticos de Kalman Silvert. Los regímenes postautoritarios buscaron legitimidad a través de elecciones regulares; ciudadanos y sociedades de todo el continente respaldaron los derechos humanos (y a veces, incluso los asimilaron parcialmente); las Ciencias Políticas dieron un giro multifacético para estudiar las transiciones a la democracia.

El efecto de Silvert en las Ciencias Sociales, derivado de su erudición, se vio reforzado por sus esfuerzos institucionales y de desarrollo. Hemos destacado su visión claramente articulada de los roles influyentes de los intelectuales latinoamericanos en la sociedad; esa doctrina llevó al centro del escenario la tarea de expandir y fortalecer las filas —y la prominencia— de los científicos sociales latinoamericanos. Con sus iniciativas puestas en práctica por medio de fundaciones estadounidenses y otros canales adicionales que se mencionan en otros capítulos de este libro, Kalman Silvert contribuyó al pluralismo, al empirismo y a la independencia académica en las emergentes Ciencias Sociales internacionales en América Latina y el Caribe. La diversidad analítica y la búsqueda de la “riqueza humana” se potenciaron a través de esa línea de acción. El trabajo de Silvert para institucionalizar los esfuerzos internacionales colegiados también fue muy importante. A través de estructuras entre las que figuraba la Asociación de Estudios Latinoamericanos, se establecieron foros duraderos para intercambiar y combinar esfuerzos entre académicos autónomos. Esos debates rutinarios crearon escenarios en los que pudieron prosperar nuevas ideas científico-sociales. Dentro de las Ciencias Políticas, los frutos más conspicuos de ese proceso fueron el análisis de los regímenes “burocrático-autoritarios” y el estudio polifacético de las transiciones a la democracia (por ejemplo, estudios electorales, procesos de descentralización, el análisis de la sociedad civil y sus vínculos con la política, y muchos otros).³

³ En disciplinas relacionadas, el exitoso papel de LASA como medio de crecimiento para nuevos enfoques queda bien ilustrado en la variedad de categorías programáticas que se

El intelecto, la energía, la sociabilidad —y la suerte, por supuesto— de Kalman Silvert lo ayudaron a ejercer un impacto notable en el crecimiento de las Ciencias Sociales. Las facetas específicas de su erudición le otorgaron la base necesaria para la tarea que sus teorías proponían: promover el desarrollo académico e institucional en los países del continente americano. Haberse enfocado en el nacionalismo y ofrecer una definición multiforme a ese concepto identificó a Silvert con un valor social reconocido en cada país. Llevaba su apertura mental a flor de piel. Además, su adhesión a una tradición filosófica que abarcaba desde Rousseau y Kant hasta Weber y Cassirer le proporcionó una base teórica independiente tanto del marxismo como de los modelos utilitaristas, circunstancia que quizás le dio libertad para ayudar a la comunicación entre muchas escuelas analíticas e ideológicas del continente. Las lealtades filosóficas de Silvert —elegidas por profundas razones académicas y morales— ayudaron quizás a evitar que lo percibieran como demasiado vinculado a un liberalismo norteamericano simplista en América Latina o como demasiado radical en Estados Unidos.

Finalmente, su reclamo por mejorar los estudios sobre política latinoamericana en las universidades de Estados Unidos se enmarcó en una percepción atinada, y en el momento justo. Precisamente porque se habían dedicado muy pocos recursos al subcampo del continente, solo existían oportunidades para avances generales. A los cinco años del ensayo de Silvert de 1966 sobre el Proyecto Camelot y la academia norteamericana, al menos siete de los once departamentos de Ciencias Políticas de primera línea a los que llamó la atención en ese capítulo habían hecho nombramientos a largo plazo en América Latina. Todos esos académicos, más media docena en otras excelentes instituciones estadounidenses que iniciaron sus carreras a principios de la década de 1970, hicieron contribuciones duraderas a las Ciencias Sociales del continente americano. Si bien la mayoría de ellos no habían sido alumnos directos de Kalman Silvert, esa nueva generación estuvo expuesta a sus persuasivas ideas orientadoras y ejercieron su oficio en un mundo académico que él se esforzó enormemente en crear.

incluyeron en el Congreso Internacional de la Asociación en 2009, celebrado en Río de Janeiro. Los participantes del congreso exploraron treinta y cinco temas fundamentales; en las Ciencias Sociales (además de variantes de las disciplinas de larga data) incluyeron “Pueblos afrolatinos e indígenas”, “Ciudadanía, derechos y justicia social”, “Género, sexualidades y estudios LGBT”, “Diásporas Latinoamericanas” y “Violencia e (in) seguridad”.

Los enfoques y métodos de Silvert

Daniel H. Levine

Kalman H. Silvert participó vigorosamente en la vida académica de Estados Unidos y América Latina, fundó programas e instituciones, dio nacimiento a muchas trayectorias profesionales, incluida la mía. Ayudó a construir puentes intelectuales y prácticos entre culturas y desarrolló organizaciones para llevar adelante ese enfoque. Como maestro y mentor, inspiró a sus discípulos y colegas por medio de la palabra y del ejemplo, inculcándoles un estilo de investigación y enseñanza que prioriza la empatía, combinando ideas con instituciones y mirando más allá del marco nacional para conocer cómo funcionan las cosas en otros contextos.⁴ También fue uno de los primeros académicos que llevaron el estudio de la política latinoamericana más allá de las reflexiones históricas generales e insistió en el rigor analítico y la comprensión comparativa. El análisis comparativo fue fundamental en sus enfoques.

En tanto académico, Silvert hizo contribuciones destacadas como editor y autor para numerosos simposios organizados con AUFS, a la vez que promovió, alentó y en ocasiones rescató a importantes instituciones y figuras académicas de América Latina durante la peor época de represión en numerosos países. Además de su trabajo sobre Guatemala (*A Study in Government*:

⁴ Agradezco a Bruce J. Berman y Patrice A. Fletcher por sus comentarios y observaciones. Desarrollo mi propia experiencia acerca de Silvert como maestro y mentor en Levine (2014 y 2016).

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 39-52. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

Guatemala, 1954) y el libro que escribió con Leonard Reissman (*Education, Class and Nation: The Experiences of Chile and Venezuela*, 1976), Silvert produjo un gran número de ensayos y comentarios, a veces de largo aliento, como *The Reason for Democracy* (1977).⁵ La relativa ausencia de trabajo empírico extenso de parte de Silvert hace que sea difícil juzgar hasta qué punto las ideas que sustentaron sus trabajos pueden servir ahora y en el futuro como guías para la investigación y el análisis. Esa es la tarea que tenemos por delante.

Silvert estaba firmemente arraigado en los valores de racionalidad y libertad de la Ilustración. También recibió una fuerte influencia de pensadores como Ernst Cassirer y Max Weber, quienes enfatizaron que la acción humana estaba cargada de valores y que la comprensión total de estos requiere ver cómo emergen, encuentran un punto de apoyo y se abren camino hacia modelos habituales de comportamiento. Como muchos científicos sociales de su época, siguió la huella de las teorías de la modernización y del desarrollo (Packenham, 1977). En el centro de esas teorías se encuentra el concepto de una transición de la tradición a la modernidad, polos opuestos de una dicotomía conectados por “la gran transformación” (Silvert reconoció haber tomado prestado el término de la obra canónica de Karl Polanyi [Polanyi, 1957]), también conocida como modernización, desarrollo y, a veces, “proceso de desarrollo”. Para Silvert, esa transición se caracterizaba sobre todo por la creciente convergencia entre racionalidad y libertad en el proceso de construcción de sociedades que valoran y gestionan la inclusión, la complejidad y la diversidad sin desgarrarse.

La posición de Silvert difiere de la de Polanyi y la de otros que enfatizaron las bases económicas del desarrollo. Para él y sus colaboradores, el proceso de modernización se realizaba, en última instancia, institucionalizando las capacidades individuales y sociales de empatía en comunidades ampliamente inclusivas, capaces de un cambio sostenible y tolerantes de la diversidad. Avanzar hacia ese estado final es el objetivo de la modernización y del desarrollo. Si bien los autores reconocieron que no existe un conjunto único de etapas por las que deben pasar todos los países, insistieron en que *era posible* identificar ciertos pasos y que la transición era medible.

El breve esbozo precedente nos presenta el núcleo de una óptica altamente optimista de las posibilidades humanas, las que puede alcanzarse a través del “proceso de desarrollo”. A pesar de los contratiempos y los conflictos, en esa visión del mundo todas las cosas buenas pueden ir y van juntas. A Silvert le

⁵ “... la actuación académica de Silvert no es del tipo que asociamos habitualmente con un erudito importante y reconocido internacionalmente como él. Su trayectoria de publicaciones no contó con un hallazgo empírico innovador que reorientara los estudios de muchos otros investigadores, ni una reinterpretación transformadora de los datos existentes. En cambio, como académico, Silvert fue un profundo generalista —una variedad relativamente original de investigador, pero que puede tener un impacto poco común en el momento histórico y disciplinario oportuno.” Christopher Mitchell, cap. 2 de este volumen.

importaban el desarrollo y la modernidad por razones morales, prácticas y teóricas, y tenía opiniones firmes sobre la mejor manera de estudiar el proceso. Su sesgo moral a favor de lo moderno es muy claro. Creía que las sociedades modernas tenían más posibilidades de ser libres y racionalmente organizadas, lugares más tolerantes para vivir. En términos prácticos, pensaba que había una manera de lograrlas, inculcando valores de empatía y habilidades de conexión que permitieran a los individuos salir de sus propias conexiones adscriptivas (familia, región, religión —no se menciona el género—) para extenderse a una sociedad más amplia, la nación.

La unidad de una sociedad moderna solo puede construirse en torno a valores seculares y racionales compartidos, y la vía que Silvert identificó para esos valores era la adhesión conjunta al Estado nación como árbitro último de la disputa secular. Dedicó gran parte de su carrera académica a explorar las condiciones que podrían hacer funcionar ese mecanismo. En términos teóricos y metodológicos, se esforzó por lograr una comprensión dinámica del cambio que combinara ideas con instituciones y un método que se extendiera entre naciones y dentro de ellas. Una declaración inicial de esos objetivos se puede encontrar en su obra programática *Expectant Peoples: Nationalism and Development* (EP, 1963), que expone una comprensión particular del nacionalismo y un conjunto de proposiciones e hipótesis sobre cómo este puede aparecer y evolucionar en diferentes puntos de la transición a la modernidad, en las sucesivas “etapas” del proceso de desarrollo.

El mejor método para lograr una comprensión válida y confiable de esos procesos es el que combina ideas e instituciones, y observa las comunidades por dentro y por fuera. Esas ideas proporcionaron la base para *Education, Class and Nation: The Experiences of Chile y Venezuela* (ECN, 1976), que Silvert escribió con Reissman. Se trata de un ambicioso estudio multinacional y de diversos niveles que examinó cómo podrían funcionar la educación y las instituciones educativas para generar y mantener los valores y compromisos que los autores consideraban centrales para la modernidad.⁶

En ese esquema, la secularización es la contraparte necesaria de la transición a la modernidad, y tener reglas de juego seculares es la condición *sine qua non* de la sociedad moderna. Silvert asegura que “la religión en un entorno moderno debe llegar de algún modo a un acuerdo con una sociedad pluralista, para que las creencias necesariamente absolutistas de la religión no destruyan las creencias relativistas igualmente necesarias de las sociedades que se consagran a institucionalizar el cambio” (Silvert, 1966-1967). En tanto conjunto de instituciones, creencias y prácticas, la religión se concibe en términos estáticos,

⁶ La concepción de Silvert de los fundamentos de la modernidad tiene mucho en común con lo que numerosos académicos llaman ahora “capital social”, pero se enfoca más claramente en los valores como latencia y le preocupa menos la adquisición de habilidades y conexiones específicas.

por lo que es poco probable que cambie por sí misma. Desde esta perspectiva, no cabe duda de que la religión actuará como un lastre para el proceso cuando no sea un factor de resistencia activa. La posición de Silvert sobre la religión y la secularización constituye un tema que subyace en toda su obra, pero es el enfoque explícito de un libro, el de la conferencia *Churches and States: The Religious Institution and Modernization* [Iglesias y Estados: Institución religiosa y modernización] (CS, 1966).⁷ Se trata de un texto que a menudo se pasa por alto, y no está mencionado en la excelente revisión de Chris Mitchell sobre los estudios de Silvert. Aquí le doy un lugar especial por la íntima relación que mantiene entre secularización, modernización y modernidad en toda su obra.

El trabajo teórico sobre secularización —definida como el declive progresivo, deseable e inevitable, y la privatización de la religión enfrentada al Iluminismo— que se desarrolló a fines del siglo XIX y principios del XX, dominó el pensamiento de las Ciencias Sociales durante mucho tiempo y fue parte integral de los conceptos de modernización (Casanova, 1994). El problema es que esa teoría y las expectativas que generó no tuvieron larga vida. En los años transcurridos desde la muerte de Silvert, las innovaciones en materia de religión en América Latina y en todo el mundo han hecho estallar la idea de religión como necesariamente estática, resistente al cambio y, en cualquier caso, condenada a la extinción a largo plazo por el avance de la modernización. Esos desarrollos han abierto nuevas líneas de investigación, y por tales motivos, la secularización es una parte importante del rompecabezas que nos presenta el trabajo de Silvert.

Conceptos y teorías

La unidad y el enfoque central de los estudios de Kalman Silvert se basan en un conjunto compacto de conceptos: tradición, modernidad, modernización y desarrollo, transiciones y etapas, nacionalismo y Estado nación, racionalidad y secularización. Todos ellos van de la mano y se influyen mutuamente, se expresan en comportamientos individuales y colectivos, y se recogen en instituciones. Vienen unidos, pero a fines analíticos los considero por separado. Lo que presento a continuación se basa en una lectura detallada de tres libros que nos dan una clara idea de la evolución de temas y problemas centrales: *Expectant Peoples...* (EP, 1963), *Churches and States...* (CS, 1966) y *Education, Class and Nation...* (ECN, 1976).

Tradicición y modernidad son dos tipos ideales, extremos opuestos de un continuo. Como todos los tipos ideales, no describen ninguna realidad en

⁷ En el prólogo que escribió para *Churches and States...* y también en su capítulo sobre Irán, Charles Gallagher coloca el libro específicamente en la línea de pensamiento articulada por primera vez en *Expectant Peoples...*

particular, sino que proporcionan modelos o esquemas de posibilidades. Todas las situaciones reales son mixtas: lo importante es captar la dinámica del movimiento de un extremo del continuo al otro y comprender el comportamiento en cualquier punto de esa dimensión. En esencia, ese movimiento (de la tradición a la modernidad) es una progresión desde la adscripción hacia la elección, del aislamiento individual y social hacia la inclusión, desde la coerción hacia la autoridad otorgada libremente.

Deberíamos ser explícitos al definir el núcleo de lo que entendemos por “modernismo”. Ciertamente, todas las sociedades modernas han creado actitudes, dispositivos sociales y tradiciones que permiten un cambio institucionalizado ordenado; también asumen, en mayor o menor grado, que el proceso de decisión pública debe ser secular, derivada empíricamente y sujeta a cambios empíricos. La naturaleza autosostenible del cambio, respaldada por valores apropiados y por otras instituciones sociales así como por el Estado, es quizá la característica más importante de la sociedad moderna (EP, pp. 4-5).

El objetivo es claro: la modernidad. La pregunta es cómo llegar. De eso se trata la modernización, el desarrollo o, a veces, el “proceso de desarrollo”. Los medios que permiten y mejoran ese movimiento son el nacionalismo y el Estado nación.

El nacionalismo es intrínseco al proceso de desarrollo porque “cumple una función estratégica dentro de una fase particular y específica del cambio. Además, como ya se ha dicho, porque parte de su naturaleza permanece estructural y funcionalmente sin cambios en todos los lugares donde aparece (EP, pp. 8-9). Silvert usa el concepto de nacionalismo como una abreviatura para un síndrome de actitudes, lealtades, entendimientos y compromisos que hicieron posible mantener unida una comunidad diversa sin desmoronarse. La expansión constante y gradual de la comunidad identificada como perteneciente a la nación es central en ese proceso. Es un punto de vista que se basa en el Iluminismo de la historia europea (sobre todo francesa y quizás, inglesa), en la que los Estados nación se expandieron, ocupando funciones y poderes de la Iglesia y la nobleza para construir instituciones seculares unificadas en torno a la identidad común de pertenencia a una nación.⁸ Silvert dedicó gran parte de su esfuerzo intelectual a describir y explicar procesos similares en todo el mundo.

El crecimiento del nacionalismo y del Estado nación no es solo cuestión de crear instituciones que extiendan la red de poder y capacidad. También, y lo más importante, se trata de generar y propagar valores que refuercen identidades coherentes e inclusivas. Es fundamental construir valores eficientes

⁸ La expansión de la ciudadanía es un tema que abordan, entre otros, López (1997), Yashar (2005), y de manera diferente, Van Cott (2008).

e inclusivos y difundir ampliamente la capacidad de empatía (“la condición emocional del modernismo”, EP, p. 27). La concepción de valores modernos de Silvert privilegiaba la empatía, un sentido de autonomía personal y grupal, colocaba en el centro del proceso la racionalidad, la aceptación del cambio y lo que hoy podríamos llamar diversidad. “El nacionalismo, de cierto modo, es el reflejo del poder institucionalizado de la ‘empatía’. Ambos conceptos son requisitos de la capacidad social para seguir un estilo de vida moderno. Esa función primaria del nacionalismo es un aspecto ineludible del desarrollo y, de hecho, puede utilizarse como una definición operativa del desarrollo social y político” (EP, p. 24). El surgimiento y la consolidación de esos valores son los factores necesarios para hacer autosostenible ese proceso.

Es una visión que invierte el modelo estándar del cambio económico y político. Al referirse al influyente trabajo de Polanyi sobre la “gran transformación”, escribe:

Hemos optado por desplazar el sujeto de estudio de su eje y examinar los cambios que introduce el modernismo teniendo en cuenta las relaciones entre actitudes, valores e ideologías, y el comportamiento público de los individuos y las instituciones sociales a las que ceden y conceden el poder ofreciendo u otorgándoles su lealtad, expectativas y obediencia. La función positiva del nacionalismo es ordenar el conjunto de relaciones para construir expectativas razonables y normas de seguridad en la situación de mayor complejidad que conlleva el modernismo social (EP, p. 20).

Desde esta perspectiva, todas las cosas buenas vienen en conjunto, lo que nos pinta una imagen casi utópica de la comunidad nacional. La hipótesis de trabajo es que el modernismo se extiende progresivamente en un proceso racionalizador e inclusivo. Se supone que es preferible a otro dogmático y cerrado. Pero ¿qué pasa con los Estados nación que, en efecto, resultan ser cerrados y dogmáticos? Esta pregunta se resuelve aquí con una definición casi capciosa. Quedan desestimados porque, de alguna manera, están atrapados en una “transición incompleta”. El término sugiere claras expectativas de movimiento a lo largo de un camino lineal desde la transición hasta la modernidad. En términos generales, Silvert rechazó los modelos de desarrollo que implicaban un camino de cambio único para todos. Así, en la conclusión de *Expectant Peoples...*, escribe:

Nos hemos preocupado por el desarrollo de ciertas relaciones sociales; nuestra evidencia nos permite decir solo que la supuesta conexión entre desarrollo y nación se conserva a través de todos los estudios realizados, *pero no que haya una progresión fija de etapas para desarrollar esas relaciones*. El crecimiento de los elementos y las relaciones sociales que interviene en el desarrollo total debe seguir caminos diferentes según cada país (EP, p. 430, subrayado del original).

A pesar de esa afirmación, Silvert y sus colaboradores afirman repetidamente que sí existen etapas definidas y medibles en el proceso y señalan transiciones que son incipientes, incompletas, parciales o completas, con una detallada especificación de lo que se puede esperar en cada punto.⁹ La transición a una modernidad consolidada no es automática ni está exenta de conflictos. Hay demoras y resistencias, así como algunos desvíos y bloqueos particulares que pueden socavar el cambio o llevarlo hacia situaciones patológicas y autodestructivas. Los detalles varían de un caso a otro, pero se destacan varias fuentes de resistencia en el trabajo de Silvert: religión, política corporativista (identificada con elementos de la tradición ibérica), fracaso cultural y traición de la elite.

El retrato que aquí se ofrece de la religión quizá pueda describirse mejor como dogmáticamente antidogmático, y tiene mucho en común con el anticlericalismo del siglo XIX y la *laïcité* francesa. Silvert expone el caso de manera sucinta: “La liberación del hombre de los estigmas de la adscripción religiosa es otra de esas victorias dolorosamente ganadas a las circunstancias de nacimiento, que inhiben a las personas de adaptar sus habilidades sociales individuales a la necesidad social general y a sus propias preferencias” (CS, p. 219). La separación entre Iglesia y Estado se confunde con una separación general entre las creencias y afiliaciones religiosas de la vida social y cultural en general. Aquí no hay ninguna posibilidad de intercambio regular entre religión y sociedad, y la idea en sí misma de la religión como fuente potencial de cambio está ausente. “Los estudiantes de religión contemporánea —escribe Silvert— no pueden ignorar el carácter de *statu quo* de las instituciones religiosas durante gran parte de la historia. Estas tienden a aislarse de lo inmediato y cercano, a dirigir la mirada de los creyentes hacia temas de otro mundo y a organizar la vida de la Iglesia alrededor de un complejo de absolutos de un nivel supra mundano” (CS, p. vii).

Dentro de la problemática general de la religión y la modernización, a Silvert le preocupaba particularmente el conflicto Iglesia-Estado o su equivalente en tradiciones que no tienen iglesias fácilmente identificables.¹⁰ Lo entendió sobre todo como una lucha por determinar los valores que darían origen y sentido a la vida política y social.

⁹ En el apéndice de *Expectant Peoples*, las hipótesis K, L y M especifican con gran detalle “lo que deberíamos encontrar” en, respectivamente, “fases iniciales de transición”, “etapas intermedias de transición” y “las últimas etapas de transición” (EP; pp. 442-444).

¹⁰ Las tradiciones religiosas que no se aproximan fácilmente a los modelos de “Iglesia” (hinduismo y budismo) están excluidas del libro *Churches and States...* “porque esos casos presentan problemas teóricos especiales que habrían quebrado la continuidad del área problemática aquí tratada (CS, p. 10). Tales problemas teóricos no aparecen especificados en el texto.

En la medida en que las instituciones religiosas insistan en su derecho y deber de proclamar una base de verdad para las relaciones sociales generales, se colocan en el mismo terreno que el Estado nacional en cuanto a sus pretensiones de autoridad temporal dominante. Por lo tanto, la coincidencia del conflicto entre Estado eclesiástico y modernización no requiere una explicación teórica elaborada. El modelo general para resolverlo también es bastante claro (CS, pp. 216-217).

Los numerosos conflictos en torno al poder y a la propiedad que han jugado un papel tan central en la problemática de la Iglesia y el Estado a lo largo de los siglos tienen poca presencia aquí. El acento está puesto en la separación como un paso necesario para establecer valores racionales (léase seculares) como principios organizadores de la identidad nacional. Por lo tanto:

No es históricamente “necesario” que la resolución de los conflictos entre el Estado y la Iglesia en las sociedades en proceso de modernización adopte una única modalidad determinada. Pero, si no se sigue el camino de la separación efectiva, todo el proceso de desarrollo se hunde en la confusión resultante entre verdad absoluta y relativa, entre autoridad religiosa y secular, entre lo socialmente universal y su opuesto, lo religiosamente universal. Juzgar los tipos sociales por medio de prescripciones dogmáticas impide esa auto corrección sin la cual el cambio se convierte en un tortuoso desajuste en lugar de una exploración entusiasta (CS, p. 218).

Esta formulación presenta problemas evidentes. Se supone que, como instituciones, las religiones legitiman y reciben beneficios del *statu quo*, en tanto que, de alguna manera, se mantienen aisladas de las corrientes de cambio más generales que trae la modernización (y, podríamos agregar, la globalización, la comunicación, y otros fenómenos contemporáneos). Pero esta no es una visión completa del fenómeno. Lo cierto es que, en términos sociales y culturales, la religión es un recipiente vacío que se ha llenado en diferentes épocas y tradiciones con los más variados significados. Las ideas e instituciones religiosas se han identificado con todo, desde la lucha por la Ley Seca o contra el aborto en Estados Unidos, desde la teología de la liberación o la experiencia del movimiento por los derechos civiles en ese país, hasta las monarquías, desde el pacifismo budista hasta los monjes militantes que lideran ejércitos en Sri Lanka, con los evangélicos de derecha y con “el partido conservador en oración” (como un bromista describió a la Iglesia Anglicana). Por lo tanto, la metáfora adecuada no es el aislamiento ni el estar fuera del mundo, sino un intercambio continuo y frecuente cargado de conflictos entre lo que llamamos religión y lo que etiquetamos como sociedad y política. No las conectan paredes, sino membranas porosas, y con un movimiento constante en ambas direcciones.

La postura general de Silvert con respecto a la religión se enmarcó en una narrativa de secularización que predijo una progresiva, inevitable —y deseable— privatización y desaparición de la religión. En general, esas expectativas no se cumplieron. La única parte del mundo en que se manifiesta el argumento convencional de la secularización es Europa Occidental. En el resto, sobre todo el hemisferio Sur, las religiones están floreciendo y diversificándose a un ritmo vertiginoso, compiten vigorosamente entre ellas por adeptos, recursos y modos de hacerse oír. No han desaparecido de la esfera pública, sino que, por el contrario, exigen un lugar en ella. Además, ahora está claro (por si alguna vez no lo estuvo) que limitar el tema de religión y sociedad a los términos de Iglesia y Estado es ignorar gran parte de la acción. Además, no se puede suponer que las iglesias sean homogéneas ni que los Estados representen todo lo que hay para decir sobre política.

La concepción general de Silvert de la función social de la religión y sus puntos de vista sobre los usos y tipos de racionalidad se basan sobre todo en la obra de Max Weber. La sociología de la religión de Weber se centra en la lógica fundamental de la autoridad religiosa y la justificación social de la autoridad (tradicional, carismática, burocrática). Weber también trazó una distinción importante entre las racionalidades que solo apuntan a sus fines y las que también tienen en cuenta las consecuencias de los medios elegidos y adaptados a tales fines. Advirtió contra la búsqueda de la salvación del alma a través de la política: la política funciona por medio de la fuerza, y la dinámica de la fuerza puede tomar el control, lo cual lleva a la pérdida de almas y al probable fracaso político. Aunque Weber es una fuente primordial en estos asuntos, más Tocqueville y menos Weber habría enriquecido la visión de Silvert. En la década de 1840, Tocqueville (1990) vio en Estados Unidos cómo la separación entre Iglesia y Estado podía liberar a ambas instituciones. Esto ha sido una condición para la vitalidad extraordinaria y continua de la religión en ese país presuntamente tan moderno. Las ideas que Tocqueville propone sugieren que la secularización se puede entender de manera alternativa, ideas que destacan los acuerdos para la coexistencia y apuntan a la relacionar la secularización con el crecimiento y la diversidad religiosa (Levine, 2012; Stepan, 2003).

Los modelos generales que enmarcan la óptica de Silvert sobre la religión y la secularización no toman muy en cuenta los momentos importantes de la historia en que los grupos religiosos y las supuestas visiones “de otro mundo” energizaron y legitimaron luchas políticas destinadas a abrir (no cerrar) comunidades. Entre otros ejemplos destacados, podemos mencionar los roles que cumplieron los puritanos en la Revolución Inglesa, la teología de la liberación en América Latina y las iglesias afroamericanas en el movimiento por los derechos civiles. En todo caso, sorprende que alguien tan conocedor de América Latina haya estado desatento a los cambios trascendentales que, en la última década de su vida, estaban reconfigurando la función social y política de la Iglesia Católica. Por su parte, la teología de la liberación articuló una nueva postura para la religión a través de algunos actores de las iglesias que desafiaron a los

regímenes autoritarios en nombre de los derechos humanos y la democracia. Al mismo tiempo, se sentaron las bases para el crecimiento espectacular del protestantismo pentecostal, que tanto ha hecho para remodelar el panorama religioso y cultural de la región.

Silvert pensaba que la religión era una fuente primordial de resistencia a la modernidad y un lastre para la modernización, pero no la única. América Latina en particular enfrentó otros obstáculos, especialmente los derivados de lo que él llamó “política Romance”, otro de sus términos para designar elementos de la tradición ibérica con tintes corporativistas, esfuerzos autoritarios por contener la diversidad que trae la modernización. Eso viene incluido en un fenómeno más amplio de fracaso cultural y traición de elite (o de giros xenófobos como en la Alemania nazi) que, en última instancia, se basa en la resistencia a ampliar el derecho a pertenecer plenamente a la nación. “La imposibilidad de encontrar los medios adecuados para extender completamente los derechos y obligaciones de la vida nacional es un problema grave en todos esos Estados más antiguos e independientes que no han logrado estructuras económicas auto sostenibles para mitigar los efectos más duros de la diferencia de clases” (EP, p. 29). El patrimonio cultural ibérico pesa mucho en América Latina. “Durante mucho tiempo, ha sido común decir que Europa termina en los Pirineos”, escribió. “La península ibérica y sus ramificaciones, por más occidentales que sean, constituyen la única parte de la comunidad cultural europea que queda tan rezagada en la integración efectiva de cualquier grado de modernismo. Subdesarrolladas, indefinidas y poco estudiadas, han seguido su camino, sometidas al descuido o a un panamericanismo benéfico pero de una variedad bastante sospechosa” (EP, p. 371). Este análisis atribuye una influencia cultural determinante a la tradición ibérica (Veliz, 1980). Pero un momento de reflexión sobre la historia ibérica sugiere algunos problemas con esta perspectiva. No se puede dar por sentada la persistencia de la tradición: la hegemonía ideológica suele implicar coerción física, y en el caso específico de España, se han librado guerras, y la más reciente fue la guerra civil de fines de los años treinta. Un bando ganó e impuso décadas de dictadura, el otro perdió. ¿Los perdedores eran menos modernos, o se trata tanto de una cuestión de poder y fuerza como de valores y comunidad?

Métodos

Las contribuciones en *Expectant Peoples...* y *Churches and States...* ofrecen poco en cuanto a directrices metodológicas o debates. Salvo raras excepciones, los diferentes capítulos son narrativas convencionales formuladas en términos históricos. Ambos libros están unidos por sus temas generales, pero no comparten un conjunto de hipótesis ni métodos específicos. Las contribuciones de Silvert son más que nada aportes programáticos y tipológicos, y a menudo exhortativos. *Expectant Peoples...* tiene un extenso apéndice de

proposiciones e hipótesis, pero estas son más descriptivas y tipológicas que metodológicas.

La única declaración completa de diseño de investigación, métodos y razonamiento que tenemos se encuentra en *Education, Class and Nation...*, fruto de una colaboración de largo aliento con Reissman y último libro publicado antes de sus respectivos fallecimientos. Se trata del trabajo teórico y empírico más ambicioso que jamás haya realizado Silvert. Siguiendo la huella de Cassirer y Weber, el esfuerzo de investigación se basa en reconocer la importancia de los valores en toda acción humana. “Infundir sentido a los acontecimientos es lo que convierte un mero hecho en un acontecimiento con significado social: un concepto básico en nuestra visión de la realidad” (ECN, p. 13). Para Silvert y Reissman, la cuestión principal es cómo se inculcan y cómo cambian los valores: el mecanismo clave de ese proceso es el sistema educativo. La educación, la modernización, la racionalidad y la libertad van de la mano. La educación genera mayor apertura y tolerancia, concepto central en su visión de la modernización, que a su vez está estrechamente vinculada con la capacidad de elección, con la racionalidad y la libertad.

Los dos autores presentan una teoría sobre la relación entre educación e identidades en proceso de cambio. Prestan especial atención a las identidades emergentes en Chile y Venezuela, las vinculan con el contenido y el nivel de educación y argumentan que esta aporta una mayor identificación con la nación, lo que impulsa a individuos y grupos a pasar de la tradición a la modernidad. Para ellos, la educación pública secular (en todos los niveles) es la principal institución que prepara a las personas para participar de manera autónoma en sociedades diversas, relativistas y seculares, porque una mayor educación libera a las personas del peso de las conexiones de la familia, la región y la religión, y las abre a identidades más amplias. Esto sucede en todas las áreas de interés, aunque la influencia de la familia y la religión sigue siendo fuerte. “Las concepciones más modernas de familia y religión son incluso más tradicionales que la idea menos moderna de educación y economía” (ECN, p. 30).

La línea básica del cambio va de la tradición a la modernidad. Silvert y Reissman reconocen que “la moda ha decretado que las palabras ‘moderno’ y ‘tradicional’ deben eliminarse de nuestros pensamientos. La corriente política e intelectual ha acordado juzgar esos conceptos como de mal gusto, un insulto a los países del Tercer Mundo y de dudoso valor intelectual” (ECN, p. 17). Sin embargo, los autores insisten en su valor y permanentemente contrastan lo moderno, racional y autónomo con lo teológico, irracional y clasista. De ese modo, una persona moderna “se define en parte, para nosotros, como alguien que acepta la racionalidad como razón para actuar, a diferencia del tradicionalista, que tenderá a justificar sus actos por medio de rituales. Por supuesto, un racionalista debería ser también un relativista” (ECN, p. 19) de quien “se espera que ‘vea’ más allá de las fronteras de clase y se identifique en un verdadero y elemental sentido con la estructura total de su cultura nacional; que demuestre su ‘lealtad’ con su disposición a aceptar una solución ecléctica y provisoria a

los problemas, sin imponer costumbres absolutas” (ECN, p. 22). La persona más moderna se considera autónoma e identifica las diferencias como relativas y sujetas a cambios dentro de un marco comúnmente acordado de reglas. Los individuos de este tipo tienen las herramientas cognitivas y la capacidad de empatía necesarias para construir tanto una comunidad nacional inclusiva autoadaptable y de respeto mutuo, como esferas de vida donde las limitaciones de creencia heredadas y de estatus cedan ante la inclusión y la fluidez.

Las actitudes y los valores no deben entenderse como una especie de materia mental abstracta, sino que se forman, comunican y refuerzan en circunstancias sociales reales, en estrecha relación con instituciones y patrones de acción. Capturar esa realidad requiere un tipo especial de diseño de investigación y *Education, Class and Nation...* es un modelo de cómo concebir y llevar adelante dicha investigación en circunstancias complejas.¹¹ Los autores incorporaron múltiples parámetros de comparación en el estudio: dos países, regiones rurales y urbanas en cada uno de ellos, numerosos niveles y grupos en el campo de la educación, incluidos maestros, estudiantes y padres de familia. Llevaron a cabo encuestas masivas (más de diez mil encuestados) en esos niveles y combinaron los resultados con intensivos análisis históricos de la evolución y los valores rectores de las instituciones educativas de cada país. El resultado es un rico conjunto de datos que arroja luz sobre el significado de que esos valores se inculquen en las instituciones, sobre su funcionamiento y sus posibles efectos.

La organización y presentación de los datos es compleja. El cuestionario cubría cinco áreas distintas: familia, religión, educación, economía y política. Estas se combinaban según las motivaciones expresadas por los encuestados sobre su comportamiento y el grado relativo de autonomía que percibían en sí mismos y en los demás dentro de una comunidad amplia. Tales datos se inscriben en la dicotomía básica de tradición y modernidad para producir ocho tipos distintos de comportamiento y orientación, que se distinguen por una mayor o menor autonomía y por un pensamiento ritualista o racionalista. La proliferación de temas, dimensiones y tipos puede resultar confusa, pero la conclusión es clara. Más educación se asocia con un mayor sentido de autonomía personal, más capacidad para emitir juicios relativistas y distinguir entre esferas sociales con criterios relativistas, no absolutos.

Desconcierta en ese libro que, a pesar de que los autores rechazan vigorosamente las teorías funcionalistas en Sociología (demasiado orientadas a la coherencia construida sobre el consenso), olvidan ocasionalmente hacer énfasis en la cultura como unidad en la diversidad (no solo unidad) para insistir en la coherencia cultural. En ese sentido, escriben: “Venezuela aún carece de una cultura nacional coherente, lo que constituye su mayor déficit educativo y

¹¹ El trabajo de campo para ese estudio se vio afectado por el escándalo del Proyecto Camelot, que generó problemas importantes con universidades y estudiante universitarios de ambos países.

trasciende en importancia las realidades de su sistema escolar” (ECN, p. 172). Es difícil saber qué significa esta afirmación o qué quieren decir aquí cuando se refieren a cultura o coherencia. Venezuela, entonces y ahora, está amargamente polarizada (como lo estuvo Chile durante el período de su investigación), pero la cultura no se limita realmente a la política o a los valores sobre la nación. Si pensamos en la cultura de maneras que incluyan una gama más amplia de comportamientos y prácticas (música, deportes, comidas, usos lingüísticos, estilos de relaciones interpersonales, normas sobre las relaciones de género y actitudes hacia la clase y la raza), se hace difícil entender por qué Venezuela (o cualquier otro país) puede considerarse no coherente. De hecho, tiene lo que podemos ver como una cultura caribeña reconocible, con fuertes influencias norteamericanas (béisbol, entre otras). ¿Está muy polarizada? Sí. ¿Es una sociedad imperfecta? Por supuesto. ¿No lo son todas?

Conclusión

Cuando estaba cursando el posgrado, recuerdo que un profesor mío, un politólogo muy famoso, destacó la necesidad de que los pueblos se unan en la lucha por el desarrollo. Levanté la mano y pregunté: “Si es una lucha, ¿por qué deberían estar unidos?”. Al profesor no le hizo gracia mi intervención y abandoné la clase. Una vez que dejé el posgrado y comencé a trabajar en América Latina, tuve que desaprender mucho de lo que me habían enseñado sobre el “desarrollo”. Haber sido alumno de Silvert me ayudó a desentrañar las realidades que se me presentaban, incluso si las respuestas que encontré no eran las que él o yo esperábamos. La visión de Silvert sobre el tipo de unidad central para el desarrollo era diferente de la que me había inspirado mi profesor de posgrado. Mucho más matizada y centrada en el avance hacia una cohesión social que podría ser autosostenible, precisamente porque se basa en la capacidad de los individuos y grupos para ver más allá de sí mismos y reconocer a los demás como parte de una comunidad compartida más amplia. Aunque Silvert era consciente de las dificultades y de los conflictos, su perspectiva era implacablemente optimista.

Si bien se esforzó por rechazar las fases rígidas, gran parte del trabajo de Silvert depende, de hecho, de una noción de transiciones y etapas. Desconoció un funcionalismo estático, pero la coherencia de valores de algún tipo era fundamental para su comprensión del desarrollo, por lo que caracterizó como no coherentes algunas culturas. Quizás el fracaso más notable de su teoría y de su predicción radica en una fe excesiva o innecesaria en un tipo particular de racionalidad, lo que se manifiesta más claramente en sus puntos de vista sobre la religión y su relación con el desarrollo. No vio ninguna posibilidad de cambio dentro de la religión como parte de un cambio más general. Adhirió al modelo convencional de religión como algo separado del mundo circundante y destinado a declinar a largo plazo. Si se tiene en cuenta su interés por las ideas

y las instituciones, este es un punto ciego sorprendente, pero quizás sea comprensible por los tiempos en que vivió, se educó y trabajó. Es incómodo evaluar el trabajo de Silvert desde la perspectiva actual, casi cuarenta años después de su fallecimiento. Murió en la cima de su productividad y desarrollo intelectual. Si hubiera tenido más tiempo, no sabemos hasta dónde podría haber llegado en ese aspecto.

Algunas de sus ideas centrales no han resistido al paso del tiempo y muchas de sus predicciones empíricas simplemente no funcionaron. Tampoco tuvo éxito su insistencia en el nacionalismo como vehículo principal de la modernización. Sin embargo, su exhortación general a considerar las ideas en contexto, como productos sociales enmarcados en situaciones históricas e instituciones reales, de trabajar en lo que C. Wright Mills (1959) llamó la intersección entre la biografía y la historia, continúan siendo válidos.

Silvert nunca fue alguien que presionara a sus discípulos. Esperaba tener buenos debates con ellos, respetaba los argumentos y las pruebas coherentes. Muchos de sus alumnos, incluidos los que no se especializaron en América Latina, eligieron temas y llegaron a conclusiones que él podría haber discutido o rechazado. Lo que más podemos aprender de Kalman Silvert es cómo pensar en los problemas, cómo identificar temas importantes, y cómo decidir dónde y de qué manera estudiarlos. Su legado se reconoce y se recuerda mejor compartiendo la inclinación que lo caracterizaba por la apertura y la libertad, así como manteniendo un esfuerzo sostenido por estudiar las relaciones entre ideas, acciones e instituciones.

Silvert y la teoría democrática

Joel Jutkowitz

Kalman H. Silvert era un hombre de muchas facetas. Una de ellas fue la de teórico de la democracia, el que construyó su hipótesis bloque a bloque a partir de la investigación empírica. El presente capítulo examina los pasos que dio para elaborar su teoría democrática y aplicar esa comprensión a situaciones contemporáneas. Pretendo destacar aquí que el compromiso de Silvert con la teoría democrática implicaba mucho más que un ejercicio intelectual, porque, para él, esta tenía un papel esencial en el proceso político. Como comentaba en su último libro, *The Reason for Democracy*,¹² su obra tenía una dimensión científica y política a la vez. Esta última, derivada de su rol de ciudadano, era una condición de vida que siempre tuvo en cuenta.

A lo largo de su carrera, Silvert se preocupó por numerosos fenómenos importantes y los problemas relacionados que se plantearon para el desarrollo democrático. Centró su atención en el crecimiento de los Estados nación y, dentro de ellos, en el nacionalismo como valor social, definido como la aceptación del Estado nación en tanto árbitro último de los asuntos seculares.¹³

¹² Silvert (1997). Silvert vio este libro como una polémica que defendía el valor de la razón, la consideración y la cortesía para promover la democracia.

¹³ Silvert, “The Strategy of the Study of Nationalism” [La estrategia del estudio del nacionalismo], en Silvert (1963), pp. 3-38. Este capítulo presenta el análisis que realizó de los diversos conceptos de nacionalismo en la literatura académica.

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 53-69. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

Entendió que esa actitud sentaba las bases para un orden democrático inclusivo, que pudiera superar las diferencias de clase, étnicas, religiosas y raciales, al mismo tiempo que hacía posible el autoritarismo más extremo. Le interesaba la creación de la libertad, a la que entendía como la capacidad de los ciudadanos de un Estado nación para tomar decisiones racionales y efectivas sobre asuntos seculares.

Al desarrollar sus teorías, las principales herramientas de Silvert fueron: entender cuidadosamente el contexto político; preocuparse por la relación entre nación y clase; categorizar los valores de todos los actores en un proceso político; examinar el papel de las instituciones y, finalmente, observar los tipos de comportamiento que realmente existen. En todo eso, le preocupaba la probabilidad del conflicto y sus características, así como el papel clave que desempeña el compromiso en un proceso verdaderamente democrático.

Entender el contexto

Desde el comienzo de su carrera profesional, Silvert observó especialmente el contexto histórico, lingüístico y cultural de los países en los que trabajó. Tal enfoque se refleja en sus primeros libros, como *A Study in a Government: Guatemala* (1954) [*Un estudio de gobierno: Guatemala*] y *Conflict Society: Reaction and Revolution in Latin America* (1968) [*La sociedad problema. Reacción y revolución en América Latina*], y lo retoma en uno de sus últimos trabajos, *Essays in Understanding Latin America* (1977).¹⁴ Opuestamente a la concepción imperante en materia de política comparada, no creía que toda la política pudiera entenderse como un sistema único, lo que proponía Gabriel Almond (Almond y Coleman, 1960). Para él, suponer que todos los sistemas políticos, desde el de una aldea esquimal hasta el de Estados Unidos, pueden analizarse a partir de las mismas variables (tesis de Almond), produce un resultado tan banal que no resulta de ninguna utilidad para comprender el carácter ni predecir la trayectoria de un determinado sistema de gobierno. En cambio, argumentó a favor de clasificar los sistemas de gobierno según sus niveles de desarrollo en grupos o universos acordes de casos similares. Eso aseguraba una base de posibilidades realistas y alcanzables para analizar los sistemas políticos y predecir resultados probables.

¹⁴ Silvert (1954, 1961, 1977). La primera obra es una monografía sobre la naturaleza del gobierno de Guatemala y las otras dos consisten en colecciones de artículos referidos a sus extensas observaciones sobre la política y la sociedad en América Latina, producto de sus años de trabajo en casi todos los países de la región y de los informes que redactó desde ellos.

Nación y clase

El interés de Silvert por el contexto lo llevó a explorar los procesos de desarrollo político y económico en cada universo de casos similares desde una perspectiva particular, según las diferentes formas en que se desarrollaron los conflictos entre la nación como expresión del interés público y la clase como expresión de intereses privados. Para él, la nación como concepto define la comunidad política en términos de quiénes pueden participar y cómo, definición que depende de la forma de operar del Estado. La idea de nación debería infundir un propósito al Estado, el de brindar apoyo organizativo para sobrellevar las consecuencias sociales de la definición predominante de nación. Como Silvert escribió a mediados de los años 70, para él, los casos de Cuba y Chile fueron extremos. Cuba había llegado al punto de nacionalidad plena al incorporar a todos los ciudadanos dentro de un marco organizativo. Por su parte, la junta militar chilena, bajo el mando de Augusto Pinochet, había intentado “quebrar la nación chilena”, hacer retroceder el reloj al siglo XVIII y “derogar la Revolución Francesa” (Silvert, 1977, pp. 10-152). Los intereses de clase invalidaron y, de hecho, sustituyeron toda noción de interés público. Si Silvert observara estos temas en la actualidad, probablemente le preocuparía la falta de progreso en Cuba con respecto a las disidencias y el nacimiento de lo que puede convertirse en una elite hereditaria, en tanto miraría con benevolencia los esfuerzos del orden político chileno posterior a Pinochet para rectificar muchos (aunque no todos) los defectos ocasionados por el interludio autoritario de ese país.

Valores e instituciones

Desde sus primeros años en este campo del conocimiento, Silvert quedó impresionado por el papel que desempeñan los valores en la configuración del comportamiento político. Sus análisis de las relaciones entre los pueblos indígenas y la nación guatemalteca se centraron en la manera en que los primeros entendían a la segunda: para ellos, la nación guatemalteca era una aldea lejana diferente (Silvert, 1968, pp. 35-45). Se identificaban como extraños a ella y, por muchos años, esa percepción reflejó una realidad. Recién en las últimas décadas, los pueblos indígenas empezaron a verse a sí mismos como parte de la nación guatemalteca y los demás guatemaltecos comenzaron a percibirlos como tales.

En las décadas de 1960 y 1970, Silvert centró su investigación en numerosos estudios que exploraban los vínculos entre valores, clase, instituciones y comportamiento político, esbozados en su trabajo de campo anterior. El primero de ellos (mencionado más adelante como el estudio de 1961) analizó muestras de cuatro países: México, Brasil, Chile y Argentina.¹⁵ Con el fin de observar

¹⁵ Este estudio se inició con la colaboración de Frank Bonilla, quien posteriormente se retiró de la autoría del informe final.

variables similares, ese estudio reunió a encuestados de diferentes universos de cada país: estudiantes y maestros en Argentina y Chile; empresarios, trabajadores y residentes de favelas en Brasil; miembros del Congreso en México.¹⁶ Según sus propias palabras, uno de los principales hallazgos de esa investigación fue que “los ‘hombres modernos’ tienen la capacidad de ver la sociedad como abierta y accesible y de empatizar ampliamente con todas las clases sociales” (Silvert y Reissman, 1976, p. 9).

A partir de lo aprendido en el estudio de 1961, Silvert investigó junto con su colega Leonard Reissman la relación entre institución educativa, clase y política nacional. Ese nuevo trabajo se realizó en Chile y Venezuela mediante una encuesta entre estudiantes de primaria y secundaria, profesores y padres. El método utilizado fue una muestra —que garantizaba la suficiente cantidad de casos en los cuatro lugares donde se encuestó— estratificada en las categorías de estudiantes de escuelas primarias y secundarias públicas, privadas y católicas, y en tres niveles de grado: alto, medio y bajo.¹⁷

El estudio examinó la función del proceso educativo en la configuración de los valores subyacentes que ayudan a las personas a enmarcar su comportamiento. Con el propósito de analizar esas tendencias, los autores generaron tipologías de creencias basadas en dos tipos ideales tomados en parte de las dos corrientes intelectuales más fuertes del pensamiento latinoamericano. Una era la visión orgánica mediterránea de la sociedad, que coincidía en gran medida con el pensamiento católico tradicional, donde cada persona conoce su lugar y considera como sistema político perfecto un modelo social corporativo compuesto por “instituciones separadas y paralelas [...] unidas por sus líderes, quienes conforman una oligarquía pluralista” (Silvert y Reissman, 1976, p. 9). La otra era la tradición liberal, basada en la noción de educación como instrumento de cambio y en otros conceptos liberales acerca del libre juego de bienes e ideas, dentro de una sociedad pluralista gobernada democráticamente. A partir de tales visiones confrontadas del mundo, Silvert sintió que etiquetar un tipo ideal como “tradicional” y otro como “moderno” encajaba con las alternativas ideológicas polarizadas que históricamente habían estado representadas en la mayoría de los países de la región a lo largo de sus respectivas historias. Como veremos más adelante, su objetivo al utilizar estos tipos extremos era desarrollar una visión mucho más matizada de los valores de los grupos estudiados.

El análisis se centró en las opiniones de los encuestados acerca de las cinco grandes instituciones de la sociedad: familia, religión, educación, economía y política. Con preguntas cerradas, se obtuvieron respuestas acerca de esas instituciones según tres valores: las motivaciones personales, los comportamientos

¹⁶ La muestra y su diversidad se describen en Silvert y Bonilla (1961), pp. 1-29.

¹⁷ En Chile, las cuatro localidades eran Santiago, Antofagasta, Chillán y La Molina. En Venezuela, fueron Caracas, Barquisimeto, Maracaibo y Ocumare del Tuy. Para un desarrollo sobre el método de muestreo, véase Silvert y Reissman (1976), pp. 188-198.

habituales de las personas y su actitud hacia el cambio. El estudio analizó no solo lo que las personas creían que deberían ser las instituciones, sino también lo que realmente eran, para comprender las percepciones acerca de las propias creencias y comportamientos. El siguiente conjunto de preguntas relativas a la familia ilustra la forma en que se realizó el estudio. Aunque en la encuesta real las respuestas son más variadas, la que aquí presentamos con fines ilustrativos muestra dos tipos que representan el modelo tradicional y el moderno, según términos de Silvert.

Busca realizar sus aspiraciones en la vida principalmente para:

- Beneficiar a su familia
- Su propio beneficio

En su opinión, la unidad social básica es:

- La familia
- El individuo

¿Cree que la educación de un niño debe estar determinada por la opinión de los padres?

- Sí
- No

La familia:

- Es básicamente igual en todas las sociedades
- Varía según la sociedad

A medida que pasa el tiempo, espera que sus relaciones con su familia...

- sigan más o menos como hasta ahora
- cambien mucho

¿Cuál cree que es el deber principal de un buen padre?

- Mantener la continuidad y estabilidad de la familia
- Estimular a sus hijos a realizarse

Para las otras cuatro instituciones se realizaron preguntas similares (Silvert y Reissman, 1976, pp. 192-202).

Los resultados de la encuesta en Chile y Venezuela muestran un patrón común con respecto a las cinco instituciones: la familia y la religión se veían de una manera mucho más tradicional que la economía y la educación. Las dos primeras se consideraban instituciones expresivas,¹⁸ como fines en sí mismas, en tanto que las dos últimas eran instrumentales, medios para alcanzar un fin. La política, en tanto, se ubicó entre estos dos grupos: para algunos era un instrumento de cambio y para otros, un baluarte para proteger el *statu quo*. Como señalo al referirme a los niveles de conflicto, el papel de la política y de su marco institucional en la resolución de conflictos y generación de acuerdos son elementos clave para mantener un proceso ordenado y democrático de cambio social.

¹⁸ Término utilizado por Silvert.

El conjunto resultante de respuestas sirvió de base para desarrollar una tipología de los procesos de pensamiento de los grupos estudiados. El objetivo de esa tipología era describir cómo tres dimensiones del pensamiento acerca de las instituciones proporcionan elementos clave para describir los probables resultados políticos. Las tres dimensiones son: cuánta autonomía sentían que tenían las personas para tomar decisiones (también mencionada como distinción entre ritualismo y racionalismo); cuánta autonomía creían las personas que tenían los demás; qué grado de diversidad y apertura creían que tenía el orden institucional.

Silvert estableció ocho tipos de personalidad que describen desde lo que llamó “un organicista” hasta “un autonomista” (ver cuadro).

Cuadro. Tipología de visiones del mundo

Autonomía propia	Alta autonomía (en los demás)		Poca autonomía (en los demás)	
Ritualismo	Tipo 1 Organicista	Tipo 2 Individualista conservador	Tipo 5 Pluralista corporativo	Tipo 6 Liberal moderado
Racionalismo	Tipo 3 Conservador anárquico	Tipo 4 Tecnócrata corporativista	Tipo 7 Modernista Cínico	Tipo 8 Autonomista

Caracterizó cada tipo de la siguiente manera (Silvert y Reissman, 1976, pp. 45-47):

Tipo 1: el organicista. Tenía poca conciencia de la diversidad institucional y veía todo, desde la familia hasta la política, bajo la misma luz; reconocía poca individualidad de los otros y era ritualista en sus motivaciones para actuar. En definitiva, una persona completamente tradicional.

Tipo 2: el individualista conservador. Tenía un enfoque ritualista del comportamiento y, como el organicista, no percibía las diferencias entre las instituciones, pero juzgaba a las personas por sus méritos.

Tipo 3: el conservador anárquico. Era pragmático en su propio comportamiento, pero no con respecto a los demás ni al marco institucional de la sociedad. Era una posición muy frágil, difícil de sostener. Silvert encontró tan pocos casos que eliminó la categoría de su análisis.

Tipo 4: el tecnócrata corporativista. Era racional con respecto a su propio comportamiento e individualista al juzgar a los demás, pero no podía separar las esferas institucionales con el argumento de que, por ejemplo, las concepciones religiosas y políticas debían influir en la educación. Era el tipo de personas que brindaban apoyo técnico sin escrúpulos a la política de los regímenes autoritarios, como el de Pinochet.

Tipo 5: el pluralista corporativo. Entendía el pluralismo institucional, pero actuaba de manera ritual y pretendía el mismo comportamiento en los demás. Eran personalidades que encajaban bien con los valores que imperaban en la España de Franco. Aceptaba el proceso de industrialización y urbanización, pero no quería los cambios que acarrea una sociedad más abierta y menos jerarquizada.

Tipo 6: el liberal moderado. Era la persona que podía juzgar a los demás como individuos y ver la diversidad institucional, pero se resistía a romper con los patrones ritualistas de pensamiento. Eran quienes se aferraban a las formas tradicionales en su comportamiento individual, pero estaban abiertos a comprender la naturaleza de vivir en una sociedad pluralista.

Tipo 7: el modernista cínico. Se veía a sí mismo como pragmático y comprendía la diversidad institucional, pero juzgaba a los demás como rígidos e instalados en formas tradicionales. Silvert sostuvo también por poco tiempo esta categoría tan disonante y luego la eliminó de su análisis.

Tipo 8: el autonomista. Era racional en su comportamiento, secular en su visión de las instituciones, en las que reconocía la diversidad, y consideraba a los demás como de mente abierta. La presencia generalizada de individuos como estos “en una estructura institucional apropiada” sería el sustento para una sociedad moderna y abierta, en términos de Silvert.

Para él, la tarea de describir la distribución de tales valores era empírica, requería analizarla en cada país por separado. Pensaba que esos valores existían en estado latente porque representaban predisposiciones para el comportamiento, no eran determinantes absolutos. En ese punto, retomó la importancia que le asignaba al contexto y a la historia que lo construye. Como señaló en varias oportunidades, esos comportamientos se producían dentro de marcos institucionales. Entender la fuerza o la debilidad de las instituciones como escenarios operativos para manejar el conflicto político era fundamental para determinar cómo influyen los valores en el comportamiento.

El mapeo de los valores de estudiantes, docentes y padres en Chile y Venezuela lo llevó a las siguientes conclusiones:

En las sociedades nacionales, la política integra el orden institucional y la educación formal constituye la institución imprescindible que prepara a las personas para que participen de forma autónoma en la política secular y relativista. Ese efecto de la educación hace posible la actividad democrática individual. En sociedades que no son del todo nacionales, se genera un problema en torno a la capacidad de algunos individuos y grupos para vivir democráticamente y la incapacidad de otros para actuar de manera eficazmente democrática. La educación formal es en ellas un elemento esencial para crear tanto las bases del conflicto como la capacidad para percibirlo. En el caso de las sociedades capitalistas en desarrollo, el principal freno para desarrollarse de modo continuo ha sido la tensión entre las fuerzas opuestas de clase y nación,

pero la intelectualidad promovida por la educación formal prolongada tiende a llevar a las personas instruidas a valorar los intereses nacionales por sobre los particulares de clase. Por lo tanto, si bien la educación como institución hace posible una integración nacional tanto parcialmente democrática como dictatorial, con el tiempo se opone de modo fundamental al autoritarismo que apoya las diferencias de clase (Silvert y Reissman, 1976, p. 1).

Silvert era optimista con respecto al papel que podría desempeñar la educación en la configuración de la democracia, pero también reconoció que la división entre familia y religión por un lado y economía y educación por el otro podría causar estragos en el proceso político. Esa preocupación se reflejó en su análisis de tipos y consecuencias de conflictos, enmarcados en la clase de relación existente entre individuos e instituciones.

Tipos de conflicto

Silvert abordó el conflicto porque creía que proporcionaba un medio para explicar el cambio social.¹⁹ Se basó en el principio de que las nociones de causalidad en las Ciencias Sociales tienen una connotación diferente de las nociones de causalidad de las Ciencias Naturales. Mientras que en estas las referencias a la causalidad son empíricamente simples (excepto en ciencias como la física de partículas), lo suficientemente exactas en su relación con los acontecimientos observables como para admitir su uso, en las Ciencias Sociales tales referencias van mucho más allá de los datos. En este caso, es más razonable en las Ciencias Sociales considerar que los acontecimientos o circunstancias “hacen posibles” otros acontecimientos o circunstancias que referirse a causas. Para Silvert, la diferencia no era meramente semántica, sino que reconocía la posibilidad de reacciones autónomas que relativizan la suficiencia de un conjunto dado de circunstancias. Si reconocemos que la elección humana es una variable en una relación, debemos pensar en términos de separar lo necesario de lo suficiente para explicar un resultado.

Definió el conflicto como “cualquier enfrentamiento abierto que involucre a toda o a una parte de una institución política, motivado por intereses percibidos de las partes con algún poder para actuar” (Silvert, 1970, p. 58). Con “intereses percibidos” se refería al reconocimiento del papel que juegan los valores y las ideologías, lo que implica preguntarse si los individuos o los grupos consideran que vale la pena luchar por algo.

¹⁹ Para un desarrollo completo, véase el Capítulo 1, “Elements of Politics” [Elementos de política], en Silvert (1970).

Para comprender la naturaleza del conflicto, desarrolló una tipología basada en su grado de profundidad y en la fuerza de los acuerdos políticos institucionales para contenerlo. Propuso la siguiente clasificación según el grado de importancia de los tipos de conflicto:

El conflicto de valores. Es la forma más general, que incluye todas las demás formas de conflicto. En consecuencia, el conflicto de valores no admite posibilidad de compromiso. Es decir, representa un juego de suma cero, no se pueden comprometer los valores propios sin adoptar otros. Como comenta Silvert:

Por lo tanto, el conflicto de valores, al generar diferentes realidades sociales, involucra a todas las demás áreas de la experiencia humana y cuestiona completamente los modos de vida. Es el tipo de conflicto que más debe evitarse si los protagonistas quieren mantener su sistema social, y el que debe ser real y claro para lograr una revolución total. Como es probable que cada sociedad tenga individuos o grupos con valores básicos muy diferentes, deben contar con sistemas para evitar el surgimiento de conflictos de valores si quieren que los cambios se produzcan sin ruptura social (Silvert, 1970, p. 65).

El conflicto comunitario se refiere a las dimensiones de la sociedad, a “quienes habitan en la comunidad efectiva”. Las preguntas en este nivel analítico son qué grupos participan y de qué manera lo hacen. La extensión de la comunidad puede ser meramente aglutinadora porque expande el número de participantes dentro de las instituciones existentes, o revolucionaria porque involucra una redistribución del poder. Las sociedades presuntamente democráticas se caracterizan por poseer mecanismos ideológicos e institucionales que permiten expandir la comunidad de acuerdo con la capacidad de los grupos demandantes para cumplir con ciertas condiciones de pertenencia, y tienen en cuenta la necesidad de adaptar las instituciones dentro de la comunidad efectiva.

El conflicto ideológico se basa en la distinción que puede hacerse entre valores e ideologías. Este tipo de conflictos involucra disputas acerca del pensamiento polémico articulado y políticamente relevante. Tales disputas pueden formar parte de conflictos más amplios de valores cuando, por ejemplo, los protagonistas niegan a sus oponentes ciertas cualidades para integrar la misma nación (es el caso del macartismo en Estados Unidos) o las usan para limitar el debate soslayando las creencias fundamentales, lo que suele suceder cuando liberales y conservadores discuten sobre asuntos políticos, pero no se plantean el derecho de cada uno a participar en el cuerpo político.

Los conflictos interinstitucionales surgen del grado de importancia que los individuos otorgan a las instituciones específicas. Como lo demostró la investigación de Silvert, en una sociedad dada, para cada grupo eran más importantes diferentes instituciones. Esto lo llevó a postular que “la insistencia de las personas en aferrarse a sus puntos de vista individuales sobre las instituciones produce una jerarquía de intensidades y actitudes que las afectan” (Silvert,

1970, p. 75). En un país como Estados Unidos, Silvert asumió que la institución política origina desacuerdos acerca del ordenamiento de las instituciones. La historia reciente sugiere la validez de tal hipótesis: existe un género completo de disputas sobre la prestación de servicios de salud centrado en la relación entre las creencias religiosas y el deseo de garantizar la cobertura universal del seguro de salud. Los conflictos interinstitucionales pueden escalar fácilmente hasta involucrar las definiciones de comunidad y valores, pero también pueden enfocarse completamente en el nivel de las relaciones entre instituciones, como por ejemplo, la función del gobierno de subsidiar o estimular la economía.

Los conflictos intrainstitucionales, por su parte, son los más frecuentes y están en el nivel más bajo de la jerarquía de conflictos. Se relacionan con la disputa de intereses dentro de una determinada institución. Aunque se trate de conflictos de nivel más bajo, su efecto acumulativo puede ser tan importante como el de los más altos. La historia de la resolución de esas disputas sugiere que, o bien el cambio está al alcance de las instituciones existentes, o bien debe ser impuesto desde afuera. Al respecto, Silvert postula que, a medida que el nivel de conflicto excede los límites institucionales, aumenta la probabilidad de desintegración social. El conflicto se amplía para incluir definiciones sobre la función de las instituciones, desde el alcance de la comunidad nacional hasta disputas sobre los valores fundamentales. El objetivo de la política democrática debería ser resolver los conflictos dentro de las instituciones existentes.

Un factor clave de la resolución de un conflicto intrainstitucional es la capacidad de llegar a acuerdos, que no en cualquier situación está disponible, porque el nivel del conflicto puede elevarse. Podemos ver eso en Estados Unidos: los observadores de la política actual de esa nación comentan sobre la pérdida de la capacidad de llegar a acuerdos que ha afectado su proceso legislativo y, por lo tanto, la del Congreso para actuar ante temas importantes.

Un marco predictivo

El marco de análisis y predicción que desarrolló Silvert es sumamente útil para estudiar el cambio político actual. Podemos apreciarlo al observar los acontecimientos de nuestro tiempo y examinar el desarrollo político en el caso específico de Chile. En los últimos años, fuimos testigos de muchos tipos de problemas que postuló Silvert a través de esa tipología. Cuando la política toma la forma de manifestaciones callejeras y enfrentamientos con las autoridades, es una señal cierta de que el marco institucional para la resolución de conflictos ya no funciona de manera efectiva. A eso se refería Silvert cuando sugería que el conflicto se ampliaba. Un ejemplo es la Primavera Árabe. En las manifestaciones en Túnez y Egipto se demostró que si las instituciones del Estado no responden a las demandas básicas de una nación, quizás necesitan flexibilizarse, cuando no desarticularse, para satisfacerlas. En el caso de Túnez, luego de cierto retraso y prevaricación por parte de la dirigencia, se produjo un movimiento de retorno

a un proceso político predispuesto a acceder al deseo de la población, y estableció un marco institucional para una participación política más abierta. En otras palabras, se resolvió lo que equivale a un conflicto comunitario (quiénes logran participar) con la reforma de las instituciones nacionales para asegurar una mayor apertura y participación.

En Egipto, la apertura resultante de las manifestaciones que se produjeron en la plaza Tahrir de El Cairo (enero-febrero de 2011) desencadenó el fin del régimen de Hosni Mubarak, respaldado por los militares, que había utilizado las formas de la democracia para legitimarse aunque era de hecho un sistema autoritario. Los actores clave de ese derrocamiento fueron quienes participaron en la manifestación y, llamativamente, los militares, que dejaron de apoyar a Mubarak. Lo que había comenzado como una disputa sobre la prestación de servicios se intensificó rápidamente hasta convertirse en una demanda de cambio de sistema; de hecho, el nivel del conflicto escaló hasta transformarse en uno de valores y comunidad. El resultado fue la primera serie de elecciones libres y justas en la historia de Egipto, con el triunfo de la Hermandad Musulmana, un partido político islamista que en su plataforma prometía aumentar el papel del Islam en las instituciones de la nación.

Sin embargo, el gobierno de la Hermandad Musulmana no reconoció los límites de su mandato e impuso un régimen sectario, lo que le hizo perder parte del apoyo público y socavó su capacidad para controlar la única institución principal fuera del marco institucional establecido, los militares. En efecto, aunque la Hermandad Musulmana estaba legitimada por el proceso político correspondiente, fue más allá de la protección que le brindaba esa legitimación al promover lo que equivalía a conflictos comunitarios y de valores. La consecuente toma del poder por los militares en julio de 2013 produjo un rápido retroceso hacia un régimen autoritario, cubierto con los ropajes de la democracia, pero sin su sustancia. Para la Hermandad Musulmana existe un claro conflicto de valores con el nuevo régimen desde sus inicios. Las fuerzas seculares, que apoyan la democracia, jugaron un papel clave en el derrocamiento de Mubarak, pero están viviendo un conflicto de valores con el nuevo régimen que revela su carácter antidemocrático. Este tipo de conflictos no se resuelve fácilmente, están arraigados en creencias centradas en instituciones fuertes como la religión, particularmente intransigentes porque influyen en la autodefinición de una persona. Podemos asegurar que provoca luchas largas y difíciles —a menos que se produzca una efectiva pero poco probable intervención internacional— para retomar el camino hacia un gobierno democrático que funcione, decidido a unir a los egipcios en un orden político que minimice las diferencias de valores.

Resolución de los conflictos de valor

Los conflictos de valor son difíciles de resolver, porque pueden permanecer en estado latente. Como demuestra el estudio empírico de Silvert y Reissman

sobre Chile y Venezuela, en cualquier país es probable que exista una distribución generalizada de valores entre los ciudadanos. Lo esencial es reducir su preeminencia en el discurso y en la acción política, y contener el nivel del conflicto dentro de las normas de las instituciones políticas efectivas. Algunos ejemplos sugieren que eso es posible. Uno de ellos es Chile, que ha demostrado tener éxito como potencia económica y al desarrollar un proceso político pragmático. Sin embargo, el camino para lograrlo ha sido largo y difícil.

En 1973, Chile estaba claramente atravesado por un conflicto de valores. El gobierno de Unidad Popular liderado por Salvador Allende, elegido democráticamente en 1970, había buscado aumentar la participación económica de las clases trabajadoras a través de la nacionalización y la reforma agraria, en la misma línea de los gobiernos que lo habían precedido.²⁰ Se encontró con una oposición feroz, que juzgaba inválido el proceso democrático porque había producido un resultado inaceptable: la victoria de la izquierda. La oposición crecía a medida que el régimen de Allende no lograba los beneficios a corto plazo que había creído posibles. Por lo tanto, propició un conflicto de valores con los partidarios de Unidad Popular y legitimó así la intervención militar ocurrida en septiembre de 1973. La intensidad del conflicto quedó demostrada por la violencia de la represión militar contra los partidos políticos y funcionarios gubernamentales que simpatizaban con Allende. Los deshumanizaron calificándolos de “cáncer que era necesario extirpar del cuerpo político”, según declaraciones de un líder golpista. Miles fueron asesinados y otros miles, conducidos al exilio o encarcelados. La división de la sociedad chilena después del golpe parecía irreparable, pero como anticipo de las conclusiones de esta historia, podemos decir que el conflicto de valores, claramente relevante en 1973, ya no lo es tanto en 2016. Eso no significa que no existan diferencias de valores entre los chilenos, pero ya no son materia de discurso político cotidiano. Además, las disputas que surgen se tratan en el marco de las instituciones existentes, cada vez más democráticas.²¹

La base de la transformación estuvo en los esfuerzos por reconstruir un consenso democrático, especialmente en los que se centraron en brindar a la oposición una oportunidad, el plebiscito de 1988. La dictadura militar y sobre todo su líder, el general Pinochet, se sentían seguros de controlar el país en esa época y decidieron (como habían escrito en su Constitución) celebrar un referéndum que ratificaría o terminaría su mandato: un voto “sí” ratificaba la permanencia

²⁰ El gobierno de Unidad Popular estaba integrado por socialistas, comunistas, radicales (que representaban el centro político chileno), otros partidos de izquierda y jóvenes de tendencia democristiana (MAPU e Izquierda Cristiana).

²¹ Desde 1989, los chilenos han eliminado muchas de las características antidemocráticas de la constitución que recibieron de los militares. También han comenzado a experimentar enfoques alternativos de participación, como el registro automático de todos los votantes elegibles y el fin del sufragio obligatorio.

de Pinochet en el cargo como presidente, mientras que un voto “NO” terminaba con su mandato en 1990. Pinochet y sus partidarios estaban seguros de que dominaban los medios de comunicación y el mecanismo electoral. Creían que se enfrentaban a una oposición dividida por ideologías y por una historia de confrontaciones internas. Como lo expresó Ricardo Lagos, entonces líder de la oposición y luego presidente de Chile:

En 1988, la junta ya no asesinaba a disidentes. No hacía falta. Vivir en Chile en ese momento era vivir con miedo. No con un terror abyecto, sino con el estrés constante del peligro. Si uno era joven en Santiago, los militares podían detenerlo en cualquier momento y pedirle que demostrara su lealtad al régimen. Si era hombre de negocios o un intelectual, su trabajo podía estar monitoreado y personas extrañas conocían demasiado sobre uno él como para sentirse cómodo. Había rumores de cámaras en las cabinas de votación para ver qué casilla marcaba cada uno. Lo que era cierto o no sobre la presencia del régimen en la vida de los chilenos era casi irrelevante: el miedo convertía a todos en creyentes (Ricardo Lagos, 2012, p. 2).

A pesar de esa atmósfera, los líderes de la oposición de todo el espectro político se unieron para realizar la campaña diseñada con la intención de, en primer lugar, registrar la mayor cantidad posible de chilenos que no estaban en la lista de votantes; y en segundo, utilizar el acceso limitado que tenían a los medios para convencer a sus compatriotas de que votaran en contra de la continuidad del régimen autoritario. Esa “Campaña por el NO” tuvo éxito a pesar de los obstáculos que enfrentó.²² El esfuerzo por ganar el plebiscito y el control del gobierno después le permitió a la oposición formar una coalición de partidos que, como todas las coaliciones, implicó una serie de concesiones con respecto al programa y a la estrategia. Estas se plasmaron en la alianza política que luego adoptó el nombre de Concertación.²³ Conformar la Concertación requirió sobreponerse a décadas de luchas entre partidos políticos con importantes diferencias ideológicas e incluso de valores. Los dos elementos, el reconocer la oportunidad política disponible (una transición pacífica desde una dictadura) y una larga historia de haber sufrido bajo un gobierno autoritario, eran poderosas herramientas para construir la coalición.

La Concertación tomó el control del gobierno en las primeras elecciones libres desde el régimen de Pinochet, en 1991, y pudo ganar la presidencia cuatro veces seguidas, aunque el proceso democrático chileno permitió una

²² Existe una gran cantidad de documentos sobre esta campaña, que incluyen las técnicas utilizadas para lograr que el público comprenda el significado de un positivo negativo.

²³ El nombre puede estar traducido como ‘coalición’, pero representa en esencia la noción de ‘compromiso democrático’, que era la premisa subyacente de esa alianza política.

oposición viable. En una demostración significativa de la apertura del proceso democrático, la quinta elección desde el final de la dictadura otorgó el triunfo a la oposición, y luego, en 2013, esta perdió ante el sucesor de la Concertación en las elecciones presidenciales. El conflicto de valores tan evidente en 1973 no es el centro del proceso político actual, y el diálogo político permanece dentro de los límites de las instituciones correspondientes. En los últimos años, hubo indicios de debilidad institucional en manifestaciones estudiantiles, pero ciertamente no son una amenaza para la base del proceso político. En resumen, la brecha que socavó el proceso político hace más de treinta años fue subsanada principalmente a través de un esfuerzo concertado por mantener un diálogo político democrático, a pesar de las diferencias políticas y del reconocimiento del peligro que el extremismo político puede representar para ese proceso democrático. Chile no está exento de luchas políticas, pero su democracia no está amenazada de destrucción.

El futuro de la política democrática

La principal preocupación de Silvert en su trabajo académico era proporcionar las claves para construir sistemas políticos más democráticos. Buscó definir las fuerzas que promovían la democracia y comprender las que la amenazaban y destruían. Había encontrado razones para el optimismo como resultado de su estudio sobre el poder de la educación para moldear valores racionales, pero también identificó fuerzas que limitaban ese optimismo. Estas incluían la existencia generalizada de valores que socavaban las prácticas democráticas y el funcionamiento institucional de muchos gobiernos, además de limitar el acceso de los desfavorecidos a oportunidades de desarrollo. Muchas de sus percepciones acerca de las fuerzas que sostenían o amenazaban la democracia siguen teniendo vigencia en la actualidad.

Como demostró su estudio, la educación —sobre todo el paso por la educación secundaria— construye el conjunto de valores que más apoya a la democracia. El contenido de esa educación parece ser mucho menos importante que el hecho de la educación en sí misma. La expansión de las oportunidades educativas que se está produciendo en todo el mundo es un buen augurio para el futuro del desarrollo democrático. Pero para promover eficazmente la democracia, esa expansión debe superar las barreras étnicas y de clase que limitan el acceso a la educación secundaria. Esta es la principal fuente de valores que apoyan la democracia, según demostró la investigación de Silvert.

Al desarrollar el concepto de nacionalismo como valor social —mencionado al comienzo de ese capítulo—, Silvert estudió en profundidad el significado y el valor analítico del nacionalismo. Ese análisis nos ayuda en la actualidad a comprender las fuerzas que actúan en diversas partes del mundo. En Rusia, por ejemplo, se ve crecer el tipo de xenofobia que Silvert identificó como asociada al uso del nacionalismo como ideología. Predijo que el nacionalismo del

tipo que exhibe actualmente Rusia en sus relaciones con Ucrania —y antes con Georgia— restringe la libertad de otros para construir su propio poder e identidad nacional, a la vez que aumenta la probabilidad de un sistema autoritario y xenófobo. En efecto, el nacionalismo se convierte en la excusa para una especie de irredentismo que Rusia despliega hacia sus vecinos y tiñe sus relaciones exteriores. Al mismo tiempo, si bien desempeña la función de fuerza unificadora populista para los rusos étnicos, ese nacionalismo rabioso sirve para justificar las limitaciones impuestas a las minorías dentro del país (por ejemplo, de los chechenos) y las restricciones a la libertad de expresión para todos los rusos.

El proceso político democrático se pone en riesgo cuando el conflicto ideológico y de valores supera los mecanismos institucionales de toma de decisiones políticas. Hay demasiados casos en los que surgen conflictos insolubles de religión, de definición de comunidad y de derechos de un grupo por sobre otro. Definir la comunidad según la religión, el origen étnico, el género, la preferencia sexual de cada uno o cualquier otro criterio arbitrario, o excluir a las personas porque sus creencias no encajan con las establecidas, son conductas que constituyen amenazas para el desarrollo democrático. El rechazo generalizado hacia las acciones del ISIS (Estado islámico en el Levante) es en gran medida una reacción ante un grupo político que lleva al extremo sus creencias religiosas, que demuestra una intolerancia absoluta hacia otras religiones e incluso hacia los adeptos a versiones del Islam algo diferentes, y que niega a los demás el derecho a sus creencias.

En términos de Silvert, la participación activa de personalidades “organicistas” —según su clasificación— en el proceso político de un país hace mucho menos probable, por no decir imposible, la democracia. Si consideramos el escenario político actual, podemos decir que Silvert habría predicho que era muy poco probable una democracia estable en un Afganistán desgarrado por divisiones basadas en conflictos comunitarios y de valores, poblado de organicistas como los talibanes, de grupos étnicos que históricamente han demostrado una muy baja tolerancia hacia los demás. Un Estado nación débil que nunca integró efectivamente a sus ciudadanos en una sociedad nacional difícilmente pueda producir una democracia estable. Kalman Silvert también señaló la necesidad de construir la base institucional e ideológica para llegar a acuerdos, una herramienta para mantener los conflictos dentro de límites manejables. Los acontecimientos recientes en Afganistán apuntan a un intento de construir un sistema de poder compartido que cruza las fronteras comunitarias en el más alto nivel, la resolución de encarar la competencia presidencial entre un líder pastún y un líder tayiko. Queda por ver si este remedio, que no abordó directamente cuestiones de valor ni conflictos comunitarios, puede preservar el contenido democrático del orden político de Afganistán.

Generar acuerdos a partir del conflicto

Silvert pensaba que la retórica de Lincoln estaba equivocada. Una nación puede vivir mitad libre y mitad esclava, aunque la esclavitud signifique pobreza y falta de servicios gubernamentales. Un claro ejemplo de eso es Colombia, cuya historia tiene contradicciones importantes de orden político. Su sistema de gobierno representativo democrático formal, ininterrumpido desde 1958, cuenta con un poder ejecutivo fuerte y un Congreso que es de los más eficientes de América Latina. Su nueva Constitución, redactada en 1991, exige cierto grado de participación ciudadana y refuerza un proceso de descentralización que se considera uno de los mejores del continente. Colombia es una nación de importantes centros urbanos, varios de los cuales, como Bogotá y Medellín, pueden considerarse bastante modernos. Bogotá, por ejemplo, está conectada con la sociedad global.

Al mismo tiempo, la nación permanece atrapada en un prolongado conflicto que ha durado casi cuatro décadas. Un conflicto generado por movimientos guerrilleros que dieron lugar a la creación de grupos de autodefensa (llamados “paras” o “autodefensas”) que controlaron grandes extensiones de áreas rurales y llegaron a los suburbios de las grandes ciudades. Durante la última década, Colombia ha sido el principal productor de coca y amapola, así como el mayor productor de cocaína y heroína del continente. La producción y el tráfico de drogas han alimentado el conflicto en los últimos años, puesto que proporcionan los recursos financieros necesarios para mantener las fuerzas militares tanto de los grupos guerrilleros como de los “paras”.

Analizar la política colombiana requiere tener en cuenta el trasfondo del continuo conflicto interno que ha dividido al país en diferentes “universos de acontecimientos”. El principal problema que enfrenta Colombia es que la política opera en dos universos distintos. Uno de ellos, que podemos llamar *Colombia institucionalizada*, se caracteriza por una democracia representativa, con instituciones que funcionan relativamente bien (aunque no exenta de problemas), poseedora de libertad de expresión, respeto general por los derechos humanos, un alto nivel de competencia democrática, presencia estatal e inversión social. Ese universo, mayoritariamente urbano, está altamente polarizado en su aspecto socioeconómico, pero contenido en el marco de un conjunto de instituciones que funcionan normalmente. El otro universo, el de *Colombia en conflicto*, casi no da lugar al proceso democrático, sino que está dominado por un conflicto continuo, un gobierno impuesto y la falta de libertad de expresión. Hay poca presencia del Estado y menos competencia democrática. De hecho, la fuerza que ejercen las bandas armadas (tanto guerrillas como “autodefensas”), que no reconocen las reglas de un gobierno democrático, sofoca la competencia.

El actual presidente, Juan Manuel Santos, respaldado por mandato popular, busca poner fin al conflicto abierto entre el Estado y los movimientos guerrilleros al tiempo que amplía los esfuerzos estatales para extender su presencia

efectiva a todos los rincones del país. La clave para terminar con el conflicto es la voluntad de llegar a un acuerdo con el principal movimiento guerrillero, con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, y luego, con el Ejército de Liberación Nacional. La voluntad de llegar a un acuerdo entre el gobierno y la guerrilla es esencial en esas negociaciones. Definirlo ha sido un proceso largo y difícil, pero se está logrando lentamente. Subyace la idea de que es hora de hacer la paz, de construir una nación más completa, lo que trae aparejado un esfuerzo de parte del gobierno para construir nuevas relaciones institucionales que incluyen la reforma del gobierno central, procesos de descentralización más efectiva y una mayor transparencia en la forma de gobernar.²⁴ En definitiva, el tipo de esfuerzo para construir una nación que habría admirado y apoyado Silvert.

Él pensaba que, para que la gente viva en un sistema político democrático, es imperativo crear la posibilidad de acuerdos, incluso en las situaciones más difíciles. Como afirma en la conclusión de su último libro al referirse a Estados Unidos (pero que ciertamente puede aplicarse a otros lugares):

Si elegimos la democracia, la única dirección es hacia ella y la única forma es construir libremente un poder organizado a través de instituciones nuevas y ya establecidas, e intentar encontrar conscientemente nuestro camino a través de la situación imperante. Probablemente, necesitemos menos el poder de la democracia que el factor de conocimiento, porque todavía somos en muchos sentidos una sociedad libre, apasionada y abierta. Lo que nos falta, en general, es el hábito de pensar en la acción de un modo democrático (Silvert, 1977, p. 131).

Una y otra vez, hemos visto a personas en entornos tan dispares como Europa del Este, Medio Oriente y Hong Kong que arriesgan su libertad y su vida por el derecho a pensar y actuar democráticamente. Si la construcción de la democracia es nuestro objetivo, debemos alentar esos esfuerzos para ampliar la participación ciudadana y lograr apoyos institucionales que promuevan la racionalidad y los acuerdos. Construir el marco institucional para la democracia, como sugiere Silvert, consiste en educar a un amplio sector de la población para que piense racionalmente y conceda ese privilegio a los demás. Es un proceso largo y, en ocasiones, difícil, pero las recompensas lo convierten en una labor que vale la pena, pues apunta a un futuro más democrático para todos los que lo deseen.

²⁴ El plan para ese esfuerzo aparece parcialmente en un informe reciente de la OCDE al gobierno de Colombia. Ver OCDE, 2013.

Formar una generación

Martin Weinstein

Quizás la contribución y el legado más importante de Kalman Silvert sean sus numerosos estudiantes y colegas en Estados Unidos y en toda América Latina. Influyó en sus trabajos y en sus vidas con los más altos estándares de enseñanza y mentoría, les inculcó valores y normas que los guiaron en sus carreras exitosas. Este capítulo describe cómo percibieron y sintieron los dones de Silvert aquellos a quienes formaba.

En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, la trayectoria de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina y los estudios latinoamericanos en Estados Unidos se cruzaron en torno a temas como la democracia, los derechos humanos, la Guerra Fría y la independencia e integridad de la investigación de las Ciencias Sociales sobre (y en) la región. Por su pericia intelectual y sus cargos institucionales dentro y fuera del ámbito académico, Silvert estaba en una posición única para influir tanto en las personas que estudiarían y enseñarían sobre América Latina como en la construcción de políticas e instituciones en el continente. Aquí analizamos su función como maestro y mentor en ese proceso.

La enseñanza y la mentoría de Silvert fueron sorprendentemente exitosas, a pesar de que sus escritos no siempre resonaron con fuerza en los campos de las Ciencias Políticas ni en los estudios latinoamericanos. Ciertamente, fue inspirador en las aulas, como bien lo documentan las entrevistas de Peter Cleaves a graduados de Dartmouth y mis conversaciones con algunos de sus estudiantes

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 71-78. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

de la Universidad de Nueva York, incluidos Morris Blachman, Ronald Hellman, Joel Jutkowitz y Tommie Sue Montgomery. Quizás una gran enseñanza realmente se reduzca a una gran mentoría, un campo en el que Silvert influyó de manera profunda y duradera en estudiantes y colegas. El capítulo de Peter Cleaves y Dick Dye sobre su papel en la Fundación Ford demuestra claramente este aspecto en un entorno no académico, crucial para Silvert en cuanto a su capacidad de patrocinar a individuos e instituciones, lo que expandió su función de maestro y mentor.

Su labor más importante como maestro fue inculcar en sus alumnos la idea de que no se puede realizar una investigación competente sin empatía, sin la capacidad de ponerse en el lugar de los demás y de ver el mundo desde su punto de vista. Para él, la empatía fue una guía de por vida para la investigación profesionalmente responsable, sobre todo con el país que se investiga. El investigador debe recordárselo a sí mismo constantemente para evitar distorsionar la realidad de los individuos o la sociedad que estudia. David Brooks (2014), en una columna del *New York Times*, capturó maravillosamente la idea cuando habló del “mar de empatía en el que nadas, que es el medio necesario para comprender a los demás, a uno mismo y la supervivencia”. Silvert inculcó ese concepto de modo insistente en sus estudiantes.

Además de la empatía, enfatizó la necesidad de idoneidad. Sintió que, sin esta, el erudito/intelectual no puede ser relevante. La idoneidad era el resultado una formación metodológica unida con mucha lectura, combinación inteligente de materiales y datos y, por supuesto, suficientes habilidades lingüísticas.

La honestidad y la ética eran para él el pegamento que mantenía unido todo eso. Honestidad significaba ser consciente de los propios prejuicios y respetar los datos encontrados o que han sido presentados. También implicaba no mentir sobre el trabajo propio, lo que requiere una transparencia total con respecto a las fuentes de financiamiento y a las afiliaciones institucionales. Este último punto era especialmente sensible en vista del Proyecto Camelot, una investigación financiada por el Ejército de Estados Unidos en América Latina que buscaba descubrir la dinámica de la rebelión campesina. Las revelaciones sobre el proyecto en Chile provocaron una tormenta intelectual y política. Silvert sintió que el proyecto Camelot había perjudicado seriamente la capacidad de los académicos estadounidenses para realizar investigaciones en América Latina al ocultar sus fuentes de financiamiento y sus motivaciones. Dedicó dos conferencias completas al tema, y las cartas que escribió para presentarme a los académicos uruguayos como Carlos Rama y Aldo Solari demuestran su preocupación por las implicaciones de ese proyecto cuando dice “No hay nada de Camelot en este hombre”.

Una vez que uno lo conocía fuera del aula, veía otra faceta de Silvert. Comenzaba a comprender en qué medida no solo hablaba sino que también hacía. Dejó en claro en las clases cuál era su posición sobre los problemas políticos del momento y no ocultó sus sentimientos acerca de sus compañeros, los científicos sociales, pero uno podía apreciar realmente todo lo que era a nivel personal

y profesional cuando compartía con él un café en su apartamento, con o sin reunión de trabajo. Nos dejó la enseñanza de que nada debería frenarnos en la búsqueda de objetivos profesionales ni impedirnos tomar una posición en cuestiones de política pública, de que nunca deberíamos autocensurarnos en el trabajo académico o en nuestra acción como ciudadanos. También, que deberíamos admitir cuando nos equivocamos. Silvert había sido ingenuo al evaluar la participación de Estados Unidos en el golpe de Estado de Chile. Sintió que los chilenos habían arruinado su nación y que la sociedad bajo el gobierno de Salvador Allende se había polarizado tanto que hacía superflua la intervención de Estados Unidos. Cuando los hechos demostraron lo contrario, se disculpó públicamente en un gran foro sobre Chile en la Universidad de Nueva York.

Al leer el conjunto de entrevistas que Peter Cleaves (2013) les hizo a los estudiantes de Silvert en Dartmouth, me sorprendió el cariño con que estos hablaban de Kal y de cómo influyó en sus vidas. Los comentarios sobre un hombre que había sido su profesor de grado a principios y mediados de la década de 1960 y que murió en 1976, casi cuarenta años antes de las entrevistas, dan testimonio de su influencia e impacto permanente en el crecimiento intelectual, la trayectoria profesional y la fascinación por América Latina que él inspiró en esos académicos.

¿Cómo se explica la persistencia de la enseñanza y la mentoría de Silvert? No hay una respuesta sencilla a esta pregunta. En el aspecto intelectual, impresionaba por sus conocimientos enciclopédicos. Combinó eso con su pasión sobre el tema. Para él, la pasión era buena, pero debía ser atemperada por la razón y la ética. Reclamó un comportamiento ético por parte de los ciudadanos, del gobierno y especialmente de los investigadores. Por eso le preocuparon tanto las ramificaciones del Proyecto Camelot.

Los “mensajes” de Silvert iban envueltos en música, comidas, anécdotas y, lo más importante, humor. Esa personalidad atraía a su mundo a cualquiera que lo conociera, y la legión de académicos que capacitó e influyó hizo de América Latina su vocación y pasatiempo. Utilizaba la música para enfatizar la necesidad de prestar atención a los detalles. Para él, la buena música no dependía de cómo se inicia la nota sino de qué manera se termina. Pidió a sus alumnos que leyeran *Philosophy in a New Key* [*Filosofía en clave nueva*] de Suzanne Langer (tercera edición, 1996), un libro que sostenía que la música era la mayor abstracción simbólica de la comunicación humana. Como lo expresó Richard Morse en una reminiscencia: “Docenas de hombres y mujeres en todo el continente deben no solo un campo de interés sino una vocación intelectual a ese flautista de Hamelin paternal de Tulane, Darmouth, NYU y la Universidad de Buenos Aires” (1977, p. 507).

La mentoría de Silvert solía ser sutil y eficaz, y a veces, directa. Nunca impuso una elección a los estudiantes, pero les aconsejaba que el camino que eligieran fuera el que los llevara a más opciones. Cuando regresé de un viaje de familiarización a la región, como preparación de mis exámenes integrales y de la propuesta de tesis en la NYU, dije que tenía ocho páginas para presentar sobre

Chile, pero algo estaba sucediendo en Uruguay sobre lo que nadie escribía ni hablaba: el ascenso de la guerrilla de los Tupamaros, el malestar social y el declive económico de la supuesta “Suiza de América Latina”. Su respuesta fue rápida y decisiva: “Todo el mundo está tratando de ir a Chile. Ve a Uruguay. Escribe tus impresiones y házmelas llegar”.

Las entrevistas de Cleaves están repletas de ejemplos de enseñanzas y de la mentoría de Silvert. Walton Smith comentó que las únicas notas que había guardado de Darmouth eran las del curso de Silvert sobre metodología. Recordó también la manera en que este enseñaba a leer un libro: por ejemplo, observaba que los estudiantes a menudo omiten la dedicatoria, los agradecimientos y el índice, en detrimento de la comprensión de las obras. Por su parte, Peter T. Knight se convirtió en latinoamericanista a pesar de haber dedicado la mayor parte de sus estudios a Medio Oriente. Dice: “Kal había plantado en mi cabeza una semilla que estaba lista para brotar” (Cleaves, 2013, p. 48).

Silvert asesoró a estudiantes en términos de trayectorias profesionales, modos de vida e investigación. Gracias a su cargo en la Fundación Ford, estaba en condiciones de patrocinarlos de manera indirecta a través de la financiación de sus instituciones o, más directamente, de programas de becas, como el programa de becas de área extranjera o el Consejo de Investigación de Ciencias Sociales, que recibió una importante suma de la Fundación Ford.

Silvert también enseñaba con el ejemplo. Como lo señala Chris Mitchell, estaba molesto y ofendido por la arbitraria toma de decisiones de la NYU, especialmente en cuestiones referidas al personal, durante la crisis financiera de los años 70. Se negó a acatar las draconianas medidas que estaba imponiendo la administración al Departamento de Política. Renunció al Comité de Planificación y Personal del Departamento de Política en protesta por los recortes exigidos por la administración de la NYU ante la crisis fiscal de la universidad. También declaró que ya no votaría en las reuniones departamentales puesto que las decisiones se tomaban arriba (Mitchell, 2013).

Cuando empezaron a circular los rumores de que al científico político marxista Bertell Ollman se le podía negar la titularidad debido a su papel en las manifestaciones contra la guerra de Vietnam en el campus, Silvert anunció en sus clases de posgrado que dejaría la NYU si eso sucedía. Sintió que el libro de Ollman, *Alienation: Marxist Concept of Man in Capitalist Society* [*Alienación. Marx y su concepción del hombre en la sociedad capitalista*] (1961), era tan bueno como todo lo que se había escrito sobre ese tema y la razón principal por la que el Departamento de Política había recomendado su titularidad.

En el tiempo relativamente corto que pasó Silvert en la NYU, salvó la carrera académica de dos personas al admitirlas en el programa de doctorado en Política después de experiencias fallidas en otras instituciones. Ambos pasaron a obtener sus doctorados, uno de ellos con distinciones. Silvert era más un teórico social europeo que un científico social al estilo estadounidense. Weberiano al estilo europeo, se oponía a la interpretación para él incorrecta que había fomentado la traducción de Talcott Parson. Lo era de principio a fin,

especialmente en su enfoque de clase como amalgama de posición económica, social y política. Enseñó en un estilo socrático, es decir, entrenando a los estudiantes a que plantearan preguntas en lugar de darles respuestas. Dejaba que estos interpretaran los hechos. Les ofreció una plataforma para que despegaran por sí mismos, para aprender, participar en la investigación y abrirse camino en el mundo. Les enseñó a pensar de formas nuevas en las Ciencias Sociales. De modo que, por ejemplo, no vieran el Departamento de Estado del Congreso de Estados Unidos como un objeto cosificado sino como un “ejemplo de comportamiento rutinario”. Enseñó el contexto teórico guiando el análisis empírico mediante un uso hábil de la narrativa: grandes historias salpicadas de su tremendo sentido del humor. Pero Silvert podía resultar intimidante en el aula; no soportaba fácilmente a los necios. Lo mismo le sucedía en el contexto de la universidad y en la Fundación Ford.

Las reuniones de estilo europeo que Silvert hacía como parte de su docencia y mentoría se llevaban a cabo en Buenos Aires, Vermont y Nueva York. Esos encuentros quedaron grabados de forma indeleble en la mente de sus estudiantes de Dartmouth, NYU y en América Latina, como se demuestra ampliamente en la presente obra. Conocí a Enrique Iglesias, Fernando Henrique Cardoso, Guillermo O’Donnell y Julio Cotler, entre otros, en el apartamento de Kal y Frieda en NYU. Esos cócteles, cenas o sesiones nocturnas a veces terminaban a la madrugada en el Café Dante. También recuperaba clases ocasionalmente en su apartamento, donde sacaba libros de los estantes cuando hacía referencia a ellos o los leía directamente.

Enseñar bien incluye a menudo un poco de espectáculo. La clase debe ser entretenida, y eso requiere humor y habilidad para narrar historias. Silvert era un maestro en el uso de viñetas para desarrollar su relato, que con frecuencia estaba asociado con construcciones teóricas difíciles o con una discusión sobre la literatura académica. Su sentido del humor era agudo e ingenioso.

La enseñanza y la mentoría inteligentes son actos que influyen en los estudiantes y colegas de manera indeleble. Silvert superó airoso esa prueba. Sus conocimientos enciclopédicos, su brújula moral y estatus de ciudadano público lo ayudaron a convertirse en un modelo a seguir que influyó en la vida personal y profesional de quienes lo conocieron de un modo u otro. Demostró ser un eficaz constructor de puentes gracias a su entusiasmo, perseverancia y compromiso moral con América Latina. Como acotó mordazmente Richard Morse, “las estrellas del mundo académico estadounidense están demasiado inmersas en años de cerrada *convivencia* como para cultivar la reciprocidad humana con los latinoamericanos” (Morse, 1977).

El desarrollo institucional y la mentoría de Silvert se extendieron a otras instituciones en las que participó directamente. Es un placer leer las cartas que redactó para American Universities Field Staff (AUFS, el consorcio de universidades que envía a profesores a hacer investigaciones de campo a diferentes países para que escriban informes y compartan recursos a su regreso). Una versión editada de algunos de esos informes constituyó la base para varios capítulos

de *The Conflict Society...* (Silvert, 1961). Cuando se convirtió en director de estudios de AUFS, su acción fue fundamental para cambiar el entorno de la institución: profesionalizar al personal, sugerir temas de investigación y contratar personas adecuadas para hacer el trabajo. Ejemplos de estos esfuerzos forman parte de las obras *Discussion at Bellagio* [*Conversación en Bellagio*] (1964) y *Expectant Peoples* (1963).

En un informe fechado el 1.º de mayo de 1958, Kal habla de la recepción poco amistosa que tuvo en la Universidad de la República, en Montevideo, Uruguay. “Welcome to the Fold, Mr. Nixon, or, Ariel and the Dilemma of the Intellectual” [Bienvenido al redil, Sr. Nixon, o Ariel y el dilema del intelectual] es un brillante análisis de la postura antiimperialista y, por ende antiestadounidense, de la izquierda uruguaya, donde Silvert le dice al presidente que se relaje después de la hostil acogida que había tenido en Montevideo: “No se enoje, Sr. Nixon. Nos pasa a todos en Uruguay”. Allí señala que “la competencia, la integridad y los motivos de cualquier persona con pasaporte estadounidense no se dan por sentados en Uruguay”. Termina la carta con una observación: “No hay dudas de que Uruguay tiene actitudes en gran medida nacionales, pero lo perjudican su pequeñez, su excesiva tendencia a asimilar ideas europeas y su aislamiento físico de la corriente principal [...] La frustración del intelectual antiimperialista aquí es lamentable, y su brusquedad puede entenderse en términos de esa frustración” (Silvert, 1958, pp. 1-18). Con estas palabras, Silvert capta de manera perspicaz el ascenso de los Tupamaros y la sociedad uruguaya que luego tuvo que estudiar para mi tesis en 1969 y 1970.

Después de un triste viaje a Uruguay en junio de 1974, apenas a un año del inicio de la dictadura allí, regresé a Nueva York y tuve una larga conversación con Kal. Le conté sobre las historias de arrestos, torturas y despidos políticos, que la situación era peor que la de Chile en ciertos aspectos porque Uruguay era pequeño y solo tenía una universidad. Todos mis amigos académicos habían perdido sus trabajos y estaban en serios problemas económicos. Me dijo que yo estaba demasiado cerca de la situación y demasiado involucrado emocionalmente para ser objetivo. Sin preámbulos, me echó de su casa con estas palabras: “No puedo salvarlos a todos”.

Silvert viajó a Uruguay al año siguiente y cuando regresó, me dijo que yo tenía razón y que la situación allí era tan mala o peor que en Chile. Unos meses después de su muerte, tuve una conversación con Jeff Puryear, quien había sido uno de los responsables del programa de la Fundación Ford en Chile. Me preguntó cómo les estaba yendo a mis amigos en Uruguay, y cuando expresé sorpresa por la pregunta, Puryear me comentó que Silvert los había financiado.

En 1967 fue contratado a tiempo completo por la Fundación Ford, pero Silvert ya era consultor para ellos a fines de 1959, cuando redactó con Alfred Wolf y Reynold Carlson un informe en Argentina titulado “Ford Foundation Mission to Argentina. August-September 1959” [Misión de la Fundación Ford en Argentina, agosto-septiembre de 1959]. En junio de 1960, propuso otro muy extenso sobre México con el título “A Survey of Mexico” [Un estudio sobre México].

Ese documento puede leerse como un texto universitario no muy esclarecedor, pero contiene algunas joyas: “También podríamos admitir en principio que los temas entrelazados de clase y movilidad social están encerrados detrás de un muro de ignorancia fáctica y rodeados por un foso lleno de teorías mohosas y amorfas. En sentido riguroso, no sabemos de qué estamos hablando, no solo en México sino en la mayoría de las demás partes del mundo” (Silvert, 1960, p. 89).

Silvert encontró la mejor respuesta a esas deficiencias en la agudeza de la obra de Max Weber. Ya sea con *Politics as a Vocation* [*La política como vocación*] (1966), *The Methodology of the Social Sciences* [*Ensayos sobre metodología sociológica*] (1949) o con otros clásicos de Weber que determinó como lectura obligatoria para todos sus alumnos, les inculcó la definición de clase como “medio de transporte intergeneracional del poder”, sin dejar de recordarles que un análisis de clase adecuado, a la manera de Weber, requiere un análisis de la posición económica, social y política del individuo o grupo en cuestión. Su mentoría en la Fundación Ford, con sus interesantes memorandos, aportó una mayor sensibilidad a los temas relacionados con los derechos humanos y la libertad académica, además de una comprensión más profunda de la teoría y la práctica democráticas. La significativa y oportuna respuesta de Ford al golpe de Pinochet, que incluyó la reubicación de académicos despedidos y exiliados en instituciones estadounidenses, canadienses y europeas, así como la protección de estudiantes y profesores que optaron por permanecer en el país, tuvo que ver claramente con la influencia del trabajo intelectual y la gran sensibilidad que Silvert aportó a la institución.

Las conferencias de Silvert, al igual que sus memorandos para Ford, tenían algo en común, y era que no dejaban duda alguna de su posición. No velaba sus pensamientos, como observó Lou Goodman, y eso pudo haber irritado a algunos colegas y estudiantes. Sus reclamos de transparencia al gobierno, a los investigadores y a los ciudadanos, así como su idea de la democracia como proceso en lugar de producto, dejaron una huella indeleble en las personas e instituciones que lo conocieron.

Silvert murió poco antes de que debiera declarar ante el Congreso de Estados Unidos sobre la situación política y de derechos humanos en América Latina. El golpe de Estado en Argentina tuvo lugar el 24 de marzo de 1976 y Silvert murió menos de tres meses después, el 16 de junio. Luego de los golpes de 1973 en Uruguay y Chile, la presión personal y profesional que se ejercía sobre él para ayudar a la comunidad académica del Cono Sur aumentó de manera notable y lo abrumó psicológicamente al producirse el colapso de la democracia en su amada Argentina.

En su tributo a Silvert en la ceremonia conmemorativa celebrada en la Universidad de Nueva York, Irving Louis Horowitz dijo: “Para él, el egoísmo era el enemigo del intelecto, y eso lo convirtió en una persona muy especial: el blanco de la ira y de la admiración”. Y añadió: “No exagero al decir que fue una de las pocas personas que conozco que sabía tanto de las sociedades a las que iba como de la propia” (Horowitz, 1976, pp. 10-12).

Silvert estudió y conoció la historia, pero siempre estaba mirando hacia el futuro: el de sus alumnos, el de las becas Ford y su impacto en quienes las recibían, el de las Ciencias Sociales, y lo más importante, el futuro de la democracia. Su interés en la educación nació de querer comprender la relación entre las Ciencias Sociales y el proceso de desarrollo. Consideraba que la educación era la clave del desarrollo, así como un ingrediente necesario, aunque no suficiente, para garantizar la democracia.

Kalman Silvert fue un maestro y mentor inolvidable que se sentía tan cómodo en Buenos Aires o Ciudad de México como en Nueva York. Su influencia en los estudios latinoamericanos y en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, ejercida a través de sus funciones como profesor, ejecutivo de la fundación, investigador, amigo y ciudadano público, se vio reforzada por su agudo intelecto, su humor, sus altos valores morales y éticos, y su profundo compromiso con la vida democrática. Fue un privilegio haber sido su discípulo, colega y amigo.

Promover una comunidad académica transnacional

Jorge Balán

Este capítulo aborda la faceta de Kalman H. Silvert como creador de puentes entre las culturas académica y política en todas las naciones. Aquí me centro en su capacidad para comunicarse y actuar en las diferentes culturas con el objetivo de generar un sentido de comunidad entre los científicos sociales y políticos interesados en América Latina.

Para Seymour Sarason, el sentido de comunidad es “la percepción de similitud con los demás, el reconocimiento de una interdependencia con ellos, la voluntad de mantener esa interdependencia dando o haciendo por los demás lo que uno espera de ellos, y el sentimiento de ser parte de una estructura más grande, confiable y firme” (1974, p. 157). Para que ese sentido emerja en las diferentes culturas, se necesitan creadores de puentes, personas en posiciones influyentes con habilidades personales excepcionales —como la fluidez en el manejo de varios idiomas y la capacidad para comunicarse claramente con léxico académico y burocrático—, que busquen entendimientos comunes dentro de diversos entornos nacionales, disciplinarios y organizativos. Otra habilidad necesaria es la de generar confianza, es decir, la capacidad de ser visto como un intermediario honesto, justo y confiable. La confianza se desarrolla con el tiempo, a través de una extensa interacción cara a cara en entornos informales; se refuerza con presentaciones y publicaciones, y tiende a crecer a medida que los mensajes se vuelven consecuentes con el paso del tiempo.

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 79-86. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

Silvert se convirtió en alguien de confianza para muchos actores clave en diversos círculos académicos, políticos y filantrópicos de Estados Unidos y de América Latina. Pudo construir un sentido de comunidad que fue esencial para lograr el éxito de nuevas organizaciones y redes del campo de las Ciencias Sociales.

El período comprendido entre la década de 1950 y la muerte de Silvert, en 1976, necesitaba especialmente intermediarios y creadores de puentes. Las fuerzas que separaban eran muchas y fuertes, pero en las Ciencias Sociales estaban surgiendo nuevos caminos para la colaboración entre culturas. El clima general de sospecha, teñido por la Guerra Fría y la posición hegemónica de Estados Unidos como potencia occidental militar, económica, científica y cultural —desafiada únicamente por algunos florecimientos “milagrosos” de sus aliados cercanos de Europa Occidental y Japón—, creó oposiciones cambiantes y nuevas oportunidades. Tales divisiones se destacan en estudios recientes sobre política interna de organizaciones como la Unesco (Rangil, 2013) y sobre el crecimiento profesional e institucional de las Ciencias Sociales en América Latina.

La ola de democratización iniciada en América Latina al terminar la Segunda Guerra Mundial alcanzó su punto máximo a principios de la década de 1960, pero fue revertida en la década siguiente por una serie de intervenciones militares que establecieron regímenes autoritarios. Se erosionó seriamente la fe en el desarrollo económico y en la consolidación de la democracia, mientras los enfrentamientos armados entre gobiernos y grupos juveniles radicalizados, que a menudo se inspiraban en la Revolución Cubana, ocupaban un lugar central en el escenario político. Las Ciencias Sociales ganaron visibilidad y estatus profesional en la región durante ese período en la educación superior y en las agencias gubernamentales, en tanto que los científicos sociales se impusieron como analistas y actores dentro de la escena política nacional de los países más importantes. Por último, pero no por eso menos significativo, los científicos sociales participaron muy activamente en la creciente red de organizaciones regionales gubernamentales y no gubernamentales de América Latina que fortalecieron las identidades y culturas de la región.

Silvert visitó América Latina por primera vez como estudiante de posgrado de Penn. Fue a México, para las elecciones de 1940. En 1942, poco después de graduarse y casarse con Frieda, fue reclutado para el servicio militar y pasó los tres años siguientes en la unidad de Inteligencia del Comando de Transporte Aéreo en África. Poco después de su regreso, consideró convertirse en antropólogo, siguiendo los pasos de su mentor, Heinrich Albert Wieschhoff, un refugiado alemán con gran experiencia en África (que luego dejó Penn para trabajar en las Naciones Unidas). Kal eligió finalmente las Ciencias Políticas y obtuvo una beca para viajar a Chile y trabajar en su tesis doctoral. En la introducción a su tesis de 1948, agradeció la ayuda de más de veinte chilenos en Nueva York y Santiago, cuyos títulos y cargos consignó cuidadosamente. Realizó un extenso trabajo de campo en español con poca ayuda de académicos estadounidenses, comprendió profundamente la cultura académica y política chilena, y construyó una red local que le fue muy útil diez años después, cuando regresó a Chile.

Mientras tanto, ocupó su primer cargo académico en Tulane en otoño de 1948. Después de pasar el verano de 1951 en Quetzaltenango, regresó a Guatemala, donde residió un año completo, entre 1952 y 1953. La primavera democrática que se había iniciado allí en 1944 estaba llegando a su fin rápidamente cuando Silvert completó el primer borrador de su libro *A Study in Government: Guatemala* (1954). Fue la primera oportunidad que tuvo para demostrar sus habilidades como creador de puentes al fundar una organización importante y duradera en ese país, el Seminario de Integración Social Guatemalteca. Oswaldo Hernández (2014), quien dirigió el seminario entre 1963 y 1985, relata:

El Seminario se fundó en 1954 bajo la presidencia de Castillo Armas. Nació gracias a la iniciativa de Kalman Silvert, un gringo que había investigado sobre el gobierno revolucionario, la composición del Congreso Nacional y la primavera democrática. Mientras investigaba, se percató de que no había publicaciones académicas relacionadas con Guatemala, por lo que empezó a recopilar documentación sobre el país y la tradujo al español. Cabe recordar que en ese momento no existía una comunidad académica en Guatemala. Un problema adicional fue el gobierno de Castillo Armas, un militar ignorante y mediocre. ¿Cómo podía llevarse a cabo un proyecto como ese sin que cayera bajo sospecha de comunismo? Silvert, con mucha astucia, sugirió buscar un miembro respetado de la elite guatemalteca en quien confiara el gobierno. Jorge Skinner-Klee, una persona muy conservadora pero bien educada, era el candidato ideal, y le vendieron la idea de que un archivo documental mejoraría la posición internacional del régimen.

Desde 1955 hasta 1962, Silvert trabajó en el marco de un acuerdo entre Tulane y AUFS, lo que le permitió realizar extensos viajes por América Latina, alternados con conferencias organizadas por las universidades pertenecientes a AUFS. Como señala Richard Adams (1976), esa combinación fue particularmente útil para que Silvert explorara una variedad de temas y países de interés mientras se hacía más conocido en Estados Unidos. Él tenía como objetivo sensibilizar el entorno intelectual estadounidense acerca de la importancia y el potencial de América Latina —en ese momento, los relativamente más desarrollados “países en desarrollo”— cuyo estudio estaba al final del ranking de prestigio dentro del campo emergente de los “estudios regionales”.

La reminiscencia de Richard Morse (1977) es reveladora:

Cuando estaba en Columbia, a mediados de la década de 1950, alguien comenzó a enviarme los informes latinoamericanos de AUFS. En aquellos tiempos —como en estos—, las investigaciones de campo provenientes del sur no llamaban la atención por su falta de agudeza. Por eso me sorprendió descubrir las cartas frescas y con conocimiento de causa de un tal “K. H. Silvert”, identificado como un politólogo que había

comenzado su carrera a los diecinueve años observando las elecciones de 1940 de México. Esa voz era fresca porque tenía su propio lenguaje, reproducía las cosas directamente, llegaba al fondo de los problemas.

Conocí a Silvert en Buenos Aires en 1960, cuando vino como profesor invitado al departamento de Sociología, que dirigía Gino Germani, y dio un seminario sobre Política Comparada. Desde 1957, enseñaba esporádicamente en Argentina. Se había ganado el respeto de las primeras cohortes de estudiantes maduros y profesores jóvenes que constituían el núcleo de la vida intelectual del departamento. Su enseñanza trascendía el espacio de las aulas y continuaba en las numerosas reuniones informales que realizaba en su casa de Palermo (Buenos Aires), donde estudiantes, profesores, familiares y visitantes ocasionales se mezclaban (con importantes cantidades de comida y vino) para debatir sobre acontecimientos políticos durante la convulsionada administración del presidente Arturo Frondizi. Este era un político intelectual plenamente identificado con el “desarrollo”, los desafíos internacionales que enfrentaba el presidente John F. Kennedy en Estados Unidos y las esperanzas y preocupaciones que surgieron en la región en los primeros días de la Cuba de Castro.

Silvert fue consejero cercano y respetado de Gino Germani, líder de la Sociología argentina, y de su equipo acerca de las relaciones con el mundo académico y la filantropía en Estados Unidos. Desde 1957, la Fundación Ford había mostrado interés en iniciar programas en América Latina similares a los desarrollados en Asia y África. En 1959, patrocinó el trabajo de un comité visitante en la región, compuesto por tres economistas internacionales de primer nivel formados en Harvard, con gran reputación académica y experiencia acerca del gobierno de Estados Unidos.

El cuarto y más joven miembro del comité era un politólogo con amplios contactos académicos en la región, pero poco conocido en Estados Unidos. Era el único que no había trabajado para el gobierno de su nación de ninguna manera, ni tampoco se convirtió, como los demás, en embajador ni asesor político de alto rango. La visita a Buenos Aires incluyó extensas conversaciones con Germani, el primero en recibir un subsidio de la fundación en Argentina.

Los informes de Silvert a AUFS durante ese período se centraban generalmente en la vida universitaria e intelectual del Cono Sur. *The Conflict Society...*, publicado por primera vez en 1961, incorporó muchos ensayos que se destacan como comentarios espontáneos y elocuentes sobre las tradiciones de la educación superior y las reformas modernizadoras en Uruguay, Argentina y Chile en la década de 1950.

Al releerlos hoy, me conmueven sus sinceras observaciones sobre la cultura académica argentina y la calidad de los alumnos de Buenos Aires. Escribe: “Hay pocas formas más acertadas de conocer un país que aprender de los estudiantes. Los que tuve fueron todo un placer: desinformados, indisciplinados y muy obstinados, pero seres humanos inteligentes, ávidos, dispuestos, fieles y, en algunos casos, seres humanos admirables” (Silvert, 1961, p. 174). Además,

evidenció con agudeza las percepciones sesgadas de profesores y estudiantes universitarios argentinos acerca de sus propias instituciones, de la vida académica en los países vecinos y en el mundo desarrollado. Su honestidad era cruda, pero mostró empatía con los reformadores, una profunda comprensión de la política universitaria y un distanciamiento considerable con la actitud paternalista de muchos otros observadores extranjeros.

En 1962, Silvert se trasladó al norte, al Dartmouth College, y se convirtió en director de investigaciones de AUFS. Eso amplió sus compromisos en Estados Unidos, pero no dejó de involucrarse con América Latina. La región era sacudida en esos momentos por una serie de hechos: la fallida invasión a Cuba en Bahía de Cochinos (1961), la crisis de los misiles cubanos (1962), el asesinato de Kennedy, el golpe militar en Brasil (1964), los golpes en Argentina (1962 y 1966) y la invasión estadounidense a la República Dominicana (1965).

La olla a presión de tensiones políticas en las Ciencias Sociales relacionadas con el papel de las agencias gubernamentales de Estados Unidos y la financiación filantrópica estalló en 1965 en torno al Proyecto Camelot. Los científicos sociales de Chile que habían sido invitados a participar del proyecto —un conjunto bastante impresionante de estudios apoyados por el Departamento del Ejército de Estados Unidos diseñado para medir, predecir y controlar los conflictos sociales que pudieran llevar a revueltas y levantamientos— se negaron a hacerlo de inmediato, lo que suscitó serias dudas sobre su viabilidad. Sin embargo, el Proyecto Camelot se convirtió en un tema célebre cuando la prensa de izquierda lo hizo público y denunció toda la idea como espionaje político por parte del gobierno estadounidense. Poco después, el gobierno y el Congreso de Chile establecieron comités especiales para investigar el asunto.

Una revisión cuidadosa de los documentos disponibles revela que, gracias a esa propaganda, la opinión pública de Chile y de otras partes del mundo se convenció de que todo el apoyo de Estados Unidos a la investigación en Ciencias Sociales en América Latina se destinaba a producir información política para la Guerra Fría. Además, reforzó la idea de que ese apoyo subordinaba cualquier estudio a intereses de agencias de financiación que apuntaban a imponer sujetos y métodos de investigación a las partes subsidiadas, sin importar su nacionalidad (Navarro, 2011).

Silvert estaba en Chile en ese momento. Conocía personalmente a la mayoría de los actores clave de los acontecimientos, por lo que pudo seguirlos de cerca. No tardó en redactar un duro artículo dirigido a los lectores estadounidenses de la comunidad de las Ciencias Sociales y del gobierno. Su perspectiva era la de un “observador participante”, ya que estaba realizando un estudio con encuestas que debería interrumpirse, como cualquier otro trabajo de campo relacionado con temas de actualidad. Escribió como un “académico comprometido”, preocupado por lo que sucedía en Chile y los Estados Unidos. Allí la participación abierta de las fuerzas estadounidenses en Chile y sus actividades encubiertas en Vietnam se habían convertido en temas políticos candentes que

enmarcarían la lectura de la intervención de Estados Unidos en el mundo en desarrollo hasta el final de la Guerra Fría.

“Las ciencias sociales estadounidenses están en una crisis ética”, escribió Silvert, y “no perciben ningún problema en particular”. Los estudios regionales, en América Latina y en otros lugares, plantearon problemas que podrían haber parecido marginales para los científicos sociales en Estados Unidos, pues los problemas éticos más amplios, relacionados con la divulgación de las fuentes de apoyo, gubernamentales o de otro tipo, no eran objeto de revisión abierta en el mundo académico estadounidense. No existía ninguna agencia, al estilo de la National Science Foundation en las Ciencias Naturales, que desempeñara la función de intermediaria entre el gobierno y los científicos sociales respecto de estos temas, ni había debates públicos constantes sobre la objetividad académica y las políticas públicas, como en el caso de la física. El resultado, entendió Silvert, era que los científicos sociales habían cruzado la línea que separa el mundo académico de la formulación de políticas rigiéndose únicamente por sus criterios personales de conducta. El trabajo en el extranjero se complicó más, no solo por el nacionalismo y las sensibilidades locales, sino también porque estaba en juego la competencia académica: los estudios regionales eran un segmento reciente y relativamente débil dentro de las Ciencias Sociales, con escasa o inexistente representación en los departamentos académicos más prestigiosos, como lo documentó Silvert al referirse a los politólogos con experiencia en América Latina.

Lo aprendido con el Proyecto Camelot guió gran parte de la agenda de Silvert durante los años siguientes, en la encrucijada entre participar de la investigación en la región y promover los estudios regionales por medio de la filantropía, por una parte, y el compromiso público con la educación superior y las ciencias sociales estadounidenses, por otra. En América Latina ya era un académico estadounidense muy conocido, respetado y de confianza, que expresaba sus opiniones políticas de manera firme e insistente, ideas claramente identificadas con la democracia liberal, aunque no muy populares en la región. Julio Cotler, el destacado sociólogo político peruano, nos proporcionó recientemente su recuerdo de sus interacciones con Silvert durante esos años:

Mi relación con Kalman Silvert se fue construyendo a partir de reuniones poco frecuentes. Sin embargo, pudimos generar confianza, lo que condujo a un intercambio intelectual sumamente valioso que contribuyó a orientar mi vida académica y, lo más importante, a fortalecer mis compromisos democráticos. Durante esos encuentros en diferentes lugares, compartimos nuestra preocupación por los problemas de la región, en especial el impacto de la Guerra Fría en el desarrollo de ideas y comportamientos antidemocráticos. La enérgica defensa de Kal de la democracia liberal amenazada por esas ideas en diferentes contextos ocasionó muchos ataques de parte de intelectuales de izquierda, quienes afirmaban que defender tales valores burgueses iba en contra de

las posibilidades de construir una verdadera democracia directa (años más tarde, las dictaduras militares llevarían a muchos de ellos a cambiar de opinión) (Cotler, 2012).

En 1967, Silvert se mudó de Dartmouth a Nueva York —más cerca de los círculos académicos preocupados por la vida política de América Latina y de los Estados Unidos— como profesor titular de política en la NYU y director del programa de posgrado en estudios latinoamericanos, y para desempeñarse como asesor en ciencias sociales en programas internacionales de la Fundación Ford. Mi propia carrera me acercó a él nuevamente entre 1968 y 1971, cuando me nombraron profesor asistente de sociología en la NYU (y me convertí en director interino del programa latinoamericano cuando Silvert se tomó un año sabático). Entre 1971 y 1973, me desempeñé como especialista en proyectos con la Fundación Ford en Brasil. En Nueva York también nos hicimos vecinos y amigos, pues vivíamos en el mismo edificio de la NYU. Eso resultó más importante e influyente en mi vida que las relaciones formales en la universidad y, más tarde, en la Fundación Ford.

Concluyo con unas palabras sobre el entorno más informal en la casa de los Silvert, donde aprendí mucho sobre el mundo y también sobre cómo manejar los límites entre los ámbitos personal, profesional, intelectual y político. Kal y Frieda ocupaban un apartamento bastante grande (comparado con la mayoría de Nueva York) en el Village. El espacio era fundamental porque ambos trabajaban a menudo en su casa con compañeros y estudiantes. Frieda enseñaba sociología en el City College y solía conversar con su colega alemana Marlis Krueger, y esas conversaciones la llevaron a escribir el libro *Dissent Denied* [*Disenso negado*] (1975), sobre radicalización del movimiento estudiantil en la universidad pública de la ciudad. Frecuentemente, Kal se reunía con sus estudiantes y recién graduados después del horario de trabajo para hablar de sus trabajos y de otros asuntos, ya que todos estaban involucrados en los movimientos sociales de la ciudad, así como en la política de la educación superior. El salón de los Silvert acogió una variedad de esfuerzos organizativos en pos de luchas académicas, como reuniones de planificación para una conferencia, y de manifestaciones contra la guerra en las calles de la ciudad, que se originaban mayormente en las filas de los campus universitarios.

Esas conversaciones informales nocturnas con buena comida y bebida acogían a todo tipo de visitantes, algo no muy diferente de lo que yo había presenciado una década antes en Buenos Aires. Lo que más me sorprendía era la presencia de escritores y científicos sociales latinoamericanos que se encontraban en Nueva York. Pude conocer personalmente a muchos de ellos en esos momentos más que en cualquier otro contexto. Hablaban habitualmente sobre política, sociedad y cultura, pasaban con facilidad de un tema al otro y abordaban asuntos de ciudades, países y continentes.

Los Silvert no intentaban establecer límites rígidos entre los asuntos personales, profesionales, políticos e intelectuales. Los niños y las familias entraban

y salían con facilidad de sus conversaciones. *Man's Power* [*El poder del hombre*], el libro de Silvert publicado en 1970, ilustra esto perfectamente. Está dedicado a sus padres por haberle enseñado “que no puede haber amor sin coraje, y que no hay libertad sin amor”. En el prólogo, como muchos autores lo han hecho, reconoce la contribución de Frieda con esta frase: “está su impronta profesional y emocional en todo lo que hago”. También agradece a su suegra por sus “valiosas sugerencias, tanto de contenido como de tono” y finaliza afirmando su creencia de que “las familias pueden ser el escenario de la creación intelectual, afectiva y emocional”. Por último (pero no menos importante para mí), el ejemplar que estoy usando en este momento tiene un mensaje escrito a mano que dice: “con afecto vecinal de Kalman y Frieda”²⁵.

²⁵ N.del T.: Esta frase está copiada del original, que evidentemente era el español en que escribía Silvert.

El esfuerzo por mejorar las relaciones entre Estados Unidos y América Latina

Abraham F. Lowenthal

Uno de los principales objetivos de Kalman H. Silvert era ayudar a mejorar las relaciones entre Estados Unidos y sus variados vecinos de América Latina y del Caribe. Fue devoto del credo cívico nacional de Estados Unidos y se inspiró en el “sueño americano”, como enfatiza Louis Goodman (véase el capítulo 10 de la presente obra), pero también se sintió atraído por América Latina y los latinoamericanos. Estudió y respetó las historias y culturas de la región. Enfatizó que América del Norte y América Latina tenían muy diferentes experiencias coloniales, composiciones demográficas, tradiciones religiosas y políticas, así como las instituciones, y subrayó la asimetría de distintos tipos de poder entre las dos regiones.

Silvert no ignoraba ni era ingenuo acerca del poder de los intereses creados —económicos y otros— ni de la protección del territorio burocrático por parte de instituciones civiles, militares y religiosas. Tampoco ignoraba el racismo ni los prejuicios como factores que configuran las relaciones interamericanas. Sin embargo, creía que los mejores intereses —debidamente concebidos y con el correr del tiempo— de Estados Unidos y de los países de América Latina eran, o al menos debían ser, fundamentalmente compatibles. Argumentó que Estados Unidos está comprometido con la libertad humana. Sostuvo que los países latinoamericanos, a medida que se modernizaban, generalmente compartían

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 87-101. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

ese espíritu, por lo que generarían un mayor número de ciudadanos con actitudes e intereses abiertos a la cooperación con Estados Unidos para lograr objetivos comunes.

Ante los repetidos conflictos entre las políticas de Estados Unidos y las preferencias latinoamericanas, Silvert argumentó que los legítimos intereses centrales de todos los americanos, del norte hasta el sur, podían y debían reconciliarse, y trató de demostrar cómo se podría hacer. Reclamó esfuerzos mucho mayores en Estados Unidos para centrarse en América Latina y en sus numerosas subregiones, comprender sus diferentes estructuras sociales, niveles de integración nacional, desarrollo económico e institucional, tomar nota de sus respectivas relaciones con Estados Unidos y respetar la soberanía e independencia de esos países. Instó a los latinoamericanos a comprender la naturaleza plural y compleja de la sociedad y la política estadounidenses, y a apreciar sus instituciones políticas, energía y capacidad de asimilación e innovación.

A veces, la fe de Silvert en la compatibilidad fundamental de los intereses de Estados Unidos y América Latina se veía puesta a prueba, pero en sus últimos años mantuvo un optimismo cauteloso y trató de persuadir a ciertas personas de que revisaran sus enfoques para posibilitar la cooperación. Eso se hizo particularmente evidente al final de su vida, como miembro de la Comisión de Relaciones Estados Unidos-América Latina (la Comisión Linowitz) y en su enérgica defensa del informe realizado por dicha comisión en 1974.

Silvert buscó permanentemente superar la ignorancia, el prejuicio, el resentimiento, el miedo, el paternalismo, la inmadurez, la imposición, la dependencia (especialmente la que se autoimpone), el dogmatismo, la confusión y la incoherencia en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Vio ejemplos y razones de tales defectos en todas partes, no tuvo reparos en señalarlos, con franqueza y a menudo vívidamente, tanto a sus compatriotas como a los latinoamericanos. Inculcó y dio ejemplos de capacidad, conocimiento y respeto, de serios compromisos con el diálogo, la libertad política y, sobre todo, la empatía. Su filosofía política subyacente, su brújula normativa y su marco analítico se guiaron por el apoyo a los derechos humanos individuales, el derecho y la responsabilidad relacionados con la autodeterminación política y el derecho a desarrollar plenamente las propias capacidades. El profundo rechazo al totalitarismo y a los movimientos “hipernacionalistas” que pisotean los derechos individuales, tanto de derecha como de izquierda, fue central en los estudios y en las acciones de Silvert. También fue importante para su evaluación y crítica de las políticas estadounidenses, en especial al insistir en que Estados Unidos debe apoyar los derechos humanos fundamentales pero sin imponer unilateralmente las preferencias estadounidenses.

Abordó la política comparada centrándose en las naciones e instituciones. Por lo tanto, en los gobiernos y sus políticas. Como analista y crítico, intentó comprender por qué los gobiernos actuaban de una y otra manera, así como establecer principios para acciones gubernamentales y políticas públicas más apropiadas que sirvieran mejor a los intereses de las personas en el continente.

Analizó los roles de los actores más allá de los gobiernos: líderes políticos y sus seguidores, corporaciones y sindicatos, soldados y sacerdotes, estudiantes y, especialmente, académicos e intelectuales. Las actividades de Silvert aumentaron la influencia de organizaciones no gubernamentales, instituciones de la sociedad civil, fundaciones filantrópicas, asociaciones profesionales, foros de liderazgo, grupos de estudio y comisiones. Fue mucho más allá de su papel académico al trabajar en la expansión de esos sectores, pero siempre se mantuvo fiel a los valores y procedimientos del mundo académico.

Se convirtió en un actor influyente en las relaciones de la región, respetado en América Latina y en Estados Unidos por colegas académicos, políticos, funcionarios gubernamentales, intelectuales públicos y formadores de opinión, así como por el ámbito de la política exterior de Estados Unidos. Desde fines de la década de 1950 hasta su repentina muerte en junio de 1976, fue ampliamente reconocido como autoridad académica en América Latina, y cada vez más durante sus últimos años como actor en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Las múltiples actividades de Silvert en los últimos años de su vida —en Nueva York, Washington, en el mundo académico estadounidense y en toda América Latina— lo convirtieron en una figura central cuyas significativas contribuciones se vieron truncadas abruptamente por el infarto que le causó la muerte.

Sus primeras investigaciones de la política latinoamericana y de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina (1948-1959)

Después de completar su tesis doctoral sobre la Corporación de Fomento a la Producción de Chile, importante esfuerzo institucional de modernización emprendido después del terremoto sucedido en 1939 en ese país, Silvert inició un proyecto de investigación sobre Guatemala y su gobierno reformista de 1944. Su objetivo era escribir un tratado preciso, a partir de un extenso trabajo de campo, sobre cómo funcionaba el sistema político de ese país. Su enfoque se basó en comparar la experiencia de Guatemala con la de otros países que por entonces experimentaban la “occidentalización” —como él y varios otros llamaban a la “modernización”— y, en particular, el surgimiento del nacionalismo como una fuerza de coherencia social y fortalecimiento del papel del Estado como constructor de comunidad.

A Study in Government: Guatemala (1954) se distinguió de otras monografías de ese período por ir más allá de las instituciones formales, como señala Christopher Mitchell en el capítulo 2. Silvert analizó allí la intención y las decisiones de los actores relevantes a partir de datos empíricos como debates legislativos, entrevistas personales a redactores de la Constitución, datos demográficos, económicos y sociales cuantitativos, información derivada del análisis presupuestario e investigaciones antropológicas. Además de las instituciones nacionales, estudió la sociedad y la política a nivel local y departamental. Es

importante destacar que situó la “revolución” de Guatemala de 1944 en el contexto de la historia de ese país y de toda la región centroamericana, en lugar de abordarla a través del lente de las preocupaciones geopolíticas de Estados Unidos.

La monografía de Silvert de 1964 fue reveladora, bien argumentada y rica en datos relevantes. Pero, como señala Mitchell, subestimó el poder permanente de las elites conservadoras en Guatemala, quienes finalmente colaboraron en la intervención encubierta de Estados Unidos contra el gobierno reformista de Jacobo Árbenz. Poco después de que se completara el estudio de Silvert, Árbenz fue derrocado. En un ensayo posterior, en la revista *Foreign Affairs* (Gillen y Silvert, 1956), escrito en colaboración con el antropólogo John Gillen a partir de otras visitas a Guatemala en 1955 y 1956, Silvert describió el derrocamiento de Árbenz y los primeros años del posterior régimen de Castillo Armas como plagados de ambigüedades. Los autores se abstuvieron de sacar conclusiones firmes acerca de la función y los motivos de Estados Unidos en esa destitución, pero señalaron que los latinoamericanos enérgicamente atribuyeron el golpe y sus secuelas a Estados Unidos, sin precisar el alcance real y el impacto de su intervención.

En un ensayo posterior, “Guatemala after Revolution” [Guatemala después de la Revolución], escrito solo por Silvert en 1961, observó que los latinoamericanos en general creían que el gobierno de Estados Unidos había intervenido para eliminar la administración de Árbenz, y dio a entender que la evidencia a favor de esa opinión era persuasiva. Admitió que, inmediatamente después del golpe, sus esperanzas de que el derrocamiento de Árbenz condujera a reformas sociales se habían desvanecido. El conocimiento que tenía Silvert de la sociedad y la política guatemaltecas era sorprendente, excedía con creces el de los funcionarios estadounidenses que habían decidido intervenir en ese país para contrarrestar lo que algunos de ellos veían como avances comunistas. También sugirió que los latinoamericanos, en general, no habían mostrado más interés en comprender la sociedad guatemalteca que los intervencionistas estadounidenses, pero condenaron rotundamente el papel de Estados Unidos, y afirmó: “probablemente, pocos de nosotros en este país reconocemos la ola de resentimiento que arrasó [América Latina] con el derrocamiento de Árbenz.”²⁶

Al concluir ese informe, Silver sugiere que “si queremos lograr una imagen exitosa, corresponde a los políticos [estadounidenses] [...] demostrar que realmente nos oponemos al comunismo y no al desarrollo nacionalista liberal del tipo inevitable e inexorable que estamos presenciando en casi todas las áreas subdesarrolladas” (1968, p. 82). Comprendió y anticipó que las elites de la política exterior de Estados Unidos se sentirían amenazadas por movimientos como los liderados por Arévalo y Árbenz en Guatemala. Desde una etapa

²⁶ Véase Silvert, “Guatemala after Revolution” [Guatemala después de la Revolución], publicado nuevamente en Silvert (1968), p. 80.

temprana, argumentó repetidamente que Estados Unidos debía distinguir con cuidado tales movimientos nacionalistas y desarrollistas de los aliados y seguidores ideológicamente rígidos y hostiles del comunismo soviético. A lo largo de los años, le preocupaba que Washington no hiciera esa distinción.

Desde 1955 hasta 1963, Silvert comprendió más amplia y profundamente América Latina porque residió y escribió en los principales países del Cono Sur: primero Chile, luego Uruguay y Argentina. Como profesor de la Universidad de Tulane y miembro académico de AUFS, aprovechó al máximo el formato de carta/informe personal de esa institución para desplegar su curiosidad y poder de observación, su capacidad analítica y su habilidad expositiva en una amplia variedad de temas. Esos informes —más de treinta en total— lo ayudaron a desarrollar una comprensión extraordinariamente bien informada y sofisticada de los cambios sociales, económicos y políticos en América Latina. Aún seis décadas después, es gratificante leer esos ensayos agudos. También desarrollaron y reforzaron su convicción de que, para mejorar las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, era fundamental que los responsables políticos estadounidenses lograran una mayor comprensión, respeto y empatía por los latinoamericanos, y que comprendieran cómo y por qué estos miraban con recelo a Estados Unidos.

En esa época, Silvert también logró conocer e intercambiar ideas con numerosos científicos sociales latinoamericanos, así como con figuras políticas, empresariales, laborales y culturales. Comenzó a construir una red importante de amigos, colegas y conocidos que se convirtió en parte de sus logros profesionales y de su mundo social, además de ayudarlo a moldear su perspectiva e influencia.

El contexto cambiante para el trabajo de Silvert

Los extensos escritos posteriores de Silvert y su papel en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina más allá de los estudios se vieron influidos por el contexto cambiante en el que se desarrolló su carrera. Inició su labor profesional en las décadas de 1940 y 1950, durante un período de fermento anticolonialista y de movimientos nacionalistas emergentes en todo el mundo: Asia, África y, de manera algo diferente, América Latina. Sus trabajos iniciales sobre Chile y Guatemala se centraron en esos movimientos nacionalistas y desarrollistas. Estudió cómo los procesos de occidentalización adquirieron características particulares en América Latina, según los diferentes tipos y grados de cambio económico y social, las distintas estructuras sociales de clase y las diversas instituciones y prácticas políticas.

Sin embargo, también fue un período de creciente sospecha y hostilidad mutuas, así como de profundización de las tensiones de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, una rivalidad que tomó forma en Europa, Asia y África. En Europa, las naciones liberadas de la ocupación nazi por las

tropas soviéticas se enfrentaron a los Estados anticomunistas de Europa Occidental. Surgió una feroz competencia por el futuro de Italia, Francia, Grecia, Turquía y España, así como por definir sus alineamientos internacionales. En Asia, las fuerzas comunistas tomaron el control de China y parte de Corea, ganaron fuerza en Vietnam y en otros lugares, mientras India buscaba el estatus de neutralidad. Por su parte, en África, los grupos comunistas se vincularon de diferentes maneras con las luchas por la independencia nacional.

A fines de la década de 1950, los movimientos prosoviéticos también estaban aumentando su influencia en varios países latinoamericanos, especialmente en América del Sur. Luego, en 1959, el Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro tomó el poder en La Habana y rápidamente comenzó a afirmar la autonomía nacional de Cuba. Ese país pronto desarrolló vínculos importantes con la Unión Soviética, en parte como respuesta defensiva a las presiones estadounidenses, y ganó una considerable simpatía en América Latina. Mientras tanto, la Unión Soviética avanzaba gradualmente hacia una política de apoyo material a las “guerras de liberación nacional” en todo el mundo, anunciada por el primer ministro soviético Nikita Krushev en enero de 1961. Tales tendencias, reforzadas por dudosas analogías y análisis simplistas hechos por la comunidad de expertos en política exterior de Estados Unidos y la presentación de los peores escenarios elaborados por los especialistas en inteligencia de ese país, empujaron a Washington, a fines de la década de 1950, a adoptar un enfoque hacia la región que se concentró en contrarrestar los supuestos movimientos comunistas. Silvert recomendó apoyar las tendencias nacionalistas de construcción del Estado.

Declaró que la política estadounidense estaba ignorando las importantes diferencias entre América Latina y otras regiones. Una de esas diferencias era que la mayoría de las naciones latinoamericanas tenían mucha más experiencia e identificación con la independencia que los países asiáticos y africanos. Solo unas pocas contaban con estructuras sociales que pudieran proporcionar muchos simpatizantes a los movimientos socialistas o nacionales populistas; y muchas, en comparación con las naciones emergentes de otras regiones, estaban estrechamente vinculadas con Estados Unidos. Llamó la atención sobre esas realidades a quienes de repente se centraron en la relevancia de América Latina en el contexto de la Guerra Fría y a los nuevos “expertos” que se apresuraron a llenar el vacío que había en Estados Unidos con respecto al conocimiento sobre la región (Silvert, 1968, pp. 11 y 34).

Como académico con amplia y profunda experiencia acumulada en América Central y en los países del Cono Sur, Silvert estaba sorprendido por la mala calidad del trabajo sobre América Latina —presumiblemente hecho por expertos— cuando la atención de Washington comenzaba a girar hacia el sur. Al referirse al Proyecto Camelot —el estudio encargado por el Departamento de Defensa de Estados Unidos para analizar las condiciones que llevan a la revuelta interna y lo que podría hacerse para contener o canalizar los movimientos revolucionarios en América Latina—, escribió con amargura que se

trataba de una “década de amateurismo en América Latina”, impulsada por el repentino interés de Estados Unidos en la región. Atacó también el

[...] flujo creciente de académicos de Fulbright, así como de otros especialistas altamente capacitados y maduros [en otras regiones] que inundan América Latina. Algunos nunca han aprendido las lenguas necesarias, casi ninguno ha estudiado esas culturas en profundidad [...] Ahora, el mundo entero sabe que sus deficiencias técnicas tienen efectos más allá de sus artículos y libros. Impiden que se escriban otros, desacreditan la vida académica estadounidense en general y engañan a los políticos, sedientos de información confiable y análisis creativos. Sin embargo, el resultado más patético es político. Muchos latinoamericanos bien dispuestos que distinguen entre la política de los Estados Unidos y otros sectores de la vida estadounidense ahora se están convenciendo de su error (Silvert, 1968, p. 155).

Silvert entendió claramente que sus relaciones con colegas latinoamericanos podrían verse afectadas negativamente por el obsesivo giro de Estados Unidos hacia el anticomunismo, por los enfoques instrumentales errados y de baja calidad de los nuevos analistas estadounidenses que llegaban a América Latina, así como por el creciente atractivo de la Revolución Cubana en los círculos universitarios y profesionales latinoamericanos. En América Latina, se cuestionaron la dedicación de Silvert a la región y los motivos de otros actores estadounidenses, como la Fundación Ford, para actuar en ella. Tales sospechas se vieron reforzadas a causa de la respuesta hostil que Washington le había dado a Castro y de las revelaciones sobre el Proyecto Camelot que, según Silvert, fueron distorsionadas y exageradas por los izquierdistas latinoamericanos (Silvert, 1968, pp. 146-154).

Sin embargo, el énfasis constante que puso Silvert en la ética académica, en las relaciones colegiadas en lugar de jerárquicas o de explotación con respecto a los intelectuales latinoamericanos, además de la integridad de su propio trabajo, lo ayudaron a navegar ese período y, de hecho, a retener y expandir su red de colegas en la región (véanse los capítulos de Balán, Cotler y Lagos en esta misma obra). Su reputación, la calidad de los programas, la honradez y capacidad del personal de la Fundación Ford en América Latina ayudaron a esta y a Silvert a establecer relaciones que luego se volvieron muy importantes para preservar a los científicos sociales latinoamericanos y sus trabajos, posibilitar sus contribuciones a la política democrática y continuar trabajando por una mayor equidad social en América Latina.

Silvert criticó el amateurismo tanto de los profesores y periodistas que ingresaban al campo como de las instituciones educativas que los capacitaban (o no). Hizo hincapié en que las mejores instituciones educativas de Estados Unidos estaban prestando poca atención a América Latina, especialmente en el campo de las ciencias políticas. Señaló que ninguno de los departamentos de

ciencias políticas más prestigiosos contaba con un profesor titular de política latinoamericana a mediados de los años 50, y solo dos lo tenían a comienzos de la década de 1960. Lamentó que la primera respuesta a esa carencia fuera “reorientar” a los profesores jóvenes que habían estudiado otras áreas y temas, en lugar de desarrollar una nueva generación de estudiantes y académicos bien fundamentados en las realidades latinoamericanas (Silvert, 1968, pp. 155-162).

A partir de entonces, Silvert dedicó una parte considerable de su inmensa energía para ayudar a fortalecer los conocimientos académicos especializados y mejorar la comprensión de América Latina en la elite y el pueblo de Estados Unidos. Lo hizo a través de su propia enseñanza y sus textos, apoyando y orientando esfuerzos institucionales para construir centros de estudios latinoamericanos. Alentó la cooperación y el intercambio académico interamericano a través de numerosas actividades que apuntaban a mejorar el conocimiento sobre la región en diversas instituciones de larga trayectoria y creadas recientemente.

A fines de la década de 1950, Silvert ya comenzaba a ser conocido en Estados Unidos como uno de los observadores más perspicaces de América Latina. Felizmente, ese reconocimiento se produjo justo cuando los círculos políticos estadounidenses se estaban interesando más en la región, sobre todo por el éxito inicial del movimiento castrista. En ese contexto, Silvert se conectó por primera vez con la Fundación Ford cuando recibió la invitación para participar en una misión de estudio en 1959. Debía explorar las perspectivas de esa investigación y comenzar a desarrollar un programa latinoamericano en la fundación.²⁷

Por su creciente reputación, también fue invitado a escribir un documento, “Political Change in Latin America” [Cambio político en América Latina], donde analizaba las múltiples implicaciones de ese cambio para Estados Unidos, así como los peligros que plantean las percepciones erróneas o la comprensión defectuosa. El documento tenía como objeto someter a discusión el tema entre los miembros de la Asamblea Americana, un prestigioso foro de liderazgo afiliado a la Universidad de Columbia. Trabajó con Frank Tannenbaum, venerable profesor de esa institución; Herbert Matthews, del *New York Times*, mejor conocido en ese entonces por sus entrevistas exclusivas con Fidel Castro en Sierra Maestra; y Reynold Carlson, de la Universidad de Vanderbilt, un distinguido economista que luego llegó a ser embajador de Estados Unidos en Colombia. Silver colaboró con esos y otros expertos para producir el informe de la Asamblea Americana sobre América Latina en diciembre de 1959. Ese documento contribuyó a que Washington pensara de otra manera sobre América Latina y a que el gobierno de Estados Unidos aceptara en 1960 crear el

²⁷ Véase el capítulo 8. Como Silvert señala, la Fundación Ford se dirigió a América Latina solo después de haber comenzado sus programas en Asia y África. Del mismo modo, la revista *Foreign Affairs* agregó una sección sobre América Latina en sus reseñas trimestrales de libros después de cubrir todas las otras regiones importantes del mundo.

Banco Interamericano de Desarrollo, así como a planificar la Alianza para el Progreso, iniciada por la nueva administración del presidente Kennedy en 1961.

El aporte de Silvert a la publicación de la Asamblea Americana se centró en las respuestas de Estados Unidos a las “nuevas sociedades latinoamericanas que están logrando obtener la atención mundial”. Resaltó la diversidad de las historias de esos países y de sus trayectorias concentrando la atención en las clases y estructuras sociales, en los diferentes niveles de nacionalismo y concepciones de la democracia. Distinguió astutamente entre las múltiples formas en que se ejerce la fuerza en la política latinoamericana. Analizó con lucidez el papel de las Fuerzas Armadas en diferentes países, así como el de los partidos, grupos de presión e ideologías de la región. Consideró en especial el de la Iglesia Católica Apostólica Romana, cómo y por qué variaba según los países y las épocas. Entre otros aspectos, destacó que:

La amplia variación en el desarrollo político de las repúblicas latinoamericanas impide la aplicación de reglas demasiado estrictas a los procesos de análisis interpretativo y formulación de políticas. [...] Los elementos modernizadores en América Latina en general requieren cambios revolucionarios, con violencia o sin ella. Los Estados Unidos son modernos en sus puntos de vista y escépticos ante los cambios drásticos. Los países latinoamericanos se encuentran en las primeras etapas románticas del nacionalismo. Los Estados Unidos están abordando un compromiso cauteloso pero firme con el internacionalismo [...] A menudo, [estos] se han mostrado insensibles a las corrientes de la política interna latinoamericana, así como a la variedad de soluciones posibles para esos países. Con demasiada frecuencia, hemos identificado la propiedad privada con el capitalismo sin tener en cuenta la importancia de conservar nuestro sistema de competencia y poderes compensatorios, así como hemos asociado la expropiación al socialismo y el nacionalismo al supranacionalismo [...] la autoridad de los dictadores ha sido tratada como un equivalente honorable de la legitimidad, y el anticomunismo tradicional como una alianza totalmente establecida en la comunidad de naciones libres [...] Eso no lo pueden entender los ideólogos de mente estrecha que piensan solo en trivialidades (Silvert, 1968, pp. 33-34).

Ese era el Silvert clásico: agudo, conceptual, matizado, vigoroso y comprometido con su objetivo de mejorar la comprensión entre los países de América en ambas direcciones: de norte a sur y de sur a norte. Fue una voz para la cooperación interamericana, basada en valores compartidos y con el propósito fundamental de concientizar acerca de los cambios que se estaban produciendo en Estados Unidos y en América Latina.

Silvert como intelectual público, agente filantrópico, creador de profesiones y miembro de la clase dirigente (1960-1976)

Silvert se involucró cada vez más durante los siguientes quince años en los ámbitos del poder político del noreste de Estados Unidos a través de influentes reuniones sobre política exterior. A saber, en el Consejo de Relaciones Exteriores, donde fue elegido miembro vitalicio en 1966, en la Institución Brookings, en el Centro de Relaciones Interamericanas y en el Consejo de Investigación de Ciencias Sociales. Comenzó a asumir un papel de liderazgo al trabajar con colegas de alto nivel en universidades prestigiosas y en la Biblioteca del Congreso, con el objetivo de desarrollar una propuesta para establecer una organización profesional para latinoamericanistas. El resultado fue la creación en 1966 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), con Silvert como su primer presidente. El énfasis que pusieron los fundadores de LASA en construir una organización de miembros individuales en lugar de un consorcio de universidades e institutos refleja la importancia que Silvert les daba a la participación y a la expresión de los individuos.

Dos factores acrecentaron la influencia y visibilidad de Silvert: el traslado de Tulane al Dartmouth College en 1962 y la mudanza de allí a Nueva York, en 1967, cuando fue nombrado profesor titular de política en la NYU y aceptó la invitación de la Fundación Ford para ser el asesor principal de sus programas sobre América Latina y el Caribe.

En los últimos diez años de su vida, la influencia de Silvert y su impacto en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina provinieron, más que de su erudición, de sus roles como intelectual público, participante en los círculos de asesores de la política exterior de Estados Unidos, interlocutor de destacados científicos sociales latinoamericanos y especialmente como figura de peso en la Fundación Ford. Continuó escribiendo y publicando sobre relaciones interamericanas y temas más amplios de teoría y prácticas democráticas, preocupado por el giro de América Latina hacia el autoritarismo y cada vez más intranquilo ante las políticas internas y externas de Estados Unidos (véanse los capítulos 2, 3, 4 y 11). Por otra parte, lo afectó profundamente la invasión estadounidense de la República Dominicana en 1965 y las engañosas justificaciones de la administración Lyndon B. Johnson. Se molestó aún más por la intervención encubierta contra Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile (revelada por la investigación del Comité de Inteligencia del Senado de Estados Unidos en 1975), y las premisas dudosas de la Guerra de Vietnam, por lo que redobló sus esfuerzos en sus redes académicas y políticas.²⁸

²⁸ Véase también Silvert, "Coming Home: The US through the Eyes of a Latin Americanist" [De regreso en casa: los Estados Unidos a los ojos de un latinoamericanista], en Silvert 1977, pp. 3-14).

Muchos otros capítulos en este libro analizan las contribuciones que hizo Silvert en sus diversos roles más allá del académico: como constructor de una comunidad académica transnacional (capítulo 6), funcionario filantrópico (capítulo 8), interlocutor valioso para muchos intelectuales latinoamericanos (capítulos 6 y 9), estrategia eficaz para ayudar a construir institutos de Ciencias Sociales y rescatar a científicos sociales latinoamericanos que luego participaron en las transiciones de sistemas opresivos y autoritarios hacia la democracia (capítulos 8 y 9) y como intelectual público (capítulo 11).

Otros dos aspectos importantes de los aportes de Silvert para mejorar las relaciones entre Estados Unidos y América Latina durante la última década de su vida merecen una atención especial. Primero, jugó un papel vital en el trabajo de la Fundación Ford para desarrollar y fortalecer los estudios latinoamericanos en los principales centros universitarios de Estados Unidos y de Europa. La celebración del quincuagésimo aniversario de LASA en 2016 fue la ocasión propicia para reconocer la importancia de su participación y la de sus colegas latinoamericanos, norteamericanos y europeos en el desarrollo de los estudios latinoamericanos como un significativo proyecto multidisciplinario. El impacto de Silvert en los estudios latinoamericanos en numerosas instituciones durante esos años de formación es evidente en muchas universidades, incluso en las que ya no se lo recuerda.

La segunda forma esencial en la que influyó Silvert fue ayudando directa o indirectamente a los hacedores de políticas públicas y al público general de Estados Unidos a comprender mejor a América Latina a través de estudiantes, discípulos e instituciones, así como a mejorar la comunicación, la cooperación y el intercambio entre todos los países del continente. Esa tarea la desarrolló a través de sus contribuciones al Comité Conjunto de Estudios Latinoamericanos del Consejo Estadounidense de Sociedades Académicas (ACLS por su sigla en inglés) y al Consejo de Investigación en Ciencias Sociales (SSRS por su sigla en inglés). También fue esencial su intensa actividad en el Consejo de Relaciones Exteriores, donde dirigió grupos de estudio y nombró nuevos miembros —entre los que me incluyo—, intervino en el surgimiento y el desarrollo de programas del Centro de Relaciones Interamericanas —del cuyo comité directivo fue miembro— y apoyó la iniciativa de Larry Birns de establecer el Council on Hemispheric Affairs [Consejo de Asuntos Continentales] (COHA), creado en 1975 “para promover la formulación de políticas estadounidenses racionales y constructivas hacia América Latina” y del que también participó en la comisión directiva.

Quizá el esfuerzo que más influyó en ese sentido fue el de su papel activo en la Comisión de Relaciones Estados Unidos-América Latina, creada bajo los auspicios del Centro de Relaciones Interamericanas y reunida en 1974 por Sol M. Linowitz, un destacado abogado de Washington que había sido presidente de la junta directiva de la empresa Xerox y luego embajador de Estados Unidos ante la Organización de Estados Americanos en la administración de Lyndon Johnson. La Comisión Linowitz, como se la conoció, era una iniciativa no

gubernamental en la que participaron veintitrés personas, convocadas a título personal según sus capacidades, como un grupo independiente y bipartidista de ciudadanos privados. La membresía de la comisión fue de alto nivel. Incluía cuatro rectores universitarios, nueve de los más importantes líderes empresariales, cuatro abogados prominentes, el expresidente de la Fundación Rockefeller, el presidente del Museo Guggenheim y cuatro prestigiosos profesores universitarios, incluido Silvert.²⁹ Varios de ellos tenían una amplia experiencia previa en altos cargos gubernamentales de Estados Unidos y algunos, en asuntos latino e interamericanos. La calidad, visibilidad e influencia personal de los miembros de la comisión fueron sin duda mayores que las de cualquier otro grupo, anterior o posterior, convocado para abordar cuestiones en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina.

La comisión dirigió sus conclusiones y recomendaciones al gobierno de Estados Unidos y al público estadounidense en general. El tiempo de deliberaciones y el informe en sí mismo se vieron afectados significativamente al conocerse, por medio de Linowitz, la noticia de que ya se estaba llevando a cabo una revisión paralela de políticas de alto nivel dentro del gobierno de Estados Unidos por instrucciones del secretario de Estado, Henry Kissinger, y que los involucrados en el proceso gubernamental estaban ansiosos por recibir los análisis y recomendaciones de ese, su grupo independiente y altamente calificado. Silvert y demás reconocieron que esa iniciativa, los auspicios recibidos y el momento eran una gran oportunidad para influir en el pensamiento de los funcionarios del gobierno de Estados Unidos, en el poder ejecutivo, legislativo y en los círculos más amplios que integraban los políticos influyentes.

El objetivo de Silvert era congruente con el de Linowitz: actualizar y enfocar a Washington en cuanto a la comprensión de las distintas realidades e intereses entre Estados Unidos y América Latina.³⁰ Se dedicó intensamente al trabajo en

²⁹ Los miembros de la comisión, además de Linowitz, eran los presidentes Alexander Heard (Vanderbilt), el Rev. Theodore M. Hesburgh (Notre Dame), Arturo Morales-Carrión, de la Universidad de Puerto Rico y Clifton R. Wharton Jr., de la universidad estatal de Michigan; W. Michael Blumenthal, director de Bendix; G. A. Costanza, vicepresidente del First National City Bank; Henry J. Heinz II, presidente de H. J. Heinz Company; Andrew Heiskell, director de *Time*; Lee Hills, director de Knight Newspapers; Nicholas Katzenbach, vicepresidente corporativo y asesor general de IBM; Charles Meyer, vicepresidente de Sears Roebuck; Peter G. Peterson, presidente de Lehman Brothers; Nathaniel Samuels, socio de Kuhn Loeb; el presidente emérito de la Fundación Rockefeller, George Harrar; el director del Museo Guggenheim, Thomas Messer; los abogados Rita Hauser, de Nueva York, Elliot Richardson y William D. Rogers, de Washington DC; los profesores Harrison Brown, de Cal Tech; Albert Fishlow, de la Universidad de California (Berkeley); Samuel P. Huntington, de Harvard; y Silvert.

³⁰ Su objetivo coincidió con el mío. Me desempeñé como consultor especial de la comisión y redacté muchas secciones del informe. Durante la preparación de este

la comisión: asistió a cinco de las seis reuniones formales que se organizaron, redactó un documento de antecedentes y varios memorandos informales, participó en subgrupos, escribió apuntes para secciones particulares del informe, revisó y comentó ampliamente los borradores del informe completo. También integró programas para estimular debates sobre el informe de la comisión y sus recomendaciones. En respuesta a una crítica de Arthur M. Schlesinger Jr., publicó una fuerte defensa del informe.

El intercambio entre Schlesinger y Silvert en las páginas del *New Republic* abre una ventana fascinante al debate sobre el alcance y los límites del intervencionismo liberal. Schlesinger criticó el Informe Linowitz por no prestar atención suficiente a los valores democráticos ni a la Alianza para el Progreso como defensa de esos valores. Por su parte, Silvert confirmó enérgicamente esos valores y la devoción de la comisión por ellos, pero definió la esencia del mensaje del Informe Linowitz como “un paso del paternalismo al fraternalismo” en las relaciones interamericanas, y enfatizó el esfuerzo de la comisión para crear una política que:

[...] se opusiera a la intromisión, sobre todo al intervencionismo, y que fuera congruente con las aspiraciones democráticas en América Latina. [...] La comisión pensó que estaba más allá de la capacidad o voluntad de los Estados Unidos determinar qué tipo de naciones deberían construir los latinos para sí mismos. [...] Pensamos que era hora de dejar de lado los intentos de obstaculizar la construcción de comunidades nacionales, es decir, tiempo de salirse de los asuntos de América Latina y dejar que esos países encuentren su propio camino, hacia dondequiera que vayan. [...] Si podemos brindar ayuda experta, algo de dinero y buena voluntad, está bien. Pero en ningún caso debemos emplear la fuerza encubierta o explícita de naturaleza militar ni económica para entrar en el juego interno de la política latinoamericana. Pensamos que esa receta es buena tanto para los Estados Unidos como para América Latina, por lo que debería ser la base de una política exterior de interés mutuo.³¹

capítulo, encontré un memorando de cinco páginas a espacio simple con fecha 15 de abril de 1974 que preparé para el director ejecutivo, Arnold Nachmanoff, antes de la primera reunión de la comisión. Allí sugería temas específicos y posibles recomendaciones que la comisión debía considerar, incluidos unos veinticinco o treinta sugerencias y comentarios manuscritos de Silvert sobre el memorando. Silvert ejerció una influencia muy importante sobre el Informe Linowitz, no solo a través de su rol en los debates de la comisión y el proceso de redacción de borradores, sino también del impacto formativo que tuvo en mis propias ideas.

³¹ Silvert, “Turning Ideals into Reality: Democracy in Latin America” [Convertir ideales en realidad: Democracia en América Latina], publicado en *New Republic* el 22 de marzo

Aunque estuve personalmente demasiado involucrado en la Comisión Linowitz como para ser objetivo, hay pruebas considerables de que la comisión y sus dos informes —*The Americas in a Changing World* [*Las Américas en un mundo cambiante*] (octubre de 1974) y *The Americas in a Changing World: Next Steps* [*Las Américas en un mundo cambiante: próximos pasos*] (noviembre de 1976)— contribuyeron significativamente a la comprensión del público, influyeron en la opinión de las elites y en la formación de políticas sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Recibieron una considerable atención de parte de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, de los medios de comunicación y de la comunidad académica. Muchos los elogiaron —y otros los criticaron— porque ayudaron a lograr cambios en las políticas estadounidenses del nuevo presidente Jimmy Carter hacia América Latina: entre estos, su fuerte compromiso para negociar un nuevo tratado de relación con Panamá —país al que le reconoció la soberanía de la zona del canal—, el avance hacia la normalización de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba, y el fuerte énfasis en la protección de los derechos humanos en las Américas.

El contenido y el tono del Informe Linowitz de 1974 reflejan la visión y la influencia de Kalman Silvert desde la primera oración, “Los Estados Unidos deberían cambiar completamente su enfoque sobre América Latina y el Caribe”, hasta los párrafos finales:

Ha llegado el momento de un nuevo enfoque de los Estados Unidos en las relaciones interamericanas. Ni la vieja retórica ni las nuevas consignas serán suficientes. Se requiere un cambio fundamental en las premisas que subyacen a la política estadounidense.

Debemos basar nuestras acciones futuras en el reconocimiento de que los países de América Latina y el Caribe no son nuestra “esfera de influencia” para mantenerlos aislados de las relaciones extracontinentales. Tampoco son marginales con respecto a la política internacional, sino que participan cada vez más activamente en el escenario mundial. Se trata de naciones cuya amistad y cooperación son más valiosas a medida que nos enfrentamos a las realidades de integración global.

También debemos reconocer que las naciones de la región no son homogéneas sino diversas, con diferentes objetivos y características, en distintos niveles de desarrollo. No son ni necesitan ser réplicas de nuestro país, tampoco requieren nuestra tutela. Se trata de naciones soberanas, capaces y dispuestas a actuar de forma independiente, aunque sus intereses en forjar soluciones constructivas coincidirán a menudo con los nuestros [...].

El enfoque que sugerimos se basa en la proposición de que los Estados Unidos no pueden desestimar, explotar o patrocinar a sus vecinos continentales. También en la convicción de que la justicia y la decencia, no las disparidades de poder y riqueza, deben ser las fuerzas rectoras en las relaciones de las Américas. Tanto las necesidades como los valores fundamentales de los Estados Unidos requieren que cultivemos intereses comunes y lazos históricos en el continente, y que cooperemos para construir una estructura de relaciones internacionales más equitativa y mutuamente beneficiosa (Comisión de Relaciones Estados Unidos-América Latina, 1974, pp. 1-53).

Permítame cerrar con una nota muy personal. Mis propios esfuerzos para elaborar el Programa Latinoamericano en el Centro Internacional Woodrow Wilson y trabajar luego estrechamente con Sol Linowitz para establecer el Diálogo Interamericano nacieron tanto de la experiencia de la Comisión Linowitz como de las redes, las enseñanzas formativas y el ejemplo de Kalman Silvert. Como a otros colaboradores de este libro, Silvert me inspiró y me llenó de energía. Su trabajo continúa.

Aportar una visión, una misión y valores a la filantropía

Peter S. Cleaves y Richard W. Dye

Entre 1967 y 1976, Kalman Silvert fue asesor principal para América Latina del Programa de Ciencias Sociales de la Fundación Ford. El presente capítulo aborda esta parte significativa de su carrera. Describe cómo sus valores, conocimientos y estilo operativo influyeron en la Fundación Ford, promovieron el desarrollo de las Ciencias Sociales y contribuyeron al proceso democrático en la región. Cuando Silvert tenía unos treinta y tantos años, la fundación le pidió asesoramiento para diseñar el enfoque sobre América Latina que difiriera significativamente de su “asistencia para el desarrollo” en Asia y África. En consecuencia, Silvert orientó los esfuerzos de la fundación a apoyar los centros locales de investigación y capacitación en Ciencias Sociales. Para que esa misión tuviera éxito, era fundamental modificar la relación entre los latinoamericanos y la fundación, pasar de ser clientes a asociados.

Silvert fue un miembro prominente de los equipos de crisis de la fundación que respondieron a los golpes militares latinoamericanos de 1973 y 1976. En esos años, su personalidad extrovertida y sus argumentos bien razonados ayudaron a mantener relaciones cordiales entre colegas, aun cuando no estuvieran de acuerdo en cuestiones políticas. El capítulo concluye con las formas en que la historia de Silvert en la fundación ofrece enseñanzas para los demás profesionales de la filantropía. Su eficacia se basó en la ética, la capacidad, la empatía

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 103-131. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

intercultural, la importancia que le dio a la búsqueda de la excelencia y un férreo idealismo moderado por las expectativas realistas. Todas las actividades profesionales que llevó adelante estuvieron guiadas por una teoría implícita del cambio.

La Fundación Ford en América Latina: los primeros años (1959-1967)

De Asia y África a América Latina

La primera colaboración de Silvert en la Fundación Ford fue antes de que las actividades internacionales incluyeran sedes en América Latina. Comprender la orientación de la fundación en ese momento es importante para evaluar el impacto posterior de Silvert.

El Programa de Desarrollo de Ultramar (Overseas Development Program) comenzó a principios de los años 50 en India, Pakistán, Indonesia, Birmania y Medio Oriente, y la sede de Nairobi abrió en 1962.³² La fundación eligió el término “representante” para los jefes de esas oficinas regionales y se apoyó considerablemente en ellos para proponer programas específicos en cada país o región. El programa general se centró en ayudar a los países recientemente descolonizados para hacer frente a las necesidades de consolidación nacional. Para los programas que la fundación agregó en África a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, se mantuvo el mismo propósito. Desde el punto de vista operativo, las oficinas regionales hicieron amplio uso de especialistas técnicos estadounidenses y europeos para trabajar y capacitar a sus homólogos locales. Las prioridades del programa, que se concentraron en el fortalecimiento de las instituciones y en el desarrollo de la capacidad humana, generalmente incluían educación superior en economía y gestión, asesoramiento en planificación de desarrollo, administración pública, agricultura y población. Entre las oficinas regionales de la fundación y la sede central en Nueva York había intercambios permanentes, y la dirección central generalmente apoyaba las iniciativas propuestas por los representantes locales. Esa estructura descentralizada también caracterizó el programa latinoamericano.

Inaugurada en 1959, la Oficina para América Latina y el Caribe (OLAC, por su sigla en inglés) enfrentó dos grandes desafíos. En primer lugar, fue la necesidad de hacer frente a una curva de aprendizaje empinada. América Latina

³² Los autores agradecen al Rockefeller Archive Center, Pocantico Hills, Nueva York, que alberga los archivos de la Fundación Ford, por su invaluable ayuda para acceder a los documentos internos de la fundación a los que hace referencia este capítulo. También expresan su agradecimiento al antiguo personal de la fundación y a colegas latinoamericanos que brindaron entrevistas personales y testimonios escritos.

Entre los libros escritos por exfuncionarios de los programas de la Fundación en Asia, se encuentran Bresnan (2006), Staples (1992) y Sutton (1961).

y el Caribe siempre fueron significativamente diferentes de otras regiones del mundo por sus largas historias de independencia, su composición étnica (orígenes indígenas, europeos y africanos) y sus actitudes complejas y ambivalentes hacia Estados Unidos. Esa diversidad requería la presencia de personal ampliamente versado en la región y con buen dominio del español o del portugués, además de las competencias técnicas necesarias. La realidad, sin embargo, era que la fundación no contaba con ese tipo de capacidades en su personal, ni estaban fácilmente disponibles en los círculos académicos ni profesionales de Estados Unidos.

En segundo lugar, el programa comenzó en un momento en que la competencia de la Guerra Fría aumentaba su incidencia en el continente. Si bien la fundación había aprobado donaciones para América Latina ya en 1957, después de la Revolución Cubana de 1959 fue natural que una importante institución estadounidense como la Fundación Ford se involucrara aún más en la región.

Administración del programa

En 1959, el equipo de la Fundación Ford ubicado en Nueva York dirigió el programa. Los primeros directores procedían de carreras profesionales en el mundo académico estadounidense, la banca, Asia y África, pero no tenían experiencia en América Latina. Determinaron las donaciones iniciales a partir de las recomendaciones provenientes de las misiones de visita, la primera de las cuales fue a Argentina e incluyó a Silvert, en 1959. En 1964, la fundación había creado sedes en Argentina, Brasil, Colombia y México. Más tarde, incorporó a Perú. De los nuevos representantes, solo Reynold Carlson, en Brasil, tenía conocimientos apreciables de América Latina.³³ Harry Wilhelm, después de varios años en el programa de Asia, fue designado representante en Buenos Aires. Si bien no era especialista en la región, más tarde jugó un papel clave en moldear el programa de América Latina al que se unió Silvert.

El énfasis inicial del programa estaba en la educación superior de las universidades locales y en los consejos de ciencia y tecnología que financiaban la investigación y las becas de posgrado.³⁴ La lista de áreas de estudio incluía, en orden de importancia, la planificación económica, la gestión pública y privada, la población y los estudios urbanos. La agricultura tuvo un lugar prominente,

³³ Carlson había sido director del Instituto Brasil de la Universidad Vanderbilt y luego, embajador en Colombia. Para un informe en primera persona de los primeros años del Programa América Latina, véase Atwater y Walsh (2011), pp. 135-153.

³⁴ Las principales donaciones a fines de la década de 1960 fueron el programa de diez años de la Universidad de Chile-Universidad de California por 10 millones de dólares, otras donaciones al Colegio de México y al Instituto Di Tella de Argentina. Cada una incluía financiación para las Ciencias Sociales y otros campos académicos como la administración pública. Véase Bell (1967).

sobre todo en México y Colombia, donde las fundaciones Rockefeller y Ford establecieron centros regionales de investigación agrícola.³⁵ En Argentina y Brasil, la formación de posgrado priorizaba la economía agrícola. Las disciplinas de las Ciencias Sociales como Sociología, Antropología y Ciencias Políticas recibían comparativamente menos atención (véase Manitzas, 1971; Bonilla, 1971; Manitzas y Fagen, 1973). Una de las donaciones que se concentró únicamente en las Ciencias Sociales fue el de Flasco (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), de Santiago, con el apoyo, en primer lugar, de la Fundación Ford y de la Unesco.³⁶ Otra fue el programa de apoyo de corta duración a los departamentos de Sociología, Economía y Administración Pública de la Universidad de Buenos Aires. Tal era el tono general del programa cuando Silvert se unió a la fundación en 1967.

El ambiente político

La Revolución Cubana de 1959 contribuyó al crecimiento de la ideología y el activismo de izquierda en toda la región, basado principalmente en las universidades públicas. Los regímenes conservadores y los poderes militares rechazaron firmemente esos movimientos y recibieron el apoyo de Estados Unidos a través de la Alianza para el Progreso, con programas de entrenamiento y equipamiento militar.

Esos acontecimientos condicionaron a la Fundación Ford en formas que persistieron mientras Silvert ejercía como asesor principal en Ciencias Sociales. En primer lugar, las universidades más afectadas por luchas ideológicas, y a menudo decididamente reacias hacia Estados Unidos, eran aquellas donde la fundación había comenzado su programa para América Latina. Las teorías de la “dependencia” que reclamaban políticas económicas, sociales y exteriores independientes en América Latina (y en otros países en desarrollo) desafiaban los modelos de desarrollo estadounidenses. En ese contexto, la fundación se vio obligada a inferir que, sobre todo en las Ciencias Sociales, era imposible seguir trabajando con varias de las instituciones más críticas, como la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad San Marcos en Perú. Reorientó recursos y atención hacia universidades privadas e instituciones de investigación y de política, como el Instituto Torcuato Di Tella en Argentina. Silvert lamentaba

³⁵ Los centros de investigación agrícola con base en América Latina fueron el CIMMYT (Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo) en México y el CIAT (Centro Internacional de Agricultura Tropical) en Colombia.

³⁶ Véase Carmichael (1964). Flasco sobrevivió a sus primeros problemas de liderazgo, al impacto del golpe en Chile en 1973 y, finalmente, creció hasta incluir operaciones en trece países.

mucho la incapacidad de la Fundación Ford para trabajar con eficacia en las grandes e influyentes universidades públicas.

El segundo impacto significativo en el trabajo de la Fundación Ford —que duró toda la década de 1970— fue el clima de sospecha en los círculos izquierdistas de que la fundación no era el actor completamente independiente, privado y sin fines de lucro que se decía ser. La idea de que se trataba de una institución con vínculos estrechos con el gobierno y la elite poderosa de Estados Unidos planteó preguntas sobre su función y sus motivaciones. Silvert, junto con otros miembros de la fundación, estaban muy molestos con las acusaciones generales de ser herramientas del capitalismo y de la “clase dominante” de parte de la extrema izquierda.

El tercer impacto importante fue la serie de golpes militares ocurridos en la década de 1960 y a comienzos de los años 70, que afectaron en diversos grados el trabajo de la fundación. Se produjeron golpes militares en Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Bolivia, Guatemala y Honduras. Los efectos fueron significativos, especialmente en Brasil, Chile y Argentina, donde algunos académicos fueron arrestados, expulsados de sus trabajos u obligados a emigrar. Los que optaron por quedarse en sus respectivos países vieron restringidas sus libertades académicas, lo que los obligó a autocensurarse o colaborar para sobrevivir. Como firme creyente en la democracia, Silvert estaba profundamente preocupado por esa tendencia y se unió a otros colegas dentro y fuera de la fundación para buscar formas de reaccionar. De hecho, gran parte de la historia de la fundación en el continente durante su tiempo de trabajo en ella, como se detalla más adelante, incluyó la adaptación de sus enfoques programáticos para enfrentar esas circunstancias.

Promover la capacitación en Ciencias Sociales

En 1959, Silvert estaba en Argentina con licencia de la Universidad de Tulane bajo los auspicios de American Universities Field Staff (AUFS). Sus informes para AUFS eran ampliamente leídos y admirados.³⁷ Al incluir a Silvert en la misión inicial de 1959 en Argentina, la Fundación Ford aprovechó tempranamente sus conocimientos. Durante seis semanas, Silvert se unió al economista Reynold Carlson de la Universidad Vanderbilt y al químico nuclear Alfred Wolf de la Universidad de Nueva York para revisar los programas de la fundación.

³⁷ “Cuando estaba en Columbia a mediados de la década de 1950, alguien comenzó a enviarme los informes latinoamericanos de AUFS. En aquellos tiempos —como en estos—, las investigaciones de campo provenientes del sur no llamaban la atención por su agudeza. Por eso me sorprendió descubrir las cartas frescas y con conocimiento de causa de un tal “K. H. Silvert”, identificado como un politólogo que había comenzado su carrera a los diecinueve años observando las elecciones de 1940 de México.” Morse (1977).

Aunque concentrado en un solo país, ese informe de revisión contenía las semillas de las convicciones de Silvert sobre las necesidades de desarrollo en América Latina y los conceptos básicos de creación institucional y disciplinaria que caracterizaron su trabajo posterior en la fundación. El pensamiento político de Silvert se vio reflejado, sobre todo, al señalar que el gobierno peronista derrocado recientemente planteaba preguntas sobre la solidez del compromiso del país con la democracia.³⁸ También mantuvo una relación con la fundación a partir de un informe de consultoría sobre la educación superior en México. La dimensión del papel de Silvert en este período se revela en la creación de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) en 1966, de la que fue su primer presidente.³⁹

En 1965, Harry Wilhelm se convirtió en director de OLAC, quien posteriormente decidió contratar académicos reconocidos como asesores de programas regionales para coordinar el trabajo en los campos prioritarios. El primer nombramiento de ese tipo fue el de Lowell Hardin, de la Universidad Purdue, para supervisar el sector agrícola. Otros candidatos de alto nivel académico dirigieron los programas de Educación y Población. Wilhelm reclutó a Silvert como asesor en Ciencias Sociales para América Latina. En ese cargo, Silvert obtuvo una base firme para llevar a la práctica conceptos que había desarrollado anteriormente y promover sus principios dentro y fuera de la fundación.

Valores cardinales de los programas de la Fundación Ford

Desde que asumió sus funciones en la fundación, los valores de Silvert, a veces declarados y otras veces implícitos, incluían democracia, empatía, igualdad, razón y conocimiento. Esos principios guiaron su trabajo en la fundación y aparecían frecuentemente en sus recomendaciones, documentos de trabajo, análisis de la región y del papel de la fundación en ella. Creía que la primera responsabilidad de la fundación era ayudar a los académicos latinoamericanos a realizar investigaciones sobre la esfera social, estudios que permitieran a los actores institucionales esbozar soluciones para los problemas percibidos. De modo más general, sostuvo que una entidad extranjera como la Fundación Ford debería ayudar a las sociedades latinoamericanas a desarrollarse por sí mismas. Ambos conceptos se volvieron centrales en el trabajo del programa para América Latina.

³⁸ Véase Wolf, Silvert y Carlson (1959). El informe incluye la frase “Argentina es un país en crisis”.

³⁹ En su honor, LASA creó en 1982 el Premio Kalman H. Silvert “para reconocer a los miembros de alto nivel de la profesión que han hecho significativas contribuciones en gran parte de su vida al estudio de América Latina”. Los premiados que mencionamos en este capítulo son Osvaldo Sunkel (1994), Richard Fagen (1995), Richard Adams (1998), Guillermo O’Donnell (2003), Julio Cotler (2012) y Manuel Antonio Garretón (2015).

El prestigio académico de Silvert, su inteligencia, sus relaciones con varios intelectuales destacados de la región y su afecto por esta ayudaron significativamente para que la fundación fuera aceptada, a pesar de las continuas sospechas de los sectores de izquierda sobre los orígenes capitalistas y la procedencia norteamericana de Ford. Sus esfuerzos permitieron desarrollar programas en los departamentos de Sociología, Antropología y Economía de más de veinte importantes universidades latinoamericanas; respaldar estudios de doctorado para académicos jóvenes y talentosos; financiar estudios sobre América Latina en universidades y entidades de investigación estadounidenses.⁴⁰ Silvert trabajó para que se incluyera la investigación en Ciencias Sociales en las donaciones tradicionales de Ford a las áreas de población y agricultura; recomendó financiar consorcios como el Consejo de Investigación en Ciencias Sociales (SSRC) para brindar posibilidades de formación e investigación a graduados; instó al SSRC a incorporar destacados académicos latinoamericanos en sus equipos de selección y aprobó la conformación del personal de las oficinas locales de la fundación que incluía científicos sociales experimentados y noveles.

Su enfoque filosófico fue innovador, al menos dentro de la fundación. Según sus palabras, “la investigación en ciencias sociales y la utilización de sus resultados por parte de los políticos [...] constituyen el núcleo de nuestras propias actividades de desarrollo”. Pero advirtió que un académico que ofrece una propuesta sobre política, la defiende en el aula y luego se une al gobierno para ayudar a implementarla, disminuye en gran medida su relevancia académica.

Toda investigación en ciencias sociales es irrelevante si se la realiza de manera incompetente; todo compromiso social que niegue la particularidad de su carácter científico invita a la incompetencia, que conduce inevitablemente a la irrelevancia; toda investigación con motivos políticos que dañe la autonomía y la libertad de la tarea profesional también destruye la competencia y conduce inevitablemente a la irrelevancia.⁴¹

Sostuvo que los académicos que promueven sus prescripciones sobre política se distancian del análisis crítico e independiente de ella.

En nuestro trabajo aplicado, debemos buscar siempre que los responsables de proyectos se abstengan de hacer recomendaciones políticas específicas o aceptar responsabilidades administrativas por las políticas que defienden. Es decir, nuestro papel debería ser el de ayudar a

⁴⁰ Silvert defendía enérgicamente el apoyo de la fundación a los estudios regionales en los Estados Unidos. Véase “Area Studies Look Outward” [Los estudios regionales miran hacia afuera] Silvert (1969).

⁴¹ Silvert, “Social Science Research and Social Relevance” [Investigación en ciencias sociales y relevancia social], p. 1.

los latinoamericanos a aprender cómo modificar los sistemas judiciales en vistas al desarrollo, planificar sus ciudades y economías nacionales, cómo aplicar técnicas modernas de gestión, pero no determinar los fines para los que servirán esas herramientas (Silvert, “Draft of Policy Guidelines” [Esbozo de lineamientos de política], 1969, p. 15f).

En resumen, para Silvert, una “ciencia social relevante [...] necesariamente debe ser *académica* y basada en un *compromiso vital* con el aspecto intelectual de la tarea”, más que la promoción y ejecución de políticas. En otras palabras, “los problemas concretos del desarrollo solo pueden definirse dentro de un sistema teórico y, en última instancia, implican elecciones derivadas de compromisos éticos” (Silvert, “An Essay on Interdisciplinary and International Collaboration in Social Research in Latin America” [Ensayo sobre la colaboración interdisciplinaria e internacional en la investigación sociológica en América Latina], 1968, p. 15; destacado en el original).

Influir en las políticas de la Fundación Ford

Mientras ejerció su cargo en la fundación, la función normal de Silvert era asesorar al director de OLAC —primero, Harry Wilhelm, y luego, William Carmichael— en cuanto a la orientación, contenido y resultados de las donaciones en Ciencias Sociales. La mayoría de sus informes analizaban y ofrecían sugerencias sobre el desarrollo de los recursos para el personal académico, las asignaciones presupuestarias, las relaciones institucionales y políticas. Al mismo tiempo, promovió su visión de la investigación, las publicaciones y la capacitación en Ciencias Sociales como medios para fortalecer la sociedad y ayudarla a enfrentar desafíos, evolucionar y avanzar de manera continua. Pensaba que una sociedad con capacidad institucionalizada para tomar continuamente nuevas decisiones fomentaba la democracia.

Esos principios se reunieron en el informe oficial “Draft of Policy Guidelines for Social Sciences in Latin America” [Esbozo de lineamientos de políticas para las Ciencias Sociales en América Latina] (1969) y, posteriormente, surgieron de manera sistemática en memorandos, evaluaciones, conversaciones personales y revisiones internas. En 1972, Carmichael le pidió que comentara acerca de las estrategias del programa que habían presentado las tres oficinas latinoamericanas para las donaciones en sus territorios. Si bien Silvert “simpatizaba” con lo que estas “pensaban” que estaban logrando, fue franco al preguntar si estaban operando con suficiente rigor conceptual y operativo (Silvert, “Field Office Budget Proposals” [Propuestas presupuestarias para las oficinas], 1972).

- Todos los documentos quieren ayudar a los latinoamericanos a resolver problemas. Ninguno definió qué es un problema [...]. Nos

dedicaremos a verbalizar en el vacío a menos que decidamos qué [...] entendemos por “resolución de problemas relevantes” y otras palabras pegadizas.

- Muchos de esos documentos hablan [de] ayudar a los desfavorecidos. Nadie define el término ni resuelve el conflicto entre la creación de elites [...] y la ayuda a los desfavorecidos.
- Se menciona muchas veces el relativo grado de madurez de algunos científicos sociales en particular [...] Pero [...] no aparece ninguna palabra sobre el estructuralismo económico, la dependencia, sobre el significado de “ciencia social marxista”, la marginalidad, la evolución de la Escuela de Economistas de Chicago. ¿Habrá oportunidad para los especialistas [...] de hacer algo más de lo que ya existe acerca de la “teoría” de la dependencia?
- Ningún documento pregunta si lo que está sucediendo en general en las Ciencias Sociales latinoamericanas podría ser útil fuera de la región.
- No se menciona en absoluto la calidad de los asesores de programas en Ciencias Sociales que deberíamos tener [...] Cuanto más expertos se vuelvan los latinoamericanos, más tendremos que preocuparnos por ese aspecto al decidir contrataciones.⁴²
- En suma, nos sobra en cuanto a forma y procedimiento, pero nos quedamos cortos en calidad y sustancia.

Además de actualizar las disciplinas de las Ciencias Sociales en América Latina, Silvert se esforzó en difundir enfoques más amplios de las Ciencias Sociales en otras áreas programáticas de la fundación, especialmente en Población y Agricultura.⁴³ En muchos de sus escritos y en frecuentes intervenciones en conferencias internas, instó a sus colegas de Nueva York a considerar las dimensiones más amplias de sus iniciativas en esos campos.⁴⁴ En la medida en

⁴² Silvert apoyó la candidatura de expertos notables en Ciencias Sociales para los cargos de las oficinas y como consultores para llevar a cabo la estrategia. Entre ellos, se encontraban el historiador Richard Morse, el antropólogo Richard Adams, el politólogo Richard Fagen y el sociólogo y colega de AUFS de Silvert, Frank Bonilla.

⁴³ William D. Carmichael recuerda: “Identifico a Kal con un cambio importante en el enfoque por etapas de la Fundación Ford. Al principio, el trabajo con América Latina enfocaba un aspecto más técnico del desarrollo, como la agricultura y el trabajo con agencias gubernamentales relevantes. [...] Éramos fuertes en economía agrícola, pero no en ciencias políticas ni en antropología social [...] Kal tenía un prejuicio, que yo compartía, contra el nombramiento de consultores costosos para los gobiernos [...]”. Para Harry Wilhelm, Kal fue la razón de pensar en un nuevo paradigma de asistencia para el desarrollo a fines de los años 1960”. Carmichael, entrevista del 13 de agosto de 2013.

⁴⁴ “Era crítico con los enfoques excesivamente tecnocráticos y pensaba que la fundación debería hacer más para fortalecer la capacidad en las ciencias sociales ‘más blandas’,

que persuadió a otros para agregar un enfoque de Ciencias Sociales en sus programas, pudo afirmar: “Consideramos nuestro trabajo en las ciencias sociales un pilar fundamental para los desarrollos de todos los demás rubros, y esperamos mantener un compromiso importante con los esfuerzos básicos de capacitación en ese campo hasta bien entrados los años 1980” (Silvert, “Budget Cuts Revisited” [Revisión de recortes presupuestarios], 1974, p. 8).

Para Silvert, los problemas de “población” requerían intervenciones que fueran mucho más allá de los programas de planificación familiar y acceso a anti-conceptivos. “Es ilógico entender la superpoblación relativa mediante análisis que varían el tamaño de la población, pero mantienen constantes otros factores como los patrones de distribución y empleo, clases sociales, sistemas políticos [...] y predisposiciones normativas” (Silvert, “‘Population’ as a Social Science ‘Problem’” [La población como un problema de las ciencias sociales], 1972, p. 5). Con insinuaciones amables pero constantes, animó a sus colegas de Nueva York a considerar esos temas como apropiados para los programas de población en Asia y África.⁴⁵ El personal de la oficina de América Latina, al interactuar con Silvert, pudo ver que apoyar a los académicos de la región que realizaban estudios demográficos abarcando las causas estructurales de la migración, estudios de género y psicología familiar era esencial para complementar las iniciativas de planificación familiar y las políticas de población.

abordando los temas centrales de la política y la identidad.” Abraham Lowenthal, entrevista del 25 de agosto de 2013. Paul Strasburg agrega: “Kal era bastante escéptico sobre lo que estaba haciendo el programa agrícola (arroz y trigo de alto rendimiento). No se conformaba con solo medir rendimiento, quería saber más y seguramente hacía muchas preguntas: ¿Quiénes se van a beneficiar? ¿Cómo afectará esto a toda la estructura social, no [solo] cuántas personas iban a recibir alimentos?”. Paul A. Strasburg, entrevista del 30 de agosto de 2013. Peter Hakim coincide: Silvert tuvo “un gran impacto en los programas de la Fundación Ford al enfatizar en las ciencias sociales más que en los campos instrumentales del desarrollo económico, la educación, la población y la agricultura, en los que la fundación había participado en gran medida.” Entrevista del 29 de julio de 2013.

⁴⁵ Barry D. Gaberman recuerda: “El programa latinoamericano era muy diferente al de África y Asia [...] al ser el primero en pasar a otorgar becas a instituciones privadas, en especial, universidades. Se alejó de los gobiernos antes que el resto de la Fundación Ford [...] El programa de América Latina comprendía el ‘lado blando’ del desarrollo. El ‘lado duro’ en Asia se dedicaba a los programas de agricultura y economía, mientras que el primero abordaba la justicia social y los derechos humanos, aportaba dinero a las artes y a las ONG. Esa mirada tardó en trasladarse a Asia”. Gaberman, entrevista del 2 de septiembre de 2013. Robert H. Edwards, exdirector del programa de la fundación para Medio Oriente y África, escribe: “Kal fue una fuerza intelectual importante en el programa latinoamericano, que era mucho más sofisticado en el ámbito científico y social de lo que, en mi época, sucedía en Medio Oriente y África”. Correspondencia con Peter Cleaves, 13 de agosto de 2013.

El programa agrícola de la Fundación Ford, en colaboración con la Fundación Rockefeller, logró un éxito considerable en mejoras científicas para el rendimiento de variedades de trigo en el CIMMYT de México. Esos avances llevaron a lo que se denominó la Revolución Verde y a que Norman Borlaug recibiera el Premio Nobel de la Paz. Silvert reconoció esos avances, pero estaba preocupado por las consecuencias sociales que implicaban los cambios en la tenencia de la tierra, por las relaciones laborales y el acceso de las poblaciones rurales pobres a la financiación. La OLAC lanzó un programa de desarrollo rural para conocer mejor las realidades locales, informar a los responsables de políticas públicas y, de ese modo, que estas pudieran ayudar a los pequeños agricultores a mejorar sus niveles de vida. En palabras de Silvert, “los científicos sociales pueden describir y explicar fácilmente muchos hechos de la vida rural, fundamentales para el trabajo profesional del especialista en producción y para las acciones más sutiles del responsable de implementar políticas”.⁴⁶ Los defensores de la “producción agrícola” y los de la “sociología rural” dialogaron en la OLAC sin llegar a ninguna conclusión sobre cómo hacer coincidir sus enfoques.⁴⁷

Los años de la crisis: desafío y respuesta

Silvert estaba profundamente preocupado por el derrocamiento de los gobiernos latinoamericanos electos y por los crímenes y abusos de las dictaduras militares. Cuando esos regímenes se volvieron autoritarios, contribuyó activa y eficazmente a encontrar soluciones programáticas ayudado por sus valores tan arraigados. Si bien la política en América Latina rara vez es rutinaria, los sistemas de gobierno latinoamericanos al comienzo de la participación de Silvert en la Fundación Ford eran relativamente convencionales. Había gobiernos electos en México, Chile, Colombia, Venezuela y Perú.⁴⁸ Si bien los generales brasileños y argentinos habían llevado a cabo sendos golpes de Estado en 1964 y 1966,

⁴⁶ Silvert, “Rural Development as a Social Science Problem” (1975). Lowell Hardin, quien estaba a cargo del Programa Agrícola, comenta que “Kal estaba a la vanguardia de los cambios. Uno de ellos fue demostrar a los colegas y a otras personas la importancia de las ciencias sociales para comprender y tratar los problemas subyacentes en el campo del desarrollo”. Lowell S. Hardin, entrevista del 17 de julio de 2013.

⁴⁷ Los debates también tuvieron lugar en el programa de Asia. Véase Staples (1992).

⁴⁸ Sin embargo, en 1968, las fuerzas armadas peruanas derrocaron al gobierno de Belaúnde y se embarcaron en una agenda reformista y levemente antinorteamericana muy impregnada de la teoría de la dependencia, que supuestamente derivó en parte de la presencia de directivos de Flacso en Chile. A diferencia de los golpes de Brasil y Argentina a principios de los años 1960, y de los de Argentina y Chile de la década de 1970, el de Perú no interrumpió el trabajo de la fundación y, de hecho, recibió mayor apoyo, especialmente en economía y educación.

esas intervenciones fueron poco represivas en comparación con las brutalidades posteriores, y el gobierno civil volvió a Argentina en 1970.

Sin embargo, en Brasil se presentó una situación más extrema con la promulgación de la Ley Institucional N.º 5 (AI-5) del 13 de diciembre de 1968, que incrementó drásticamente el control autoritario del régimen. AI-5 condujo a una campaña brutal contra opositores presuntos y confirmados de todo tipo, incluso académicos vinculados con la fundación y que gozaban de su confianza. Tras ser expulsado de la Universidad de San Pablo por el régimen militar, Fernando Henrique Cardoso (futuro presidente de Brasil), junto con otros colegas, se acercó a la fundación con la propuesta de crear un centro independiente que se llamó CEBRAP (Centro de Análisis e Investigación). Desde Nueva York se confirmó finalmente la aprobación de la oficina de Brasil, pero no sin cierta resistencia interna y, al parecer, de la embajada de Estados Unidos en Brasil. La donación a CEBRAP en ese país y las anteriores al Instituto Di Tella en Argentina fueron pioneras en el sentido de que la fundación, quizás por primera vez en el mundo, ayudaba y protegía a grupos críticos con sus respectivos gobiernos. En ambos países continuaron con normalidad los otros aspectos del programa de la fundación.⁴⁹

En 1970, el foco de la Guerra Fría pasó a Chile con la elección de Salvador Allende, líder del Partido Socialista, y un gobierno abiertamente comprometido con el “socialismo a través de la democracia”. Ese resultado electoral provocó entusiasmo en la izquierda de América Latina y preocupación en Washington. Tras la victoria de Allende, la fundación reorganizó la oficina y el personal en Santiago, con Peter Bell a la cabeza, y la sumó a su amplia base de programas. Durante los tres años siguientes, ante un panorama político en constante deterioro, la oficina de Santiago trabajó en Ciencias Sociales especialmente a través de la Universidad de Chile y la Universidad Católica en proyectos de Economía, Sociología, Educación y Derecho. Silvert tenía una larga trayectoria de actuación en Chile y estrechas relaciones personales con académicos e intelectuales del país, en especial en el ámbito de la Democracia Cristiana. Participó activamente en la toma de decisiones sobre asuntos de Ciencias Sociales y apoyó el programa en general.

En 1973, la situación cambió de modo abrupto con casi simultáneas convulsiones políticas en Uruguay, Chile y Argentina, que alteraron significativamente el entorno laboral de la fundación hasta los últimos días de vida de Silvert.⁵⁰

⁴⁹ No hay evidencias de que Silvert haya estado involucrado en la creación de CEBRAP, pero lo apoyó firmemente en ese momento y más adelante.

⁵⁰ Gran parte de la información de esta sección se basa en el relato en primera persona del coautor Richard Dye, coordinador de respuestas de OLAC al golpe de Chile y, posteriormente, como representante en el Cono Sur (desde 1970) y en la Región Andina y el Cono Sur (desde mediados de 1974 hasta 1981).

La democracia uruguaya, que venía derrumbándose bajo el ataque de los Tupamaros —movimiento guerrillero urbano marxista—, colapsó el 27 de junio de ese año cuando el presidente electo, Juan María Bordaberry, abolió la legislatura y transfirió la suma del poder a una junta militar. Ese gobierno de facto se convirtió en una dictadura cívico-militar, dominada por este último sector hasta junio de 1976, cuando se eliminó la “parte civil”.

El 11 de septiembre de 1973, el Ejército chileno, a las órdenes del general Augusto Pinochet, derrocó al gobierno electo de Allende. Ese régimen se hizo tristemente célebre muy pronto por su extrema brutalidad y por la minuciosa implementación del poder supremo en todos los aspectos de la sociedad, como la política económica y la educación.⁵¹ En opinión del personal de la Fundación Ford en Santiago y en Nueva York, incluido Silvert, el resultado era un movimiento hacia la creación de un Estado totalitario (Silvert, “Chile”, 1974, p. 4).

En 1973, Juan Perón regresó del exilio y bajo su liderazgo se formó un gobierno peronista en Argentina. Un año después de su muerte, su viuda, la entonces vicepresidenta María Estela Martínez de Perón (alias Isabel) asumió la presidencia y comenzó un mandato que se destacó por su dureza, intolerancia e incompetencia, agravado por una economía en crisis y un caos generalizado, en el que había nacido un grupo insurgente, Montoneros (una versión argentina de los Tupamaros).⁵² En 1976, ese gobierno desastroso fue derrocado por las Fuerzas Armadas bajo el liderazgo del general Jorge R. Videla, cuyo gobierno siguió políticas represivas contra Montoneros y luego las extendió a cualquier opositor que percibiera en los sectores de la sociedad, tanto académico como político, periodístico y laboral, en una campaña conocida como “guerra sucia”.

La combinación de esos acontecimientos en el Cono Sur obligó a la fundación a decidir si permanecer o retirarse de los países afectados y suscitó muchas instancias de profunda reflexión en las que Silvert participó activamente.

Con respecto a los programas de la fundación en Asia y América Latina, estableció parámetros para tomar las decisiones mencionadas en países gobernados por regímenes altamente autoritarios.

Por un lado, podemos encontrar [...] el trato inhumano de los presos políticos y un grupo de intelectuales acobardados; por el otro, una

⁵¹ Peter Bell comenta: “Después del golpe, muchos demócratas cristianos, especialmente personas de centroderecha, creyeron que tendrían privilegios y podrían volver al poder. No entendieron que el golpe no fue solo contra izquierdistas; también era contra la política [...]. Como muchos otros, Kal se sintió destrozado por el golpe.” (Bell, entrevista del 1° de agosto de 2013).

⁵² “Hubo un cambio ideológico después de la muerte de Perón (julio de 1974). Las autoridades del Ministerio de Educación y de la Universidad de Buenos Aires cambiaron y las nuevas (muy a la derecha del espectro político) iniciaron depuraciones y despidos, lo que provocó el exilio de muchos académicos por amenazas y violencia”. (Elizabeth Jelin, correspondencia con Richard Dye, 26 de marzo de 2014).

industria en expansión, importantes programas de obras públicas, instalaciones agrícolas experimentales y una gran hospitalidad para la asistencia técnica “apolítica” [que] proporciona empleo y aumenta la base impositiva [...] Cerrar los ojos a los elementos malvados con el argumento de que estamos ayudando a los gobiernos solo a enfocarse en su bien es una práctica muy peligrosa [...] Si no podemos encontrar argumentos sólidos para distinguir nuestras actividades del apoyo al comportamiento políticamente represivo en el país anfitrión, deberíamos retirarnos. Sin embargo, si consideramos que nuestros programas en un país anfitrión determinado contribuyen a preservar cierto pluralismo, que puede llegar a florecer incluso en un futuro indefinido [...], debemos permanecer.⁵³

Basada en un plan de acción acorde a los conceptos de Silvert, la fundación finalmente optó por permanecer en el Cono Sur y respondió a los golpes con una combinación de acciones programáticas de emergencia y de largo plazo. La fase de emergencia abordó la grave perturbación que el golpe había causado a los beneficiarios de la fundación, así como la urgente necesidad de programas de rescate y refugio para ayudar a salir del país a académicos e intelectuales encarcelados o amenazados físicamente.⁵⁴ Poco después del golpe, se iniciaron dos programas amplios y sostenidos de rescate para académicos, estudiantes e intelectuales amenazados. Uno de esos programas fue la iniciativa latinoamericana del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), liderado por su presidente, Enrique Oteiza. Los beneficiarios fueron reubicados en toda la región. El otro fue de LASA, la creación del Emergency Committee for Aid to Latin American Scholars [Comité de Emergencia para la Ayuda a los Académicos Latinoamericanos] (ECALAS), dirigido por Richard Fagen, de la Universidad de Stanford, y Riordan Roett, de la School of Advanced International Studies [Escuela de Estudios Internacionales Avanzados] (SAIS), de la Universidad Johns Hopkins. Este resultó ser un programa mucho más amplio de lo

⁵³ Silvert, “Distasteful Regimes and Foundation Policies Overseas” [Regímenes incómodos y políticas de la Fundación en el extranjero], 1971, p. 2 (énfasis agregado). En “Chile”, 1974, p. 5, escribió: “la fundación no debe ser subversiva con los regímenes en los que opera. Al mismo tiempo, no debe pedir a sus directivos que repriman sus sentimientos más loables ni negarles la posibilidad de ayudar a sus semejantes perseguidos ilegalmente”.

⁵⁴ Sergio Bitar, ministro del gobierno de Allende, que luego del golpe estuvo preso por el régimen de Pinochet durante más de un año, informa que recibió un importante apoyo de la Fundación Ford para ir a Harvard a investigar y escribir. (Sergio Bitar, correspondencia con Richard Dye, 3 de noviembre de 2013). Después de su regreso a Chile, Bitar se convirtió en senador y posteriormente se desempeñó como ministro en las presidencias de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet.

que LASA podía manejar, por lo que finalmente se trasladó a la Universidad de Nueva York, bajo la dirección de Bryce Wood, del SSRC.

El liderazgo de Silvert en NYU y su estrecha relación con el SSRC fueron esenciales para la financiación y el éxito de los programas de LASA y Clacso. Además, Silvert orientó sus esfuerzos a involucrar el apoyo británico y canadiense al programa de refugiados con el patrocinio de World University Services (WUS). Colaboró con el reverendo William Wipfler, del Consejo Mundial de Iglesias, y se comprometió con suecos y alemanes para trasladar académicos al extranjero. Los beneficiarios del programa eran de todas las edades y opiniones políticas, de múltiples campos de actividad, por lo que necesitaban distintos tipos de asistencia, ya se tratara de trabajo o de becas. Algunos eran presos políticos, y las autoridades, presionadas desde el exterior y también desde organismos de influencia local como la Iglesia Católica, se vieron obligadas a liberarlos, con la condición de que tuvieran trabajos esperándolos en el extranjero.⁵⁵ Ciertos estudiantes que recibían asistencia ya estaban fuera de sus países en el momento del golpe y, debido a sus antecedentes, habían perdido becas del gobierno, por lo que necesitaban ayuda para continuar sus estudios.

Silvert jugó un papel clave en la conceptualización y en el apoyo de programas de refugiados. Participó activamente, a menudo entre bambalinas, en la identificación y la transmisión de datos de personas necesitadas a las diversas fuentes de asistencia.⁵⁶ También fue un visionario en la organización de seminarios para reunir a refugiados clave, con una variedad de perspectivas para discutir el futuro en la región y sus países individuales. Ricardo Lagos, quien luego sería presidente de Chile, fue uno de los beneficiarios destacados. Al aceptar una cátedra en la Universidad de Carolina del Norte, Lagos formó parte de un selecto grupo de refugiados que participaron en una serie regular de seminarios que Silvert organizó en Nueva York para discutir y desarrollar estrategias que hicieran retroceder el régimen de Pinochet y que ayudaran en el proceso de democratización cuando surgiera la oportunidad.

Los datos sobre los beneficiarios de los programas para refugiados están dispersos y no bastan para demostrar su magnitud. El programa Clacso, por ejemplo, para 1975, había ayudado a 650 refugiados. El mismo año, los beneficiarios de ECALAS sumaron aproximadamente 600 nombres (véase *Fundación Ford*, s. f.). Entre WUS Canadá y WUS Reino Unido ayudaron aproximadamente a 200 académicos más, lo que suma un total de aproximadamente 1.500. Esos datos no incluyen a los refugiados argentinos tras el golpe militar de 1976 ni la financiación para los refugiados que regresaron a Chile a principios de los años 80, cuando las circunstancias lo permitieron. Al igual que el cambio en las

⁵⁵ Para más detalles, véase *Ford Foundation* (1975).

⁵⁶ José Joaquín Brunner recibió el apoyo de la Fundación Ford en la Universidad de Oxford luego de ser expulsado de la Universidad de Chile. (Correspondencia con Richard Dye, 28 de septiembre de 2013).

estrategias de programas en cada uno de esos países, los programas de rescate de académicos impactaron positivamente en la imagen de la Fundación Ford en la región y en la educación superior estadounidense y europea.

La estrategia a largo plazo constaba de tres puntos principales.⁵⁷

El primero fue trabajar con líderes y grupos académicos que habían sido expulsados de las universidades, pero que buscaban establecer centros de investigación y enseñanza independientes y sin fines de lucro en sus países de origen.⁵⁸ Por lo tanto, hubo que apoyar a otras instituciones como Flacso y CEDES, que estaban en dificultades para sobrevivir.⁵⁹ El objetivo era mantener, en la medida de lo posible, corrientes de investigación académica libre y ayudar a los académicos destacados a monitorear y documentar las crisis por las que estaban pasando, además de incentivar los debates sobre el futuro.

El segundo punto fue un gran programa de becas para graduados, abierto a solicitantes de todo el Cono Sur (véase Dun, 1979), que apuntaba a desarrollar un cuerpo de jóvenes profesionales listos para servir en el gobierno, en las universidades y en la sociedad civil cuando se restableciera la democracia. Los beneficiarios incluían personal subalterno y capacitadores que deseaban permanecer en sus países pero que no podían acceder a la educación superior en las universidades locales, así como los candidatos destacados para la

⁵⁷ Desde el punto de vista operativo, la fundación mantuvo abiertas las oficinas regionales de Chile y Argentina a cargo de nombrados residentes en Nueva York. Nita Manitzas, Jeff Puryear y Gary Horlick fueron trasladados a Lima o a Bogotá. Dick Dye gestionó la estrategia con el asesoramiento de Silvert en Ciencias Sociales, Hardin y Norman Collins en Agricultura y Economía, Gordon Perkin en Población y Richard Krasno en Educación. Las oficinas locales recibían consultas de contactos argentinos y chilenos, las comunicaban al personal del programa y organizaban reuniones de seguimiento. El abordaje incluía visitas periódicas para monitorear la situación política y desarrollar programas. Véase, por ejemplo, la evaluación integral de Dye, "Report on my Trip to Chile and Argentina" [Informe sobre mi viaje a Chile y Argentina], 1974.

⁵⁸ Alejandro Foxley relata: "Los científicos sociales fuimos expulsados de las universidades y comenzamos a armar grupos de expertos independientes [...] La Fundación Ford fue la primera institución que nos permitió existir, sobrevivir bajo la dictadura de Pinochet" (Foxley, entrevista del 9 de octubre de 2013). Posteriormente, Foxley se desempeñó en dos gobiernos chilenos elegidos democráticamente, como ministro de finanzas y luego, de relaciones exteriores.

⁵⁹ CEDES es el Centro de Estudios de Estado y Sociedad (previamente, Centro de Investigaciones en Administración Pública). La investigadora Elizabeth Jelin recuerda que, luego del golpe, "Al ser un nuevo centro, CEDES pudo operar durante un tiempo por fuera del radar y evitar las condiciones represivas que aquejaban a algunas organizaciones. [Pero] el equipo vivía con temor de que 'algo' pudiera pasar". Varios miembros del CEDES tenían "antecedentes" y por razones de seguridad abandonaron el país (Correspondencia con Richard Dye, 26 de enero de 2014). Silvert admiraba al director del CEDES, Guillermo O'Donnell, y al grupo por su sofisticación intelectual y capacidad de investigación.

formación de posgrado en el exterior. Algunos beneficiarios eran estudiantes que ya estaban fuera de sus países con becas que habían sido canceladas abruptamente por el gobierno militar. En el marco de este programa, la oficina de la Fundación Ford en Santiago financió en 1974 becas de posgrado para unos setenta y cinco jóvenes chilenos, y otorgó un número similar durante varios años posteriormente.

El tercer punto, limitado a Chile, fueron pequeñas donaciones a la Academia de Humanismo Cristiano de la Iglesia Católica para apoyar investigaciones y publicaciones de sus miembros —muchos con antecedentes del Partido Demócrata Cristiano—, y a la Vicaría de la Solidaridad, que estaba ayudando a las familias de los presos políticos y de personas desaparecidas. El apoyo era tanto material como de esfuerzos legales para el proceso de reorganización del sistema democrático. En resumen, la estrategia general priorizó los derechos humanos y la construcción de la democracia con objetivos de desarrollo.⁶⁰

El equipo de investigadores asignados a la región elaboró y propuso la estrategia a Nueva York, en consonancia con la larga tradición de la Fundación Ford de delegar responsabilidad y liderazgo a los representantes y su personal profesional.⁶¹ La sede de Nueva York, por su parte, fue receptiva y solidaria a pesar de que la fundación en ese momento enfrentaba serias limitaciones financieras. El papel de Silvert en la elaboración de la estrategia fue esencial para desarrollar las formulaciones conceptuales, pues confirmaba su legitimidad, intermediaba entre asociados estadounidenses, canadienses, suecos y alemanes, y convenía a la fundación de proveer fondos.⁶²

⁶⁰ Manuel Antonio Garretón, intelectual chileno reconocido cuando solo tenía treinta años, da su testimonio: “Lo que más recuerdo es la cena [con Silvert, muy poco después del golpe militar de 1973]. Mantuve mis dudas sobre la Fundación Ford, incluso después de que esta proporcionara becas y apoyo institucional. [...] [Como] representante de la Fundación Ford, él conocía de cerca la situación. Sabía qué apoyar y qué no”. (Garretón, entrevista del 11 de octubre de 2013).

⁶¹ Los miembros del equipo del Cono Sur, Manitzas y Puryear, redactaron informes completos de la estrategia. (Véase Manitzas, 1980, y Puryear, 1982).

⁶² Alejandro Foxley dice que “el apoyo de la Fundación Ford [...] fue muy importante para plantar las semillas que luego darían forma a un gobierno democrático [...] Brindó apoyo a los grupos de reflexión y centros de investigación para ayudar a comprender por qué Chile se metió en tal conflicto y a desarrollar ideas de cómo salir de la crisis”. (Foxley, entrevista del 9 de octubre de 2013).

Kalman Silvert como colega

Recuerdos personales

Décadas después del fallecimiento de Kalman Silvert, sus antiguos colegas de la Fundación Ford tienen claros recuerdos de él. Los testimonios hablan de amplitud de conocimientos, capacidad de persuasión, ethos humanista, amor por América Latina, compromiso con la libre expresión y una personalidad compleja.⁶³

- Las conversaciones con Kal siempre eran interesantes, a menudo de amplio alcance. Abordaban cuestiones generales de desarrollo y las Ciencias Sociales en los Estados Unidos y en América Latina (James Himes).
- Tanto en Nueva York como en Lima, vi en Kalman Silvert a “un poderoso articulador de situaciones y relaciones. Admirable por sus formas sutiles de abordar la financiación de la fundación [...] y todo lo expresaba con humildad y calidez” (James Trowbridge).
- Era alguien que pensaba de forma diferente, y cuando hablaba, valía la pena escucharlo [...] Como persona, era antes que nada un trabajador incansable, un hombre de impresionante energía consagrado a su misión (Lowell Hardin).
- Kal me transmitió su amor y pasión por [América Latina]. ¡Cómo se sentía en casa allí [...]! Expresaba esa pasión de manera positiva y activa (Abraham Lowenthal).
- Kal planteaba las preguntas correctas. Era un excelente asesor con una enorme y quizás incomparable experiencia en enfrentar problemas (William Carmichael).
- Para mí, Kal era una persona compleja (Peter Bell).

Estos testimonios ayudan a explicar cómo sus relaciones dentro de la fundación le permitieron influir en los programas, lo que ofrece una enseñanza para quienes se encuentren en situaciones similares.

Maneras de influir en los programas

Silvert era oficialmente un asesor fuera de la cadena de mando de la fundación. Los dos jefes de la oficina de América Latina a quienes asesoró (Wilhelm y Carmichael) apoyaban el énfasis en el desarrollo de las Ciencias Sociales

⁶³ Las referencias de estas citas aparecen en otras notas al final con el nombre del orador y la fecha de la entrevista.

(aunque sus propios superiores no necesariamente simpatizaban con esa idea). Parte de la agenda de Silvert era convencer a los jefes de programas de campos más técnicos, como Economía, Población y Agricultura, de que examinaran más de cerca cómo enfocaban sus intervenciones y qué implicancias sociales tenían las políticas resultantes. Tal ambición originó algunas tensiones jerárquicas. El hecho de insistir en un análisis de alta calidad y en el nombramiento de académicos acreditados (y personal subalterno prometedor) para puestos en Ciencias Sociales en oficinas locales, sumado a una ética incansable, una personalidad cálida y afable, ayudó a reforzar su posición.

El papel de Silvert en OLAC era de asesor, no controlaba los recursos. Su influencia dependía de su destreza intelectual y estilo de negociación. Para promover su visión, redactó extensos memorandos, organizó talleres, hizo viajes de investigación para reunirse con beneficiarios y otros contactos de América Latina, apoyó a colegas jóvenes y estableció comunicación y alianzas con sus pares profesionales y gerenciales. Para los jóvenes, era muy carismático. Entre los latinoamericanos, generó confianza y respeto hacia la Fundación Ford. Algunos de sus colegas en la fundación comentaron que las relaciones podían ser muy tensas pero dentro de límites amables. Contaba con la ventaja de que su enfoque correspondía estrechamente con las opiniones de los dos directores de OLAC, y con las de varios aliados dentro del personal profesional de la fundación.

Como Wilhelm y Carmichael, Silvert sentía que las reuniones periódicas del personal de la Fundación Ford eran esenciales para revisar los programas de los diferentes países, el estatus de los principales beneficiarios, los desafíos políticos y operativos en las diversas situaciones de cada país, y sobre todo, para lograr coherencia en la misión de la fundación. En las conferencias que daba al personal, solía presentar argumentos que tendían a ser filosóficos. Sus artículos hacían referencia a sociólogos como Talcott Parsons, pensadores como Immanuel Kant, teóricos democráticos como Charles-Louis de Montesquieu y Alexis de Tocqueville. Los miembros del personal leían esos memorandos con considerable interés, incluso cuando la estructura de las oraciones era obtusa, con vocabulario exótico y referencias poco familiares.⁶⁴ En sus comentarios prácticos, por el contrario, Silvert expresaba sus puntos de vista sobre las necesidades del personal, las asignaciones presupuestarias, las donaciones para ayudar en situaciones difíciles y la manera de lidiar con los regímenes autoritarios.

Siempre pensaba de manera diferente y valía la pena escucharlo [...] En el contexto de Ford, hablaba más como profesor. En general, su presencia en la Fundación siempre tuvo un impacto apreciable en los demás (Hardin, entrevista del 17 de julio de 2013).

⁶⁴ “¿Había deficiencias? Una sería la verbosidad. Podía hablar sin parar. No entendí [todo] lo que estaba diciendo. Hubiera deseado hacerlo”. (Strasburg, entrevista del 30 de agosto de 2013).

El visto bueno de Kal a los proyectos —aunque solo fuera oral— era importante. Puedo recordar [al presidente de la fundación, McGeorge] Bundy diciendo “Kal vio bien esto”, lo que aseguraba el éxito de la cuestión (Himes, entrevista del 27 de agosto de 2013).

El enfoque combinado gozó de gran admiración por su amplitud intelectual, así como de una audiencia receptiva a sus consejos sobre las decisiones cotidianas. Además de formar a personas más jóvenes e influir en sus colegas, Silvert se dedicó a “gestionar hacia arriba”.

Recuerdo claramente a Kal hablando conmigo sobre temas [sensibles]. No en el tono “esto es lo que hay que hacer”, sino más como mentor. Kal planteaba las preguntas correctas. Era un excelente asesor, con una enorme y quizás incomparable experiencia en enfrentar problemas. Estábamos tapados de trabajo [...], en especial después de Pinochet. Aprendí mucho de él. Sentí que ese estilo de relación entre asesor y miembro del personal a tiempo completo que él adoptaba era el mejor (William Carmichael).

El personal de campo esperaba con interés los viajes de Silvert a sus regiones. Su actitud siempre era positiva hacia la cartera de donaciones de cada oficina, pero el personal podía detectar su nivel de satisfacción: una cosa era que aprobara de modo entusiasta las donaciones que se ajustaban a sus prioridades en los programas y otra, cuando declaraba que la iniciativa era “inobjetable”. Esta calificación era suficiente para que el personal local intentara mejorar su desempeño. Sin embargo, lo más estimulante eran las reuniones que Silvert organizaba con destacados científicos sociales. En parte gracias a su presencia en la Fundación Ford (y al historial de la propia fundación en la región), las oficinas podían acceder a prácticamente todos los principales científicos sociales latinoamericanos.⁶⁵ Las visitas de Silvert brindaron oportunidades para estimular debates con investigadores consumados de todo el mundo, intelectuales de primer orden que ayudaron a moldear las expectativas políticas y culturales en sus sociedades. Las reuniones eran valiosas experiencias de aprendizaje para el personal más joven de la fundación.

⁶⁵ Las excepciones en los primeros años fueron los académicos de extrema izquierda que se oponían y sospechaban de la fundación por sus orígenes capitalistas y estadounidenses. Véase Plotkin, 2015, y el capítulo 9 de este libro.

Desacuerdo constructivo

Las relaciones entre los profesionales con más experiencia en la fundación que operaban en la oficina de América Latina eran respetuosas, cordiales y amables. Al mismo tiempo, cada uno de ellos tenía un ego alimentado por sus cargos y logros. Silvert era conocido por oponerse a las soluciones “técnicas” para los problemas sociales. “En cuanto al desarrollo de las ciencias sociales, rechazaba las tendencias predominantes, como la modernización o el desarrollo de Walt Rostow, que se basaba en el control de la agricultura, la economía y la población” (James Himes). Las críticas elípticas de sus escritos y, a veces, los desacuerdos directos en las reuniones, podían alterar los ánimos. Un contemporáneo suyo señaló que “por momentos, reacciona con crudeza, y eso podría molestar a algunas personas” (Lowell Hardin), pero aparentemente ese comportamiento no generaba mucha animosidad hacia él. Dicen sus antiguos colegas:

- Yo no estaba en el área de las Ciencias Sociales, sino en Economía Agrícola [...] Respetaba mucho a Kal [...] Él tenía una voluntad fuerte y opiniones muy firmes en el área de las Ciencias Sociales [...] [Pero] no trató de imponerme una agenda. No me molestó ni yo lo molesté a él (Norman Collins, entrevista del 12 de agosto de 2014).⁶⁶
- Recuerdo una discusión humanista /tecnocrática entre Kal y otras áreas del programa. Él no argumentaba de manera pontificia ni académica, sino con humildad y calidez. Generaba sentimientos positivos incluso cuando corregía el punto de vista de una persona [...]. Esa no fue una confrontación áspera [...] Kal aclaró y puso en perspectiva las innovaciones y transformaciones que estaban ocurriendo (James Trowbridge, entrevista del 17 de agosto de 2013).
- En cuanto al estilo de persuasión de Kal, no recuerdo ninguna controversia acalorada [...] No era confrontativo en lo más mínimo, sino un [defensor] comprensivo. Sabía lo que quería, pero nunca adoptó una postura beligerante ni miró a los demás desde arriba. Tampoco recuerdo a nadie que dijera eso (William Carmichael).

Una clave de la eficiencia de Silvert fue haber forjado aliados y seguidores dentro de la fundación. Los aliados eran profesionales de alto nivel que compartían su visión y su ética, como Wilhelm y Carmichael. Luego se sumaron Richard Dye en la sede de Nueva York y Peter Bell en Chile, para formular y

⁶⁶ Otro exmiembro del equipo tuvo una reacción diferente de la de Silvert: “Quería convertirme en uno de sus chicos. Quería ser mi mentor. Eso me lanzó inmediatamente en otra dirección. Me resistí, amablemente, espero. No quería convertirme en uno de sus chicos. Yo no dependía de él [...] y ya era profesor titular.” (Anónimo, entrevista realizada por Peter Cleaves).

ejecutar la estrategia inicial de la fundación luego del golpe de Estado. Para llevar a cabo la nueva estrategia de largo plazo en Chile y Argentina, contó con Dye y otros. Las relaciones eran recíprocas y se reforzaban mutuamente. Los nombramientos de personal *senior* y *junior* del programa de Ciencias Sociales en las distintas oficinas locales fortalecieron los grupos de personas con ideas afines para desarrollar el programa. Hablaban el mismo idioma y compartían el mismo respeto por sus colegas latinoamericanos, quienes *eran* en esencia el programa de la fundación. Esa combinación de factores, que Silvert ayudó a construir y aprovechar, permitió un impacto a largo plazo que se evidencia todavía hoy, más de cuatro décadas después de su muerte.

En resumen, Silvert les otorgó una tensión dinámica a los programas latinoamericanos que aseguraba la aprobación de sus distintos enfoques.⁶⁷ Al mismo tiempo, logró orientar todo el programa latinoamericano hacia un análisis de los problemas de desarrollo basado en las herramientas de los científicos sociales, en una profunda creencia ética en la libertad y en la democracia, así como en una preocupación humanitaria compartida por los perseguidos.

Impacto, legado y enseñanzas

Durante las cuatro décadas transcurridas desde su muerte, el impacto de Silvert se pudo observar en varias facetas del trabajo de la Fundación Ford. A través de becas de Ciencias Sociales en toda la región, la fundación continuó poniendo énfasis en el fortalecimiento de las instituciones y disciplinas académicas, y la protección de los académicos amenazados se convirtió en un principio fundamental. El nuevo enfoque del programa de apoyo a las organizaciones de la sociedad civil fue coherente con el concepto de democracia toquevilliana de Silvert. El exjefe de la oficina de América Latina llegó a dirigir la División Internacional. En ese cargo, William Carmichael priorizó el análisis social y los derechos humanos en las oficinas de la fundación en Asia y África. Mantener la participación de científicos sociales en centros independientes permitió el análisis crítico, las recomendaciones de políticas progresistas y la formación continua de esos profesionales jóvenes durante esos días oscuros de dictaduras militares. Al regresar la gobernabilidad democrática a América Latina, muchos

⁶⁷ “Con respecto a las relaciones de trabajo entre directivos en Nueva York, a veces se presionaban mutuamente. Había grandes diferencias en el abordaje, [el “lado duro”] enfrentado al “lado blando”, como se llamaban peyorativamente. La opinión era que la “acción para el desarrollo” debía estar en Asia y África. América Latina estaba mejor económicamente, su programa era una atracción secundaria y había menos razones para trabajar allí. Fue recibiendo cada vez menos dinero. Cuando se discutió sobre el cierre de oficinas, surgió la pregunta de si cerrar por completo América Latina. La Fundación Ford rechazó esa idea puesto que, para ser global, necesitaba dejar una huella en esa región”. (Gaberman, entrevista del 2 de septiembre de 2013).

individuos apoyados y protegidos por la fundación se convirtieron en líderes nacionales, encabezaron departamentos, universidades, ministerios gubernamentales e incluso, palacios presidenciales. Los colegas más jóvenes que habían recibido capacitación ocuparon puestos significativos más adelante.

El legado de Silvert es en parte personal y en parte de quienes trabajaron con él en la fundación.⁶⁸ Su impacto en la Fundación Ford fue importante y duradero, pero con el paso del tiempo, lamentablemente, se reconocen menos sus contribuciones. Haber tenido allí un cargo importante también lo ayudó a promover su propio objetivo clave: desarrollar las Ciencias Sociales en América Latina, los estudios latinoamericanos en Estados Unidos y la política norteamericana hacia la región.

En la Fundación Ford

Silvert aportó a OLAC un conocimiento significativo de la sociedad latinoamericana, enriquecido por la amplitud y profundidad de sus relaciones personales con los pioneros de las Ciencias Sociales modernas en la región. A su vez, sus discípulos formaron parte de una nueva generación de líderes y actores para enfrentar las crisis que se avecinaban en sus respectivos países. Si bien no fue el primero en la fundación en apreciar la importancia de las Ciencias Sociales, aportó pasión y profundo conocimiento a la tarea de ese campo, lo que gradualmente se extendió a otros sectores y regiones. También buscó desafiar las suposiciones persistentes de que los modelos estadounidenses y europeos bastaban para guiar el desarrollo de América Latina. En cambio, fue uno de los primeros en reconocer el valor potencial de la experiencia latinoamericana y los estudios en la región para comprender y resolver problemas en el “mundo desarrollado”. Además, insistió permanentemente en la importancia de la asociación entre Estados Unidos y América Latina para abordar las áreas académicas y políticas.

Kal tenía una cualidad mítica que la Fundación Ford nunca quiso perder. No recuerdo que se dijera nada malo de él [...] Después de su muerte, [...] lo que hicimos fue “ampliar”, mediante becas y ciencias sociales en muchas universidades. En lugar de pensar en la teoría de la modernización para actuar sobre la sociedad, necesitábamos desarrollar capacidades a través de la investigación y el conocimiento sobre la sociedad (Shepard Forman, entrevista del 29 de agosto de 2013).

⁶⁸ “Vi en Kal una persona apasionada e inspiradora, que atrajo la atención por la fuerza de su personalidad y su estilo físico. Atraía a sus protegidos. Fue un excelente analista y observador. Tenía talento para desarrollar el significado general de las anécdotas”. (Lowenthal, entrevista del 25 de agosto de 2013).

Silvert influyó mucho en las respuestas de la fundación a las crisis del Cono Sur en la década de 1970. Primero, en la decisión de permanecer en Chile y Argentina y continuar una agenda fundamentalmente enfocada en los derechos humanos y la democracia.⁶⁹ En segundo lugar, en la aplicación de los programas de refugiados académicos, que salvó vidas y preservó talentos humanos en todo el espectro político. Cuando esas personas finalmente pudieron volver a sus hogares, fueron importantes en las transiciones a la democracia y ayudaron a dotar de personal a los nuevos gobiernos. Esa agenda no solo ayudó a crear los recursos institucionales y humanos de la sociedad civil fundamentales para el proceso de transición democrática, sino que, con el tiempo, eliminó sospechas previas, consolidó la comprensión y el reconocimiento del carácter independiente de la fundación.

Desde los años 50 hasta que se incorporó a la fundación en 1967, Silvert fue un firme defensor del desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina. Acrecentó e institucionalizó el conocimiento estadounidense sobre la región y promovió políticas exteriores de Estados Unidos mejor informadas y equilibradas hacia la región. Como líder de AUFS, se centró en esos objetivos, del mismo modo que lo había hecho durante sus años en la Universidad de Tulane y en el Dartmouth College. El hecho de haber participado en la creación de LASA y haber sido su primer presidente también fue muy importante, porque eso condujo a los académicos latinoamericanos, estadounidenses y de otros países a establecer relaciones más amplias y equitativas. Si bien Silvert llevó con gran entusiasmo los mismos objetivos y valores a la Fundación Ford, los promovía activamente en entornos variados, de maneras que se describen en otros capítulos de esta obra.

Transiciones democráticas

Las contribuciones de Kalman Silvert y la Fundación Ford son rastreables en las transiciones democráticas de Chile, Argentina y Brasil.⁷⁰ En los tres países, las instituciones de la sociedad civil y las personas que habían recibido ayuda de la fundación desempeñaron papeles instrumentales. Entre ellas, CEBRAP, CEDES, CIEPLAN, Flacso y la Iglesia. Durante los períodos militares, esas entidades y personas ofrecieron conocimientos y modelos de aplicación para una

⁶⁹ Véase Brunner (1985) para un abordaje interno del impacto de la sociedad civil en la transición democrática.

⁷⁰ Manuel Antonio Garretón reflexiona sobre Silvert y la fundación: “Kalman Silvert [asesoraba] a la Fundación Ford para ayudar a desarrollar [...] una infraestructura institucional para las ciencias sociales que condujera a investigar una nueva configuración del poder: militar, oligárquica y cívico-militar. Por supuesto, lo que la Fundación Ford apoyaba eran *nuestras propias actividades en esa misión*, nos estaba ayudando contra ese crimen histórico”. (Garretón, entrevista del 11 de octubre de 2013).

eventual apertura política. Fueron reservorios de liderazgo y habilidades para dotar de personal a los futuros gobiernos democráticos. Cuando se produjo esa apertura, los líderes socialistas como Ricardo Lagos y Sergio Bitar —que regresaron a Chile luego de ser desplazados y vivir experiencias de formación en el extranjero—, y muchos de los que continuaron su labor académica en medio de los regímenes militares, como Fernando Henrique Cardoso y Alejandro Foxley, incidieron de manera esencial en la tarea de restaurar la democracia y establecer una senda socioeconómica resurgente.⁷¹

Ciencias Sociales latinoamericanas

Silvert y la Fundación Ford fueron fundamentales en la década de 1960 y comienzos de la de 1970 para apoyar una nueva generación de académicos latinoamericanos, tanto en América Latina como en Estados Unidos. A principios de los años 80, después de una fuerte inversión en becas de posgrado en el extranjero que se habían concretado en la década anterior, se pudo hablar sobre el surgimiento de una segunda generación que desempeñaría un papel primordial en las democracias que resurgían. Es probable que esas personas, cuyas carreras maduraron durante las crisis, tuvieran alguna conciencia de las contribuciones de Ford y Silvert, pero hay poca evidencia de ese recuerdo en las generaciones posteriores.

A partir de la década de trabajo de Silvert en la fundación, los filántropos y administradores contemporáneos pueden encontrar lecciones valiosas en su adhesión a un conjunto coherente de principios democráticos y humanísticos, en el acento que ponía en la idoneidad profesional, en la prosecución decidida de objetivos programáticos, en la promoción de los resultados deseados sin aprovecharse de la autoridad jerárquica, en la evaluación de riesgos y oportunidades en entornos políticos desafiantes, así como en la adopción de una teoría de cambio convincente.

⁷¹ Foxley era director de CIEPLAN, la Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (que luego cambió su nombre a Corporación de Estudios para América Latina). “Si observamos los gobiernos de la Concertación de 1990 —Aylwin, Frei, Lagos, Bachelet—, de los cinco Ministros de Hacienda, cuatro de ellos eran de CIEPLAN. En cuanto a los miembros del gabinete del gobierno de Aylwin [...], había un gran número de académicos de alto nivel y personas de los grupos de investigación que contaron con el apoyo previo de la fundación. [...] Si la fundación no lo hubiera hecho, todos nosotros habríamos migrado a otros países, y Chile no habría contado con este capital social a favor de la apertura política y de las ideas nuevas. Reconocimos los errores cometidos antes del golpe militar. Durante el período de apoyo de la fundación, acumulamos la sabiduría para no volver a cometer los mismos errores”. (Foxley, entrevista del 9 de octubre de 2013).

Años después de su muerte, todavía se evidencia el impacto de Silvert en la Fundación Ford. Esa medida de tiempo ya demuestra la importancia de sus contribuciones y el éxito de su gestión. ¿Cuáles son los ingredientes de su abordaje que explican ese resultado? ¿Hay características específicas en su manera de construir que otros aspirantes a fundaciones o a profesionales filantrópicos puedan apreciar y emular para mejorar sus propias contribuciones?

El código moral de Silvert estaba definido por un conjunto de valores que subyacían prácticamente a todas sus acciones. Esos valores incluían la democracia, la libertad en la investigación, el respeto por las personas sin importar su condición; el rechazo del dogmatismo, la inequidad y la represión política. Un observador atento a las actitudes de Silvert en la esfera pública podía percibir el vínculo permanente entre su comportamiento y esos valores, que eran la plataforma desde la que veía el mundo y determinaba su papel en él.⁷² El apoyo al programa de rescate académico era totalmente coherente con su núcleo ético. Los demás lo respetaban porque sus valores eran loables, aunque difirieran con él en cuestiones políticas, de personal u operativas.

Las preguntas relevantes que deben hacerse los directivos filantrópicos que recién comienzan o crean sus propias fundaciones son: ¿cuáles son mis valores? ¿Estos gobiernan todas mis acciones? Cuando actuar de acuerdo con ellos me pone en riesgo institucional o físico, ¿tengo el coraje de mantenerme firme? ¿En qué circunstancias comprometería mis creencias fundamentales, si es que lo hago? ¿Debería pensar más en cuáles son realmente mis valores?

Silvert tenía un propósito claro y lo perseguía constantemente. Vio que promover las Ciencias Sociales de alta calidad era un medio eficaz para que la Fundación Ford tuviera un impacto positivo y duradero en América Latina. Mantuvo firme su objetivo de crear un complejo de instituciones académicas en toda América Latina (en especial en los países más grandes) dedicadas a la investigación, la capacitación y el debate público que generaran análisis empíricos, dentro de un marco lógico, para que los propios ciudadanos decidieran racionalmente. Aunque a Silvert le gustaba el arte y tocaba el violín, y la Fundación Ford era gran defensora de las artes en Estados Unidos, no la alentó a expandirse hacia esas direcciones en América Latina.⁷³ Debido a su aprecio

⁷² Además, Silvert “estaba preocupado por la torpeza intelectual de la extrema izquierda, que decía [...] ‘no te voy a escuchar porque sé que estás equivocado’. Era de otra generación, con otra ética y otra cultura. Defendió la libertad de expresión frente a los gritos de la izquierda. Creía en el discurso civilizado”. (Himes, entrevista del 27 de agosto de 2013).

⁷³ Ya bastante presionado desde distintos frentes, Silvert no se esforzó mucho para influir en una concentración de ciencias sociales en los programas de la fundación en Asia y África, excepto a modo de ejemplo. La intervención más influyente fue la del antropólogo Clifford Geertz, quien escribió en un lenguaje que recuerda a Silvert: “Para los indonesios, cultivar las Ciencias Sociales es unirse a uno de los grandes movimientos del pensamiento contemporáneo”. Véase Geertz (1971), p. 30.

por Tocqueville, Silvert podría haber instado a la fundación a apoyar organizaciones civiles en América Latina. Podría haber reducido su frustración con la burocracia si hubiera querido y obtenido puestos gerenciales para controlar los presupuestos, pero esa elección lo habría distraído de aplicar toda su energía y habilidades en las Ciencias Sociales. Se mantuvo disciplinado y se centró en utilizar su talento para promover su objetivo principal.

Las preguntas implícitas para los profesionales con roles protagónicos en las fundaciones son: ¿qué tan claro es mi propósito filantrópico? ¿Soy lo suficientemente idealista y dedicado para perseverar incluso cuando me enfrento con dificultades desalentadoras? ¿Estoy suficientemente concentrado en maximizar la asignación de recursos disponibles para alcanzar mi meta? Al ampliar demasiado mis actividades, ¿estoy diluyendo las posibilidades de lograr mi propósito filantrópico?

En sus presentaciones orales y en sus textos, Silvert destacó la importancia de la capacidad profesional. Se incorporó a la Fundación Ford cuando esta pasaba de ser un grupo de profesionales experimentados con “antecedentes tradicionales: negocios, banca, periodistas, historiadores, *bon vivants* [...] para convertirse en un equipo que tomaba decisiones más rigurosas y efectivas” (Peter Bell, entrevista del 1.º de agosto de 2013). Silvert tendía a identificar la capacidad con los títulos académicos superiores, por lo que ayudaba a contratar y asesorar a personas jóvenes que contaban con doctorados.⁷⁴ La mayoría de esas personas siguió carreras impresionantes luego de dejar la fundación. Silvert siempre apreciaba el talento para gerenciar. Por otra parte, le incomodaba la capacidad profesional que se mostraba ritualista, provinciana y reacia a los cambios. Lo que él favorecía era el “tipo correcto” de capacidad profesional: “racionalista, relativista y visionaria del cambio” (Silvert, “Rural Development as a Social Problem” [El desarrollo rural como problema social], 1975, p. 5). El resultado fue una comunidad de profesionales serios, estudiosos y trabajadores asociados al programa de Ciencias Sociales de OLAC. Otro de los talentos de Silvert era que promovía las prioridades del programa ante los ejecutivos de mayor jerarquía con tenacidad y cortesía, de modo que lo seguían estimado mientras adaptaban sus respectivos programas a esas prioridades.

Los directivos de las fundaciones deben implicarse en la contratación del personal, en la elección de los beneficiarios de las donaciones y en mejorar las capacidades profesionales de ambos sectores. En las reuniones de trabajo, un directivo filantrópico haría preguntas del tipo: ¿hemos definido con suficiente antelación los requisitos de educación, experiencia y motivación para

⁷⁴ El politólogo Riordan Roett reconoce: “[Silvert tuvo] un impacto significativo en mí y en otros por la cantidad limitada de latinoamericanistas en ciernes en la década de 1960 [...] Su impacto en mi generación fue muy importante. Profesionalmente, era muy conocido y apreciado por su franqueza y su tendencia a mirar las cosas de manera más profunda y amplia que la mayoría.” (Riordan Roett, entrevista del 26 de agosto de 2013).

el nuevo personal? ¿Qué pasos estamos dando para que nuestro personal y los beneficiarios sean ampliamente admirados como líderes en sus comunidades? ¿Cómo nos aseguramos de que, cuando dejen nuestra cartera de donaciones o su puesto en la fundación, habrán ampliado sus opciones de carreras exitosas?

Silvert amaba América Latina.⁷⁵ Se sentía perfectamente como en casa en las principales capitales, hablaba español e interactuaba con intelectuales.⁷⁶ Ensalzaba los buenos gobiernos.⁷⁷ Aunque incursionó poco en las zonas rurales, expresó su sincera compasión por las familias campesinas que ganaban muy poco a pesar de ser parte de la sociedad nacional. El cariño que sentía por la región impregnó su vida, incluyendo la escritura académica, la docencia, el trabajo con las asociaciones profesionales como LASA y SSRC y los compromisos a nivel interamericano descritos en otros capítulos de este libro. América Latina lo involucró a tal punto que algunos podrían atribuir su muerte prematura al esfuerzo y entusiasmo excesivos por la región.⁷⁸ Sin embargo, ese afecto lo llevó a convertirse en un experto consumado en América Latina (en historia, cultura, diversidad, idiosincrasia, aspectos positivos y negativos). Su dedicación le atribuyó una enorme autoridad que a menudo (aunque no siempre) le permitía triunfar en las discusiones sobre cómo proceder programática u operativamente.

La enseñanza para los directivos de fundaciones es que deben asegurarse de que su personal tenga un profundo conocimiento y, sobre todo, aprecie y comprenda la región geográfica en la que trabaja. Las intervenciones relacionadas

⁷⁵ “Kal hablaba con conocimiento y cariño de los tiempos que pasó en América Latina. Frecuentemente, se prestaba a revisar sus interpretaciones teóricas con académicos latinoamericanos en debates prolongados y de amplio alcance en los cafés de Buenos Aires”, Cleaves, 2013, p. 45.

⁷⁶ Silvert era “muy apreciado por los beneficiarios de nuestra parte de la región. Comunicó respeto y preocupación por ellos y sus ideas.” (Jeffrey M. Puryear, entrevista del 15 de agosto de 2013). Lowenthal agrega: “Tenía relaciones de confianza con científicos sociales argentinos, brasileños, chilenos, uruguayos y otros científicos sociales latinoamericanos, y una reputación de integridad y compromiso con los valores democráticos.” (Entrevista del 25 de agosto de 2014).

⁷⁷ “Me quedó grabada una conversación con Kal. Acababa de regresar de Costa Rica. Alguien le había organizado una reunión con el presidente de ese país [...] Kal bajó al vestíbulo y vio a un hombre de pie que se presentó: ‘Soy el presidente’. Subieron a un automóvil diminuto, fueron a un restaurante pequeño y hablaron hasta altas horas de la noche. Kal me contó la historia con alegría... ‘¡Ese es el tipo de país en el que quiero vivir! ¡El presidente que lo dirige es tan accesible, y el país es tan seguro!’” (Strasburg, entrevista del 30 de agosto de 2013).

⁷⁸ “Ese constante y alto nivel de esfuerzo y el estrés que lo acompañaban pueden haber contribuido a su muerte prematura.” (Hardin, entrevista del 17 de julio de 2013). Cleaves (2013) agrega: “No se cuidaba. Fumaba mucho, tenía sobrepeso y no hacía ejercicio. Admitía en clase que conducía el automóvil demasiado rápido (podría decirse que es como conducía su vida)”.

con cambios sociales raramente tienen éxito cuando se diseñan e importan intactas de otras regiones “más avanzadas”. Una fundación puede contar con el conocimiento local al asignar ciudadanos del lugar en cargos de liderazgo, como lo hizo más tarde la Fundación Ford.

Silvert articuló una teoría del cambio que era elegante porque tenía solo unos pocos argumentos relacionados con el propósito final. El objetivo era dotar a la sociedad de una capacidad de conocimiento que le permitiera desarrollar continuamente soluciones políticas para lograr el crecimiento económico, la igualdad social y política, la integración nacional y una ciudadanía internacional responsable. Las fuentes institucionales de ese conocimiento eran las universidades y centros de investigación. El papel de la fundación era apoyar a las instituciones, capacitar expertos, promover vías de comunicación y, en última instancia, proteger al grupo en caso de ataque.

La primera tarea de los líderes filantrópicos es hacer preguntas sencillas sobre su teoría del cambio: ¿qué queremos lograr? ¿Cuál es la estrategia para hacerlo? ¿Qué tan confiables son las conexiones causales entre los componentes del plan? ¿Cómo deberían desplegarse mejor nuestros recursos? ¿Cómo medimos el éxito? ¿Contamos con las personas adecuadas para implementar la estrategia y hacer ajustes a lo largo del tiempo? ¿Los resultados serán sostenibles incluso después de que finalicen nuestros programas?

Aunque las preguntas son sencillas, el proceso de responderlas es un trabajo en sí mismo. En el caso del programa latinoamericano de la Fundación Ford, la teoría del cambio parece haber superado la prueba del tiempo. Silvert contribuyó de manera fundamental a ese resultado.

Combinar ideas y acción

Julio Cotler

Kalman Silvert se desplazó libremente entre la defensa de principios y oportunidades para llevar a cabo acciones con propósitos deliberados. Durante su relativa breve carrera profesional tuvo un gran impacto en personas e instituciones y representa un modelo a ser estudiado por las generaciones que lo siguieron.

Conocí a Silvert en Caracas a inicios de los años 60, en un momento en que América Latina y particularmente el Caribe experimentaban un intenso cambio social y político. Los agudos debates ideológicos y declarados conflictos en la región afectaron las relaciones entre individuos, grupos sociales, y entre América Latina y Estados Unidos. El derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela en 1958, la creación del consenso en torno al Pacto Punto Fijo y la reelección de Rómulo Betancourt, inauguraron una transición a la democracia. La base del apoyo popular al gobierno de Acción Democrática permitió una serie de importantes reformas institucionales, políticas y sociales. Al mismo tiempo, la Revolución Cubana en 1959 y su confrontación con Estados Unidos impulsaron a la juventud latinoamericana, y en particular a la venezolana, a tomar posturas radicales.

Después de la intervención norteamericana en Cuba y la reacción negativa de América Latina, Washington modificó su política hacia América Latina al apoyar a partidos políticos y líderes reformistas. La iniciativa de la Alianza para el Progreso distanció a Estados Unidos de sus aliados tradicionales, los oligarcas y

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 133-138. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

militares. Sin embargo, a pesar del cambio de la postura de Estados Unidos, los líderes de las organizaciones políticas “reformistas” no abandonaron su hostilidad y desconfianza hacia Estados Unidos. Ellos se acordaban, entre otras cosas, de la persecución que sufrieron de las dictaduras apoyadas por Estados Unidos y del estigma de haber sido acusados de ser comunistas.

Es en estas condiciones que un grupo de políticos venezolanos y profesionales funda Cendes, el Centro de Estudios para el Desarrollo en la Universidad Central de Venezuela, cuyo propósito era estudiar las condiciones del subdesarrollo de Venezuela y de los países latinoamericanos. Su propósito era capacitar a profesionales para planear, formular e implementar medidas necesarias para alcanzar el desarrollo social y económico dentro de un marco democrático, una postura intermedia entre el colectivismo y estatismo cubano y el capitalismo al estilo norteamericano.

Jorge Ahumada, economista chileno graduado de la Universidad de Harvard, quien era el vicesecretario de la Cepal, asumió el rol de director de Cendes. Ahumada organizó un programa de formación de dos años en crecimiento económico y contrató a destacados economistas de la Cepal, los cuales varios de ellos posteriormente se sumarían a los gobiernos de Eduardo Frei y Salvador Allende en Chile. El rol que nos tocó a los sociólogos y antropólogos fue el de complementar la formación técnica para concentrarnos en “los obstáculos sociales y culturales al desarrollo económico”.

Aun cuando la intención fue aislar a Cendes de la controversia política, la cargada atmósfera la golpeó cuestionando su sesgo tecnócrata. Ahumada respondió sometiendo sus objetivos “racionales” y “tecnocráticos” a un debate público tratando de demostrar que los objetivos no tenían bases ideológicas. Para ello, invitó a distinguidos académicos a participar en debates sobre los problemas del subdesarrollo en Venezuela y América Latina y las fórmulas políticas para enfrentarlos. Los académicos de distintas disciplinas provenían de Venezuela, América Latina y Estados Unidos, entre ellos Kalman Silvert y Frank Bonilla.

Las presentaciones de Silvert y Bonilla se distanciaron de aquellas de los economistas, psicólogos y analistas políticos, ya que su construcción teórica para entender los problemas que afectaban a Latinoamérica y las transformaciones en curso generaron un animado debate. Resumiendo, en sus argumentos Silvert y Bonilla esgrimían que la creciente presión de los sectores populares en América Latina para democratizar las relaciones sociales y políticas chocaban contra la persistencia de principios premodernos que eran el legado de conceptos católicos medievales consistentes con la herencia ibérica. Sus argumentos enfatizaban la contradicción entre las estructuras sociales y económicas con la persistencia de patrones políticos y culturales anacrónicos. El problema subyacente era que el *proceso* de modernización no estaba acompañado por los *valores* de la modernización.

Sus presentaciones citaban una multitud de datos de países específicos y de la región en general. El dominio de esta riqueza de información fue consecuencia de su relación con el American Universities Field Staff (AUFS), que les

permitió residir por largos períodos en diferentes países de América Latina, analizar sus problemas y ofrecer soluciones para resolverlos. Sus trabajos fueron distribuidos entre el consorcio de universidades de AUFS y como consecuencia, Silvert y Bonilla fueron conocidos en Estados Unidos como expertos sobre América Latina.

Después de su investigación sobre Guatemala, Silvert vivió en Argentina y en Chile. De otro lado, Bonilla después de defender su tesis de doctorado en Harvard vivió en Brasil y llevó a cabo estudios de mercado en varios países de Latinoamérica. Ambos entablaron relaciones con líderes sindicales, políticos e intelectuales que promovían cambios. Como consecuencia de estas experiencias, Silvert publicó *Guatemala: A Study in Government* (1954) y un análisis más profundo en *The Conflict Society: Reaction and Revolution in Latin America* (1961). Posteriormente compiló varios trabajos en un volumen editado *Expectant Peoples: Nationalism and Development* (1963), donde planteaba preguntas que aun hoy tienen validez, tales como de qué manera consolidar comunidades democráticas cuando el Estado-nación es al mismo tiempo árbitro e integrador de diversos intereses. El libro hace referencia a estas preguntas en los capítulos de Silvert sobre las disfunciones en Argentina, el de Bonilla sobre la ideología nacionalista en Brasil y el de Richard Patch sobre la revolución de Bolivia en 1952.

Si bien los trabajos de Silvert y Bonilla sobre Argentina y Brasil generaron interés, su proyecto de investigación *Education and the Meaning of Development: A Preliminary Statement* (1961) generó especial interés en Cendes. En ese momento, los movimientos políticos radicales cuestionaban violentamente el orden constitucional venezolano. La investigación proponía explorar primero los valores y actitudes de sectores sociales estratégicos y, en segundo lugar, su disposición a unirse para resolver los conflictos de manera pacífica.

La cúpula de Cendes invitó a Silvert y Bonilla para realizar esta investigación (que fue titulada “Conflict and Consensus”) bajo contrato con el Massachusetts Institute of Technology con el cual Bonilla estaba afiliado. Silvert fue formalmente el coinvestigador hasta el momento en que se incorporó a la Fundación Ford como asesor en Ciencias Sociales para el programa de América Latina. Uno podría especular que la Fundación Ford designó a Silvert y el MIT reclutó a Bonilla debido a sus necesidades institucionales de contar con especialistas de alto nivel sobre América Latina, capaces de sugerir medidas para mejorar las relaciones hemisféricas y tratar de aislarlos de las amenazas que los rodeaban.

Después de cuatro años en Caracas trabajando en Cendes me mudé al MIT en 1964 para completar el análisis de las encuestas y entrevistas sobre las elites venezolanas. En Cambridge, Massachusetts, conocí a varios profesores muy considerados —irónicamente varios de ellos trotskistas y comunistas— quienes asesoraban al gobierno norteamericano en asuntos de seguridad y política exterior. Ellos justificaban las intervenciones norteamericanas en América Latina —incluida la intervención de la República Dominicana de 1965— como claves para frenar el avance comunista en la región. No creían en cambiar las

estructuras sociales y políticas anacrónicas en la región, ya que ello hubiera afectado negativamente los intereses de Estados Unidos en favor de la Unión Soviética. Estos profesores representaban los estereotipos más burdos y frecuentes de esta época entre los círculos de política exterior en Estados Unidos y entre quienes defendían posturas que contradecían aún las más tímidas prentensiones reformistas de la Alianza por el Progreso.

Después de nueve años de ausencia en nuestro país, volví a Perú con mi familia. Renuncié a Cendes, incluyendo el proyecto sobre las elites venezolanas, y rechacé una oferta del MIT. Al poco tiempo de volver a Perú, me incorporé al Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y a la Universidad de San Marcos, más o menos al mismo tiempo que Silvert asumía sus funciones en la Fundación Ford. Silvert fomentó el estudio de las Ciencias Sociales en América Latina, en parte a través de becas para estudiantes graduados. Paradójicamente este programa de becas fue criticado por los países que se beneficiaban de ellas, ya que se interpretó como una manera de seguir alimentando los intereses imperialistas y específicamente los de la CIA, una acusación que fue reforzada por las revelaciones de Project Camelot. Asimismo, mi impresión es que este programa de becas también generó preocupación entre los líderes de la Fundación Ford, ya que podía ocasionar críticas en Washington.

Sin embargo, Silvert pudo superar estas reticencias ampliando el programa de becas, apoyando al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) y al Latin American Social Science Faculty, al mismo tiempo que apoyó la consolidación de la Asociación de Estudios de América Latina (LASA), del cual fue su fundador y primer presidente. Estas acciones de la Fundación Ford causaron sorpresa entre algunos círculos porque a menudo los beneficiarios tenían orientaciones nacionalistas, dependentistas y hasta marxistas. Estos ejemplos de tolerancia y pluralismo ayudaron a aliviar las sospechas que pesaban sobre la fundación y las comunidades académicas que apoyaban.

En el Perú, la Fundación Ford había apoyado la capacitación científica de la Universidad Cayetano Heredia en Lima, pero los intentos de hacer lo mismo en los departamentos de Ciencias Sociales de la Universidad de San Marcos fracasaron. Las autoridades universitarias y los líderes estudiantiles rechazaron el apoyo del programa de becas, una biblioteca especializada en Ciencias Sociales y nombramientos temporales de profesores norteamericanos, alegando que estas eran nuevas formas del imperio de ejercer su dominio.

Este no fue el caso del Instituto de Estudios Peruanos, el cual después del golpe militar de 1968 fue crítico de la creciente naturaleza autoritaria del “Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas”. Los militares respondieron amenazando con represalias contra el IEP y sus miembros. En una reunión privada, Silvert ofreció el apoyo provisional de la Fundación Ford con la sola condición de que continuemos haciendo nuestras investigaciones manteniendo nuestra independencia. Nuestra respuesta inmediata fue expresar legítimas dudas de la oferta dada la situación, pero Silvert nos convenció de aceptar el apoyo, del cual nunca nos arrepentimos. A lo largo del tiempo contamos con la colaboración de

representantes de la Fundación Ford que nos apoyaron discretamente a fortalecer al IEP y con los cuales desarrollamos relaciones personales de confianza y amistad. Entre ellos se encuentran Abe Lowenthal, Peter Hakim, Richard Dye, Jim Himes, Peter Cleaves, Jeffrey Puryear, Nina Manitzas y Antonio Muñoz Najar. Desde el momento de esa reunión con Silvert en el IEP, hemos mantenido hasta el día de hoy valiosas relaciones con la Fundación Ford.

A inicios de la década de 1960 fui nombrado, junto con Fernando Henrique Cardoso y Osvaldo Sunkel, en el Joint Committee for Latin American Studies of the Social Science Research Council (SSRC) en Nueva York para seleccionar y otorgar premios a las mejores propuestas de investigación sobre América Latina. Estos nombramientos fueron un signo de los cambios propuestos por la Fundación Ford, ya que previamente el comité estaba conformado exclusivamente por norteamericanos. Nuestra membresía coincidió con un aumento del apoyo financiero de la Ford y bajo la dirección de Bryce Wood, los latinoamericanos pudieron acceder a estas becas. Aún más importante, la participación contribuyó a la investigación y conferencias con la participación de investigadores de América del Norte y del Sur, como la que organicé con Richard Fagen en 1972 sobre relaciones políticas interhemisféricas. Si bien estas actividades colaborativas son hoy en día consideradas normales, en su momento no lo eran. La influencia de Silvert en la Fundación Ford facilitó la expansión de relaciones profesionales e institucionales en las Ciencias Sociales entre Estados Unidos y América Latina, cuyos frutos resultaron posteriormente en el desarrollo de disciplinas fuertemente institucionalizadas en la región.

Las reuniones del SSRC en Nueva York ofrecieron oportunidades para reunirme con Silvert, conocer a su colaborador, Joel Jutkowitz, su esposa Frieda y sus hijos, y participar en reuniones con sus amigos y colegas. En este ambiente informal y amigable en el cual discutíamos las nuevas realidades políticas de la región, las conversaciones frecuentemente giraban sobre Chile. Silvert estaba convencido de que las tendencias políticas en Chile durante el gobierno de Allende podrían terminar mal para el país y a su paso para otros países. Consideraba que el gobierno de la Unidad Popular debía suavizar las posiciones políticas de sus aliados y anticipó que la extrema izquierda sectaria podía generar una reacción negativa contra la democracia, como ocurrió en Europa antes de la Segunda Guerra Mundial con trágicas consecuencias. No llevó mucho tiempo que los eventos le dieran la razón.

Personalmente, las consecuencias de estos encuentros fue reconocer que la libertad y la democracia eran condiciones necesarias para la construcción de una sociedad de ciudadanos en igualdad. Esta conclusión fue reforzada de dos maneras. La primera, cuando en un ejemplo de arbitrariedad el gobierno militar peruano me deportó de mi país por haber criticado su pretensión de “democratizar una sociedad a través del autoritarismo”. El IEP corría el riesgo de ser cerrado por los militares, con la complicidad de ciertos colegas civiles y antiguos amigos relacionados al gobierno, quien creyeron que eran los “filósofos del rey”. La segunda fue la repulsión por las violaciones de los derechos humanos

de los gobiernos de Argentina, Bolivia, Chile y el bloque soviético, incluyendo a Cuba. Estas experiencias me llevaron a repensar mis posiciones políticas y, siguiendo el consejo de Silvert, a releer los clásicos liberales, poniendo de lado los textos marxistas estructuralistas que ya encontraban ilegibles.

A finales de septiembre de 1973 llegué como deportado a Buenos Aires y me reuní con Silvert en las oficinas de Clacso. Él estaba preocupado por el destino de muchos amigos después del golpe en Chile. Me habló de los planes de la Fundación Ford para ayudar a exiliados chilenos para poder realizar estudios de posgrado en disciplinas y en países que ellos seleccionaran, aún en el bloque soviético, ya que Silvert no ocultaba su esperanza de que la gente rechazara los regímenes autoritarios y adoptara cierta forma de democracia, lo que eventualmente ocurrió, muchas veces de forma dramática.

A través del tiempo tuve la oportunidad de apreciar los esfuerzos de Silvert en apoyar instituciones a sobrevivir dictaduras militares y a establecer programas para ayudar a investigadores desplazados y perseguidos por sus posturas políticas, al mismo tiempo que buscaba la cooperación de otras instituciones en Estados Unidos y Europa con el mismo objetivo. Estos esfuerzos y su apoyo por las organizaciones en defensa de los derechos humanos contribuyeron a la credibilidad y confianza que la Fundación Ford goza al día de hoy.

La súbita y lamentable muerte de Kalman Silvert nos dejó sin un colega, amigo y un admirable intelectual que hizo lo mejor posible para hacer del mundo un mejor lugar.

Silvert y el “sueño americano”

Louis W. Goodman

Kalman Silvert era muy consciente del “sueño americano”. Lo utilizó como modelo para su vida, tanto profesional como personal. Estaba profundamente comprometido con el concepto weberiano de que las ideas son el valor fundamental de la acción humana y con la premisa de Ernst Cassirer de que los ciudadanos comprometidos son necesarios para que un Estado “asegure su eudaimonia, su verdadera felicidad” (Cassirer, 2004, p. 91).⁷⁹ Por lo tanto, presentó el sueño americano como un marco que motiva el comportamiento humano en todo el mundo. Lo hizo analítica y personalmente.

En el aula, Silvert hablaba de sus raíces y las de sus padres como judíos con herencia centroeuropea.⁸⁰ Comentó maravillado las oportunidades sin precedentes que Estados Unidos había brindado a personas de todo el mundo, tanto a privilegiados como a oprimidos, para construir vidas dignas basadas en sus habilidades y en su esfuerzo. Silvert habló de las luchas y los sueños de sus abuelos, inmigrantes que vinieron sin un centavo de Polonia; de sus padres, Henry e Ida, comerciantes en Filadelfia; de él mismo como el primero de su familia en recibir una educación universitaria, por no hablar de un

⁷⁹ Cita tomada de la traducción en español (N. de la T.).

⁸⁰ Fui alumno de Kalman H. Silvert en el Dartmouth College desde enero de 1963 hasta mayo de 1964 y permanecí en estrecho contacto con él hasta su muerte en 1976. Para más detalles, véase Goodman (2013).

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 139-150. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

doctorado y luego de una cátedra en las facultades de la Ivy League.⁸¹ Además, afirmó que continuar brindando tales oportunidades a sus descendientes y a otros recién llegados sería una medida de la calidad del futuro sistema político estadounidense.

El sueño americano es la noción de que todos los ciudadanos estadounidenses pueden lograr metas personales por medio de la determinación y el trabajo arduo sin restricciones de clase, origen étnico, raza o religión. Es un *ethos* central del nacionalismo estadounidense. Lo refleja explícitamente James Truslow Adams (1931): “la vida debería ser mejor, más rica y plena para todos, con oportunidades para cada uno según sus capacidades o logros”.

El sistema político de Estados Unidos está basado parcialmente en el sueño americano, que se origina en documentos fundacionales de la república. La Declaración de la Independencia (1776) establece que “todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. La Constitución de Estados Unidos, especialmente su Declaración de Derechos (1789), brinda a los ciudadanos la protección de los derechos civiles básicos que hacen posible esa búsqueda. Garantiza a sus ciudadanos la igualdad ante la ley y la libertad de expresión, reunión y religión, y les asegura que ni el Estado ni otros ciudadanos particulares pueden negarles la oportunidad de realizar ese sueño. En esencia, les concede la autonomía para crear e ir en busca de sus propios sueños personales.

Sin duda, no todos los ciudadanos han tenido la misma capacidad para lograr el sueño americano a lo largo de la historia de Estados Unidos. Al principio, ese derecho estaba reservado a los hombres libres y propietarios. Con el tiempo, las leyes se fueron modificando para garantizar la igualdad de oportunidades para las mujeres y los hombres, para las personas de todas las razas y religiones, para pobres y ricos. Cuando esas garantías resultaron insuficientes, se realizaron cambios adicionales a la legislación nacional, un proceso que se espera continúe a medida que los ciudadanos estadounidenses desarrollen su comprensión de este concepto básico.

Para Silvert, el sueño americano no es solo material, lo esencial es:

La capacidad para ejercer la libertad [...] en [una] sociedad donde el poder, derivado de la participación consensuada de una ciudadanía completa, es producto de la comprensión racional de que la máxima diferencia personal se promueve elevando el nivel de logros del que cada uno parte [...] [y] tratando de volvernos lo más parecidos posible en nuestra cada vez más profunda singularidad [...] construye un cuerpo personal y

⁸¹ El prólogo de *The Reason for Democracy* (1977), publicado después de su muerte, comienza sugestivamente: “En 1893, mis padres llegaron a la tierra dorada. El metal que buscaban no estaba en las montañas, en los lechos de los arroyos ni en las riberas” (p.xi).

social cada vez más capaz de cuidar de sí mismo, de nuestro mundo y de la herencia que dejamos a nuestros descendientes (1977, p. 104).

Silvert utilizó la historia de su familia para ilustrar la importancia del sueño americano, contrastó las sombrías perspectivas de los judíos en la Europa Central del siglo XIX con las imaginadas (y realizadas) por las personas capaces de cruzar el Atlántico y encontrar su camino en América.

Se trató de una promesa cumplida para quienes pudieron cruzar el océano; también en un ideal para aquellos que se quedaban en Europa y en otros lugares. Que ese sueño no se les haya realizado a muchos más era una tragedia para Silvert. Aun así, lo veía como una fuerza motivadora mundial. En la era de la Guerra Fría, muchas personas desfavorecidas, especialmente en los países en desarrollo, simplemente mantuvieron “la cabeza gacha”, sin atreverse a tomar medidas para mejorar sus vidas o las de sus hijos. Temían que su éxito, o incluso la apariencia de buscarlo, los convirtiera en el blanco de las elites que protegen sus privilegios. Es lamentable que Silvert no viviera el “despertar global” posterior a la Guerra Fría, con ciudadanos de todos los estratos sociales en tantos países atreviéndose también a aspirar a una vida mejor a través de sus capacidades y del esfuerzo.⁸² Convencido por su investigación empírica de que la educación es la clave para formar individuos empáticos y empoderados, Silvert lo habría evidenciado aún más en la espectacular expansión de la demanda de mayor educación, sobre todo en el nivel universitario (véase, por ejemplo, OCDE, 2014).

Parte del sueño americano de Silvert fue su visión de la política exterior de Estados Unidos. Pensó que su país podría ser una fuerza para realizar el sueño americano de los seres humanos de todo el mundo y estaba convencido de que su función en tanto científico social era acelerar ese proceso. Como científico social weberiano, su objetivo era crear ideas que iluminaran las opciones de las personas, en especial de los responsables políticos que podrían defender medidas para ampliar las perspectivas de realización del sueño americano en todo el mundo. El hecho de que la política exterior estadounidense de la Guerra Fría no siempre propiciara esas perspectivas le preocupaba profundamente. Para él era trágico, quizás hasta criminal, que a veces se ralentizaran o invirtieran esas perspectivas, lo que creía haber observado en Guatemala, país sobre el que hizo su tesis doctoral y su primera monografía académica. En *The Reason for Democracy* fue explícito sobre la política estadounidense hacia el Chile de Salvador Allende y la Cuba de Fidel Castro: “Nuestros líderes redujeron la posibilidad de que Cuba pudiera pasar del nacionalismo a la democracia, borrraron la esperanza en Chile y pusieron en peligro las instituciones democráticas en nuestro país” (Silvert, 1977, p. 68). Si hubiera vivido a principios del siglo

⁸² Brzezinski (2012) reflexiona sobre este fenómeno, especialmente en el capítulo “The Impact of Global Political Awakening” [El impacto del despertar político global].

xxi, podríamos suponer fácilmente sus pensamientos sobre la participación de Estados Unidos en Afganistán e Irak.

Por supuesto, la política exterior no era el foco de los trabajos académicos de Silvert. Se concentró en el desarrollo nacional —económico, social y especialmente político—, sobre todo en el de América Latina. Examinó las historias y situaciones contemporáneas de los países latinoamericanos para tratar de comprender cómo se produjeron sus respectivas evoluciones. Entendió que ese proceso debía abordarse por separado en el contexto de cada nación. Trató de descubrir patrones que trascendieran las situaciones nacionales individuales y que pudieran usarse para comprender el proceso de desarrollo de manera más amplia. En el lenguaje difuso de esos tiempos, utilizó el término *modernización* para describir el proceso de desarrollo político y el del cambio social, complejo y desigual, como lo habían hecho el economista Albert Hirschman y los sociólogos Seymour Martin Lipset y Joseph Kahl. No aplicó ese término a la descripción de un proceso teleológico y por etapas, como lo sugería el trabajo académico del economista Walt Rostow y el psicólogo social Alex Inkeles.

Si bien Silvert consideraba que la democracia occidental era deseable porque garantiza los derechos de los individuos a soñar sus propios sueños, también reconoció que el desarrollo político debe describirse de manera diferente para cada situación nacional. Por lo tanto, insistió en que el nacionalismo no debe ser visto como “un sentimiento negativo, retrógrado, exclusivista, antiextranjero y, en ocasiones, insensato” (Silvert, 1961, p. 16). Más bien, percibió junto con Rupert Emerson “el nacionalismo dentro de las unidades políticas establecidas como un valor social que eleva a una posición suprema la lealtad al Estado y a la ciudadanía incluida en él”⁸³

Guiado por el alto valor que le dio al sueño americano (y a otros sueños nacionales), Silvert concentró gran parte de su energía intelectual en tratar de comprender cómo las naciones podían crear instituciones económicas, sociales y políticas que hicieran posibles esos sueños. Consideraba que el nacionalismo era esencial para movilizar a las personas a participar en proyectos más amplios que el de la familia y la comunidad. Consideraba que los individuos “modernos” eran esenciales para construir tales comunidades. Para Silvert, *moderno* significaba, entre otros atributos, capacidad de empatía, imprescindible para “agrandar el grupo ‘Nosotros,’ en tanto que la regulación de las relaciones ampliadas queda en última instancia en manos del Estado” (Silvert, 1963). Por lo tanto, consideraba que nacionalismo y empatía constituían “requisitos para poder llevar un estilo de vida moderno” (Silvert, 1963). Finalmente, realizó una investigación original para intentar comprender cómo los individuos podían aprender a ser empáticos. *Education, Class and Nation...* (Silvert y Reissman, 1976), elaborado a partir de encuestas en Chile y Venezuela, le permitió deducir que una educación bien enmarcada es fundamental para formar individuos

⁸³ Emerson (1960) fue la piedra de toque de Silvert para debatir sobre el nacionalismo.

empáticos, capaces de crear instituciones nacionales que puedan sustentar los sueños humanos.

Silvert presentó ese caso de manera conceptual en su monografía *Man's Power: A Biased Guide to Political Thought and Action* [*El poder del hombre: una guía sesgada para la acción y el pensamiento políticos*] (1970). En la introducción, afirma: “El principal objetivo ético del orden [social] y su única garantía a largo plazo es el fomento de la autonomía humana” (p. xx). En el marco de la característica neoweberiana de la autoconciencia, Silvert presentó su “tesis” principal en el último párrafo de esa introducción: “La ‘buena’ política, una política que amplía las áreas de elección efectiva, es deseable en sí misma. Se trata de un interés público cuya defensa es intrínsecamente valiosa, y se identifica exactamente con el interés privado” (p. xxiv). En resumen, la política estadounidense que protege el sueño americano es un bien individual y público fundamental. Las políticas de otros países que protegen sus sueños nacionales son bienes públicos e individuales igualmente importantes.

Silvert expresó sus temores sobre la posible erosión de la capacidad de Estados Unidos de sostener el sueño americano para las generaciones futuras en su monografía publicada póstumamente como *The Reason for Democracy* (1977). El libro es una autodenominada “polémica” que defiende “la eminente practicidad de la democracia” y “la impracticabilidad e ineficiencia de la tiranía, del poder irresponsable” (Silvert, 1977, p. xiii). Comienza con una descripción de “los cambios normativos y estructurales que se han desarrollado desde el establecimiento de la república”. Se destacan descripciones de choques “entre ideales democráticos y antidemocráticos, así como entre intereses privados y bienestar público”. Continúa con el debate acerca del comportamiento internacional de Estados Unidos, que opera, según él, “con mínimas restricciones legales y políticas”. Más adelante, al hablar de la democracia en Estados Unidos, advierte, igual que el presidente Dwight Eisenhower en su discurso de despedida de 1961, que la libertad y la democracia pueden verse amenazadas por “intelectuales tecnócratas seudodemocráticos”.⁸⁴ Silvert vio ilustrada esa amenaza en la idea de Samuel Huntington de que “los problemas de la década de 1960 eran una evidencia de un ‘malestar democrático’, de ‘demasiada democracia’”.⁸⁵ Argumentó que una posición como la de Huntington conduciría a que las elites identificaran el interés público con sus intereses privados, lo que limitaría el acceso a la educación y las oportunidades, así como la posibilidad

⁸⁴ En su discurso de despedida del 17 de junio de 1961, Eisenhower advirtió contra dos amenazas a “nuestras libertades o procesos democráticos [...], la adquisición de influencia injustificada, ya sea buscada o no, por parte del complejo militar-industrial [...] [y] [...] la posibilidad de que la política pública se convierta ella misma en cautiva de una elite científico-tecnológica”.

⁸⁵ Silvert (1977), p. 81. Silvert basó su afirmación en argumentos que aparecen en Huntington (1975).

de que todos los ciudadanos realicen el sueño americano. Llevaría a pensar que el aumento de la riqueza y la desigualdad de ingresos en Estados Unidos son signos de erosión de la democracia. Libros como *To Make Men Free: A History of the Republican Party* (2014), de Heather Cox Richardson, describen cómo se ha desarrollado ese proceso.

Plantear y discutir tales cuestiones hizo de Silvert un maestro inspirador.⁸⁶ Su estilo era discutir porque creía que hacerlo era necesario para que cada individuo expresara su posición única. Quienes entendieron que sus planteos con una amplia sonrisa apuntaban genuinamente a lograr una comprensión más completa de las posiciones de los demás se sintieron profundamente alentados por su estilo. Estar con Silvert en el aula, en un entorno profesional o en un contexto personal tendía a ser una experiencia muy animada. Esa vivacidad fomentó, como él pretendía, la plenitud de expresión. La palabra que la gente eligió para describirlo en esos ámbitos fue *mensch* (en ídish, alguien a quien admirar y emular, de naturaleza cálida y atractiva). En la década de 1960, *menschlich* Silvert planteó algunas preguntas sensibles que otros académicos apenas comenzaban a esbozar en sus escritos y en el aula. Rechazó las respuestas reduccionistas a cuestiones humanas clave y se enfrentó a las complejidades que encontró en las tradiciones intelectuales y, lo que es más importante, en los ámbitos extranjeros, que tan bien llegó a conocer.

Silvert pasó más de ocho años realizando investigaciones en Guatemala, Argentina y Chile. Al inicio de su carrera académica, se unió a American Universities Field Staff (AUFS). Su trabajo era vivir en el extranjero (pasó mucho tiempo en América Central, Argentina, Uruguay y Chile) y enviar informes en forma de cartas a las casi dos docenas de universidades estadounidenses que patrocinaban a AUFS. Esta organización empleaba a especialistas en el extranjero para enviar informes personales sobre los países donde vivían para ser utilizados por profesores y estudiantes de esas universidades. Silvert comenzó su trabajo en AUFS en 1955. Durante su carrera profesional, especialmente cuando vivió en América Latina, construyó una notable red de contactos. Eran relaciones tanto colegiales como personales, profundas y respetuosas, con los latinoamericanos, algunos de los cuales eran críticos hacia algunos aspectos de la sociedad, política interior y exterior, política en general y la base capitalista de la economía estadounidense. Esas relaciones cambiaron la visión del mundo de Silvert, así como cambiaron las opiniones de muchas personas con las que se relacionó. Los convenció de que el sueño americano debe perseguirse independientemente de las políticas o características momentáneas de Estados Unidos.

⁸⁶ En la tradición de Cassirer, Silvert entendió que cada individuo tiene necesariamente una perspectiva única y que comprender y actuar son procesos de debate continuo. En ese sentido, cierra el prólogo de *The Reason for Democracy* con la palabra “debatamos” (p. xiv).

La combinación de su sensibilidad hacia las condiciones locales con su inclinación conceptual llevó a que lo nombraran director de Estudios de AUFS (en realidad, el jefe intelectual). Sus informes fueron tan bien recibidos en el mundo universitario que varias de las instituciones patrocinadoras de AUFS lo invitaron a unirse a sus facultades a tiempo completo. En 1962, aceptó la propuesta de sumarse como profesor al Departamento de Política del Dartmouth College.

En las conversaciones y en el aula, las intervenciones de Silvert sobre el desarrollo nacional siempre estaban condimentadas con historias de sus experiencias fuera de Estados Unidos. Su habilidad para conversar sobre “grandes temas” con humildad era legendaria entre estudiantes y colegas. También era ampliamente reconocida su capacidad para humanizar sus observaciones, y objeto de un extraordinario obituario del historiador de Yale Richard Morse (1977) en la *Hispanic American Historical Review*. Esa capacidad despertó una sensibilidad contagiosa —en quienes lo leían, conversaban o aprendían de él— hacia lo que llamó “autonomía humana”.

Las habilidades humanizadoras de Silvert fueron fundamentales para la formación de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA, por su sigla en inglés) en 1966. LASA se incorporó en Washington DC como un “organismo profesional sin fines de lucro, creado por especialistas académicos del área para satisfacer sus necesidades particulares y crecientes” (Cline, 1966). Incorporar a LASA fue la culminación de un largo proceso iniciado en los años 50 por la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Washington y terminado con éxito por el American Council of Learned Societies [Consejo Estadounidense de Sociedades Científicas] (ACLS) y el Consejo de Investigación de Ciencias Sociales (SSRC, por su sigla en inglés) que formaban el Comité Conjunto de Estudios Latinoamericanos (JCLAS, por su sigla en inglés). Con miembros de los hemisferios norte y sur, el JCLAS tenía como objetivo crear una asociación de estudios regionales distintiva.

LASA se distinguía en 1966, una época en la que uno de los problemas más debatidos en los estudios regionales fue el que Edward Said (1978) denominó más tarde “orientalismo”. Es decir, una actitud general condescendiente de Occidente hacia las sociedades fuera de América del Norte y Europa. En el análisis de Said, Occidente ve a esas sociedades como invariables y subdesarrolladas. El corolario implícito de tal conclusión es que la sociedad occidental es desarrollada, dinámica y superior. La condescendencia occidental fue en parte un residuo de la colonización de los imperios europeos hasta mediados del siglo xx. Tal condescendencia era inaceptable para los miembros del JCLAS y del grupo de académicos que alentó para crear LASA. El líder de esos académicos, fuerza principal en la redacción de los estatutos iniciales, era Silvert. El JCLAS y los académicos que este había reunido lo persuadieron para que ejerciera como el primer presidente de LASA.

En el momento de su muerte, en junio de 1976, Silvert se desempeñaba como director del Programa de Ciencias Sociales de la Fundación Ford para América Latina en el Departamento de Política de la Universidad de Nueva York.

Ocupó ambos cargos desde 1967. Este último le otorgó acceso pleno y continuo a los profesores y estudiantes de una gran universidad, en tanto que el primero lo convirtió en un elemento central del desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina. En ese momento, ningún otro individuo había abarcado tan plena y formalmente a los mundos de las universidades y fundaciones estadounidenses como él. Esa posición dual le permitió a Silvert sumergirse en el mundo de las ideas, que realmente amaba, y promover “el desarrollo de una ciencia social que fuera políticamente relevante y verdaderamente intelectual” (Jutkowitz, 1977, p. viii) para la región a la que había dedicado gran parte de sus energías profesionales.

Durante el desempeño de Silvert en la Fundación Ford, esta fue una de las defensoras más importantes de las Ciencias Sociales “modernas” en América Latina. La sede central estaba en Nueva York y tenía oficinas regionales que apoyaban directamente a personas y proyectos locales en Ciudad de México, Bogotá, Lima, Santiago, Río de Janeiro y Buenos Aires. Fue una patrocinadora esencial del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), incipiente asociación de profesionales de las Ciencias Sociales en toda la región, y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, también nueva institución regional de investigación y enseñanza de posgrado en Ciencias Sociales. En Estados Unidos, brindó prácticamente todo su apoyo al programa de becas del área extranjera en América Latina y otros programas de grado y posgrado dirigidos por el JCLAS. El Programa de Ciencias Sociales para América Latina era una fuerza significativa que intentó crear la política pública empática y moderna, un compromiso individual que Silvert consideraba esencial para la libertad y la democracia de la región.

Mientras Silvert ejercía sus funciones en la Fundación Ford, se sucedieron las tomas del poder por parte de los militares de los gobiernos elegidos democráticamente en Perú (1968), Bolivia (1970), Ecuador (1972), Uruguay (1973) y Chile (1973), precedidas por los golpes de Estado en Brasil (1964) y Argentina (1966). Esos gobiernos *de facto* dirigidos por militares eran la antítesis de su concepto de democracia que garantizaba la libertad a todos los ciudadanos de una nación. De hecho, cuando murió Silvert, todos los gobiernos del continente latinoamericano, desde Guatemala hasta Chile, estaban en manos de las Fuerzas Armadas de sus países, con la excepción de Colombia y Venezuela. Esos gobiernos limitaron enormemente las libertades democráticas y presentaron grandes desafíos para su trabajo y el de los científicos sociales de la fundación.

El derrocamiento del gobierno democrático de Salvador Allende en Chile, en 1973, fue particularmente traumático para la misión de la fundación. Muchos de sus beneficiarios individuales e institucionales estaban en peligro. Además, la brutalidad con la que los militares chilenos establecieron y mantuvieron el control de ese país generó graves preocupaciones para amplios sectores de la ciudadanía. La fundación estaba especialmente preocupada por los chilenos cuyo trabajo apoyaba y por los muchos refugiados de otros países latinoamericanos para quienes el Chile de Allende se había convertido en el último refugio

de sus esfuerzos para construir las Ciencias Sociales modernas en América Latina. Chile era en ese momento el destino de miles de argentinos, brasileños, uruguayos, peruanos, ecuatorianos, colombianos, bolivianos y paraguayos que temían por sus vidas o sentían sus libertades seriamente restringidas en sus países de origen. Muchos de esos expatriados sospechaban y temían que los esfuerzos de las agencias de inteligencia sudamericanas coordinaran la vigilancia y represión de individuos considerados como amenazas o potenciales amenazas a los regímenes militares, lo que comenzó a suceder formalmente en 1975 mediante la Operación Cóndor.

La Fundación Ford recibió informes extremadamente alarmantes sobre la situación de Chile de parte del director de la oficina en Santiago, Peter Bell, y envió al oficial superior de programas para América Latina, Richard Dye, a Argentina y a Chile para que informara directamente sobre las condiciones que se estaban viviendo allí. El informe de cuarenta y cuatro páginas de Dye sobre las reuniones con el personal de la fundación y con veintiséis “personas no pertenecientes a la fundación” confirmó los peores rumores.⁸⁷ Como resultado de este y otros informes, la fundación comenzó inmediatamente a evaluar si debía suspender o mantener sus operaciones en Chile y en otras partes de América Latina. Se esforzó en equilibrar sus objetivos: por un lado, facilitar el desarrollo de políticas públicas políticamente relevantes basadas en las Ciencias Sociales sin que se viera como un apoyo a regímenes que coartaban la libertad y la democracia; por otro, no abandonar ni poner en peligro a las personas que habían estado involucradas en las actividades de la fundación en la región.

Fue esencial para los asuntos de la Fundación Ford la insistencia de sus socios locales en “hacer lo posible para ayudar a preservar, en lo posible, una parte significativa de la vida intelectual chilena” y, según informó Dye, en asistir a las personas “que representan el posible futuro renacimiento de la vida intelectual chilena y están dispuestos a contribuir de manera más amplia, no importa dónde”.⁸⁸ y ⁸⁹ En ese sentido, Dye y Bell recomendaron tempranamente que la fundación estableciera una meta para “concretar acuerdos con terceros para asistir a la mayoría de las personas”, lo que quitó a la Fundación Ford el rol de decidir a partir de los méritos individuales.

En Nueva York, Silvert fue esencial en la coordinación de esfuerzos para enfrentar la “situación chilena”. El 24 de octubre de 1973, informó a “WDC (Carmichael), RWD (Dye) *et al*” sobre “algunos aspectos destacados de las sesiones” de “un grupo *ad hoc*” de doce académicos estadounidenses y dos

⁸⁷ Véase Ford Foundation Inter-Office Memorandum [Memorando interno Fundación Ford], Richard W. Dye al Dr. William D. Carmichael, 11 de octubre de 1973, Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, Nueva York.

⁸⁸ Ford Foundation Inter-Office Memorandum p. 2.

⁸⁹ Ford Foundation Inter-Office Memorandum, “Chile Notes”, p. 3.

canadienses con quienes se había reunido en el SSRC.⁹⁰ El núcleo fue que se necesitaba crear un mecanismo para encontrar formas de ayudar a “compañeros académicos y estudiantes” entre “chilenos y otros refugiados en Chile” a encontrar puestos en Estados Unidos y en otros lugares.

Silvert informó la sugerencia del grupo de que se instalara una base de operaciones en Chile, que las funciones de coordinación en Estados Unidos se concentraran en Nueva York o Washington (él ofreció su propia oficina en la NYU como “espacio temporal en Nueva York”) y que el grupo siguiera existiendo. También transmitió la recomendación de crear un pequeño “comité directivo”, contratar un “secretario ejecutivo” que “fuera una persona respetada y de formación académica” y establecer una organización para administrar los fondos (se sugirió LASA). El último párrafo de su informe terminaba así:

Naturalmente, se hizo referencia a la fundación en muchas ocasiones. Fui muy evasivo, salvo en un tema: [...] la fundación no es ni debe ser una agencia operativa, excepto en una situación muy anormal que afecte inmediatamente los derechos humanos y en ausencia de otras agencias efectivas y más apropiadas. En el curso normal de los acontecimientos, nos dirán algo acerca de los gastos relacionados con esta reunión y sobre el establecimiento de un comité directivo integrado por director ejecutivo y personal.⁹¹

Lo que se “dijo” finalmente provino de un comité directivo que involucró al delegado del SSRC que trabajaba en el JCLAS (yo acababa de convertirme en director de personal del JCLAS) y a miembros de la facultad de dos universidades, una en cada costa de Estados Unidos (Riordan Roett, de la Universidad Johns Hopkins y Richard Fagen, de la Universidad de Stanford). Bryce Wood, distinguido historiador latinoamericanista y exdirector de personal del SSRC-JCLAS, fue contratado para desempeñarse como director ejecutivo. El comité se puso en contacto primero con un grupo selecto de directores de facultades y universidades de Estados Unidos, y luego, con miembros de instituciones universitarias de Europa y de las Américas que, en su opinión, podrían aportar “docencia, investigación y puestos académicos relacionados para los candidatos calificados que deseen o se vean obligados a abandonar Chile”. Basada en la recomendación de Silvert, la Fundación Ford otorgó fondos al JCLAS a través del SSRC para financiar las actividades coordinadas por Bryce Wood. El

⁹⁰ Ford Foundation Inter-Office Memorandum. Participé en la reunión. Además de Kalman Silvert y yo, estaban presentes las siguientes personas: Joseph Collins, Arthur Domike, Richard Fagen, Joseph Grunwald, Albert Hirschman, Henry Landsberger, June Nash, Michael Potashnik, Riordan Roett, Alfred Siemens, John Strasma, Brady Tyson y Lionel Vallee.

⁹¹ Ford Foundation Inter-Office Memorandum, p. 2.

resultado fue la conformación de una red de académicos, principalmente en Estados Unidos, pero también en Canadá, México y Europa, que trabajaban *ad honorem* en la búsqueda de cargos profesionales para los intelectuales refugiados de Chile y de otros países sudamericanos con gobiernos militares.

A través de la cooperación con Clasco, que dependía de la financiación de Ford en Ciencias Sociales, se identificaron los académicos en peligro. Además, gracias a las negociaciones de 1972 en las que participaron Wood y el presidente del JCLAS, el economista Joseph Grunwald, Silvert recomendó y la fundación aceptó que los académicos no estadounidenses pudieran recibir subsidios del JCLAS financiados por ella. Esto permitió al economista Albert Hirschman, quien asumió la presidencia del JCLAS en septiembre de 1973, trabajar con el Comité Conjunto (cuyos miembros incluían a Fernando Henrique Cardoso, Alejandro Foxley, Osvaldo Sunkel, Julio Cotler, Franklin Knight, June Nash y Thomas Skidmore) para gestionar fondos de becas a académicos latinoamericanos.⁹² El resultado fue una financiación importante por medio del JCLAS, que comenzó con las convocatorias en 1973 y 1974, de unos veinticinco destacados académicos refugiados por año (Adelman, 2013, pp. 469-470). Con esos fondos, que se combinaron con los puestos asegurados por los esfuerzos de Wood y la red de voluntarios que coordinó, se rescataron a cientos de refugiados.⁹³ Muchos otros recibieron apoyo sin salir de sus países o mientras estaban en el exilio gracias a las gestiones de las oficinas locales de Ford en América Latina, operaciones que estaban a cargo del director general del programa latinoamericano, William Carmichael, quien era asesorado de cerca por Silvert.

El trabajo de Silvert en la Fundación Ford se centró en la elaboración de Ciencias Sociales políticamente relevantes para América Latina. Para lograrlo, intentó construir instituciones inclusivas que pudieran sustentar las ideas de libertad y democracia, apoyó (y rescató) a individuos técnicamente competentes y socialmente empáticos para trabajar en esas instituciones y producir las ideas que las impulsarían. Se trató de personas como el brasileño Fernando Henrique Cardoso, los chilenos Ricardo Lagos y Alejandro Foxley, el uruguayo Carlos Filguera y los argentinos Elizabeth Jelin, Guillermo O'Donnell y Tomás Eloy Martínez, entre los más renombrados. Con esos esfuerzos en la Fundación Ford, sus escritos a AUFS y sus artículos académicos evocativamente profundos y humanos, su mentoría de cientos de estudiantes en Estados Unidos y en América Latina, sus relaciones *menschlich* con colegas, Kalman Silvert apuntó

⁹² Debo destacar que Albert Hirschman había trabajado de incógnito en Marsella, en 1940, como Albert Hermant (lo apodaban “Beamish” por su sonrisa y actitud positiva) con Varian Fry, del Comité de Emergencia de Rescate, para ayudar a salir de Francia a más de 2.000 refugiados del fascismo a través de España y Portugal.

⁹³ No hay cifras exactas porque los registros escritos de Wood no están disponibles y muchos de los académicos rescatados consiguieron puestos gracias a los esfuerzos personales iniciados por Wood y completados por terceros.

a crear condiciones para “una vida mejor, más rica y plena para todos, con oportunidades para cada uno según sus capacidades o logros” (Adams, 1931), es decir, para cumplir el sueño americano.

Silvert como un intelectual público

Morris Blachman y Kenneth Sharpe

El 11 de octubre de 1965, Kalman Silvert, entonces profesor de Política en Dartmouth College, llegó al campus después de una reunión en el Departamento de Estado de Washington para dar el curso de la universidad “Grandes cuestiones”. El tema sería era “Aspiraciones de las naciones en desarrollo”. En el avión de regreso de Washington, había roto en mil pedazos su charla preparada. Estaba irritado y decidió, en cambio, hablar sobre la justificación que el Departamento de Estado y el presidente Lyndon B. Johnson estaban dando sobre el envío de *marines* y tropas de la 82.^a División Aerotransportada para intervenir la República Dominicana en abril de ese año. Los funcionarios seguían insistiendo en que la intervención había sido necesaria para evitar que se profundizara la guerra civil y que se estableciera otra base comunista como Cuba en las Américas. El Departamento de Estado publicó listas de comunistas supuestamente involucrados en el bando rebelde.

Silvert les dijo a los estudiantes que esas historias oficiales de un peligro comunista y otra Cuba no tenían fundamento fáctico. La lista de comunistas publicada por la embajada de Estados Unidos era en gran parte falsa. Explicó que, en realidad, se trataba de un conflicto interno entre las fuerzas tradicionales que habían respaldado la brutal dictadura de Trujillo —un régimen apoyado por Estados Unidos que terminó en 1961 con el asesinato del dictador— y los partidarios de Juan Bosch, un populista electo que había asumido el mando en febrero de 1963 y que fue derrocado siete meses después por un golpe de

Cómo citar este capítulo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 151-168. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

Estado a cargo de la vieja cúpula militar de Trujillo. Silvert explicó cómo estaba dividido el Ejército dominicano y que la intervención estadounidense evitaría que una coalición más democrática de partidarios de Bosch y oficiales militares progresistas vencieran a los leales a Trujillo. Agregó que el Departamento de Estado se negaba a reconocer públicamente los hechos, que el propio gobierno estadounidense no nos decía la verdad. Esa mentira corroía nuestra democracia porque impedía que los funcionarios electos rindieran cuentas y que confiáramos en ellos.

Esas verdades lamentablemente hoy no sorprenden, pero fueron palabras fuertes en 1965, año en que el movimiento contra la Guerra de Vietnam comenzaba a cobrar fuerza. Muchos estudiantes se mostraban profundamente escépticos ante las afirmaciones de los manifestantes de que el gobierno mentía. Sin embargo, para Ken Sharpe y muchos de los estudiantes de Silvert en esa audiencia era difícil desestimar sus afirmaciones por la rigurosidad y la buena fundamentación de sus enseñanzas. Silvert reclamó que examináramos cuidadosamente y aprendiéramos a criticar las diferentes teorías del desarrollo político. También exigió una atención precisa a los detalles, los hechos y la historia. Insistió en que los argumentos y las políticas se basan en —para usar la jerga actual— “datos comprobados”.

Ahí estaba ese profesor sobrio, profundamente reflexivo y culto, parado frente a nosotros, demoliendo sistemáticamente las afirmaciones de nuestros más altos funcionarios electos. Se podía sentir la ola subterránea de indignación que bullía bajo el análisis lógico, sistemático y fáctico. Su enojo con los funcionarios no era solo por lo que habían hecho, sino también por sus mentiras públicas y sus hipocresías. Para él, eso no era normal sino inaceptable. Ken recuerda haberse preguntado quién era ese académico perspicaz y algo sorprendente, una persona que se movía con tanta comodidad por los pasillos de una universidad. En primer lugar, ¿qué hacía volando a Washington para hablar con gente del Departamento de Estado? ¿Para decirles lo que pensaba? ¿Para desafiarlos?

Silvert había llegado a la Universidad de Nueva York desde Dartmouth en 1967 y Moss Blachman se sumó ese mismo año, antes de que comenzaran las clases. Silvert se convirtió en su mentor y amigo cuando lo invitó a su apartamento para conocerlo. Lo sentó y casi inmediatamente ofreció un espectáculo intelectual para mostrarle a su nuevo asistente graduado sus raíces filosóficas y teóricas. Comenzó con la historia del pensamiento político y sociológico, sobre lo que consideraba útil o problemático en Aristóteles, Maquiavelo, Kant, Weber, la fenomenología, Marx, Cassirer, Locke, todo en veinte minutos. Luego condujo a Moss a través de su teoría del conocimiento y del lugar central de la elección humana en la construcción de la realidad social. Dijo que el hombre era un productor y consumidor de símbolos, un ser que tomaba decisiones, y que las Ciencias Sociales tenían que ayudarlo a encontrar las opciones en un momento determinado. Explicó por qué las leyes generales y las teorías sociales deterministas eran limitadas e incluso destructivas: no ayudan a encontrar

dónde y cuándo el hombre tiene el poder de hacer su mundo social y, a veces, impiden explorar esa cuestión. Además, argumentó que, como el hombre tiene poder, puede elegir cómo usarlo, para bien o para mal, y tiene la posibilidad de renunciar a él e intentar, por ejemplo, vivir en la torre de marfil del mundo académico. Moss asintió, pero recuerda que esa experiencia fue como beber agua de una manguera contra incendios. Durante los años siguientes, tuvo la oportunidad de comprender lo que decía Silvert trabajando con él y observando lo que hacía, no solo escuchando sus palabras.

Regularmente se encontraba con Silvert y su esposa Frieda en las reuniones informales que ellos organizaban en su sala de estar. Ese era su verdadero salón de clases. Los visitantes de América Latina en Nueva York —políticos, diplomáticos, líderes de partidos, presidentes pasados y futuros académicos de todos los campos— iban a cenar o a tomar una copa, a hablar hasta altas horas de la noche sobre la situación actual de su país, de la región o de otros lugares. Disfrutaban del intercambio y a menudo buscaban el consejo de Silvert. Analizaban la coyuntura del momento, las nuevas posibilidades, las crisis venideras, los esquemas que aún no eran visibles y, algo muy importante, los obstáculos y posibilidades de acción para desarrollar el bien público, como la reforma educativa, el bienestar social, la inclusión de grupos marginados, la política fiscal, la reforma económica y la formación de coaliciones. También era probable alguna conversación sobre música y arte, o el sondeo de cuestiones filosóficas clásicas. Todo tenía un propósito. Silvert pensaba que las dimensiones estéticas, morales y éticas eran tan importantes como la intelectual (el uso de la razón, la racionalidad y la búsqueda de la verdad). En efecto, solo al recurrir a todos los aspectos del ser humano se podía empezar a ejercer la sabiduría práctica necesaria para construir y sostener una sociedad democrática.

Aprendiendo y trabajando con Silvert, ambos descubrimos que era esencialmente un académico: instruido, teórico, analítico, un maestro del detalle; alguien que siempre estaba poniendo las cosas en un contexto intelectual e histórico. Pero hacía algo que pocos profesores hacían en ese momento. Él no quería vivir únicamente en el pequeño ámbito del mundo académico sino participar activamente en la vida pública, y se sentía cómodo haciéndolo. No solo viajaba por América Latina sino también en su sala de estar, a la que acudía América Latina.

Intentamos darles sentido a los dos roles aparentemente contradictorios que cumplía Silvert. No solo era profesor de la NYU a tiempo completo. Cuando se mudó a Nueva York desde Dartmouth, también accedió a un trabajo a tiempo completo en la Fundación Ford como asesor en Ciencias Sociales del Programa para América Latina y el Caribe. Dados sus compromisos, ¿por qué no había dejado el mundo académico para trabajar en la fundación, para dedicarse al trabajo de desarrollo que le permitía su cargo allí? ¿Por qué era tan importante para él ser un profesor universitario y hacer ambas cosas a la vez? Lo que también parecía extraño, al menos al principio, era la estrategia que Silvert adoptó en la Fundación Ford ante las crisis verdaderamente trascendentales que las

dictaduras habían traído al Cono Sur: la dictadura en Brasil, el régimen militar en Argentina, el derrocamiento de Allende y la dictadura de Pinochet que siguió en Chile. Peter Cleaves detalla cuidadosamente la respuesta de Silvert en la fundación: ayudó a crear una red regional de institutos académicos independientes para que los científicos sociales expulsados de las universidades nacionales por las dictaduras tuvieran un lugar para trabajar; colaboró para encontrar puestos para algunos en Europa y en Estados Unidos. En silencio, incluso se involucró en el rescate de algunos de esos académicos, lo que permitió trasladarlos rápidamente a sitios seguros.

Su compromiso para salvar vidas, su lealtad hacia quienes conocía y habían trabajado con él no eran de extrañar. Pero ¿por qué responder a esas dictaduras creando institutos de Ciencias Sociales en la región? No fue una respuesta tradicional de derechos humanos ni ciertamente la de un politólogo. Tampoco era el trabajo de desarrollo estándar de la Fundación Ford. La respuesta de Silvert a la crisis de la República Dominicana, sus roles paralelos en la NYU y en la Fundación Ford y su reacción a la tiranía en América Latina constituían un bloque único. También lo integraban sus escritos anteriores para los informes de American Universities Field Staff y el papel que desempeñó en la Comisión Linowitz. Lo que Silvert moldeó para sus estudiantes y colegas fue la vida de un activista académico de principios, un intelectual *público*. Profundamente comprometido con la erudición, teórica y empírica, se sintió obligado a usar su conocimiento, su posición y su poder para reparar o sanar el mundo. “Tikún olam” podría ser la expresión en su tradición judaica: arreglar lo que está roto. En esa tradición, él era un verdadero *mensch*. Fue un modelo para su tiempo y lo es para el nuestro.

Su visión

Como académico, Silvert pensaba que él y los estudiantes necesitaban ser fieles a la verdad. Desde su óptica, eso requería un conocimiento profundo de la teoría política y la historia social, cultural, política y económica. Tal conocimiento podría arrojar luz sobre las posibilidades de cambio y continuidad. Si un propósito central del conocimiento era arreglar lo que se rompió, ¿cómo lo haría? Silvert sostenía que ninguna visión podía transformar el mundo, y transformar el mundo para adaptarlo a una visión abría la puerta a la tiranía. Lo que se podía hacer dependía de lo que permitiera un contexto particular: qué tipo de personas viven en una sociedad, cuáles son su cultura y sus valores. Pero, en general, ¿a qué debíamos apuntar?

La vida de Silvert como intelectual público se alimentó de una visión de la prosperidad humana y de la creación del tipo de cultura, estructura de clases e instituciones (en especial políticas y educativas) que permitían esa prosperidad. Sabía que los talentos naturales y las habilidades potenciales de las personas eran diferentes, y pensaba que permitir el desarrollo de esos talentos y

habilidades habilitaba la realización de cada ser humano, *eudaimonia* —habría dicho Aristóteles—, la realización de las capacidades humanas de cada uno. Permitir ese florecimiento también sería bueno para la sociedad.

Para él, la prosperidad individual solo podía darse en una comunidad social en la que hubiera una inclusión más o menos equitativa de todas las personas, independientemente de su género, raza o clase económica, en instituciones educativas que les permitieran desarrollar su razonamiento, talento y empatía por los demás. No se trataba de un individualismo feroz, porque pensaba que las personas son animales sociales y que la democracia era el producto de las interacciones mutuas dentro de la comunidad social. En la medida en que alguien era excluido, la comunidad social se empobrecía y sufría. Esa era “la razón para la democracia” (*The Reason for Democracy*), el título de su libro publicado póstumamente en 1977. Una sociedad florecería —declaraba Silvert— en la medida en que fuera inclusiva, en la medida en que ampliara las expectativas de vida de todos sus ciudadanos, permitiendo ese florecimiento independientemente de la clase, raza, género, etnia o religión. La inclusión —su forma de hablar sobre la igualdad, de atraer a todos a la comunidad— era un valor fundamental para él. Todos merecían la misma oportunidad en la vida.

Para analizar una sociedad en particular, Silvert identificó primero las singularidades de cada una de las cinco instituciones principales derivadas de la sociología clásica: la familia, la religión, la educación, la economía y la política. Una característica crucial de una democracia —argumentó— era que las decisiones que afectaban a todos los ciudadanos se tomaban en la arena pública, es decir, en la política. Ningún grupo o agrupación privada puede adjudicarse el poder de controlar ni tomar decisiones públicas. Los líderes religiosos y los empresarios económicos tendrían voz en el debate público, pero ningún grupo de líderes religiosos ni de empresarios deberían poder hacer que sus palabras o sus marcos particulares sean ley o se constituyan en interés público. Las decisiones públicas se toman en la política, a través de legislaturas y ejecutivos electos, y de un cuerpo judicial independiente. La apropiación del espacio público por parte de instituciones religiosas o económicas era una especie de imperalismo religioso o económico, una invasión por parte de lo privado de lo que debería ser público.

Para Silvert, la reina de todas las instituciones era la política. La política —la buena política democrática, las instituciones políticas debidamente estructuradas integradas por buenos ciudadanos y buenos políticos— era lo que permitía la transformación social, así como la inclusión y la prosperidad en las instituciones educativas y económicas. El tipo de política que tenía más posibilidades de hacer eso realidad era la política democrática. Silvert era un erudito moderno: creía en la posibilidad del uso de la razón, que el hombre siempre podía perfeccionarse, y él lo hacía como un ciudadano que se fortalecía a sí mismo y a los demás. La democracia, con todos sus defectos, era la forma de hacerlo. El sector *público* era el público.

En una democracia, el espacio público incluía a *todos* los individuos, al menos esa era la promesa de la democracia. La crítica de Silvert a las clases era que la estratificación social corría el riesgo de excluir a algunos del espacio público: todas las personas necesitan desarrollar sus talentos y habilidades. La polis era la institución dominante porque tenía la función y la responsabilidad de superar las circunstancias de nacimiento para que todas las personas pudieran, realmente, acceder a las oportunidades educativas y económicas. Con cada fibra de su ser, Silvert creía en la necesidad de un sistema que permitiera a todos alcanzar su máximo desarrollo.

Silvert fue muy crítico con los científicos sociales que postulaban las Ciencias Sociales “libres de valores” porque temía que el conocimiento, la razón, los hechos y la ciencia pudieran ser desastrosos para la condición humana si no apuntaban a su prosperidad. “Kal era un apasionado de los valores”, recuerda Peter Cleaves, uno de sus colegas en la Fundación Ford (después de haber sido su alumno en Dartmouth). “Una pregunta que planteó Silvert en el aula decía: ‘¿Cómo se explica que Alemania, con sus logros filosóficos, musicales, literarios, científicos y arquitectónicos, que está entre los países más avanzados del mundo, haya perpetrado el Holocausto?’” (Cleaves, 2013, p. 45).

Silvert también criticó a los politólogos que veían la democracia como solo un buen acuerdo entre el gobierno de unos pocos —que eran ricos y afirmaban ser sabios— y el gobierno del demos —que amenazaba con imponer el poder de la multitud—, como una forma de controlar y canalizar los instintos animales de la humanidad. La democracia no era solo un sistema práctico que creaba mecanismos para resolver conflictos y para que los intereses no chocaran de manera violenta. No era solo un sistema para responsabilizar a los líderes, para mantener a raya la tiranía con elecciones periódicas, controles y equilibrios constitucionales. Tampoco era solo un sistema para permitir que se escucharan múltiples voces y se lograran acuerdos. Todo eso es cierto, pensaba Silvert, pero para él la democracia tenía una promesa y un propósito más profundos, contenía las semillas para fomentar la inclusión y la prosperidad humana porque se construye sobre las nociones esenciales —a menudo incumplidas— de igualdad ante la ley, educación pública, participación popular de los ciudadanos, deliberación racional y responsabilidad de los gobernantes. La brecha entre la promesa y la realidad era lo que más le preocupaba a Silvert.

Estados Unidos había optado por la propuesta de ayudar a las personas a ser libres a medida que estas adquieren competencias. Esa visión, siempre difícil de definir y mucho más ardua de realizar, siempre ha recibido críticas. Nunca se hizo realidad para todos, todavía sigue siendo parcialmente cierta para algunos. Los éxitos de Estados Unidos habían llevado a ese país al punto en que las libertades democráticas podían extenderse a todos los miembros de la sociedad; la ética de la Guerra de la Independencia era nuestra para completarla.

Silvert no era ingenuo sobre los problemas que la naturaleza humana presentaba para la democracia. Como Aristóteles, Maquiavelo y Hobbes, vio los peligros que planteaban las personas que respondían a sus instintos animales.

Observó, estudió y temió sistemas políticos que movilizaban tales instintos de poder nacional, tiranía e imperialismo, como el nazismo, el fascismo, el comunismo, el autoritarismo de los militares argentinos y el Chile de Pinochet. Creía que un sistema democrático hacía posible lograr una mejora gradual no solo para domesticar esos instintos, sino también para difundir la razón, la empatía y la comunidad nacional de maneras que permitieran a las personas prosperar sobre otra base además de sus instintos animales. Eso podría alentar el desarrollo del tipo de ciudadanos que expresaran virtudes cívicas como la razón, la deliberación, el compromiso, la tolerancia, el respeto, la confianza y el deseo de hacer que su comunidad fuera inclusiva. Si no había democracia, las personas no estaban en condiciones de poder transformarse en seres humanos plenamente actualizados, empoderados. La razón para la democracia era que, sin ella, las fuerzas del mercado se volverían soberanas, o la autoridad política terminaría en manos de unos pocos que se vuelven dominantes o abrumadores, que amenazan la libertad, socavan la prosperidad humana y pueden causar el tipo de individualismo y fragmentación que, como predijo Hobbes, conduciría a una guerra de todos contra todos, lo que necesitaría un Leviatán.

Silvert estaba preocupado por la democracia en todas partes, pero se enfocaba especialmente en cómo cerrar la brecha entre la promesa y la realidad de la democracia en su país. Tomemos, por ejemplo, las instituciones educativas. Vio la promesa de un sistema escolar público inclusivo y de alta calidad que podría ser un “paso crucial para mitigar el efecto de las circunstancias de nacimiento” en los roles económicos y las expectativas de vida de las personas; también podría sostener nuestra competitividad en el exterior. Pero fue una promesa incumplida, escribió en 1970, por “la oposición a los impuestos, las prioridades políticas fuera de lugar y la falta de atención” que “han contribuido a una decadencia continua de la educación pública en Estados Unidos. El declive en la calidad de muchas escuelas primarias y secundarias en ciudades estadounidenses también deja ver cómo un conflicto racial relacionado con la extensión de la comunidad afecta a las instituciones”. “La extensión de la comunidad” era su forma de referirse a la inclusión de los excluidos. Valía la pena luchar por esa promesa democrática de la educación, siempre amenazada. Incluso Jean-Jacques Rousseau, que inspiró a muchos de los fundadores de nuestra república, “no se habría sorprendido en absoluto por la interacción entre educación y ciudadanía, por un lado, e incompetencia y alienación por el otro”. Rousseau “veía como parte de la naturaleza del hombre su lucha por la comprensión razonada, y en la naturaleza de la vida social tal como la conocía, vio el intento de privarlo de esa comprensión” (Silvert, 1977, p. 9).

En el exterior, fue un crítico apasionado del papel que jugaban Estados Unidos al socavar la promesa de la democracia. Pensaba que la democracia se organizaba y se desarrollaba dentro de los límites políticos del Estado nación. También pensaba que era un bien universal. Las naciones democráticas tenían la responsabilidad de ayudar a otros países a desarrollar la democracia y, sobre todo, de actuar en las relaciones internacionales para no desalentar ni dañar el

desarrollo de la democracia en otros lugares. A principios de los años 70, por ejemplo, el gobierno de Nixon respondió a la elección del socialista Salvador Allende como presidente de Chile imponiendo severas sanciones económicas y diplomáticas, además de financiar a la oposición de manera encubierta, todo lo cual ayudó a desestabilizar el país. Cuando los militares derrocaron al gobierno en 1973 —y pusieron fin a una de las democracias más antiguas y estables de América Latina— la administración estadounidense estaba dispuesta a apoyar la dictadura del general Augusto Pinochet. “El gobierno de Allende —escribió Silvert— fue elegido democráticamente, si bien por una minoría de votantes, en un país que había practicado formas democráticas por más tiempo que cualquier otro Estado latinoamericano, y con menos violencia que en Estados Unidos. Nuestras acciones ayudaron a destruir una de las pocas democracias del mundo” (Silvert, 1977, p. 59).

Ese poder estadounidense tan descontrolado e irresponsable en el exterior socavó algo del optimismo de Silvert sobre el sueño americano y lo llevó a sentirse traicionado por su gobierno. En el aspecto interno, criticó el liderazgo de las instituciones “que parecen no entender ni respetar la promesa” de la democracia, sino que “niegan la ética estadounidense” al continuar en “la línea contra el proceso de completar nuestra comunidad nacional [...] La parálisis, la indecisión y los retoques tímidos ya no son formas aceptables de mantener unida a una sociedad medio libre, medio esclava”. Ese fracaso de liderazgo para mantener la promesa de la democracia fue “la esencia de nuestra crisis contemporánea [...] Hoy, la responsabilidad ha desaparecido en todos los niveles: la red de la vida social se debilita y se rompe en pedazos. La corrosión nos afecta a todos”. Si el conflicto persiste, “la vida estadounidense seguirá gravemente perturbada, y nuestra debilidad nos derribará inexorablemente” (Silvert, 1977, p. 2). Silvert se centró en el rol del liderazgo, incluido el de los académicos como intelectuales públicos, porque las instituciones y leyes de la historia y la cultura no podían frenar automáticamente tal corrosión ni cumplir la ética estadounidense. Los mercados pueden considerarse teóricamente autorregulables, pero planteó que el mecanismo nunca ha funcionado completamente de acuerdo con su diseño teórico. Los conflictos de clases y las contradicciones del capital, dijeron algunos, teóricamente conducirán a revoluciones y mejoras humanas, pero la historia también ha desafiado esa hipótesis general. No hay nada automático en la mejora de la democracia. El colapso de la República de Weimar ante el nazismo y el de la democracia más antigua de América Latina, la de Chile, con el autoritarismo de Pinochet, son prueba de ello. Sin embargo, para Silvert había en ese momento una coyuntura en Estados Unidos, llena de potencial para un cambio positivo: el mismo incumplimiento de la promesa democrática se sentaba al lado de la promesa, con un conjunto de principios y, a menudo, dinámicas internas que permitirían su cumplimiento. Pero este exigiría un liderazgo sabio, dedicado a la promesa de la democracia.

Esa coyuntura creó el espacio para ciudadanos comunes, políticos, líderes cívicos y estadistas para fomentar con sus acciones una mayor inclusión, mayor

florecimiento, el cumplimiento de la promesa de la democracia. En ese espacio de acción, los académicos como ciudadanos comprometidos, como intelectuales públicos, podrían actuar para marcar la diferencia. Como una prensa libre —ese “cuarto poder” no oficial del gobierno— los intelectuales públicos podrían ayudar a dar a la ciudadanía el conocimiento para empoderarse, apoyar una cultura cívica democrática, proporcionar evidencia y transparencia para responsabilizar a los funcionarios públicos. Podrían ayudar a generar el conocimiento, el libre flujo de ideas, la honestidad y la transparencia pública necesaria para que la democracia realice su potencial. Era crucial involucrar a ciudadanos y líderes para que actúen, declaró Silvert en *The Reason for Democracy*:

No se puede entrar en una dictadura totalitaria sin cortar muchas cabezas ni romper muchas instituciones. Tampoco se puede profundizar ni ampliar nuestra democracia sin cambiar completamente nuestro sistema de recompensas, nuestros juicios de valor individual y nuestras formas de imponer la rendición de cuentas de las instituciones públicas. La única certeza es que no podemos elegir no hacer nada, porque ya estamos en una irracionalidad generalizada que no satisface el lado oscuro ni el lado iluminado de nuestros deseos. No estamos en una encrucijada donde podemos acampar, sino en una autopista en hora pico (pp. 11-12).

Los límites de la visión: la importancia de la teoría y la comprensión

Silvert expresó que para transformar o “reparar el mundo”, primero es necesario comprenderlo. Hay que saber qué enseña la historia, qué teoría permite comprender las causas de nuestros dilemas contemporáneos y cuáles son las posibilidades de la acción humana creativa. Un activista académico no puede serlo sin la academia; un intelectual público no puede ser eficaz en lo público si no es también un intelectual. La academia debe ser la base del activismo, así como la visión provee la base a la academia.

Debido a que Silvert tenía como objetivo alentar las opciones políticas que expandieran la inclusión y la prosperidad humana, quería fomentar una academia que ayudara a entender los espacios de la elección individual. Eso significaba comprender cómo se crea y se ejerce el poder, qué causa el conflicto y el cambio, qué permite que los conflictos se resuelvan y cómo encaja la actividad humana —libertad, elección, participación empoderada— en las estructuras sociales e históricas más amplias que, de otra manera, parecen causales y completamente determinantes.

Comprender esas estructuras sociales e históricas exigía hacer un trabajo de campo cuidadoso y empírico, y la capacidad de narrar. La historia, como él la veía, no era simplemente una crónica de acontecimientos, sino que también implicaba identificar a los personajes clave, sus intenciones y aspiraciones, sus

capacidades y elecciones, las consecuencias de sus errores y cómo las enfrentaron. Los primeros trabajos de Silvert como miembro de American Universities Field Staff implicaron viajar a ciudades y pueblos de América Latina y redactar informes detallados sobre temas como las relaciones cívico-militares en Argentina los meses previos al derrocamiento del gobierno de Frondizi. En esos informes puede apreciarse cómo Silvert da vida al rico contexto, el significado que tenía para los protagonistas la cuestión de las clases, las instituciones y la política, así como las decisiones que esos protagonistas tomaron o no. Las reflexiones se entrelazan a menudo con narrativas que dan vida al texto. Animó a sus estudiantes de doctorado a involucrarse profundamente en ese trabajo de campo históricamente fundamentado y muy contextual.

Al mismo tiempo, Silvert se sumergía con sus alumnos en debates teóricos. Hizo hincapié en la utilidad limitada de cualquier teoría general que buscara una ley de cambio social o de poder político. Criticó las teorías funcionalistas de prominentes sociólogos de su época, como Talcott Parsons o politólogos como Gabriel Almond y Bingham Powell, que buscaban explicar la naturaleza de las principales instituciones de la sociedad señalando las funciones sociales que esas instituciones cumplían. Cuestionó las teorías del capitalismo y del conflicto de clases que pretendían describir la estabilidad a través de la falsa conciencia o explicar el cambio por medio de las inevitables contradicciones del sistema económico. Desafió las teorías económicas sobre un supuesto equilibrio natural que se alcanza de modo automático mediante la interacción de la oferta y la demanda. Era profundamente escéptico ante las teorías culturales que culpaban por la falta de democracia en toda América Latina a la herencia jerárquica de la Corona española y a la Iglesia Católica. Cada una de ellas llamaba la atención sobre algunos componentes explicativos importantes, pero ninguna expresaba la variación y el cambio en contextos particulares.

Silvert planteó que las “teorías del equilibrio”, en particular las del hombre económico y sus mecanismos de mercado autorregulable, podrían llevarnos a creer falsamente en un “modelo ordenado” de cambios y causas.

La información falsa proporcionada a los prescriptores de políticas conduce a predicciones falsas; los miembros de la política perciben entonces un fracaso en la política resultante; desarrollan tensiones por la discrepancia entre los resultados previstos y los reales, entre las explicaciones previas y posteriores; debe haber una acción para aliviar la tensión; si todo va bien, se alcanza un nuevo equilibrio (Silvert, 1977, p. 46).

Ese tipo de teoría general, argumentó Silvert, no lograba identificar algunas de las cosas más importantes que necesitábamos saber. No sabíamos si, en una situación particular, los políticos realmente perciben un fracaso en la política. En las últimas cuatro décadas, esa falta de percepción ha sido mucho más evidente. Los intentos fallidos de utilizar la fuerza militar para construir la nación en los países del tercer mundo solo ocasionalmente han llevado a los

responsables políticos a percibir un fracaso en la política. Incluso si los legisladores reconocen el fracaso, nada garantiza “una acción en consecuencia”, por lo que necesitamos saber “qué influencias afectan la acción”. Además, aquellos que supuestamente “manejan” las tensiones “bien pueden tratar de manipular los ‘hechos’ sociales que existen solo en sus propias y fértiles imaginaciones”. La forma en que los políticos enmarcan estos hechos —y las soluciones— podría estar más relacionada con los grupos de presión y los bolsillos que los financian, con marcos que los ciegan o con la conveniencia política del momento. En un nivel aún más profundo, tales teorías del equilibrio y autorregulación “no reflejan adecuadamente la posibilidad de que, a veces, el equilibrio simplemente no se pueda corregir dentro del sistema existente, que algunas situaciones sociales exijan sistemas nuevos y diferentes para alcanzarlo” (Silvert, 1977, p. 47).

La crítica de Silvert a las teorías tan generales en *Man's Power* era muy concreta: no proporcionaban explicaciones adecuadas. No podían explicar por qué algunas democracias continúan con políticas de exclusión ni por qué otras son más inclusivas, o por qué un Estado fuerte puede controlar y regular el capitalismo de mercado en un país y no en otro. Tales teorías fracasaban porque se basaban *a priori* en una sola causa o no se conectaban a la variable del contexto. Intentaban “enmarcar la totalidad de la experiencia humana [...] partiendo de una base intelectual por fuera de la experiencia histórica del hombre [...] [las teorías generales] colapsan cuando las aplicamos a casos particulares”. En sus clases y escritos, recomendaba tener en cuenta lo universal, pero pensar “simultáneamente en lo universal y en lo único, lo generalizable y lo particular, lo variable y lo invariable” (Silvert, 1977, p. 9).

Cuando se hablaba sobre democracia, a Silvert le preocupaba especialmente el fracaso de esas teorías. ¿Cómo explicar el desarrollo de la democracia, su conservación y su corrosión en casos históricos reales? El diseño de constituciones, tribunales, legislaturas, partidos y sistemas educativos no podía compararse con el trabajo de un artesano habilidoso que construye un reloj, un mecanismo que se deja funcionando por sí mismo solo dándole cuerda cada tanto o con un reemplazo ocasional de baterías. Incluso en las democracias establecidas, las instituciones en las que vivimos siempre necesitan atención y mejoras. Eso puede parecer obvio al decirlo, pero los ciudadanos, e incluso los académicos, en democracias de larga data como Estados Unidos (y Chile hasta comienzos de los años 70) consideran que las instituciones democráticas son simplemente condiciones “marco” que damos por sentadas, siempre estables, confiables, siempre presentes para controlar las elites y protegernos del uso arbitrario del poder.

Los partidos y grupos pueden luchar por sus respectivos intereses en la seguridad asumida de las instituciones democráticas, prestando poca atención a los efectos corrosivos a largo plazo de la exclusión por motivos de clase, raza, género o preferencia sexual, y sin preocuparse por los peligros que el estancamiento, la paralización, los vetos o los obstruccionistas pudieran implicar para el bienestar o la existencia misma del sistema democrático.

A menudo, pasa inadvertida la necesidad de alimentar y cuidar sostenidamente las instituciones democráticas, incluso en Estados Unidos, donde nuestra propia historia nos lo muestra. Pensemos: la guerra civil; los fallidos esfuerzos por incluir a los negros tras el fracaso de la Reconstrucción y la lucha posterior de casi un siglo para cumplir la promesa de la legislación de los derechos civiles de 1965; los peligros planteados por el macartismo; el crecimiento de una presidencia desenfundada en la política exterior que en las últimas décadas comenzó a naturalizarse y aceptarse; las formas en que las guerras encubiertas socavaron la autoridad del Congreso para declararlas; vigilancia estatal, represión y recurso a agentes provocadores por parte de los gobiernos de Johnson y Nixon para silenciar la libertad de expresión de los manifestantes pacifistas; los esfuerzos de la administración Nixon para subvertir las elecciones presidenciales de 1972, revelados por el escándalo del Watergate; el desprecio hacia la legislación del Congreso y hacia su poder constitucional sobre el tesoro en el escándalo Irán-Contra.

Muchas teorías académicas no solo fallaron en la prueba de “funcionar” como explicaciones, sino también en una prueba moral: bajo la apariencia de ser “libres de valores” y “científicas”, ocultaban la manera en que enmarcaban el mundo. Eso se debía a que el “encuadre” era inevitable porque cada teoría se enfocaba en ciertos problemas y dejaba otros de lado; cada proyecto apuntaba a reconocer algo como más importante que otra cosa. Incluso en el diseño de una encuesta hay una ética, una moralidad en las preguntas que se hacen y cómo. Silvert pensaba que los académicos que hablaban de ser “libres de valores” o “neutrales” estaban diciendo tonterías, porque en la práctica, cada marco, cada proyecto de investigación tiene un sesgo intrínseco. Debido a que el trabajo académico tenía un impacto público —porque ayudaba a construir la realidad social de una forma u otra— planteó que los académicos necesitaban asumir responsabilidades públicas. No hilaban su seda (o algodón) en un capullo académico aislado.

Si bien Silvert entendía que todos los marcos eran sesgados, le preocupaba especialmente un enfoque de muchos marcos académicos: sus teorías de causalidad eran frecuentemente deterministas, y ese marco excluía la posibilidad de la acción humana, de elegir cómo cuidar la democracia y transformar las estructuras de clase, las instituciones y las culturas. Esos marcos impedían a los académicos ver el papel que juegan el conocimiento, las ideas y el análisis para mantener o poner en peligro las instituciones. Al estar tan cegados, era fácil para ellos desligarse de responsabilidades. Eran marcos académicos que debilitaban y producían fatalismo. “El efecto ideológico de tales puntos de vista es persuadirnos de que las formas en que el hombre puede hacer su propio mundo son lamentablemente limitadas” (Silvert, 1977, p. 7).

Silvert no era “Pollyana”. Sabía que en algunos momentos de la historia las puertas de entrada para el cambio positivo eran estrechas o estaban temporalmente cerradas. Los académicos necesitaban habilidades teóricas y analíticas para descubrir qué estaba o no abierto a la elección en cada contexto particular

y en *cada* momento particular. ¿Dónde terminaba concretamente la determinación “causal” y comenzaba la elección humana? ¿Cómo podrían las opciones disponibles abrir el abanico de posibilidades para mejorar las opciones en el futuro? Es decir, ¿cómo podría la política aumentar las probabilidades de esa posibilidad? Los académicos necesitaban transmitir ese conocimiento de posibilidad y peligro a la esfera pública. Silvert quería que fueran académicos *comprometidos*, intelectuales públicos, que empoderaran a quienes intentaban proteger y expandir las instituciones democráticas y, a través de ellas, fomentaran la prosperidad humana.

Silvert no evitaba la “teoría”. Muy por el contrario, planteaba que la teoría tenía que basarse en la comprensión histórica, que era fundamental para el trabajo intelectual de la academia y la participación pública de los académicos. Como alternativa a las leyes generales y a las teorías abstractas, propuso un marco que identificaba elementos clave de la política para explicar el poder y el cambio. Según sus palabras,

si queremos diagnosticar y predecir el comportamiento de los políticos [...] debemos comenzar por aprender las siguientes [cuatro cosas] sobre ellos:

1. Sus “cosmovisiones básicas: normas, creencias religiosas, sesgos y prejuicios más profundos”.
2. “El poder potencial o la eficacia de los individuos agrupados”, sus “situaciones [...] dentro de la estratificación o del sistema de clases de su sociedad”, “su capacidad potencial para controlar bienes e individuos en el mercado económico, su poder para imponer sumisión y prestigio y para manipular otras palancas institucionales *si lo desean*”.
3. “Sus posiciones institucionales”, los tipos de relaciones que los individuos y grupos tienen con instituciones sociales como la familia, la religión, la economía, la educación y la política, y “estructuras auxiliares como partidos políticos [y] grupos de presión”.
4. Las características personales de los actores: ¿Cuán “activos e inteligentes”, “ecuanímenes o irascibles, posiblemente paranoicos” son? (Silvert, 1977, pp. 10-11).

La forma en que se estructuraba cada elemento y las relaciones entre ellos eran diferentes en cada contexto histórico. El contexto proveía a los teóricos el contenido de cada uno de esos elementos y la información acerca de cómo estaban vinculados. Lo que construía una explicación buena o mala era la intuición contextual y teórica del analista. Imaginación, conocimiento de la historia y del contexto, creatividad y buen trabajo de campo empírico, esos eran los elementos que permitirían a un buen erudito tejer un tapiz explicativo. Los académicos necesitaban comprender la teoría y los hechos, y sobre todo, aprender a juzgar. Era esencial que contaran con el tipo de sabiduría práctica para interpretar los hechos a la luz de la teoría, para convertir la hormigueante y

florecente confusión del contexto particular de un país en una interpretación plausible y útil.

Lo que hacía útil esa interpretación no solo era su fidelidad a los hechos, sino también la precisión con la que reflejaba la relevancia social de ese contexto; descubrir cómo se podría reconstruir el tejido social, curar las heridas y mejorar la condición humana en formas que alimentaran la prosperidad y mejoraran las expectativas de vida.

Silvert como intelectual público

Por lo tanto, no era casual que el último de los cuatro “elementos” de la política fuera el comportamiento personal, las características personales de los actores. El subtítulo de *Man's Power* es *A Biased Guide to Political Thought and Action* [*Una guía sesgada de la acción y el pensamiento políticos*]. El enfoque teórico e intelectual de Silvert buscaba comprender qué podría cambiar las elecciones y las acciones humanas, diferentes según el momento o contexto histórico específico; su vida como intelectual público apuntaba a convertir ese entendimiento en acción.

Según Silvert, puede parecer obvio “decir que los acontecimientos suceden porque los hombres hacen que sucedan, ya sea consciente o inconscientemente”. Sin embargo, “nos excusamos convirtiendo la tecnología, la historia, las poblaciones, las comunicaciones y las economías en fuerzas ciegas mediante el simple recurso de no mirarlas con ojos sociales”. “La parte intelectualmente seria y difícil del asunto [...] es descubrir cuánto de lo que se hace que suceda es resultado de la racionalidad aplicada inmediatamente y cuánto de respuestas memorizadas; cuán posible es someterse a una elección racional y en igualdad de condiciones en ciertos momentos y lugares” (Silvert, 1977, pp. 42-43).

Entre los “aspectos políticamente relevantes de la personalidad” que destacó, había dos que él se esforzaba por desarrollar en su propia vida y en la de sus alumnos: “capacidad (interés, inteligencia, nivel de energía, etc.)” y “capacidad empática para ver la vida y los pensamientos de quienes no vemos por la distancia social”. Moldeaba la capacidad en su trabajo y enseñanza, así como insistía en la capacidad de sus estudiantes. Inculcaba que la empatía no solo era una característica agradable que las personas buenas deberían tener, sino también una virtud esencial para el académico e intelectual para enseñar bien, comprender el mundo y mejorarlo. Un académico y un intelectual —en realidad, un buen ciudadano— debe tener la habilidad para “ser sensible al mundo de los demás, permitir que el propio mundo sea influido por otros y que afecte a otros de ciertas y deliberadas maneras” (Silvert, 1977, p. 36).

Con un guiño a Daniel Lerner, Silvert habló de la empatía como “una capacidad personal para ‘ver’ psicológicamente a través de la distancia social, de ponerse en el lugar de otra persona”. Para él, la empatía era una disposición y una habilidad que debía aprenderse especialmente en la compleja y diferenciada

sociedad moderna, donde “es muy importante para superar las distinciones étnicas y de clase” y en nuevas naciones cuando los líderes deban construir “sobre la base diversa de organizaciones multitribales” (Silvert, 1977, p. 37). La empatía era particularmente importante para los intelectuales: sin ella, no podían comprender cómo las instituciones y las políticas lograrían fomentar la inclusión, la equidad y la estabilidad.

Desde que conocimos a Silvert a mediados de la década de 1960, siempre se dedicó a la promesa estadounidense de hacer realidad los beneficios de la democracia. Para él, la pregunta no era si debía comprometerse públicamente sino cómo hacerlo. No se postuló para ningún cargo ni buscó nombramientos políticos. Pretendía informar e influir en los ciudadanos, en la prensa y en los responsables políticos, pero no ser uno de ellos. Como quería que su poder e influencia se basaran en el conocimiento y la comprensión, era importante mantener un pie firmemente arraigado en el mundo académico. Velaba por que la integridad de lo que hacía fuera transparente, que se probara en el ámbito académico, donde la calidad o la veracidad de las ideas de cada uno estaban siempre bajo el escrutinio de los colegas, quienes podían llegar a replicarlas o refutarlas. La transparencia y la responsabilidad siempre estaban en riesgo cuando uno entraba en la vida política. No disuadió a sus estudiantes de entrar en la vida política (ni mucho menos), pero nos advirtió hasta qué punto esta comprometía la integridad, la verdad y la racionalidad de las elecciones.

El compromiso público de Silvert como académico no era común en las universidades y facultades en las décadas de 1960 y 1970. Hoy en día es más común escuchar a académicos dar su opinión en la prensa y en internet, pero todavía no lo es tanto, al menos en Estados Unidos, verlos desempeñar un papel activo en la lucha por extender los principios democráticos para ayudar a la sociedad a comprender mejor cómo tomar decisiones o participar en la promoción de cambios institucionales o de políticas tendientes a mejorar la calidad al ser humano. La postura de Silvert sobre la participación pública a menudo confundía e incluso irritaba a sus colegas. Por un lado, era un crítico de la visión reinante de la “ciencia social” que aspiraba a ser “libre de valores”, que consideraba imposible. También la acusaba de corrosiva, porque ocultaba los sesgos inevitables en cualquier marco y al mismo tiempo alentaba la desconexión de la política. Por otra parte, sostenía que la participación directa en la política destruye la posibilidad de honestidad intelectual y de investigar con rigor académico la base empírica de las políticas. Podía respetar a quienes hubieran elegido la política como carrera, siempre que no fingieran ser académicos al mismo tiempo.

Ser un académico activista comprometido sin estar “en” política era un camino difícil de recorrer. Eso puso a Silvert en desacuerdo tanto con los académicos no comprometidos como con los que habían cruzado la línea hacia la política haciendo valer a la vez su buena fe académica. Cuando el Ejército de Estados Unidos comenzó a financiar en secreto a académicos latinoamericanos para investigar las condiciones propicias para la revuelta interna y las formas de frenarla, Silvert lanzó críticas mordaces sobre esa investigación no solo por sus

consecuencias políticas, sino porque también amenazaban la independencia y confiabilidad de los académicos; socavaban su responsabilidad ante los estándares profesionales al crear la imagen de que estaban en deuda con los pagadores militares. Se corría el riesgo de dañar la legitimidad y la confiabilidad de todos los investigadores estadounidenses en la región.

La importancia fundamental de mantener un pie en la vida académica explica por qué Silvert estaba dispuesto a trabajar en la Fundación Ford mientras insistía en conservar su puesto como miembro activo de la facultad en la Universidad de Nueva York. Su respuesta en la fundación a las amenazas planteadas por las dictaduras latinoamericanas también adquiere sentido a la luz de sus valores, teorías y comprensión histórica. La politización de las universidades por parte de las dictaduras cerró el espacio para que los académicos de las Ciencias Sociales realizaran un trabajo intelectual honesto e inquisitivo. Las dictaduras trataban de cerrar una ventana por donde pudiera entrar luz y transparencia sobre el gobierno, sus funcionarios y las condiciones sociales existentes. Cerraban el trabajo intelectual que podía ayudar a la ciudadanía a comprender lo que estaba pasando, a analizar los efectos de las políticas del gobierno y a ver posibilidades alternativas.

Por esa razón Silvert puso tanto énfasis en la construcción de instituciones académicas en los tiempos oscuros de las dictaduras en América Latina. Instó con éxito a la Fundación Ford a apoyar a los institutos de Ciencias Sociales que pudieran sostener o generar el trabajo intelectual que los tiranos tanto temían. Crear una base académica en toda la región y vincularla con universidades en Estados Unidos y en Europa no fue simplemente un esfuerzo para salvar vidas (aunque lo era), ni para salvar las Ciencias Sociales por su propio bien o por lealtad a una “profesión” (aunque también lo era). Quizás lo más importante era que Silvert quería que esos institutos impulsaran el trabajo intelectual y sentaran las bases para el surgimiento de una democracia viable y sólida en la región. La red académica salvaría las vidas y el trabajo de personas que podrían mantener el capital humano necesario para regresar algún día y ayudar a crear instituciones democráticas mejores y más factibles. Consideraba que los institutos mantenían vivo el libre flujo de ideas. Los mismos sistemas de valores en los que se basaban las Ciencias Sociales también alimentaban la democracia. Silvert quería crear un grupo de personas, intelectuales, que pudieran iluminar la oscuridad. Por eso, ante la llegada de dictadores como Pinochet, quiso llenar de institutos América Latina y crear lugares en Estados Unidos donde los intelectuales latinoamericanos pudieran esperar mejores tiempos y que fueran un refugio para ellos.

Silvert podría haber logrado todo eso si simplemente hubiera dejado el mundo académico y se hubiera quedado a trabajar en la Fundación Ford. Esta habría sido una base de poder para hacer muchas cosas, pero ese no era su objetivo. Su elección fue parte de un propósito y un esfuerzo más amplios. La Universidad de Nueva York le dio un lugar académico y la fundación, un lugar para la acción. El aspecto intelectual era un pilar de su identidad, y para eso

quería, necesitaba un hogar académico. No quería un rol formal en la política porque eso significaba rendir cuentas a otras fuerzas además del conocimiento y la verdad, lo que podía distorsionar fácilmente estos dos valores. La vida en la fundación tenía sus propias tentaciones —menores que las de la política— de distorsionar la verdad para lograr sus objetivos y ganar apoyo. Cualquier institución las tiene. Por eso quería mantener un pie en el mundo universitario, un mundo que, a pesar de sus debilidades e hipocresías, tenía como centro el conocimiento, la comprensión y la verdad. El mundo académico le permitió tomarse la investigación y la teoría muy en serio, cuestionar los enfoques que desorientaban, desafiar los marcos que desviaban la atención del papel clave de la elección humana en la configuración del ámbito de lo posible.

La forma en que Silvert abrazó el mundo académico mostró su rechazo a la idea del intelectual solitario que vive en una torre de marfil. Una sociedad democrática necesitaba intelectuales que no solo pudieran proporcionar la investigación y los datos para formular políticas con bases empíricas, sino que también hicieran algo aún más importante: usar sus escritos y su voz para ayudar a hacer un mundo político y social más transparente para los ciudadanos, así como para decirle la verdad al poder y responsabilizar a los líderes políticos. El conocimiento de los intelectuales podría ayudar a preservar lo bueno del espacio público existente, cambiar lo malo, transformar y sanar el mundo. En ese mundo, ningún Departamento de Estado podría hacer afirmaciones falsas sobre las condiciones en la República Dominicana o sobre otros lugares sin una avalancha de comentarios de los intelectuales públicos que aclararían las cosas. Ese era el mundo de un público empoderado, el que Silvert pretendía crear.

Silvert se reunió con el historiador Richard Morse, el antropólogo Richard Adams y algunos otros intelectuales para fundar LASA. No se trataba solo de un académico que deseaba crear una nueva organización (profesional) para que los intelectuales presentaran escritos académicos, construir su *bona fides*, preparar artículos para publicaciones periódicas y buscar trabajos académicos. Eso es normal cuando se crea una organización académica tradicional, por supuesto. Pero para Silvert LASA fue una extensión de su visión más amplia.

Veía esa creación como un lugar donde los intelectuales comprometidos públicamente pudieran reunirse para compartir en igualdad de condiciones, donde los académicos latinoamericanos pudieran participar como colegas con los norteamericanos. No más “norte” estudiando el “sur”. LASA debía ser un espacio de síntesis, de enfoques interdisciplinarios de los grandes problemas de la época y de la región, un antídoto para la fragmentación del mundo académico en subespecialidades y campos en guerra, un lugar de iluminación y empoderamiento. También era un espacio público donde los intelectuales de Estados Unidos podrían aprovechar su libertad y recursos para ayudar a expandir la libertad académica a sectores de América Latina donde la búsqueda de la verdad, el trabajo intelectual y la participación pública de los académicos estaban siendo atacados. La búsqueda de verdad y la investigación iban de la mano con el florecimiento y el desarrollo humanos, así como de la prosperidad de

las futuras democracias de la región. LASA estaba destinada a ser una institución pública con impacto duradero, a través de una actividad intergeneracional de académicos para alentar el desarrollo de intelectuales públicos que siguieran el camino iniciado por Silvert. Por eso, Kal Silvert, intelectual público por excelencia, invirtió su pasión, habilidad y agudeza política en el nacimiento de LASA, parte de un legado que todos hemos tenido la suerte de heredar.

Nota: los autores agradecen a Max Cameron, Abe Lowenthal y Victoria Chien Scott por sus agudos análisis.

EPÍLOGO

Kalman Silvert y los estudios latinoamericanos actuales⁹⁴

Gilbert M. Joseph

Como presidente de la Asociación de Estudios Latinoamericanos en su quincuagésimo aniversario, me satisface enormemente contribuir con el epílogo de este valioso y oportuno libro conmemorativo de la vida de Kalman Silvert, presidente fundador de LASA. Cuarenta años después de su prematuro fallecimiento, los legados institucionales, intelectuales, filantrópicos y éticos que él dejó todavía influyen en los estudios latinoamericanos, aun cuando muchos académicos y profesionales de la generación actual los desconocen. Sin duda, los estudios académicos y regionales han experimentado profundos cambios paradigmáticos en las últimas décadas, y América Latina ha sido testigo de transformaciones excepcionales desde la Guerra Fría, aguas que Silvert navegó durante toda su extraordinaria vida profesional. Sin embargo, los valores que defendió, los compromisos que asumió y las instituciones que ayudó a crear siguen siendo ejemplares.

Mi propia carrera atestigua varios de estos legados. Escuché por primera vez acerca de Kalman Silvert de casualidad, cuando, como estudiante de primer

⁹⁴ Este ensayo se escribió en el contexto del Congreso que celebró el quincuagésimo aniversario de LASA, “LASA at 50”, en 2016.

Cómo citar el epílogo:

Lowenthal, A. y Weinstein, M. (ed.). 2021. *Kalman Silvert América Latina y la construcción de la democracia*. Pp. 169-174. Pittsburgh, Estados Unidos: Latin America Research Commons. DOI: <https://10.25154/book7>. Licencia: CC BY-NC 4.0.

año de la Universidad, a fines de los años 60, le conté a mi padre sobre mis planes de estudiar historia latinoamericana. Mencionó que tenía un viejo amigo de la facultad y formidable compañero de debates en la Universidad de Pensilvania, Silvert, que aparentemente había estudiado la región. Me dijo que quizás algún día podría saber algo más sobre él. Años más tarde, como estudiante de doctorado en Yale, eso sucedió. Poco después de mi llegada a New Haven, uno de mis mentores, Richard Morse, me hizo conocer las cartas de Silvert para el American Universities Field Staff, a las que con toda razón describió como una prosa comprometida y atractiva. Morse también me animó a unirme a la incipiente Asociación de Estudios Latinoamericanos, que él y varios otros habían ayudado a fundar en 1966. Unos cuantos años después de mi tesis de graduación, tuve el privilegio de conocer a mi otra mentora, Emilia Viotti Da Costa, una de las historiadoras más importantes de Brasil, quien había sido despedida de su cargo en la Universidad de San Pablo durante los días más draconianos del gobierno militar. Obligada tempranamente a abandonar el país, Viotti Da Costa encontró su camino en el mundo académico norteamericano y en New Haven, con la ayuda del programa de América Latina de la Fundación Ford que Silvert dirigía. En los años siguientes, recibí la Beca de Estudios Regionales Extranjeros, un subsidio para tesis que Silvert había ayudado a crear, como tantas iniciativas suyas, para fomentar la investigación de calidad sobre América Latina en instituciones de América del Norte, y construir así un diálogo entre los académicos más jóvenes de todo el continente. Quince años más tarde, ya como mentor de mi propio grupo internacional de estudiantes de doctorado, me uní al Comité Conjunto de Estudios Latinoamericanos sobre América Latina del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales. Mis colegas allí incluían a miembros de una generación más joven de científicos sociales latinoamericanos capacitados en las mismas instituciones que la Fundación Ford había ayudado durante los días más duros de las guerras sucias del Cono Sur. En la actualidad, décadas después, disfruto regularmente de las distinguidas conferencias que presentan en los congresos anuales de LASA los ganadores del merecidamente llamado Premio Kalman Silvert, el mayor reconocimiento de la asociación a la trayectoria en estudios latinoamericanos. Este año, en el quincuagésimo Congreso de LASA en la ciudad de Nueva York, tendré el honor de presentar ese premio como su presidente.

Los galardonados con este premio encarnan la dedicación, el compromiso y las contribuciones intelectuales de amplio calibre a los estudios latinoamericanos que caracterizaron la breve pero importante carrera de Silvert. Los principios básicos que lo guiaron —comprender profundamente el contexto de los asuntos internos y las relaciones internacionales de la región a partir de sus lenguas, sus culturas y sus historias; abrirse a nuevas formas de colaboraciones interdisciplinarias y continentales; ampliar los procesos de construcción comunitaria, transformación social y producción de conocimiento— aún delinean el camino de LASA. Esos principios fueron los elementos básicos de la misión de LASA durante su primer medio siglo, y un nuevo compromiso

con ellos ayudará a sostener a los latinoamericanistas durante los próximos cincuenta años.

El año pasado, por ejemplo, regresé del congreso internacional en San Juan, Puerto Rico, maravillado por el potencial de renovación e innovación interdisciplinaria de LASA. Fue profundamente inspiradora la conferencia del sociólogo chileno ganador del premio Silvert, Manuel Antonio Garretón, formado él mismo en la tradición de las Ciencias Sociales que tanto hizo Silvert por promover y preservar durante la Guerra Fría de América Latina. En un discurso que habría enorgullecido a Silvert, Garretón abordó los desafíos que se presentan al estudiar los partidos políticos y los procesos políticos nacionales en un contexto multidisciplinario y de conciencia social. Terminó la disertación expresando su compromiso con el pluralismo de LASA, especialmente con nuevos tipos de colaboraciones fundamentales —muchas de las cuales reflejan una generación de agendas culturalistas, de género, subalternistas, sociales y poscoloniales— a las que la configuración académica de Silvert posterior a la Segunda Guerra Mundial no se había expuesto. Sin embargo, desde el inicio de la presidencia fundadora de Silvert en 1966, LASA siempre ha constituido un “gran paraguas” para académicos y agentes del cambio social. En los últimos años, el desarrollo de estudios culturales y de expresiones artísticas, estudios de género y sexualidad, y la intersección de estudios culturales latinoamericanos con estudios latinos se han convertido en corrientes vitales entre los miembros de LASA que aportan nuevos métodos y epistemologías, a menudo experimentales, a la obra de la asociación.

La institucionalización del Proyecto Otros Saberes, por ejemplo, promueve colaboraciones con circunscripciones emergentes en torno a cuestiones étnicas, raciales, ambientales y de género que preocupan a las comunidades epistémicas, y a los movimientos e identidades populares que la incipiente LASA de Silvert no había encontrado a fines de los años 60 ni a principios de la década siguiente. La generación de Silvert se comprometió, a menudo en circunstancias extremas de dictadura y represión durante la Guerra Fría, a preservar y enriquecer los estudios de las Ciencias Sociales en las capitales cosmopolitas del continente. Esperaban difundir en un futuro métodos rigurosos en los centros secundarios y ámbitos intelectuales locales de toda la región. Opuestamente, Otros Saberes busca fortalecer las colaboraciones intelectuales y las relaciones activistas entre académicos y grupos subalternos de otros ámbitos que no pertenecen a la elite, expandiendo la apreciación mutua y el diálogo entre las diferentes formas de conocimiento, además de indagar de modo novedoso acerca del proceso de formación del conocimiento en sí. Sin embargo, en consonancia con el ecumenismo permanente de Silvert que siempre ha guiado a LASA, esta sigue honrando los campos clásicos del estudio de las Ciencias Sociales, así como las áreas emergentes de la investigación académica y la acción social. Las Ciencias Sociales y las Humanidades están representadas en igual medida en los intereses de investigación de los miembros de LASA, y tanto los congresos anuales como la revista insignia de la asociación, *Latin American Research*

Review, siguen comprometidos con el fomento del tipo de investigación disciplinaria rigurosamente comprometida y con los debates interdisciplinarios de gran alcance que marcaron la fundación de LASA a manos de Silvert y sus colegas.

En otras palabras, LASA y sus centros e instituciones afiliadas participan en una variedad de proyectos que distinguen un momento extremadamente vital de los estudios latinoamericanos, uno en el que los latinoamericanistas estamos poniendo en juego nuestros propios reclamos para adoptar y remodelar los estudios regionales y globales. Por ejemplo, el Kellogg Center de la Universidad de Notre Dame, en Estados Unidos, muy en la línea con el tipo de investigación rigurosa en Ciencias Sociales que animó muchos de los proyectos comparativos e interdisciplinarios de Silvert sobre la dinámica de las sociedades democráticas, acaba de lanzar públicamente su proyecto *Varieties of Democracy* [Variedades de Democracia] (V-Dem), con un conjunto de datos sobre democracia de unos 15 millones de puntos de información en 173 países desde 1900 hasta el presente. Según uno de sus investigadores principales, Michael Coppedge, el conjunto de datos promete revolucionar el estudio de la democracia en amplitud, profundidad y precisión. Mientras tanto, desde el sector de estudios culturales y artísticos de LASA, el Congreso del Cincuentenario presenta una sesión presidencial, patrocinada por Otros Saberes, para mostrar el papel de los artistas y activistas del *hip hop* en diversos ámbitos políticos, sociales, étnicos, raciales, de género, sexuales y lingüísticos del sur global (que también incluye los imaginarios de los inmigrantes en el norte global). Los miembros de LASA presenciaron una demostración palpitante de ese género musical vernáculo en la ceremonia de bienvenida del Congreso de San Juan en 2015, cuando la artista oaxaqueña de *hip hop* Mare Advertencia Lirika puso a bailar a la sala abarrotada y subrayó gráficamente los cambios demográficos de LASA.

El contexto y la dinámica del quincuagésimo Congreso de LASA brindan una visión reveladora de cuánto ha cambiado el perfil de los estudios latinoamericanos desde el liderazgo de Silvert en la asociación a mediados de la década de 1960. LASA regresa a Nueva York por primera vez desde que celebró su reunión inaugural en 1966, cuando la cantidad de miembros apenas alcanzaba los tres dígitos, la mayoría de ellos académicos de América del Norte. Ahora, LASA es una organización de más de doce mil miembros, casi la mitad de los cuales reside en América Latina. “LASA at 50” no solo es el congreso más grande que la asociación ha patrocinado, con más de mil paneles y cerca de seis mil asistentes, sino también el más internacional, puesto que más del 60 por ciento de los oradores reside fuera de Estados Unidos.

El regreso de LASA a Nueva York es particularmente fortuito, por razones más profundas que la simetría histórica. En el transcurso del primer medio siglo de la asociación, Nueva York se fue convirtiendo en una parte importante del campo en sí, una encrucijada crítica para estudiar América Latina en sus contextos institucionales con múltiples niveles. Por lo tanto, es apropiado que dos de los treinta y nueve programas del congreso privilegien los estudios latinos, y

muchos de los paneles representen un debate continuo sobre cómo los especialistas en ese campo podrían comunicarse mejor con quienes trabajan en lo que tradicionalmente se considera América Latina. Varios paneles involucran a la Nueva York latina, y una sesión destacada vincula la ciudad de Nueva York de la época de la Guerra Fría con América Latina. Esa sesión también estrena una instalación multimedia interdisciplinaria que cuestiona las nociones convencionales de los encuentros norte-sur, el núcleo imperial y la periferia, así como los conceptos espaciales *innerborough* y *outerborough* [vecindarios interiores y exteriores]. Uno de los paneles principales del congreso presenta una oportuna entrevista, realizada seis meses antes de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos por la corresponsal nacional de inmigración del *New York Times*, Julia Preston, al subsecretario de Seguridad Nacional Alejandro Mayorkas, acerca de los dilemas que plantea la seguridad migratoria y fronteriza nacional, así como las perspectivas de una reforma migratoria integral. Otro panel presidencial ofrece un diálogo de alto perfil entre los principales diplomáticos y políticos cubanos y estadounidenses a cargo de la normalización de las relaciones entre las dos naciones. Otra sesión plenaria, “Transformaciones latinoamericanas”, reúne a algunos de los pensadores interdisciplinarios más distinguidos de nuestro campo, entre los que figuran John Coatsworth, Alejandro Portes, María Herminia Tavares de Almeida, Florencia Mallon y Steve J. Stern, para evaluar los cambios de los últimos cincuenta años. Esos panelistas se centran en el poder y la hegemonía de Estados Unidos, migración y tendencias demográficas, democracia y dictadura, paradigmas y políticas económicas, y nuevos grupos de base. También especulan sobre lo que traerán las próximas décadas. Una mesa redonda presidencial complementaria sobre cincuenta años de cobertura periodística de América Latina incluye a algunos de los periodistas y fotoperiodistas más reconocidos del continente, una cohorte intergeneracional interesada en promover un intercambio más profundo con académicos. Finalmente, el “LASA at 50” se enorgullece sobre todo por promover el diálogo acerca de los logros y las perspectivas de la democracia en el continente entre dos de los estadistas y pensadores más perdurables de América Latina, Fernando Henrique Cardoso y Ricardo Lagos, que fueron colegas y protegidos de Silvert hace décadas. Además, un panel de lujo conmemora la obra clásica de Guillermo O’Donnell sobre transiciones democráticas, una obra magistral que probablemente se nutrió de las conversaciones con Silvert.

Gran parte del programa del quincuagésimo congreso evoca el núcleo de los intereses y principios de Silvert, y subraya su sensibilidad interdisciplinaria y comparativa hacia el continente. Le complacería saber que los historiadores y politólogos latinoamericanos han vuelto a centrarse en la sociedad civil, que reexaminan a los intelectuales públicos, la racionalidad y la centralidad de la esfera pública, lo que profundiza su propio trabajo y activismo en torno a tales temas. Algunas de las nuevas tendencias en los estudios latinoamericanos —especialmente las preocupaciones posestructurales relacionadas con los estudios culturales, los estudios subalternos, la transnacionalidad y la condición

posmoderna— lo desafiarían a ampliar sus zonas de confort temáticas, disciplinarias y metodológicas. Agradecería la creciente latinoamericanización de la membresía de LASA y se alegraría de saber que aproximadamente el 20 por ciento de sus miembros actuales son estudiantes y se han acercado a los líderes receptivos de la asociación para lograr una mayor participación y representación. De manera similar, se sentiría alentado por la reciente tendencia a nominar a latinoamericanos para los cargos de presidente, vicepresidente y tesorero de la organización.

Finalmente, Silvert estaría sorprendido (y sin duda complacido) al saber que la gran mayoría de los presidentes de LASA en los últimos años, así como un alto porcentaje de sus responsables locales, son mujeres, lo que corrige un notable desequilibrio. Cuando me presentaron esta colección de escritos por primera vez, me impresionó mucho que todos los que habían escrito fueran hombres y que, aparte de la esposa y colega de Silvert, Frieda, solo se mencionara a algunas colaboradoras, como la distinguida especialista argentina en la memoria y la represión durante la guerra sucia, Elizabeth Jelin. Sin embargo, eso no debería sorprender. Silvert enseñó en Dartmouth cuando era una universidad exclusivamente para hombres, y solo dio clases a estudiantes de posgrado en la Universidad de Nueva York a fines de los años 60 y principios de los 70, cuando pocas mujeres estaban inscritas en programas de posgrado en Ciencias Políticas o estudios latinoamericanos en todo el continente. Por eso, los colaboradores de este volumen, inspirados personalmente y guiados tan bien por Kalman Silvert, son todos hombres.

Como esta colección profundamente diversa demuestra con claridad, la ambiciosa carrera de Silvert estaba inexorablemente destinada a cruzar fronteras, aumentar la participación y garantizar que los individuos en todos los sectores de la sociedad hicieran realidad su potencial individual para mejorar el “bien social” de sus naciones y de la sociedad moderna en general.

Sobre los autores

Abraham F. Lowenthal es catedrático emérito Robert F. Erburu de Ética Globalización y Desarrollo en la Universidad del Sur de California, donde también es profesor emérito de Relaciones Internacionales. Presidente fundador del Programa Latinoamericano en el Woodrow Wilson International Center for Scholars y del Diálogo Interamericano.

Martin Weinstein es profesor emérito de Ciencias Políticas en la Universidad William Paterson de Nueva Jersey. También es miembro fundador de la junta asesora para ReachingU, una fundación de Uruguay.

Jorge Balán es investigador académico principal en la Escuela de Asuntos Internacionales y Públicos de la Universidad de Columbia y fue responsable del programa Política Educativa Internacional en la Fundación Ford (1998-2006).

Morris Blachman es profesor general en el Departamento de Neuropsiquiatría y Ciencias del Comportamiento y vicedecano en Educación Médica Continua y Perfeccionamiento Docente en la Escuela de Medicina, Universidad de Carolina del Sur.

Peter S. Cleaves fue presidente del DRG International, responsable de programa en la Fundación Ford para México y Centroamérica, director del Instituto de Estudios Latinoamericanos y del Center for the Study of Western Hemispheric Trade, Universidad de Texas, Austin.

Julio Cotler (1936-2019) fue investigador principal y miembro del Instituto de Estudios Peruanos y profesor emérito de la Universidad de San Marcos. Recibió el Premio Kalman H. Silvert de la Asociación de Estudios Latinoamericanos en 2012.

Richard W. Dye (1930-2019) fue presidente y socio directivo de International Education Solutions; responsable del servicio extranjero del Departamento de Estado de Estados Unidos; responsable de programa en la Fundación Ford en la región andina; vicepresidente ejecutivo y jefe de operaciones en el Institute of International Education.

Louis W. Goodman es profesor y decano emérito en School of International Service, American University, y fue socio directivo del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales.

Gilbert M. Joseph es catedrático Farnam de Historia y Estudios Internacionales de la Universidad de Yale y fue presidente de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) (2015-2016).

Joel Jutkowitz es director técnico principal de Management Systems International, Washington DC.

Ricardo Lagos fue presidente de Chile (2000-2006) y secretario general de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Buenos Aires (1973-1974).

Daniel H. Levine es profesor emérito de Ciencias Políticas en la Universidad de Michigan y profesor honorario de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Christopher Mitchell es profesor emérito de Política en la Universidad de Nueva York.

Kenneth Sharpe es profesor William R. Kenan de Ciencias Políticas en el Swarthmore College.

Sobre Latin America Research Commons

Latin America Research Commons (LARC) es el sello editorial de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), fundado con el fin de contribuir a la difusión del conocimiento mediante la publicación de libros académicos de las Ciencias Sociales y Humanidades relacionados con los estudios latinoamericanos en acceso abierto.

Sus principales lenguas de publicación son el español y el portugués, y su objetivo es garantizar que los investigadores alrededor del mundo puedan encontrar y acceder a la información que necesiten, sin barreras económicas o geográficas.

Directora ejecutiva de LASA

Milagros Pereyra Rojas

Editores Principales

Natalia Majluf

Francisco Valdés Ugalde

Comité Editorial

João Jose Reis

Alejo Vargas Velásquez

Velia Cecilia Bobes León

María Rosa Olivera-Williams

Comité Editorial Honorario – Premios Kalman Silvert

Wayne A. Cornelius

Lars Schoultz

Carmen Diana Deere

Julio Cotler †

Richard Fagen

Manuel Antonio Garretón

June Nash

Marysa Navarro

Peter Smith

Productora editorial

Julieta Mortati

Bibliografía

- Adams, James Truslow. 1931. *The Epic of America*. New York: Little, Brown.
- Adams, Richard N. 1976. "Kalman Hirsch Silvert, 10 March 1921-15 June 1976", *Latin American Research Review* 13, n.º 1: 189-194.
- Adelman, Jeremy. 2013. *Worldly Philosopher: The Odyssey of Albert O. Hirschman*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Almond, Gabriel A., y James S. Coleman, eds. 1960. *The Politics of Developing Areas*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- American Universities Field Staff (AUFS). 1957. *AUFS Reports: West Coast South America Series*, vols. I-IV. Hanover, NH: AUFS.
- American Universities Field Staff (AUFS). 1957. "Coda", KHS-11-1957, en *AUFS Reports*. Nueva York: AUFS, 1957.
- American Universities Field Staff (AUFS). 1957. "Elections, Parties, and the Law", KHS-4-1957, en *AUFS Reports*. Nueva York: AUFS, 1957.
- American Universities Field Staff (AUFS). 1957. "Other People's Classrooms", KHS-2-1958 en *AUFS Reports*. Nueva York: AUFS, 1957.
- American Universities Field Staff (AUFS). 1957. "Truancy and Illiteracy: Chilean Sociology Moves Toward Quantification", KHS-7-1957, en *AUFS Reports*. Nueva York: AUFS, 1957.
- American Universities Field Staff (AUFS). 1966. "Area Studies and Subject Areas: A Comment on Specialists, Generalists, and Disciplinarians in Foreign Area Studies", KHS-1-1963, en *AUFS Reports*. Nueva York: AUFS, 1966.

- American Universities Field Staff (AUFS). 1966. *AUFS Reports: East Coast South America Series*, vols. I-XI. Hanover, NH: AUFS.
- American Universities Field Staff (AUFS). 1966. "The Meeting of North and South: Comments on Problems of Hemispheric Relations", KHS-2-1961, en *AUFS Reports*. Nueva York: AUFS, 1966.
- American Universities Field Staff (AUFS). 1966. "Political Universes of Latin America", KHS-5-1961, en *AUFS Reports*. Nueva York: AUFS, 1966.
- Anderson, Charles W. 1967. *Politics and Economic Change in Latin America*. Princeton, NJ: Van Nostrand. [En esp.: *Cambio político y económico en América Latina*, comentado por Eliza Borja de Gala, *El Trimestre Económico*, vol. 43, n.º 169 (1) (enero-marzo de 1976), pp. 238-242 (5 p.). Fondo de Cultura Económica.]
- Atwater, Verne S., and Evelyn C. Walsh. 2011. *A Memoir of The Ford Foundation – The Early Years (1936-1968)*. Nueva York: Vantage Press.
- Bell, Peter D. "Social Sciences", FXS History Project, Series VI, Box 61, Ford Foundation Archives (Sept. 1967): 17-21. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Bemis, Samuel Flagg. 1943. *The Latin American Policy of the United States: An Historical Interpretation*. Nueva York: Harcourt Brace and World.
- Berger, Mark T. 1995. *Under Northern Eyes: Latin American Studies and US Hegemony in the Americas 1899-1993*. Bloomington: Indiana University Press.
- Bonilla, Frank. "Notes on Social Sciences in Brazil", Folder 001972, Ford Foundation Archives (1971): 1-17. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Bresnan, John. 2006. *At Home Abroad: A Memoir of the Ford Foundation in Indonesia, 1953-1973*. Jakarta, Indonesia: PT Equinox Publishing.
- Brooks, David. 2014. "Introspective or Narcissistic", *New York Times* (8 de agosto): A-23.
- Brunner, José Joaquín. 1985. "La Participación de los Centros Académicos Privados (Chile)", *Estudios Públicos* 19 (invierno): 1-12.
- Brzezinski, Zbigniew. 2012. *Strategic Vision: America and the Crisis of Global Power*. Nueva York: Basic Books.
- Burr, Robert N. 1967. *Our Troubled Hemisphere: Perspectives on US-Latin American Relations*. Washington, DC: Brookings Institution.
- Carmichael, William D. 1964. "The FLACSO Decision", Memorandum a Harry E. Wilhelm, Folder 008799, Ford Foundation Archives (17 de julio de 1964): 1:8. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Casanova, José. 1994. *Public Religions in the Modern World*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cassirer, Ernst. 1946. *The Myth of the State*. New Haven, CT: Yale University Press. [En esp.: 2004. *El mito del Estado*. Cdad. De México: Fondo de Cultura Económica.]

- Cleaves, Peter S. "Silvert Reminiscences Project at Dartmouth College", *LASA Forum* 44, n.º 3 (verano de 2013): 43-51.
- Cline, Howard F. 1966. "The Latin American Studies Association: A Summary Survey", *Latin American Research Review* 2, n.º 1 (otoño): 57-79.
- Commission on United States-Latin American Relations. 1974. *The Americas in a Changing World*. Nueva York: Center for Inter-American Relations.
- Commission on United States-Latin American Relations. 1974. "Minutes of the Six Commission Meetings, 1974". Notas tipografiadas del archivo personal de Abraham F. Lowenthal.
- Commission on United States-Latin American Relations. 1975. *The Americas in a Changing World*. Chicago: Quadrangle Press.
- Commission on United States-Latin American Relations. 1976. *The Americas in a Changing World: Next Steps*. Nueva York: Center for Inter-American Relations.
- Cotler, Julio. 2014. "Kalman Silvert, Amigo y Compañero de Ruta". *LASA Forum* 45, n.º 1 (invierno): 31-32.
- Crozier, Michael y Samuel P. Huntington. 1975. *The Crisis of Democracy: On the Governability of Democracies*. Nueva York: New York University Press.
- Delpar, Helen. 2008. *Looking South: The Evolution of Latin Americanist Scholarship in the United States: 1850-1975*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Dun, Doreen. 1979. Evaluation of FY 1974 Graduate Fellowship Program, Microfilm PA 749-0010, Ford Foundation Archives (7 de marzo): 1:4. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Dye, Richard W. 1973. "Report on My Trip to Chile and Argentina, October 4-10". Bogotá Files on Southern Cone, Box 1, Confidential Folder 1973-1978, Ford Foundation Archives (11 de octubre): 1-44. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Emerson, Rupert. 1960. *From Empire to Nation*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Ford Foundation. s.d. "List of ECALAS Grantees through December 1975", Bogotá Southern Cone Files, Box 2, Refugees, Ford Foundation Archives: 1-30. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Ford Foundation. 1975. "Support to Assist Latin American Scholars Displaced by Political Events", Becas 74-364, 74-365, y 74-187, Ford Foundation Archives: 1-32. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Geertz, Clifford. 1971. "A Program for the Stimulation of the Social Sciences in Indonesia", Report to the Ford Foundation, Asia and Pacific Office, Folder 011740, Ford Foundation Archives (agosto): 1-30. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Gillen, John y K. H. Silvert. 1956. "Ambiguities in Guatemala", *Foreign Affairs* 34, n.º 3 (abril): 469-482.
- Goodman, Louis W. 2013. "Kal's Gift", *LASA Forum* 44, no. 2 (primavera): 24-27.

- Harkavy, Oscar. 1995. *Curbing Population Growth*. Nueva York: Plenum Press.
- Hernandez, Oswaldo J. 2014. "Entrevista" (30 de junio). Recuperado de <https://bit.ly/3lM8ZEK>.
- Horowitz, Irving Louis. 1976. "Remarks at Memorial Service for Kalman H. Silvert", consultado en La Maison Française Faculty of Arts and Sciences, New York University, 17 de junio. Filadelfia: ISHI-The Institute for the Study of Human Issues.
- Huntington, Samuel P. 1975, "United States", en Michael J. Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies*. Nueva York: Trilateral Commission, pp. 59-118.
- Jaguaribe, Helio, "El Informe Linowitz y las relaciones Estados Unidos-América", en *Estudios internacionales*, 1967-2017 (año 10, n.º 40, octubre-diciembre de 1977), pp. 47-59. Santiago: Instituto de Estudios Internacionales Universidad de Chile [<https://www.jstor.org/stable/41392506>].
- Huxley, Aldous. 1934. *Beyond the Mexique Bay*. Nueva York: Harper and Brothers Publishers. [En esp.: 2015. *Más allá del Golfo de México*, trad. de Leal Rey, México D. F.: Fondo de Cultura Económica].
- Jutkowitz, Joel M. 1977. "Foreword", en Kalman H. Silvert, *Essays in Understanding Latin America*. Filadelfia: ISHI-Institute for the Study of Human Issues.
- Lagos, Ricardo, con Blake Hounshell y Elizabeth Dickinson. 2012. *The Southern Tiger: Chile's Fight for a Democratic and Prosperous Future*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Langer, Suzanne K. 1996. *Philosophy in a New Key*, 3.^a ed. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Levine, Daniel H. 2012. *Politics, Religion and Society in Latin America*. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Levine, Daniel H. 2014. "Surprises", en Robert Schramm, ed., *The Road Less Travelled, A Tradition of Leadership: Reflections of Dartmouth 64s on the Occasion of Our 50th Reunion*. Hanover, NH: Dartmouth College.
- Levine, Daniel H. 2016. "On Mentors and Mentoring: A Memoir of Robert A. Dahl and Kalman H. Silvert", *PS: Politics and Society* (de próxima publicación).
- López, Sinesio. 1997. *Ciudadanos reales e imaginarios*. Lima: Instituto de Diálogo y Propuestas.
- Manitzas, Nita R. 1980. "Evaluation of the Southern Cone DAP", Folder 011879, Ford Foundation Archives (febrero): 1-37. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Manitzas, Nita R. 1971. "Social Science Program, Argentina", Memorandum to Reynold E. Carlson, Folder 008437, Ford Foundation Archives (13 de diciembre): 1-37. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Manitzas, Nita R. y Richard Fagen. 1973. "The Social Sciences in Chile", Folder 005920, Ford Foundation Archives (enero): 1-32. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.

- Mills, C. Wright. 1959. *The Sociological Imagination*. Nueva York: Oxford University Press.
- Mitchell, Christopher M. 2013. "Kalman Silvert as Colleague at New York University", *LASA Forum* 44, n.º 4 (otoño): 29-31.
- Morse, Richard M. 1977. "Kalman H. Silvert, 1921-1976: A Reminiscence", *Hispanic American Historical Review* 57, n.º 3 (agosto de 1977): 504-510.
- Navarro, Juan José. 2011. "Cold War in Latin America: The Camelot Project (1964-1965): Political and Academic Reactions of the Chilean Left", *Comparative Sociology* 10: 807-825.
- Needler, Martin C. 1963. *Latin American Politics in Perspective*. Princeton, NJ: Van Nostrand.
- Ollman, Bertell. 1971. *Alienation: Marxist Concept of Man in Capitalist Society*. Nueva York: Cambridge University Press. [En esp.: 1975. *Alienación. Marx y su concepción del hombre en la sociedad capitalista*. Buenos Aires: ed. Amorrortu.]
- Organisation for Economic Co-operation and Development. 2014. *Education at a Glance 2014: OECD Indicators*. París: OECD.
- OECD. 2013. *Colombia: Implementing Good Governance*. París: OECD.
- Packenham, Robert. 1977. *Liberal America and the Third World. Political Development Ideas in the Third World*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Plotkin, Mariano Ben. 2015. "US Foundations, Cultural Imperialism and Transnational Misunderstandings: The Case of the Marginality Project", *Journal of Latin American Studies* 47, n.º 1: 65-92.
- Polanyi, Karl. 1957 [1944]. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press. [En esp.: 1989. *La gran transformación*, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez.Uría. Madrid: Ediciones de la Piqueta.]
- Puryear, Jeffrey P. 1982. "Higher Education, Development Assistance and Repressive Regimes". *Studies in Comparative International Development* 17, n.º 2 (verano): 3-35.
- Rangil, T. T. 2013. "Citizen, Academic, Expert, or International Worker? Juggling with Identities at UNESCO's Social Science Department, 1946-1955", *Science in Context* 26, n.º 1: 61-91.
- Richardson, Heather Cox. 2014. *To Make Men Free: A History of the Republican Party*. Nueva York: Basic Books.
- Rodó, José Enrique. 1900. *Ariel*. Montevideo, Uruguay: Imprenta de Dornalche y Reyes.
- Said, Edward W. 1978. *Orientalism*. Nueva York: Pantheon Books.
- Sanders, Thomas G. 1982. *Colombian Politics in 1982*. American Series n.º 25. Hanover, NH: AUFS.
- Sarason, Seymour B. 1974. *The Psychological Sense of Community: Prospects for a Community Psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Silvert, Frieda y Marlis Krueger. 1975. *Dissent Denied: The Technocratic Response to Protest*. Nueva York: Elsevier Publishing Co.

- Silvert, Kalman H. 1954. *A Study in Government: Guatemala*. Nueva Orleans: Middle America Research Institute, Tulane University, 1954. [En esp.: 1969. *Un estudio de Gobierno: Guatemala*. Guatemala: Editorial "José de Pineda Ibarra".]
- Silvert, Kalman H. 1958. "Welcome to the fold, Mr. Nixon...", *AUFS Field Staff Reports* vol. 5 (East Coast South America Series). Hanover, NH: AUFS.
- Silvert, Kalman H. 1960. "A Study of Mexico", Ford Foundation Archives, Report 000016, Rockefeller Archives Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1961. *The Conflict Society*. Nueva York: Hauser Press and AUFS (Ed. rev., 1966; 1968).
- Silvert, Kalman H., ed. 1963. *Expectant Peoples: Nationalism and Development*. Nueva York: Random House. [En esp.: *Nacionalismo y política de desarrollo*, Buenos Aires: Paidós.]
- Silvert, Kalman H. 1964. *Discussion at Bellagio*. Nueva York: AUFS.
- Silvert, Kalman H. 1965. "Academic Ethics and Social Research Abroad: The Lesson of Project Camelot", *Background* 9, n.º 3 (noviembre): 215-236.
- Silvert, Kalman H., ed. 1966. *Churches and States: The Religious Institution and Modernization*. Nueva York: AUFS.
- Silvert, Kalman H., 1968. *The Conflict Society: Reaction and Revolution in Latin America*. Edición revisada. Nueva York: Harper Colophon. [En esp.: 1962. *La sociedad problema: reacción y revolución en América Latina*. Buenos Aires: Editorial Paidós.]
- Silvert, Kalman H. 1968. "An Essay on Interdisciplinary and International Collaboration in Social Science Research in Latin America", escrito académico, Folder 011937, Ford Foundation Archives (5 de junio): 1-21. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1968. "Social Science Research and Social Relevance". Inter-Office Memorandum to Country Representatives and Social Science Advisors, Folder 011937, Ford Foundation Archives (5 de junio). Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1969. "Area Studies Look Outward", escrito académico, Folder 002955 (febrero): 1-16. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1969. "Draft of Policy Guidelines for Social Sciences in Latin America", Inter-Office Memorandum, Folder 008774, Ford Foundation Archives (27 de enero): 1-17. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1970. *Man's Power: A Biased Guide to Political Thought and Action*. Nueva York: Viking Press.
- Silvert, Kalman H. 1971. "Distasteful Regimes and Foundation Policies Overseas", Inter-Office Memorandum to David E. Bell, Ford Foundation Archives (18 de octubre): 1-3. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1972. "Field Office Budget Proposals", Memorandum to William D. Carmichael, Folder 005848, Ford Foundation Archives (14 de marzo): 1-17. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.

- Silvert, Kalman H. 1972. "'Population' as a Social Science 'Problem'", escrito académico, Folder 009860, Ford Foundation Archives (30 de mayo): 1-10. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1974. "Budget Cuts Revisited: An OLAC Perspective on Adjusting to Reduced Spending Levels", Folder 007817, Ford Foundation Archives (29 de mayo): 1-9. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1974. "Chile", Ford Foundation Inter-Office Memorandum to William Carmichael, Ford Foundation Archives (26 de marzo): 1-5. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1975. "Rural Development as a Social Science Problem", Discussion Paper, Folder 004926, Ford Foundation Archives (abril): 1-6. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Silvert, Kalman H. 1977. *Essays in Understanding Latin America*. Filadelfia: ISHI, Institute for the Study of Human Issues.
- Silvert, Kalman H. 1977. *The Reason for Democracy*. Nueva York: Viking Press.
- Silvert, Kalman H. y Frank Bonilla. 1961. *Education and the Social Meaning of Development: A Preliminary Statement*. Nueva York: American Universities Field Staff.
- Silvert, Kalman H., and Leonard Reissman. 1976. *Education, Class and Nation: The Experiences of Chile and Venezuela*. Nueva York: Elsevier.
- Staples, Eugene S. 1992. *Forty Years: A Learning Curve: The Ford Foundation Program in India, 1952-1992*. Nueva York: Ford Foundation.
- Stepan, Alfred. 2003. "The World's Religious Systems and Democracy: Crafting the Twin Tolerations", en Alfred Stepan, ed., *Arguing Comparative Politics*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 213-253.
- Sutton, Francis X. 1961. *American Foundations in Non-Western Areas*. Nueva York: Ford Foundation.
- Tocqueville, Alexis de. 1990. *Democracy in America*, vol. 1. Nueva York: Vintage. [En esp.: 1963. *La democracia en América*. Trad. de Luis R. Cuéllar, México DF: FCE.]
- Van Cott, Donna Lee. 2008. *Radical Democracy in the Andes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Veliz, Claudio. 1980. *The Centralist Tradition of Latin America*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Weber, Max. 1949. *The Methodology of the Social Sciences*. Glencoe, IL: Free Press. [En esp.: 1988. *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.]
- Weber, Max. 1966. *Politics as a Vocation*. Filadelfia: Fortress Press.
- Wolf, Alfred, Kalman Silvert y Reynold Carlson. 1959. "Ford Foundation Mission to Argentina", Folder 002814, Ford Foundation Archives (agosto-septiembre): 1-32. Rockefeller Archive Center, Sleepy Hollow, NY.
- Yashar, Deborah. 2005. *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Post Liberal Challenge*. Cambridge: Cambridge University Press.

Índice de contenidos

A

- Adams, James Truslow 140
Adams, Richard 8, 81, 108, 111,
140, 150, 167
Afganistán: conflictos en 67, 142
Ahumada, Jorge 134
*Alienation: Marxist Concept of
Man in Capitalist Society*
(Ollman) 74
Allende, Salvador 4, 64, 73, 96,
114-116, 134, 137, 141, 146,
154, 156, 158
Almeida, Tavares de 173
Almond, Gabriel 54, 160
América Latina: especialización
académica en 93-94
centros de investigación
agrícola 106
informe de la Asamblea Americana
sobre 94
movimientos anticoloniales
y nacionalistas 92
durante la Guerra Fría 92, 171,
173
contradicciones de las estructuras
sociales y económicas 33
procesos democráticos en 27,
158, 160
políticas locales 36
gobiernos electos 113
golpes militares 5, 11, 90, 166
desarrollo político 4, 12, 23, 26,
37, 54, 77, 85, 113-114
cuestiones de población,
rol de los intelectuales en 7-8, 10-
11, 16-17, 19, 25, 79-80, 84, 93
Ciencias Sociales en 1, 3, 20, 35-
37, 80, 83, 108, 110-111, 120,
125-126, 136-137, 146-147,
149, 153
política exterior de Estados Unidos
y 9, 33, 89-90, 92, 96, 99,
135-136, 141-142, 162

- democratización en 80, 117
 American Council of Learned
 Societies (ACLS) 97, 145
 American Universities Field Staff
 (AUFS) 10, 18-21, 23-24, 32,
 34, 39, 75-76, 81-83, 91, 107,
 111, 126, 134, 144-145, 149
 Anderson, Charles 26-27
 Arabia Saudita: nacionalismo en 22
 Árbenz, Jacobo 17, 33, 90
 Argentina: cultura académica 82
 transición democrática 126
 golpe militar 83, 117, 119
 nacionalismo 22
 desarrollo político 115
 cartas de Silvert sobre 18
 Ciencias Sociales 20
 Armas, Castillo 81, 90
 Asociación de Estudios
 Latinoamericanos (LASA):
 proyectos comparativos e
 interdisciplinarios 172
 creación 7-8, 96, 108, 126, 145,
 167
 Congreso del quincuagésimo
 aniversario 97
 Premio Kalman H. Silvert 8, 108,
 170
 Oficina de Nueva York 104, 172
 pluralismo 171
 paneles presidenciales 172-173
 programas 39
 programas e iniciativas 104, 111-
 112, 170
 propósito 17
 el legado de Silvert 125
- B**
- Batlle y Ordóñez, José 27
 Bell, Peter 3, 114-115, 120, 123,
 129, 147
 Bentham, Jeremy 28, 31
 Betancourt, Rómulo 133
- Beyond the Mexique Bay*
 (Huxley) 19
 Bitar, Sergio 116, 127
 Blachman, Morris 72, 151-152
 Bonilla, Frank 29, 55-56, 106, 111,
 134-135
 Bordaberry, Juan María 115
 Borlaug, Norman 113
 Brasil 3, 27, 33, 55-56, 83, 85, 105-
 107, 113-114, 126, 135, 146,
 154, 170
 Brooks, David 72
 Bundy, McGeorge 122
- C**
- Cardoso, Fernando Henrique 75,
 114, 127, 137, 149, 173
 Carlson, Reynold 76, 94, 105, 107-
 108
 Carmichael, William 106, 110-111,
 120-124, 147, 149
 Carter, Jimmy 100
 Cassirer, Ernst 28, 38, 40, 49, 139,
 144, 152
 Castro, Fidel 82, 92-94, 141
 CEBRAP (Centro para el Análisis y
 la Investigación) 114, 126
 CEDES (Centro de Estudios de
 Estado y Sociedad) 118, 126
 Centro de Relaciones
 Interamericanas 96-97
 Ciencias Sociales 1-2, 8, 10-12, 16,
 20-21, 32, 34-38, 42, 60, 71,
 75, 78, 80, 83-85, 97, 103, 105-
 107, 109-112, 118, 120-121,
 123-124, 126-129, 135-137,
 146-147, 149, 152-154, 156,
 166, 171-172
 Chile: transición democrática en 5,
 65-66, 126-127, 173
 como destino de refugiados 146,
 148-149
 sistema de representación

- proporcional D'Hondt 18
 educación en 28-29
 actividades de la Fundación Ford
 en 2-4, 7, 76-77, 106, 113,
 115-119, 126, 138, 146-148
 formación de Concertación 65-
 66, 127
 golpe militar 119, 127, 136
 dictadura de Pinochet 55, 58,
 64-65, 77, 115-118, 122, 154,
 157-158, 166
 oposición política 64-65
 partidos políticos 19
 gobierno de Unidad Popular 64,
 96, 137
 cartas de Silvert sobre 18
 reformas socialistas en 64
 Ciencias Sociales 2-5, 20
 estudios sobre 138
 conflictos sobre valores 20, 28-29,
 51, 55, 59, 64-66
*Churches and States: The Religious
 Institution and Modernization*
 (Silvert) 42, 45, 48
 CIEPLAN (Corporación de
 Investigaciones Económicas
 para Latinoamérica) 3,
 126-127
 Clacso (Consejo Latinoamericano de
 las Ciencias Sociales) 116-
 117, 136, 138, 146, 149
 Cleaves, Peter 71, 74, 103, 112, 123,
 130, 137, 154, 156
 Cline, Howard 7, 145
 Coatsworth, John 173
 Colombia 68-69
 conflictos 68
 causas de 67
 de Iglesia y Estado 46, 67
 clasificación de 30
 definición de 61
 tipología de 60-63
 Comisión Linowitz de relaciones
 Estados Unidos – América
 Latina 10, 12, 32-33, 88, 97-
 101, 154
 Comité Conjunto de Estudios
 Latinoamericanos en Ciencias
 Sociales (JCLAS) 145-146,
 148-149
 conflicto Iglesia-Estado 42, 45-47
*Conflict Society: Reaction and
 Revolution in Latin America,*
The (Silvert) 7, 23-25, 54, 76,
 82, 135
 Consejo de Investigación en Ciencias
 Sociales (SSRC) 11, 109,
 117, 130, 137, 145, 148
 Consejo Latinoamericano
 de Ciencias Sociales
 (Clacso) 116-117, 136, 138,
 146, 149
 Coppedge, Michael 172
 Costa, Emília Viotti da 170
 Cotler, Julio 75, 84-85, 93, 108, 133,
 149
 Council on Hemispheric Affairs
 (COHA) 97
 creencias: tipologías de 56
 Cuba 33-34, 55, 82-83, 92, 100, 133,
 138, 141, 151
- ## D
- democracia: características de 173
 educación y 60, 66, 157
 naturaleza humana y 152
 factor de conocimiento de 69
 posibilidad de compromiso de 61
 promesa y realidad de los
 estadounidenses 156
 rol de liderazgo en 158
 amenazas a 157
 política internacional de Estados
 Unidos y 157-158
 desarrollo 25, 44, 52
Dissent Denied 85
 Dye, Richard 72, 103, 114-118,

123-124, 137, 147
 educación: identidades en proceso de
 cambio 49
 impacto en la política 59
 rol en democracia 60, 67, 162

E

Education, Class and Nation:

*The Experiences of Chile
 and Venezuela* (Silvert)

28, 40-41

Egipto: cambio de régimen 62
 conflictos de valores 62-63

Eisenhower, Dwight, sobre amenazas
 a la democracia 143

Emergency Committee for Aid to
 Latin American Scholars
 (ECALAS) 118-119

Emerson, Rupert 142

Essays in Understanding Latin

America (Silvert) 7, 32-33,
 36, 54, 100

Estados Unidos: guerra civil
 en 151, 162-163, 167
 política exterior 9-10, 12, 32-33,
 35, 89

intervención en la República
 Dominicana 83, 96, 136,
 151, 154, 167

promesa de democracia en 12,
 30, 69

estudios latinoamericanos 7, 35-36,
 38, 71, 78, 85, 125, 172

*Expectant Peoples: Nationalism and
 Development* (Silvert) 21,
 41, 135

F

Facultad Latinoamericana de
 Ciencias Sociales (Flacso)
 1, 3, 106, 113, 118, 126

Fagen, Richard 106, 108, 111, 116,
 137, 148

familia: estudio de 57-58

Filguera, Carlos 149

Flacso. Véase Facultad

Latinoamericana de Ciencias
 Sociales (Flacso)

Fundación Ford: actividad en
 Perú 136-137

Programa de Agricultura 112-113

Programas de Asia y África 104,
 128

desafíos de 104-106

desacuerdos constructivos entre
 profesionales 123-124

“Draft of Policy Guidelines for
 Social Sciences in Latin
 America” 110

programas de becas 74, 118, 136,
 146

oficinas locales 109, 124, 149

otorgamiento de fondos 119, 148

sedes 105, 113-114, 167

Programa América Latina 105

programas y políticas para el
 extranjero 3, 12, 24, 76,
 94, 96, 103-104, 108-109,
 113-114, 116, 119-123, 128,
 131, 136, 146-147, 149, 170,
 172-174

promoción de las Ciencias
 Sociales 111-112, 116, 124,
 129, 135-136, 145, 153

estrategias de programas para
 refugiados 117, 126, 138

testimonios de académicos
 sobre 116, 118

legado de Silvert 124-125

equipo de trabajo y cargos
 ejecutivos 120-122

apoyo a académicos 116, 118-119,
 126, 141, 148-149

valores subyacentes a los programas
 de 108-110

Foxley, Alejandro 118-119, 127,
 149

Frei, Eduardo 127, 134
 Frondizi, Arturo 82, 160

G

Garretón, Manuel Antonio 108,
 119, 126, 171
 Geertz, Clifford 128
 Germani, Gino 82
 Gillen, John 90
 Goodman, Louis 77, 87, 139
 Grunwald, Joseph 148-149
 Guatemala: análisis del gobierno
 local 15-16
 poblaciones indígenas y
 nación 55
 política en 15
 estudios de Silvert sobre 15-16,
 89
 intervención de Estados
 Unidos 90

H

Hakim, Peter 112, 137
 Hardin, Lowell 108, 113, 118, 120-
 121, 123, 130
 Hart, Judith 4
 Hellman, Ronald 72
 Hermant, Albert 149
 Herminia, Maria 173
 Hernández, Oswaldo 81
 Himes, James 120, 122-123
 Hirschman, Albert 142, 148-149
*Hispanic American Historical
 Review* 145
 Horowitz, Irving Louis 77
 Huntington, Samuel 12, 31-32, 98,
 143
 Huxley, Aldous 19-20

I

Iglesias, Enrique 75
 Indonesia 104
 Inkeles, Alex 142

instituciones 1, 7-8, 11-13, 20, 27,
 29-30, 33, 35-36, 38-39, 41-47,
 50, 52, 54-64, 66, 68-69, 71-
 72, 74-75, 77, 83, 87-89, 91,
 93-94, 97, 104, 106, 112, 118,
 124, 126, 128, 131, 133, 138,
 141-143, 145, 149, 154-155,
 157-163, 165-166, 169-170,
 172

Instituto de Estudios Peruanos
 (IEP) 136-137

Instituto Di Tella 3, 105, 114

J

Jelin, Elizabeth 115, 118, 149, 174
 Johnson, Lyndon B. 96-97, 151, 162
 Jutkowitz, Joel 32, 53, 72, 137, 146

K

Kahl, Joseph 142
 Kant, Immanuel 28, 37-38, 121, 152
 Kruschev, Nikita 92
 Kissinger, Henry 98
 Knight, Franklin 149
 Knight, Peter 74
 Krueger, Marlis 85

L

Lagos, Ricardo 1, 65, 93, 116-117,
 127, 149, 173
 Langer, Suzanne 73
*Latin American Research
 Review* 171-172
 Lerner, Daniel 164
 Linowitz, Sol 97-98, 101
 Lipset, Seymour Martin 142
 Lirika, Mare Advertencia 172
 Lowenthal, Abraham 7, 11-12, 15,
 39, 53, 87, 112, 120, 125, 130, 137

M

Mallon, Florencia 173
 Manitzas, Nita 106, 118-119, 137

Man's Power: A Biased Guide to Political Thought and Action
(Silvert) 27, 86, 143, 161, 164

Martínez de Perón, María Estela 115

Martínez, Tomas Eloy 149

Matthews, Herbert 94

Mayorkas, Alejandro 173

Methodology of the Social Sciences, The (Weber) 77

Mills, C. Wright 52

Mitchell, Christopher 15, 40, 42, 74, 89-90

modernidad, concepto de 29, 41-45
tradicón y 19, 30, 34, 40, 42, 49-50

resistencia a 48

Montesquieu, Charles-Louis de 121

Montgomery, Tommie Sue 72

Morse, Richard 8, 73, 75, 81, 107, 111, 145, 167, 170

Mubarak, Hosni 63

N

Nachmanoff, Arnold 99

Najar, Antonio Muñoz 137

Nash, June 148-149

nación: definición de 55

nacionalismo: definición de 21-22

democracia y 23, 37

en proceso de desarrollo 46

función positiva de 44

en Rusia 66

como vehículo de

modernización 52

Needler, Martin C. 26-27

O

O'Donnell, Guillermo 75, 108, 118, 149, 173

Ollman, Bertell 74

Oteiza, Enrique 116

P

Parsons, Talcott, 121, 160

Pérez Jiménez, Marcos 133

Perón, Juan 115

persona moderna 49

Perú 105-107, 113, 136, 146

Philosophy in a New Key
(Langer) 73

Pinochet, Augusto 55, 58, 64-65, 77, 115-118, 122, 154, 157-158, 166

Polanyi, Karl 40, 44

política: en sociedades
nacionales 30, 59

políticas democráticas: futuro
de 66-67

poder y cambio en 163

Politics and Economic Change in Latin America
(Anderson) 26

Politics as a Vocation (Weber) 77

Portes, Alejandro 173

Powell, Bingham 160

Preston, Julia 173

Primavera Árabe 62

programas de refugiados 117, 126

Proyecto Camelot 24-25, 29, 36, 38, 50, 72-73, 83-84, 92-93, 136

Proyecto Variedades de Democracia (V-Dem) 172

Puryear, Jeffrey 118-119, 130, 137

R

Rama, Carlos 72

Reason for Democracy, The
(Silvert) 30, 40, 53, 140-141, 143-144, 155, 159

Reissman, Leonard 28-30, 40-41, 49, 56-58, 60, 63, 142

relaciones Estados Unidos – América Latina: características de 92, 98, 100, 125

iniciativas de la administración

Kennedy 94-95
 estudios latinoamericanos y 71
 sobre la Comisión Linowitz 97-
 98, 100, 154
 rol de los gobiernos en 94
 becas sobre 89-91
 influencia de Silvert en 96-97, 99
 religión 46-51, 56-57, 60, 63, 67,
 140, 155, 163
 República Dominicana 33, 83, 96,
 135, 151, 154, 167
 Richardson, Heather Cox 144
 Rodó, José Enrique 24
 Roett, Riordan 116, 129, 148
 Rosenberg, Bernard 25
 Rostow, Walt 123, 142
 Rousseau, Jean-Jacques 31, 37-38,
 157
 Rusia: nacionalismo en 66

S

Said, Edward 145
 Sierra Maestra 94
 Santos, Juan Manuel 68
 Sarason, Seymour 79
 Schlesinger, Arthur M. Jr. 99
 Sears, Dudley 4
 Sharpe, Kenneth 151-152
 Silvert, Frieda 10-11, 34, 75, 80, 85-
 86, 137, 153, 174
 Silvert, Kalman H.: carrera
 académica de 11, 27, 30, 35,
 41, 53-54, 82, 91, 103, 107,
 133, 144, 170, 174
 habilidades académicas 20, 79,
 81, 91, 129, 139, 145, 154-156,
 162, 168
 sobre acciones de los
 individuos 144
 sobre el "sueño americano" 87, 139-
 150, 158
 análisis de sociedad 155
 apartamento de 85, 152

abordaje de las Ciencias
 Sociales 109, 111, 156
 como director de estudios de
 AUFS 144
 nominados al premio 8
 creador de puentes entre la cultura
 académica y la política 79
 sobre el conflicto Iglesia-
 Estado 46
 contribución a las Ciencias
 Sociales 7-8
 sobre la crisis ética en las Ciencias
 Sociales 84
 en el Dartmouth College 96, 126,
 145, 151
 muerte de 11
 sobre democracia 12, 36-37, 53,
 60, 63, 66-67, 69, 77-78, 84,
 95, 97, 124, 158-160
 sobre desarrollo 40, 51
 primeros años de vida 10
 educación 10
 sobre empatía, 164-165
 compromiso en los debates sobre
 política exterior 90, 99
 ética de 73, 93, 103, 121, 123, 128
 como científico social de estilo
 europeo 97
 intercambio entre Schlesinger
 y 99
 su experiencia en 135
 su familia 56
 sobre responsables
 gubernamentales 152
 sus costumbres 130
 sobre idea de solidaridad
 intelectual 167
 impacto de los valores de la
 Ilustración en 40-42, 59,
 72-73, 128
 influencia en 7, 36, 40
 como inspiración para los
 estudiantes 9

- creación de instituciones 39, 128, 149
 su rol en los estudios
 latinoamericanos 5, 8, 11-12, 34
 conferencias de 77
 legado de 124
 cartas sobre América Latina 18, 20
 carta sobre Nixon 76
 estilo de gestión 123
 reunión con el presidente de Costa Rica 130
 como mentor 71-75, 77, 149
 sobre modernidad 40-46, 48-50, 52
 valores morales de 78
 sobre nacionalismo 23, 53, 66, 142
 en la Universidad de Nueva York, 10-11, 73, 77, 107, 117, 145, 152, 166, 174
 como organizador de actividades académicas 2
 sus padres 139-140
 su personalidad 9, 73, 103, 120-121, 125
 actividades filantrópicas 84, 89, 96-97, 103
 enfoques filosóficos de 37
 sobre desarrollo político de América Latina 26-27
 sobre política 28, 143-144
 sobre capacidad profesional 72, 107, 129
 publicaciones de (véanse también *publicaciones individuales*) 19-20, 34, 40, 79, 81, 110, 167
 como intelectual público 96-97, 151, 154, 159, 164, 168
 racionalidad 153
 relaciones con colegas 9, 11, 33, 39, 71-72, 75, 77, 89, 91, 93, 96-97, 103-104, 107, 111-114, 120-125, 137, 145, 149, 154, 156, 165, 167, 170, 172-173
 sobre religión 41-42, 45-51
 informes sobre la situación en América Latina 34, 91, 147-148
 influencia de 9
 reputación de 82
 como académico 7, 9, 20, 35, 40, 66, 80, 83-84, 89, 91-93, 109, 154, 165
 sobre sociología rural 113
 sobre Ciencias Sociales en América Latina 1, 125
 sus estudiantes 11, 75, 139
 argumento persuasivo 9
 informe "Survey of Mexico" (report) 76
 maestro 8-9, 12, 39, 71-72, 78, 144
 testimonios sobre 120
 sobre teorías 21, 159-163, 166-167
 influencia de Weber en 74, 139
 trabajo en la Fundación Ford (véase también *Fundación Ford*) 3-4, 7-8, 108, 110-113, 115-122, 124-129, 131, 135-138, 145-146, 149, 153, 166, 170
 Skidmore, Thomas 155
 Skinner-Klee, Jorge 81
 Smith, Walton 74
 sociedad moderna: valores de 40
 Solari, Aldo 172
 Stern, Steve J. 173
Study in Government: Guatemala, A (Silvert) 16, 22, 39, 81, 89, 135
 sueño americano 87, 139-144, 150-158
 Sunkel, Osvaldo 2, 108, 137, 149

T

- Tannenbaum, Frank 94
- teología de la liberación 46-47
- teorías: de causalidad 162
 - generales 160-161
 - su importancia para el trabajo académico 163
 - prueba moral para 162
 - teoría y comprensión 159
- tipos de personalidad 58
- Tocqueville, Alexis de 47, 121, 129
- To Make Men Free: A History of the Republican Party* (Richardson) 144
- tradición ibérica: influencia cultural de 45, 48

U

- Ubico, Jorge 16
- Uruguay 3, 11, 20, 25, 74, 76-77, 91, 107, 114, 144, 146, 165

V

- valores: conflictos de 61, 63
 - comportamientos políticos y 55
- Venezuela 29-30, 40, 49-51, 56-57, 59, 64, 113, 133-134, 142, 146
- Videla, Jorge 115

W

- Weber, Max 2, 28, 38, 40, 47, 49, 77, 152
- Weinstein, Martin 7, 11, 71, 179
- Wieschhoff, Heinrich Albert 80
- Wilhelm, Harry 105, 108, 110-111, 120-121, 123
- Wipfler, William 117
- Wolf, Alfred 76, 107-108
- Wood, Bryce 8, 117, 137, 148-149
- World University Services (WUS) 4, 117

Kalman Silvert

América Latina y la construcción de la democracia

La vida de Kalman Silvert ilustra la carrera extraordinaria de un hombre extraordinario, uno de los arquitectos fundadores de los estudios latinoamericanos en los Estados Unidos, importante constructor de la comunidad académica interamericana y figura influyente en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina.

Trece distinguidos latinoamericanistas se explayan sobre el papel de Silvert como académico, maestro, mentor, colega, intelectual público, creador de instituciones y filántropo. También enfatizan sus contribuciones en la Fundación Ford, donde se desempeñó como asesor principal de programas desde 1967 hasta su muerte, en 1976. Los coeditores Abraham F. Lowenthal y Martin Weinstein enmarcan la retrospectiva, subrayando la integración de las múltiples contribuciones de Silvert y la relevancia permanente de su legado. Abraham F. Lowenthal es profesor emérito de Relaciones Internacionales en la Universidad del Sur de California. Fue director fundador del Programa Latinoamericano del Wilson Center y del Diálogo Interamericano. Martin Weinstein es profesor emérito de Ciencias Políticas en la Universidad William Paterson de Nueva Jersey.

“Kalman Silvert ocupa un lugar especial —y singular— en la historia de los estudios latinoamericanos. Profesor dedicado y activo investigador, modeló la arquitectura de la colaboración hemisférica de posguerra. A diferencia de muchos de sus pares, Silvert estuvo comprometido con el intercambio abierto entre interlocutores de ideologías opuestas. Fue pionero en impulsar a los latinoamericanos hacia la construcción de una Ciencia Social americana. Diseñó sistemas para proteger y apoyar a colegas perseguidos, y los ayudó en sus exilios en Estados Unidos, Canadá, otros países de América Latina y Europa, así como en instituciones independientes en sus respectivos países. Los ensayos de este volumen no son solo contribuciones valiosas a la historia intelectual de los estudios latinoamericanos realizadas por figuras destacadas; también son testimonios de afecto y respeto.”

Profesor Jeremy Adelman, director del Laboratorio de Historia Global de la Universidad de Princeton y autor de *El idealista pragmático: La odisea de Albert O. Hirschman*.



HISTORIAS DE LASA

Latin America Research Commons
www.larcommons.net
larc@lasaweb.org